



Caballeros del desierto

Olivia Gates



 **HARLEQUIN™**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
N.º 45 - julio 2019

© 2012 Olivia Gates
La conquista del jeque
Título original: The Sheikh's Redemption

© 2012 Olivia Gates
El mandato del jeque
Título original: The Sheikh's Claim

© 2012 Olivia Gates
El destino del jeque
Título original: The Sheikh's Destiny
Publicadas originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.
Estos títulos fueron publicados originalmente en español en 2013

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.
® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.
Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.
Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-1328-382-1

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Créditos

La conquista del jeque

Prólogo

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Epílogo

El mandato del jeque

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Capítulo Nueve

Capítulo Diez

Capítulo Once

Capítulo Doce

El destino del jeque

Capítulo Uno

Capítulo Dos

Capítulo Tres

Capítulo Cuatro

Capítulo Cinco

Capítulo Seis

Capítulo Siete

Capítulo Ocho

Si te ha gustado este libro...

Caballeros del desierto

La conquista del jeque

Olivia Gates



Prólogo

Veinticuatro años atrás

Haidar recibió la bofetada en la cara, y le quemó como el fuego. Antes de que pudiera tomar aliento recibió la siguiente en la otra mejilla, esta vez con el dorso de la mano y más fuerte. Un anillo con piedras preciosas incrustadas le trazó una línea de dolor en la piel. Desorientado, escuchó el bramar de un trueno mientras las lágrimas le nublaban la visión. La reprimenda continuó mientras recibía más bofetadas. Una de ellas terminó finalmente con su equilibrio y cayó de rodillas. Las lágrimas le escocían en el corte como un antiséptico y se le mezclaban con la sangre.

Escuchó una voz tranquila decir:

–Si derramas más lágrimas te arrojare a la mazmorra durante una semana, Haidar.

Él tragó saliva y miró a la persona que más quería en el mundo. Estaba paralizado y no entendía qué sucedía. ¿Por qué le estaba haciendo esto?

Su madre nunca le había puesto la mano encima. Ni siquiera le había agarrado de la oreja como hacía con Jalal, su hermano gemelo, cuando descubría alguna de sus travesuras. Era su favorito. Ella misma se lo había dicho y se lo había demostrado de muchas formas.

Y sin embargo, últimamente se había mostrado descontenta con él aunque no hiciera nada malo. Incluso cuando hacía algo digno de alabanza. A Haidar le desconcertaba, pero no estaba preparado para aquel arrebato repentino de furia cuando esperaba su aprobación.

Su madre le miró con frialdad desde su majestuosa altura digna de una diosa.

–No agraves tu estupidez con lamentos. Levántate y recibe tu castigo como tu hermano lo recibe siempre, con dignidad y coraje.

Haidar estuvo a punto de exclamar que eran Jalal y su primo Rashid quienes merecían el castigo. Él se había negado a participar y les había advertido en contra de aquel «experimento» que había provocado el incendio que quemó toda una habitación del palacio y que había arruinado la celebración de su décimo cumpleaños. Jalal y Rashid, que normalmente eran más salvajes e inconscientes, ya habían quemado todas sus segundas oportunidades con los mayores. Habrían recibido un castigo más severo. Al ser el que tenía un historial más limpio, se presentó como el culpable por accidente.

La confesión provocó lo que esperaba de su padre y del tutor de Rashid: sorpresa y aceptación de sus explicaciones. Pero entonces su madre fue a verle. Sus ojos le decían que sabía lo que en realidad había pasado y por qué se había presentado como culpable. Haidar esperaba admiración por su parte. Pero lo que recibió fueron las bofetadas que no cesaron ni cuando su marido, el rey de Zohayd, le ordenó que se detuviera.

Haidar se levantó y se llevó una mano temblorosa a la herida de la mejilla izquierda. Ella se la

apartó de un manotazo.

–Y ahora vete a pedirles perdón a tu hermano y a tu primo por haber tardado tanto en reconocer tu culpabilidad y haber estado a punto de provocar que les castigaran a ellos.

Haidar sintió una punzada de dolor y de asombro en el pecho. Una cosa era recibir el castigo en su nombre, y otra disculparse ante ellos delante de todos los presentes: parientes, criados... y chicas.

Su madre le sujetó la cara con violencia y le clavó las largas uñas en la herida.

–Hazlo –le soltó con un empujón y le obligó a mirar a Jalal y a Rashid.

Los niños tenían la cabeza gacha y estaban sonrojados.

–Jalal, Rashid, mirad a Haidar –su madre habló entonces como la reina de Zohayd, con voz clara y exigente–. No le liberéis de la desgracia de suplicar vuestro perdón delante de todo el mundo.

Jalal y Rashid la miraron antes de mirarle a él. El arrepentimiento brillaba en sus ojos.

–Diles que lo sientes y que no volverás a hacer nunca algo así –le ordenó su madre.

Ardiendo de rabia, Haidar miró a su hermano gemelo a los ojos y luego a los de su primo y mejor amigo y repitió sus palabras.

–¡Yo no lo hice! –exclamó Haidar mientras su madre terminaba de curarle la herida.

Ahora que estaban en la intimidad de los aposentos de la reina tenía que exonerarse, aunque fuera solo ante sus ojos.

Ella tenía una sonrisa llena de amor y de orgullo mientras le besaba la herida que ella misma le había hecho.

–Ya lo sé. Lo sé todo.

Así que no se había equivocado. La confusión de Haidar fue en aumento.

–Entonces, ¿por qué?

Su madre la acarició la mejilla con ternura.

–Ha sido una lección, Haidar. Quería demostrarte que ni tu hermano gemelo ni tu mejor amigo dirían una palabra para salvarte. Ahora sabes que nadie merece que te sacrifiques por él. Ahora sabes que no puedes confiar en nadie. Y lo más importante: ahora sabes lo que es la humillación, y a partir de ahora harás cualquier cosa para no volver a sufrirla.

A Haidar le dio vueltas la cabeza.

Su madre se agachó para abrazarle.

–Tú eres parte de mí y haré cualquier cosa para que nunca sufras, para que te conviertas en el hombre que consigue todo lo que se merece. Tener el mundo a tus pies. ¿Entiendes por qué he tenido que hacerte daño?

Aturdido por la nueva perspectiva que le había mostrado, Haidar asintió. En parte porque quería marcharse de allí para pensar.

Ella le acarició la cabeza y susurró:

–Ese es mi chico.

Ocho años atrás

–Eres igual que mamá.

Haidar dio un respingo como si le hubieran dado una bofetada. Jalal tenía clavado en el pecho un cuchillo desde que fue consciente de cómo era su madre. De cómo la llamaban: La Reina Demonio. Para dolor de Haidar, tuvo que reconocer que el título estaba bien puesto. Su madre tenía una belleza que no era de este mundo y una inteligencia brillante, pero blandía sus atributos como armas letales. Se jactaba de no dejarse llevar por la debilidad de la benevolencia. En lugar de utilizar sus dones para conseguir amigos se rodeaba de criados y cohortes acobardados. Y le gustaba crearse enemigos, el primero de ellos su propio marido.

Si no fuera por el profundo amor que sentía hacia sus hijos, sobre todo hacia Haidar, dudaría de que fuera humana.

Pero lo que atormentaba a Haidar a medida que se iba haciendo mayor era darse cuenta de que se parecía a ella. Sentía la mancha de su furia, sus defectos. Vivía con miedo a que un día fueran más fuertes que su parte decente y compasiva. Resultaba irónico que Jalal le echara ahora a la cara aquel parecido, cuando empezaba a sentir cómo se retiraba la sombra de su madre, cómo su legado aflojaba el nudo de la horca.

Desde que conoció a Roxanne.

–Lo retiro –Jalal, el gemelo que no se parecía en nada a él, sacudió la cabeza con disgusto–. Eres peor que ella. Y eso que creí que no era posible.

–Hablas como si mamá fuera un monstruo.

Nunca hablaban abiertamente de su madre. De hecho cada vez hablaban menos en general.

Jalal se encogió de hombros.

–Y la quiero a pesar de todo. Con la clase de amor incondicional que una madre despierta en su hijo. Pero tú no tienes la misma licencia. En este asunto no. En este caso no puedo perdonar tu crueldad.

Incapaz de lidiar con la desaprobación de su hermano gemelo, como le ocurría siempre, se dejó llevar por la furia y el recelo que le habían llevado a aquella confrontación.

–¿Así que esta es tu estrategia? ¿Lanzar acusaciones para vencer a tu enemigo?

–Eres tú el que lanza la piedra y luego esconde la mano.

El desprecio de Jalal le puso los nervios todavía más de punta.

–Nunca pensé que tendrías tan mal perder cuando Roxanne me escogiera a mí.

Jalal expulsó el aire por la nariz. Los ojos le echaban chispas de hielo negro.

–Porque la manipulaste. La engañaste.

Haidar contuvo otro arrebato de indignación.

–¿No tienes otra excusa mejor por haber intentado robármela? Los dos sabemos que puedo conseguir a la mujer que quiera sin tener que esforzarme, y mucho menos manipularla.

–No podías haber tenido a Roxanne sin engaño. Ella se dio cuenta la primera noche de lo frío que eres. El personaje que creaste para que se enamorara de ti era digno de un Oscar.

Haidar nunca había recurrido a la violencia, ni siquiera cuando era un niño rodeado de parientes varones que resolvían sus asuntos con contundencia. Siempre había contenido su genio y había utilizado la frialdad para superarles. Ahora lo que quería era darle un puñetazo a Jalal en la cara.

–La situación sigue siendo la misma: ella es mía –afirmó apretando los dientes.

–Y la has tratado como si fuera de tu propiedad. Peor todavía, como un secreto sucio, obligándola a ocultarse incluso ante su madre, obligándola a ver cómo coqueteabas con otras mujeres en público. Le dijiste que lo hacías para que ella no levantara sospechas, ¿verdad? Debe

de ser terrible para ella aunque se crea tus mentiras. No puedo ni imaginar lo que pasaría si supiera que has estado jugando con ella desde el principio, que no es más que otra fuente para alimentar tu monstruoso ego.

Haidar se estremeció de ira.

–Y tú sabes todo lo que está pasando porque eres su generoso confidente, ¿verdad? Y quieres llevar esa amistad a la cama. Pues lo siento, pero en esa cama estoy yo con ella.

Jalal soltó un resoplido de desprecio.

–Muy caballeroso por tu parte contar eso.

–No tiene sentido negarlo, tú sabes que somos amantes. Y sin embargo quieres apartarla de mí.

–Tú ni siquiera la deseas –susurró Jalal entre dientes–. La sedujiste para competir conmigo. No es más que un peón en otro de tus juegos de poder.

–Fuiste tú quien empezó el juego, por si lo has olvidado.

–Me olvidé de esa estúpida apuesta a los cinco minutos. Pero tú te la tomaste como te tomas todo, con una competitividad enfermiza. Le tendiste una trampa.

–¿Y tú quieres rescatarla del monstruo que soy? ¿Admites que la quieres para ti?

Jalal apretó las mandíbulas.

–No dejaré que la sigas utilizando.

La furia le nubló la visión a Haidar. Y entonces optó por la estrategia que siempre había utilizado con aquel rival de toda la vida: la provocación.

–¿Y cómo vas a impedirlo?

Jalal le lanzó una mirada letal.

–Se lo contaré todo.

Haidar sintió que le estallaba la cabeza. Pero se limitó a espetarle:

–Buena suerte.

–De esto no puede salir nada bueno. No solo eres como mamá, has heredado lo peor de las dos partes de la familia. Eres manipulador y celoso, frío y controlador, y siempre tienes que ganar a toda costa. Ya es hora de que le muestre a Roxanne tu verdadera cara.

A Haidar le ardió la sangre.

–Tu plan tiene un pequeño agujero. Si lo haces no querrá volver a ver mi cara, pero la tuya tampoco.

–No me importa perder a Roxanne siempre y cuando la pierdas tú también.

–Si se lo dices no quiero volver a verte jamás, Jalal.

Los ojos de su hermano se oscurecieron.

–Eso tampoco me importa.

Se cerró una puerta, lo que evitó la sarta de improperios que iba a soltarle a su hermano gemelo.

Roxanne.

Cuando entró en el salón le ardió la sangre y se le aceleró la respiración. El efecto que ejercía sobre él iba en aumento a medida que pasaba el tiempo. Y eso que Haidar pensaba que lo suyo sería una aventura sexual que terminaría cuando desapareciera la fascinación. Hasta que ella llegó no se había creído capaz de alcanzar tales cimas de pasión y de sentimiento. Roxanne era fuego puro, de una belleza incandescente y un espíritu tempestuoso. Y era suya.

Tenía que demostrarlo, saberlo de una vez por todas.

El temor a que sintiera algo por Jalal había estado a punto de volverle loco. El comentario de su madre, mencionado lo mucho que compartían Roxanne y Jalal, había coloreado su visión de la

profundidad de su relación. Pero el miedo había echado raíces cuando supo que Roxanne le había revelado su esencia a Jalal y no a él. Aquello había acabado con su restricción, le había obligado a tener aquella confrontación con su hermano.

Jalal había dejado muy clara su postura.

Pero eso no importaría si Roxanne le escogía a él, como debía ser. Trató de obtener la confirmación con el brillo de sus ojos, que siempre se iluminaban cuando le veían. Pero cuando le miró sus ojos no reflejaron nada. Y enseguida dirigió la vista hacia Jalal.

Haidar se acercó a ella y le clavó los dedos en el brazo con urgencia. El corazón le latía muy deprisa.

–Dile a Jalal que no puede interponerse entre nosotros. Dile que eres mía.

El rostro de Roxanne adquirió una expresión estupefacta. Luego se volvió duro y le apartó la mano.

–¿Para esto me has pedido que lo dejara todo? Eres repulsivo.

–He notado que Jalal tiene ideas equivocadas respecto a ti. Tenía que cortarlas de raíz.

Roxanne entornó los ojos y le miró con furia.

–No me importa lo que hayas notado. No puedes mandarme llamar como si fuera uno de tus lacayos ni puedes meterme en una confrontación y exigirme que repita lo que tú dices. Eres tú el que está equivocado al pensar que tienes algún derecho sobre mí.

A Haidar le dio un vuelco el corazón.

–Sí tengo derecho. El que tú me otorgaste cuando viniste a mi cama y me dijiste que me amabas.

–Pero recuerdas cuando lo dije, ¿verdad? –cuando estaba excitada hasta la locura y convulsionando en medio de un orgasmo–. Pero gracias por ponerle fin a la historia. Regreso a Estados Unidos y estaba pensando en cómo decirte adiós. Los hombres siempre os tomáis la despedida de una mujer como un golpe al ego sexual, y eso complica las cosas. Me preocupaba que se complicaran todavía más porque eres el príncipe de dos reinos y tienes un ego del tamaño de ambos.

Haidar sacudió la cabeza como si estuviera recibiendo demasiados golpes.

–Basta ya.

Ella se encogió despreocupadamente de hombros.

–De acuerdo, vamos a dejarlo. Eres el mejor candidato para la aventura exótica que quería tener mientras viviera aquí. Pero como he decidido volver a Estados Unidos sabía que tenía que terminar contigo. Tengo necesidades, como tú bien sabes, y por muy bueno que seas en la cama no estoy dispuesta a esperar hasta que puedas venir a satisfacerlas. Tengo que encontrar un nuevo semental que esté disponible con regularidad. O tres. Pero te quiero dar un consejo: no les sueltes esa porquería territorial a tus próximas mujeres. Es muy desmoralizador. Y me impide decirte adiós deseándote lo mejor. Ahora que sé qué clase de poder pensabas que tenías sobre mí, me he quedado tan fría que no quiero volver a verte nunca más ni saber nada de ti.

La vio darse la vuelta y salir con paso tranquilo.

En cuestión de segundos se cerró la puerta con un portazo. Era el sonido del rechazo y de la humillación.

Desde el fondo del túnel escuchó la macabra distorsión de la voz de Jalal.

–¿Quién lo iba a decir? Tiene más ojo del que yo pensaba. Te tomó tan en serio como tú a ella. Al parecer no tendría que haberme preocupado por ella.

–De quien deberías preocuparte es de ti mismo si vuelvo a verte alguna vez.

El gemelo al que apenas reconocía ahora le miró con la misma frialdad.

–No te preocupes. Creo que ya va siendo hora de que desintoxique mi vida de tu presencia.
Haidar se quedó mirando al infinito mucho después de que Jalal hubiera desaparecido.

Jalal tendría que haberle dicho que él nunca profanaría su relación con aquella mujer. Roxanne tendría que haberle dicho que sus temores eran infundados.

Aquellos a los que creía más cerca de él, su hermano gemelo y su amante, le habían dado la espalda.

«No confíes en nadie».

Las palabras de su madre resonaron en su cabeza. Tenía razón. Había ignorado su sabio consejo y había tenido que pagar un altísimo precio por ello.

Nunca más.

Capítulo Uno

El presente

No todos los días le ofrecían a un hombre un trono. Eso era exactamente lo que le había ofrecido el pueblo de Azmahar a Haidar, o al menos los clanes que representaban a la mayor parte de la población.

Habían enviado a sus representantes para exigirle, engatusarle y suplicarle que fuera su candidato en la lucha por el trono vacante de Azmahar. Pensó que estaban de broma. Mantuvo el rostro serio para seguirles la corriente, fingiendo que aceptaba la dirección política de aquel reino que se estaba descosiendo por las costuras.

Cuando se dio cuenta de que iban en serio... se enfadó.

Debían haberse vuelto locos para ofrecerle el trono de un reino que su pariente materno más cercano había estado a punto de destruir y al que sus parientes paternos le habían asestado el golpe de gracia. ¿Quién en Azmahar querría que volviera a poner el pie allí, y mucho menos que gobernara el país?

Ellos insistieron en que representaban a aquellos que le veían como el salvador que Azmahar necesitaba.

Haidar nunca se había visto a sí mismo como un salvador. Era genéticamente imposible. ¿Cómo iba a ser un salvador si procedía de la semilla del diablo?

Según su hermano gemelo, reunía lo peor de su colorida carga genética. Sus seguidores contaban con que lo más nobles de ambas ramas corriera por sus venas y que por tanto sería el rey perfecto para Azmahar.

–Rey Haidar ben Atef Aal Shalaan –dijo en voz alta.

Sonaba ridículo. Y no solo la palabra «rey». El nombre y los apellidos también le parecían mentiras. Ya no parecían definirle a él. ¿Acaso lo habían hecho alguna vez? Después de todo no era un Aal Shalaan. Su aspecto, su sangre y su espíritu eran los de la familia Aal Munsoori. La de su madre. La Reina Demonio. La exreina Demonio. Lástima que él no pudiera ser nunca la exsemilla del diablo.

Su madre se había asegurado de que no tuviera nada de los Aal Shalaan. Empezando por el nombre. Desde que puso los ojos en sus hijos recién nacidos, vio que Haidar era una réplica exacta de ella y no se molestó en pensar un nombre para su hermano gemelo. Su padre le había puesto Jalal y profetizó que sería la grandeza de los Aal Shalaan. Jalal estaba haciendo un gran trabajo cumpliendo los ambiciosos planes de su padre.

Su madre escogió su nombre: Haidar, el león, un rey. Ya desde que nació quería que lo fuera, cuando sabía que era imposible sin montar una revolución.

Como princesa de Azmahar, se había casado por razones de estado con el rey de Zohayd

sabiendo que sus hijos no estaban en la línea de sucesión al trono. Según las leyes de sucesión, solo los príncipes que fueran de Zohayd al cien por cien podían aspirar al trono. Así que, al parecer, había conspirado desde el principio para dividir Zohayd y luego volver a unirlo con ella al frente. Entonces podría dictar nuevas leyes que convertirían a sus hijos en los únicos herederos legítimos al trono. Haidar sería el primero en la línea sucesoria.

Dos años después de que se descubriera su conspiración y fuera abortada, Haidar todavía tenía momentos en los que lo negaba. Su padre podría haber provocado una guerra.

Había robado las joyas de Zohayd que conferían el derecho a reinar en el país. Tenía pensado dárselas al príncipe Yusuf Aal Waaked, el príncipe gobernante de Ossaylan, para que él destronara a su marido y reclamara el trono. Como solo tenía una hija, se vería obligado a nombrar sucesores a sus hijos.

Haidar imaginaba que se habría lanzado como una viuda negra sobre Yusuf en cuanto se sentara en el trono, habría intimidado a su hermano, el recién abdicado rey de Azmahar para que abdicara y entonces colocaría a su primogénito, que lo era por siete minutos, en el trono de un inmenso reino que abarcaría Zohayd, Azmahar y Ossaylan.

Estaba completamente convencida de llevar a cabo aquel cruel y ambicioso plan. Cuando Haidar le suplicó que le dijera dónde había escondido las joyas para salvar a Zohayd del caos y a sí misma del castigo por traición, ella le expuso claramente sus convicciones: tras el profundo daño inicial, sus planes conseguirían un bien mayor. Porque, ¿quién mejor que él para unir aquellos reinos, guiarlos hacia un futuro de prosperidad en lugar de a la ruina hacia la que se dirigían en manos de viejos locos y sus deficientes sucesores? Él, que reunía lo mejor de los Aal Munsooris. Estaba convencida de que algún día la superaría a ella en todo.

Haidar ya había escuchado aquello con anterioridad. Según Jalal, ya lo había conseguido. Pero lo que su madre había hecho sobrepasaba sus peores predicciones. Y como era habitual, sin su consentimiento ni mucho menos su aprobación había ejecutado sus planes con precisión para que Haidar obtuviera «la grandeza que se merecía». Estaba convencida de que él terminaría agradeciendo lo que había hecho, se amoldaría al papel que le había preparado.

Y podría haberlo conseguido fácilmente.

Ni siquiera Amjad, su hermano mayor y actual rey de Zohayd, que sospechaba de todo el mundo, había sospechado de ella. Como reina de Zohayd parecía tener mucho que perder si su marido era derrocado. Ingenioso.

—Por favor, Alteza, abróchese el cinturón de seguridad.

Haidar dirigió la mirada hacia la azafata. Estaba a bordo de su jet privado. La guapa morena podría haberle dicho que se desabrochara el cinturón a juzgar por la invitación de su mirada. Haidar la miró con su impasibilidad habitual.

—Vamos a aterrizar —la joven se sonrojó.

—Eso he imaginado —murmuró él abrochándose el cinturón y apartando la vista de ella.

Cuando la azafata se dio la vuelta observó el contoneo de sus caderas y suspiró. Le ordenaría a Khaleel que le asignara un trabajo de oficina y que la tripulación se compusiera a partir de aquel momento de hombres o de mujeres al menos veinte años mayores que él.

Volvió a suspirar y miró por la ventanilla hacia Durrat Al Sahel, la perla de la costa, la capital de Azmahar. Desde allí podía hacerse una idea de la crisis con la que querían que lidiara.

Pensaba que había visto lo peor con la mancha de aceite de la costa. La terrible oscuridad que manchaba las aguas esmeraldas ya era bastante espantosa. Pero el deterioro y la desorganización que se veían desde las alturas eran la demostración de la profundidad del problema y de lo duro

que sería resolverlo.

Creyó que no volvería a ver aquel lugar. El día que Roxanne le dejó salió de Azmahar jurando no volver jamás. Y ahora no solo volvía, sino que además había prometido considerar la candidatura al trono. Se había asegurado de que no se anunciara su regreso, que haría sus propias investigaciones en la sombra y que llegaría a una conclusión sin dejarse influir por las súplicas.

Todavía le sorprendía haber transigido tanto. Todo apuntaba a que aquel era un gran error. La vida a veces resultaba curiosa. Después de que la tierra de su padre le rechazara, la tierra de su madre se mostraba desesperada por contar con su intervención. Comprobar si él podría ser su salvador le resultaba casi irresistible. También tenía que admitir que la idea de redimirse también era poderosa. Aunque la lógica le separara de la traición de su madre, el hecho seguía allí. Su más vergonzosa trasgresión había manchado su honor y su imagen por mucho que dijera la familia. O algunos de ellos. Jalal tenía un punto de vista menos favorable, por supuesto.

Jalal. Otra razón por la que estaba considerando aquella posibilidad. Su hermano gemelo también era candidato al trono. Y luego estaba Rashid. Su mejor amigo y el de Jalal se había convertido en su peor rival. Y también en otro candidato.

No era de extrañar que se sintiera tentado.

Aplastar a aquellos dos fanfarrones era un fin en sí mismo. Así que ya fuera el deber, la redención o la rivalidad lo que le impulsaba, cada una de aquellas razones era suficiente.

Pero ninguna de ellas era el verdadero catalizador que le había llevado hasta Azmahar.

Era Roxanne. Estaba otra vez viviendo en Azmahar.

Se lo tomó como si el destino le estuviera impulsando a que dejara de intentar no pensar en ella. Como llevaba haciendo ocho años.

Tiempo más que de sobra para que dejara de ocupar sus pensamientos, para que monopolizara su amargura. Ya tenía demasiados asuntos sin resolver. Dejaría descansar aquel fantasma.

—¿... repercusiones y resoluciones, señorita Gleeson?

Roxanne parpadeó al hombre distinguido de cabello plateado que la miraba expectante.

El jeque Aasem Al-Qadi había sido su contacto con el gobierno interno desde que empezó en aquel puesto de trabajo hacía dos meses atrás.

Se aclaró la garganta y la mente.

—Como usted sabe, esto afecta a toda la región y a muchas entidades internacionales, cada una con sus propios intereses e ideas respecto a cómo manejar la situación. Un estudio precipitado solo provocaría más complicaciones y más desinformación.

El hombre alzó una elegante mano adornada con un anillo de plata y ónice y su refinado rostro adquirió una expresión todavía más adusta.

—Lo último que pretendo es meterle prisa, señorita Gleeson.

Y si esa era su intención estaba muy equivocado al pensar que un pequeño empujoncito la llevaría a apretar todavía más las tuercas. Su equipo y ella habían estado excavando sin cesar en aquel mar.

—Solo me gustaría que sus investigaciones tuvieran un papel más práctico y, si es posible, ponerle fecha al plan de trabajo.

—Le aseguro que cuando se pueda establecer un calendario realista será usted el primero en saberlo —trató de esbozar aquella sonrisa, formal y amistosa a la vez, que tanto había practicado.

Tras mucha cordialidad y tras lo que Roxanne consideró una reafirmación de su fe en su

efectividad, el jeque Al-Qadi salió de su despacho. Ella se apoyó contra la puerta que había cerrado tras él y gimió.

¿Qué estaba haciendo allí?

Aquel trabajo era el santo grial para un analista político económico. Y estaba preparada para llevarlo a cabo. Pero la había llevado de regreso a un lugar donde podría tropezarse con Haidar.

Estaba segura de que no sería así. Le había seguido la pista y él no había regresado a Azmahar. Y además, ella ya no era la niña que se había enamorado perdidamente de él. Era una de las analistas más renombradas del mundo, y Azmahar era su tercer encargo importante. Si se lo encontraba por casualidad le trataría con la neutralidad y la diplomacia propias de la profesional que era.

Aunque no se hubiera arriesgado de no haber sido por su madre. Era la única familia que tenía en el mundo, y una palabra suya ejercía un gran poder sobre ella. No pudo resistirse cuando su madre se echó a llorar y le dijo que aquel trabajo suponía su redención, la disculpa perfecta por el vergonzoso modo en que había tenido que salir de Azmahar.

Cuando Roxanne argumentó que tendrían que haberla incorporado a ella al puesto, su madre confesó que le habían ofrecido el trabajo pero que no quiso renunciar a la jubilación. Roxanne estaba empezando su carrera profesional y tenía la oportunidad única de contar con los conocimientos de su madre y su propia perspectiva.

Roxanne se rindió, firmó el contrato e hizo las maletas. Y estaba emocionada. Había mucho que arreglar en Azmahar.

Según los habitantes del país, lo único bueno que había hecho el rey Nedal desde hacía décadas había sido concertar el matrimonio de su hermana Sondoss con el rey Atef Aal Shalaan, consiguiendo así la alianza con Zohayd. Que había estado a punto de quedar cercenada por la propia Sondoss, la serpiente madre de aquella otra serpiente, Haidar.

Roxanne no tenía ninguna duda de que el exilio de Sondoss, en lugar del veredicto de prisión, había sido conseguido gracias a Haidar pero cuando Amjad se convirtió en rey, todo el mundo pensó que lo primero que haría sería atestarle el golpe mortal a Azmahar. No le debía ninguna lealtad a la tierra de su exmadrastra. Pero extrañamente, no había puesto fin a la alianza.

Y entonces, un mes después de su llegada, se desató el infierno.

Un príncipe desposeído ahora de su corona había votado durante la última reunión de defensa de la región en contra de que Zohayd interviniera militarmente en un país vecino, lo que acabó con la tenue tolerancia que Amjad mostraba hacia Azmahar. Y el reino que se mantenía unido gracias a la influencia de su aliado se había resquebrajado.

Cuando Azmahar estaba tratando de recuperarse de aquel conflicto tuvo lugar la catástrofe. La explosión de una de las mayores perforadoras de petróleo provocó un vertido masivo en sus orillas. Incapaz de lidiar con las protestas populares por la situación, el abrumado rey abdicó.

Sus hermanos y sus hijos, que fueron considerados responsables, ya no podían sucederle. Azmahar estaba sumido en el caos y Roxanne fue una de las personas con las que contaron para contener la situación mientras los clanes más influyentes se peleaban entre ellos.

El reino se dividió en tres frentes. Cada uno de ellos apoyaba a un hombre distinto como rey. Uno de los candidatos era Haidar. Lo que significaba que volvería. Y se tropezaría con él.

Y lo deseaba tanto como tener un agujero en el corazón. Aunque lo cierto era que Haidar ya le había hecho trizas el suyo.

Maldijo entre dientes. Aquella era una historia pasada, y seguramente estaba exagerando. Entonces era una hija única de veintinueve años excesivamente protegida que tenía la resistencia

emocional de una niña de catorce. Era normal que se hubiera vuelto adicta a Haidar, tanto física como emocionalmente. Pero entonces se despertó. Fin de la historia.

Siguió adelante y a la larga tuvo otras relaciones. Una de ellas podría haber funcionado. El hecho de que no fuera así no tenía nada que ver con aquel hombre engreído y de corazón frío.

Roxanne se apartó de la puerta, se dirigió al escritorio, agarró el maletín y el bolso y salió del despacho. Tardó veinte minutos en cruzar la ciudad. Tenía un sistema de transporte maravilloso, obra de Zohaydan. Haría falta un milagro para que Azmahar pudiera sobrevivir al caos sin Zohayd. No era de extrañar que los habitantes de Azmahar desearan desesperadamente recuperar a su antiguo aliado. Y un buen porcentaje de ellos pensaba que la única manera de lograrlo era subiéndolo al trono a la personificación de la mezcla entre ambos lugares. El problema era que no se ponían de acuerdo sobre quién era. Pero la desunión les venía bien. Ir tras los dos especímenes existentes doblaba sus posibilidades de que uno de ellos terminara subido al trono.

Roxanne atravesó las puertas del complejo residencial más lujoso de la ciudad. Su puesto de trabajo incluía muchas ventajas que la incomodaban. Siempre le sucedía con aquel nivel de lujo. Pero el «privilegio» que más temía era encontrarse con Haidar. Deseaba con todas sus fuerzas que eso no sucediera. Aunque lo cierto era que deseaba con todas sus fuerzas muchas cosas. Que su madre estuviera con ella. Tener un padre. Una familia.

Unos minutos después estaba entrando en el apartamento lujosamente decorado que ocupaba un cuarto de los nueve mil metros de la planta treinta. Suspiró agradecida cuando un frescor fragante y unas luces calibradas la envolvieron. Se dirigió a la ducha y cuando salió estaba ya más tranquila.

El sonido del timbre de la puerta interrumpió el silencio. Roxanne frunció el ceño y luego suspiró. Casi se arrepentía de haber invitado a Cherie a quedarse en su casa. Eran las mejores amigas en la universidad. El regreso de Roxanne había coincidido con la última ruptura de Cherie con su marido. Se marchó dejándolo todo atrás, incluidas las tarjetas de crédito. Roxanne tendría que haberle alquilado un apartamento mientras ella resolvía sus asuntos. Aunque la quería mucho, su energía le resultaba en ocasiones demasiado. Pasaba por la vida como un tornado. Y ahora, además, al parecer se había olvidado también la llave.

Roxanne se dirigió gruñendo al vestíbulo. Abrió la puerta y todo se detuvo de golpe. Su respiración. Su corazón. Su mente. El mundo entero.

En el umbral se encontraba Haidar.

Todo se nubló mientras el hombre que recordaba al doloroso detalle se movía con letal elegancia y apoyaba el brazo izquierdo en el quicio de la puerta. Le deslizó la mirada desde el rostro hacia el cuerpo antes de volver a mirarla a los ojos. Una sonrisa lenta asomó a sus labios esculpados.

—¿Sabes qué, Roxanne? Llevo ocho años preguntándome cuánto tardaste en encontrar un nuevo semental cuando me dejaste. O tres.

Capítulo Dos

La mente de Roxanne finalmente se puso en funcionamiento. Y el único pensamiento que le surgió fue: «Guau». Una y otra vez. Así que esto era lo que aquellos ocho años habían hecho en Haidar Aal Shalaan.

Había pasado de ser la personificación de la belleza a convertirse en la sublimación de la masculinidad. Su cuerpo había adquirido un impresionante equilibrio entre la simetría y la fuerza. Su rostro estaba marcado por las líneas del poder y la fuerza. Se había convertido en un dios de la sensualidad y la virilidad. Tan duro como el desierto y tan amenazador como sus noches.

E igual de magnífico en su brutalidad. La sombra de dulzura que una vez suavizó su belleza había desaparecido.

—¿Y bien, Roxanne? —Haidar inclinó su perfecta cabeza hacia un lado y siguió sonriendo con una mueca burlona—. Me pregunté muchas veces quién sería el primero de nosotros que encontraría sustituto.

—¿Por qué preguntarse algo tan obvio? Yo tenía que volver a instalarme y empezar en la universidad antes de empezar a buscar. Eso me llevó tiempo. Lo único que tú tenías que hacer era escoger a alguien de tu lista de espera aquel mismo día.

Haidar alzó las cejas. Parecía sorprendido, al parecer guardaba más resentimiento del que pensaba. Y su repentina aparición había provocado que empezara a salir el humo.

—*Touché* —Haidar inclinó la cabeza y sus ojos brillaron con una burla letal—. Me he equivocado. La pregunta no debió haber sido cuánto tardaste en encontrar un sustituto, sino cuántos fueron. Pero como conozco íntimamente la magnitud de tus... necesidades, diría que al menos habrán sido unos treinta.

El primer instinto de Roxanne fue devolverle la pelota con una respuesta que le dejara tiritando. Pero contuvo el impulso. Por mucho que lo despreciara, aquello era importante para Azmahar. Haidar podía ayudar a levantar el país.

Pero no pudo evitar decir:

—A juzgar por el ritmo que llevabas cuando yo estaba por aquí, debes estar cerca de las trescientas mujeres —le espetó.

Haidar sonrió todavía más.

—Creo que te falta un cero —aseguró echando la cabeza hacia atrás y soltando una carcajada—. Deben andar cerca de las tres mil —volvió a mirarla burlón—. Eso sí, he seguido tu consejo. Me liberé de cualquier atisbo de «porquería territorial».

Roxanne resopló.

—Por lo que tengo entendido, solo buscas en las mujeres obediencia y que sean ciegas, mudas y sordas.

Haidar sonrió satisfecho.

–Y lo consigo. Es muy útil para alguien de mi posición.

–Eres hijo de tu madre hasta el último gen, ¿verdad?

–Me gusta pensar que soy una versión mejorada.

Sus burlas provocaron que le entraran ganas de agarrarle del pelo, atraerlo hacia sí y saborear aquellos labios sensuales y crueles... y mordérselos.

–Invítame a entrar, Roxanne.

El corazón se le aceleró al instante ante la electricidad que le provocaron sus palabras, su nombre. Tragó saliva y trató de librarse de su influencia, maldiciéndole por lo fácil que le resultaba todo a él y la lucha que suponía para ella.

–¿Quieres... entrar?

–No, he venido para enfrentarme a un duelo verbal contigo en la puerta de tu casa –dio un paso hacia delante.

Pero ella evitó el siguiente paso, el que le hubiera hecho pasar del umbral.

–No me importa lo más mínimo a qué has venido, pero el duelo ha terminado. No ha sido buena idea que vinieras, príncipe Aal Shalaan. Espero no volver a verte.

Haidar se metió las manos en los bolsillos.

–Vaya. Esos informes que resaltan tu capacidad para enfrentarte a las situaciones más complicadas y a los individuos más exasperantes deben exagerar.

–Incluso mis poderes diplomáticos tienen un límite.

–Me gustaría continuar con nuestra batalla en un terreno más privado –Haidar sonrió con la paciencia de un cazador que estuviera esperando la caída de su presa–. Por tu bien, básicamente. No creo que quieras que los vecinos sean testigos de la escalada de nuestro intercambio.

–Como eso no va a ocurrir, no tienen nada que presenciar. Excepto cómo te machas –Roxanne empezó a cerrar la puerta.

La pulida superficie de madera de arce se topó con noventa kilos de músculo y virilidad.

–Tú sabes quién soy, ¿verdad?

Ella abrió los ojos de par en par.

–¿Un abusón arrogante?

–¿Crees que utilizo mi estatus para conseguir mis objetivos? Eso sería muy infantil y aburrido.

–Si no te refieres a que eres el poderoso príncipe de dos reinos, no sé de qué va la amenaza.

–No hay ninguna amenaza, solo constato un hecho. Si quitas todas las envolturas, ¿qué soy?

El macho más magnífico de la historia.

–¿Un dolor de cabeza? –murmuró en voz alta.

La mirada que Haidar le dirigió le puso la piel de gallina.

–El hijo de la reina de las zorras.

Ella se le quedó mirando fijamente. Estaba de acuerdo con la definición de su madre, pero nunca pensó que Haidar lo tuviera tan brutalmente claro.

–Así es –suspiró Roxanne.

Imperturbable, satisfecho incluso de que le hubiera dado la razón, Haidar sonrió todavía más.

–Así que sabes hasta dónde soy capaz de llegar para conseguir mis objetivos. ¿O necesitas una demostración?

–¿Por qué es esto siquiera un objetivo? Si he despertado a tu bestia, dile que se vuelva a dormir. Ya hemos utilizado todos los ataques que podíamos lanzarnos el uno al otro. Cualquier otra cosa sería redundante y ninguno de los dos queremos perder el tiempo.

Haidar se encogió de hombros.

–En primer lugar, solo estamos calentando. En segundo lugar, no creas que voy a permitir otro brusco final entre nosotros. Hace ocho años me pillaste desprevenido. Era joven. En tercer lugar, respecto a lo de por qué es un objetivo para mí entrar... ¿te has mirado al espejo alguna vez? ¿Y tienes idea del aspecto que tienes ahora?

Pequeña e indefensa sin sus altos tacones, los trajes de chaqueta y el maquillaje, con el pelo secándose al aire y cayéndole sobre los hombros. Y para colmo, solo el albornoz cubría su total desnudez.

Sentía la mirada de Haidar deslizándose bajo la tela del albornoz para explorar los cambios que habían dejado ocho años en la piel que él poseyó y complació en el pasado.

Confianza en que la había llevado al nivel que deseaba, Haidar señaló:

–Añade a todo esto las delicias de tu lengua de destrucción masiva, ¿y todavía te preguntas mis motivos?

Ella arrugó la nariz.

–¿De verdad crees que dejaría entrar a un hombre dos veces más grande que yo, veinte veces más fuerte y dos millones de veces más poderoso en mi espacio personal después de que haya dejado tan claras sus lujuriosas intenciones?

–¿Crees que no estarías a salvo conmigo?

Haidar podía ser muchas cosas, pero con las mujeres era un maestro del placer y la seducción, no de la coacción.

–No –reconoció Roxanne con un suspiro–. Pero estás insistiendo para que te deje entrar y yo no quiero.

Una sonrisa le transformó la expresión otra vez en la de un hombre que sabía perfectamente qué respuesta producía en las mujeres.

–Sí quieres. Recuerdo perfectamente cuánto lo deseas, Roxanne. Tu cuerpo no ha cambiado y lo sé todo sobre él. Puedo sentir cada matiz, descifrar todas sus señales.

Roxanne controló el abrumador deseo de darle un rodillazo. Los ojos de Haidar brillaban como si lo supieran todo.

–Mi repentina aparición te ha descolocado. Por eso estás a la defensiva y te muestras enfadada. Quieres que me vaya solo para poder recuperarte.

Un rodillazo pequeño. Solo uno. Pero la sonrisa de Haidar estaba hecha para hacerle ceder un poco más.

–Puedes recomponerte mientras yo estoy aquí. Me prepararé una taza de té mientras. Incluso puedes vestirte si quieres. Lo digo por si necesitas la fortificación de la ropa –se apoyó más cómodamente en el quicio de la puerta, como si estuviera preparado para pasar varias horas allí hasta conseguir su objetivo.

Roxanne miró hacia el pie estratégicamente situado en el umbral.

–Sin embargo, yo te aconsejo que te marches ahora. Necesitas dormir mucho para enfrentarte a lo que te espera. He oído que eres candidato para el puesto. El puesto más importante.

La expresión de Haidar permaneció inmutable, pero podía sentir su sorpresa. Y su desmayo. Al parecer confiaba en que siguiera siendo un secreto. Finalmente movió uno de sus magníficos hombros.

–Las noticias vuelan por aquí. Igual que los rumores, las exageraciones y las mentiras.

–Esto no es ninguna de esas cosas. Y por eso estás aquí.

Haidar sonrió.

–¿Y si te digo que estoy aquí por ti?

–Te diría que es mentira. Y te voy a dar otro consejo. Mis vecinos entran y salen constantemente y reciben muchas visitas a todas horas. Eres una persona famosa, y apuesto a que si te ven en la puerta de una mujer que está en albornoz, las imágenes estarán en Internet en cuestión de minutos. No es un modo prudente de empezar tu campaña para subir al trono.

Haidar fingió preocupación durante un instante y luego volvió a sonreír.

–¿Lo ves? Has mejorado en tus consejos sobre estrategia. Podrías hacerlo todavía mejor si estuviéramos en un ambiente más cómodo.

Roxanne suspiró.

–Muy maduro. Vete, Haidar.

Él se cruzó de brazos.

–¿Por qué? Dame una razón aceptable.

–¿Quién dice que tengas que aceptarla?

Él inclinó la cabeza y la miró con sus ojos fríos como el acero.

–¿Todavía me la quieres devolver por haberte hecho llamar aquel día como si fueras un lacayo y por pensar que tenías derecho sobre ti?

Roxanne apretó los puños.

–Utiliza esa memoria que tienes para recordar que no tengo nada que devolverte. Yo solo...

–Cálmate, me acuerdo. Pero eso ya quedó atrás. Así que repite conmigo: «Todo eso es pasado, ¿quieres entrar, Haidar?».

–Todo eso es pasado. ¿Quieres marcharte, Haidar?

Él descruzó los brazos y se puso en jarras.

–¿De verdad crees que existe una posibilidad de que lo haga? Estoy empezando a perder la fe en la claridad de tu juicio.

Roxanne apretó los dientes. Haidar le dirigió una última mirada y luego se dio la vuelta.

¿Se marchaba? Roxanne le vio alejarse y obtuvo una buena visión de su trasero y el resto de sus atributos. Solo verle despertaba en ella el deseo.

Pero la estaba engañando. Haidar no se rendía. No sabía hacerlo. Sin embargo, ahora estaba al final del pasillo que llevaba a los ascensores. Se estaba yendo de verdad.

Pero antes de tomar el giro que le hubiera hecho desaparecer de su vista, Haidar se detuvo en seco. A Roxanne le dio un vuelco al corazón. ¿Sería capaz de...?

Él se giró y llamó al timbre del vecino más alejado.

¿Qué diablos...?

Sin detenerse, siguió reculando sobre sus pasos, se detuvo en el segundo apartamento más y también llamó al timbre. Y luego al del más cercano a ella. Entonces se colocó en medio del pasillo girado hacia ella y deslizó con calma la mirada por todas las puertas.

Antes de que Roxanne se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, se abrió una de las puertas. Y dos segundos más tarde, otra. Luego la última de ellas. Entonces sus vecinas se quedaron mirando a Haidar con expresión de asombro al reconocerle.

Haidar dijo:

–Siento haberlas molestado, señoras. No sabía cuál era el apartamento que buscaba.

–¡Oh, Dios mío! ¡Es usted! –Susan Gray, la directora de una multinacional de la construcción balbució como una adolescente–. ¡Es el príncipe Haidar Aal Shalaan!

Haidar sacudió su regia cabeza, provocando que su cabellera ondulara como una cascada de seda.

–No, solo soy su doble. Una dama me ha pagado cinco de los grandes por Internet para cumplir

su fantasía de que la domina. Normalmente cobro menos, pero ella quiere hacer varias perversiones. Me dio esta dirección y esta planta, pero no el número de apartamento. ¿Quién de ustedes tiene fantasías con ese tal Haidar?

Sus vecinas se le quedaron mirando, luego se miraron entre ellas y finalmente a Roxanne. Al fin y al cabo era la única que estaba en albornoz.

Salió del apartamento y avanzó con los pies descalzos por el suelo de mármol. Él la miró con fingida incertidumbre.

–Ah, ¿es usted? –la miró de arriba abajo–. No imaginé que estaría usted tan bien.

Haidar miró a las vecinas mientras ella daba el último paso y le agarraba de las solapas de la chaqueta. Él hizo como si tratara de zafarse.

–Eh, señora, el trato es degradación en privado. Las exhibiciones públicas le costarán un dinero extra.

Roxanne esbozó una sonrisa falsa y miró a sus vecinas.

–Lo siento, chicas. Haidar es un viejo amigo. Cuando le dejé hace ocho años carecía de sentido del humor, pero al parecer se ha vuelto todo un bromista –tiró de él hacia su apartamento mientras hablaba, y por segunda vez en su vida deseó que la tierra se abriera y se tragara a la gente. En la primera vez también estaba él.

Haidar se resistió y miró a sus vecinas con expresión implorante.

–No conozco a esta dama. ¿Es peligrosa?

La expresión de las vecinas indicaba que no sabían si echarse a reír o preguntarse si su vecina tenía un lado oscuro.

–Tú ganas, ¿de acuerdo? –le murmuró Roxanne al oído arrastrándole hacia su casa.

Una vez en la puerta, les dirigió a las vecinas una última mirada avergonzada, le empujó dentro y cerró de golpe. Entonces se giró hacia él. La sonrisa de Haidar iluminaba su hermoso rostro.

–Te lo advertí. La próxima vez ríndete a la primera.

Roxanne le clavó el talón en el pie. Fue como golpearse contra un trozo de acero. Le empezó a doler toda la pierna y se puso a la pata coja gimiendo.

Haidar la agarró de los brazos y la sostuvo riéndose.

–Eres un estúpido inconsciente –Roxanne le golpeó el pecho con una mueca de dolor.

Él gimió. Fue sin duda un gemido de placer. La parte salvaje de su deseo solía excitarla, pero tal vez no le importara cambiar de roles. Lo tendría en cuenta...

La trayectoria de sus pensamientos la llevó a golpearle de nuevo. Haidar se mordió el labio y los ojos le echaron chispas de placer.

–¡Después de esto ya puedes despedirte del trono! –exclamó Roxanne furiosa.

–Me parece justo. Siempre y cuando pueda por fin darte un beso de bienvenida –le levantó hasta que los pies de Roxanne apenas rozaron el suelo, y luego bajó la cabeza e hizo justo eso.

En cuanto sintió el contacto de sus labios, Roxanne entró en una espiral que la llevó directamente al pasado. Todo su ser quedó prisionero de la reencarnación de aquel primer beso que la había arrastrado a la adicción. Haidar se apoderó de su boca con la misma indolencia mezclada con la ferocidad de antaño. Su cuerpo había aprendido entonces a qué clase de placer inmenso llevaba aquella falsa paciencia, cómo ardía en llamas ante el mínimo roce.

El fuego era ahora más poderoso, alimentado por la furia y por ocho años de represión. Aquello no estaba bien, pero eso solo la llevó a desearle todavía más que al aire que respiraba. El mundo daba vueltas mientras ella se hundía en la firmeza de su cuerpo. Gimió al sentir el calor de Haidar cuando se quitó el albornoz y él la camisa. Su torso duro y cincelado se aplastó contra sus senos

hinchidos. Haidar acomodó su virilidad entre sus piernas abiertas, gimiendo al sentir su húmedo centro. Ella se ajustó a su cuerpo y le abrazó. La lengua de Haidar le puso todos los sentidos en alerta.

Pero de pronto él se apartó y la abrasó con el calor de su mirada.

–Tendría que haber escuchado lo que mi cuerpo sabe del tuyo y haber hecho esto en cuanto abriste la puerta.

Su arrogancia tendría que haber hecho que le rechazara. Pero el deseo se había apoderado de ella y la gobernaba. Haidar había ido allí para poseerla, y ella también lo estaba deseando. Sería un error negar...

Entonces se escuchó el sonido seco de unas llaves sobre el cristal que cubría la mesa de caoba que tenían al lado.

Cherie.

–No te vas a creer quién me estaba esperando. Nada menos que Ayman, diciendo que quería hablar conmigo. Y yo...

Cherie interrumpió su balbuceo. Roxanne la miró por encima de los hombros de Haidar, y se hubiera reído de la expresión de asombro de su amiga si no hubiera estado tan nerviosa. Si Cherie hubiera llegado un poco más tarde Haidar estaría hundido dentro de ella embistiéndola hasta hacerle perder la razón.

–Cherie... –fue lo único que pudo susurrar.

–Oh, Dios, yo... no quería... –Cherie se detuvo un instante–. Nunca pensé que tú...

Nunca pensó que encontraría a su cerebral amiga desnuda y abrazada a un hombre al lado de la puerta donde ella podría verla en cuanto entrara.

Haidar se apartó lentamente de ella. Roxanne vio cómo la expresión de su rostro pasaba de deseo ardiente a resignación.

–¿Una compañera de piso, Roxanne?

–¿Qué estoy haciendo todavía aquí? –balbució Cherie corriendo hacia el interior del apartamento–. Lo siento, chicos. Por favor, seguid. Yo no estoy aquí.

Cuando escucharon cerrarse la puerta del dormitorio de Cherie, Haidar estaba ya abrochándose la camisa. Durante un instante Roxanne no entendió por qué no podían seguir las indicaciones de Cherie. Luego recuperó la cordura. Se ató el albornoz a la cintura y Haidar sacudió la cabeza ante su tardía falta de modestia y se dio la vuelta.

Una vez en la puerta, se giró hacia ella otra vez con los ojos todavía entornados por el deseo.

–Volveremos a vernos, *ya naari*. Pero la próxima vez será en mi territorio. Y con mis condiciones –se tocó con la punta de la lengua el labio que ella le había mordido como si quisiera saborear su pasión.

–Hasta entonces –le susurró dirigiéndole una última mirada incendiaria.

Capítulo Tres

–Daría un brazo por conocer tu secreto, Roxanne.

Roxanne se quedó mirando a Kareemah Al Sabahi. Era la tercera y última puerta a la que había llamado para explicar la broma de Haidar. Pero Kareemah no necesitaba explicaciones porque había visto cómo se desarrollaba toda la escena a través de la cámara del interfono. La llegada de Cherie unos minutos después la había llevado a imaginar que iban a hacer un trío, pero al instante vio salir a Haidar.

–Así que dime, ¿cómo consigues que los dioses vengan a llamar a tu puerta?

–Si te refieres a Haidar, ya te he dicho que...

–Y yo te he creído. Pero, ¿cómo explicas lo del otro dios?

Roxanne se dio cuenta entonces de que Kareemah no la estaba mirando. Tenía la mirada fija en algún punto en la distancia.

Había alguien detrás de ella.

Se dio la vuelta. Y el corazón se le subió a la boca. No. Otro Aal Shalaan no.

Jalal.

Estaba al lado de la puerta que ella había dejado abierta, vestido con un traje gris y una camisa del color de sus ojos dorados, con las manos lánguidamente en los bolsillos y con aspecto de recién salido de la portada de una revista.

Por segunda vez en menos de veinticuatro horas, uno de los dos hombres que no quería volver a ver jamás había reaparecido en su vida.

Kareemah le tiró del brazo para obligarla a girarse.

–Estoy deseando que me des una pequeña clase sobre tus métodos –dicho aquello le dirigió a Jalal otra mirada ardiente y volvió a su apartamento.

Roxanne se quedó mirando la puerta que Kareemah acababa de cerrar. Estaba confusa.

–Cuánto he deseado volver a verte a lo largo de todos estos años.

Sintió tal nudo en el corazón que pensó que le iba a estallar. La furia se abrió paso. No iba a permitir que otro de los gemelos Aal Shalaan se la llevara por delante. Ya había traspasado el límite la noche anterior.

Se dio la vuelta con la esperanza de que no se le notara que estaba temblando.

–Vaya, si está aquí uno de los dos malnacidos más deseados de la región.

El calor de su rostro no disminuyó cuando sacó las manos de los bolsillos y abrió los brazos en un gesto que siempre la llevaba a correr hacia ellos.

–*Ullah yehay 'yeeki, ya*, Roxanne.

Literalmente «que Dios te guarde», una de las frases cariñosas que solía decirle, habitualmente cuando Roxanne soltaba alguna perla. Eran muy parecidos y se llevaban de maravilla. Pero eso también resultó ser una mentira. En los años posteriores no supo qué traición le dolió más, si la

suya o la de Haidar.

–Escucha, amigo, he tenido una noche espantosa y las cosas van a ir a peor en un futuro cercano, así que, ¿por qué no te largas? No sé que te ha traído hasta aquí pero no quiero oírlo.

–¿Ni siquiera si he venido a suplicar tu perdón?

Roxanne se acercó a él.

–Eso ya lo he oído antes. Y sigue sin interesarme lo más mínimo.

La había llamado dos años antes suplicándole que se vieran. Roxanne colgó. Y él no volvió a llamar.

Se detuvo a un metro de él y tuvo que alzar la vista para mirarle a pesar de llevar sus tacones más altos. En respuesta a su mirada, Jalal hizo algo que le provocó una punzada en el corazón. Le cubrió la mejilla con delicadeza y le dijo con ternura:

–Gracias a Dios los años han sido tan benevolentes contigo como te mereces. Te has convertido en una mujer maravillosa, Roxanne.

Jalal era otro caso en el que el tiempo había conspirado para convertirlo en un ejemplo de perfección viril. El joven que ella había conocido no podía ser más guapo, poseía una belleza totalmente distinta a la de su hermano gemelo, el Jalal maduro se había convertido en un gigante salido de un cuento de *Las mil y una noches*.

–Te he echado mucho de menos, mi querida amiga.

Y ella también.

Le llevó a su apartamento, cerró la puerta, entró en el espacioso salón, se dejó caer en el sofá y le miró mientras Jalal se acercaba hasta detenerse frente a ella.

Roxanne hizo un gesto de impaciencia.

–Adelante. Arrástrate.

Jalal suspiró y asintió.

–Pero primero quiero asegurarme de algo. Aquel día llegaste sin que te oyéramos. ¿Nos escuchaste a Haidar y a mí hablar de nuestra apuesta?

Estaba en lo cierto solo a medias. Y no estaba dispuesta a revelar nada más.

–¿A ti qué te parece?

–Me parece que es la única explicación para lo que hiciste y dijiste. Aunque estuvieras enfadada con Haidar por ser tan posesivo, aunque dijeras la verdad sobre tu relación con él, no tenías motivos para terminar también conmigo. A menos que hubieras oído algo y lo hubieras malinterpretado.

Roxanne sintió una oleada de calor al recordar la humillación y el dolor de nuevo.

–No intentes jugar la carta de la mala interpretación. Lo que oí fue la verdad y actué conforme a ella para librarme de los dos malnacidos enfermos de la competición que sois. Fin de la historia.

Sus insultos no tenían ningún efecto en él. Igual que no lo habían tenido sobre Haidar.

Pero mientras Haidar la pinchaba y la fastidiaba, Jalal se mostraba indulgente y sumiso. Podría haberle golpeado hasta hacerle papilla si con eso se hubiera sentido mejor.

–Tú mejor que nadie sabes que una situación tiene muchas caras.

Ella no quería conocer más caras. Pero, ¿acaso no había estado muchos años deseando que hubiera más caras? Caras que demostraran que no todo lo que habían compartido había sido un medio para conseguir un fin patético. Así podría librar buena parte de sus recuerdos del castigo de la amargura y el resentimiento.

Los ojos de lobo de Jalal parecían leerle el pensamiento. Y seguramente era así. Siempre habían estado conectados.

–¿Si me siento a tu lado me pegarás un puñetazo?

–Arriésgate –le sugirió ella.

Jalal se sentó a varios centímetros de ella, envolviéndola en su calor y en una nostalgia que le provocó un nudo en la garganta.

–Tengo que hablarte de algo que debí explicarte hace mucho tiempo. Mi relación con Haidar.

A Roxanne le dio un vuelco el corazón al escuchar aquel nombre. Y por el modo en que lo dijo. Y la frialdad de su mirada.

Trató de encogerse despreocupadamente de hombros.

–Dado que no os hablabais, yo misma me hice a la idea de lo que pasaba. Vivís para competir el uno contra el otro.

–¿No tienes curiosidad por saber la razón?

–La típica rivalidad entre hermanos, ¿qué otra cosa puede ser? Como tú has dicho, penoso. Pero sobre todo aburrido.

–Ojalá fuera eso. Pero más bien se trata de un dolor insalvable y desgarrador –se pasó una mano por la cara en gesto de cansancio–. Tú sabes lo radicalmente distintos que somos. Así nacimos. Pero a pesar de todo éramos inseparables. Hasta que todo empezó a ir mal. Y el principio de las fricciones y la rivalidad tiene una fecha concreta: la fiesta de nuestro décimo cumpleaños.

»Estuve a punto de quemar el palacio y Haidar se ofreció a cargar con las culpas.

»Empezó a tratarme con una reserva a la que yo no estaba acostumbrado. Cuando me di cuenta de que no era algo pasajero me sentí perdido. Necesitaba recuperar a mi hermano gemelo. Traté de forzar la proximidad de la que yo tanto dependía observando todos sus movimientos, exigiéndole que compartiera todo conmigo como antes. Pero solo conseguí que se distanciara más y me desesperé. Empecé a hacer cosas para provocarle una reacción emocional, y Haidar blandió entonces una nueva arma: demostrarme a mí y a todos los demás que era mejor que yo en todo.

Jalal se rio sin ganas.

–Y por supuesto, nuestra madre alababa todas sus proezas en los estudios, en los deportes e incluso con las chicas. Yo quería recibir la misma admiración por su parte. De vez en cuando me hacía algún halago, pero tenía la sensación de que eran las migajas del festín de Haidar. Tardé años en superar la necesidad de su aprobación, pero nunca me resigné a perder la relación con Haidar.

Roxanne se quedó mirando su adusto perfil. Nunca pensó que las cosas fueran tan complicadas entre ellos. Jalal echó la cabeza hacia atrás y la apoyó en el respaldo del sofá.

–Así estaban las cosas entre nosotros cuando te conocimos en el baile real.

A Roxanne le dio un vuelco el corazón dentro del pecho. Recordaba perfectamente aquella noche. Llevaba solo un mes en Azmahar. Le estaba agradecida al destino por el trabajo que había llevado a su madre y a ella hasta allí. Cuando fueron invitadas al baile se sintió como una princesa que entraba en un mundo soñado. Aquella impresión se hizo más fuerte cuando conoció a Jalal.

Pero entonces vio a Haidar.

Su visión, una aparición de grandeza distante y reservada, había despertado toda clase de emociones contradictorias en su interior. Se puso a la defensiva, sintió la llamada del desafío y al mismo tiempo se derritió de deseo.

Jalal se giró ahora hacia ella en el sofá.

–Percibí la instantánea atracción que sentiste hacia él, y le desafié como de costumbre, esta vez por ti. Los dos sabemos lo lejos que Haidar llevó aquel desafío. Pero te juro que yo olvidé

aquella estúpida apuesta en cuestión de minutos. Todo lo que tú y yo compartimos fue real. Fuiste la amiga con la que podía compartirlo todo, la hermana que nunca tuve.

Y Jalal era el protector, el confidente, el hermano que ella siempre había anhelado tener.

Temerosa de abrirle su corazón y mostrarle el agujero que le había dejado su pérdida, Roxanne entornó los ojos.

—¿Y por qué esperaste seis años para buscarme? Y además te rendiste después de una sola llamada.

—Porque cuando te marchaste y no volviste a llamarme, di por hecho que nos habías escuchado y que sentías hostilidad también hacia mí. Mi primer impulso fue salir corriendo y decirte lo que te acabo de contar ahora. Pero cuando me dirigía a tu casa a la mañana siguiente supe que tu madre había sido... despedida con poco honor. Así que no fui a verte porque pensé que el contacto conmigo resultaría perjudicial para ti.

Roxanne parpadeó sorprendida.

—¿Nunca te preguntaste por qué echaron a tu madre? ¿Creíste que Haidar te estaba castigando por medio de tu madre por haberle dejado?

—¿Tan descabellado te parece?

Estaba claro que sí.

—Prefiero pensar que hay algunas líneas que no se atrevería a cruzar.

—¿Te parece que seducirme por una apuesta es una línea que se puede cruzar, pero destruir la carrera de mi madre para recuperarme no lo es?

—Entonces, si no era Haidar quien te preocupaba si tú y yo seguíamos siendo amigos, ¿quién era?

—Mi madre —afirmó Jalal.

Roxanne se quedó boquiabierta.

—No tengo pruebas —reconoció él torciendo el gesto—, pero siento su mano en este asunto. Ha utilizado tácticas similares para alejar de Haidar y de mí a las personas que no aprueba. Por eso esperé a que ella estuviera en el exilio para ponerme en contacto contigo. No tenía forma de saber hasta dónde sería capaz de llegar si supiera que todavía formabas parte de mi vida.

Roxanne le miró sin dar crédito. No había considerado aquella posibilidad. Aunque tenía la peor opinión posible de la exreina Sondoss.

Dejó escapar un trémulo suspiro.

—Tu familia es una locura. Jalal.

—Dímelo a mí.

Roxanne sintió deseos de arrojarse en sus brazos y consolarle.

Los ojos dorados de Jalal brillaron con orgullo y cariño

—Has vuelto. Estás preparada para enfrentarte a tus demonios. Ahora creo que tenerme en tu vida no despertará en ti recuerdos dolorosos. Estás lista para recordar los buenos y crear otros todavía mejores. Y yo también he cambiado. Me he liberado de mi loca familia lo suficiente como para convertirme otra vez en tu refugio. Y en tu protector.

Las lágrimas que Roxanne llevaba ocho años conteniendo le resbalaron por las mejillas. Los dos abrieron los brazos a la vez y Jalal la estrechó contra su pecho y le besó la coronilla.

—¿Significa esto que me crees?

Ella levantó la cara temblando de emoción.

—¿Qué otra cosa podría significar?

—Que eres tan buena que me perdonas aunque sigas creyendo que me hice amigo tuyo para

seducirte y apartarte de Haidar.

Roxanne sonrió y le puso un dedo en el hoyuelo de la mejilla izquierda.

–No hubieras podido seducirme. Y tampoco querías hacerlo –se puso de pie y le tomó de ambas manos–. No he desayunado todavía. ¿Me acompañas?

La sonrisa de Jalal podría haber iluminado el mundo.

–Claro.

Durante la siguiente hora hablaron, se rieron y compartieron novedades y opiniones como si no hubiera pasado el tiempo. Estaban tomando una taza de té de menta cuando Jalal dijo:

–Ahora que eres mi amiga y mi hermana otra vez, necesito tus servicios profesionales.

Ella alzó una ceja con gesto burlón.

–Sin conocer los detalles, tengo que recordarte que la amistad y el trabajo no casan bien – Roxanne cruzó las piernas en el sofá–. Pero dime, ¿de qué se trata?

Jalal imitó su postura.

–Dada tu posición, seguro que has oído que cuatro de los mayores clanes de Azmahar se han acercado a mí para proponerme que sea su candidato al trono.

–Me pidieron que valorara a los candidatos. Tú, Rashid Aal Munsoori y Haidar sois los finalistas.

–Quiero que seas mi asesora, mi consejera. Estoy bastante perdido en este asunto y necesito la guía de alguien en quien pueda confiar, alguien neutral que conozca los entresijos de la política y la economía del lugar. ¿Conoces a alguien más en la Tierra que se ajuste a este perfil?

–Con esos criterios no –Roxanne se mordió el labio–. Te agradezco el voto de confianza, pero... –aspiró con fuerza el aire–, esto me pondría en contacto con... él.

–Entonces mi búsqueda ha terminado. No creo que Haidar y yo estemos nunca cerca el uno del otro en esta vida. Llevamos dos años sin hablarnos.

»Aquel día, hace ocho años, quedamos en que no volveríamos a vernos nunca más. Pero luego volvíamos a juntarnos una y otra vez. Durante la crisis de Zohayd parecía incluso que empezábamos a estar tan unidos como cuando éramos niños. Pero entonces volvimos a enfrentarnos. La última vez que nos vimos renegó incluso de nuestro lazo de sangre.

Roxanne dejó escapar un suspiro entrecortado.

–De acuerdo, lo haré. Pero me aseguraré de que no haya un conflicto de intereses con mi trabajo y no te proporcionaré ninguna información que pueda otorgarte una ventaja injusta. Y por supuesto, mi ayuda será estrictamente informal, no oficial.

Salvaría a todo un reino de tener a Haidar por rey.

Capítulo Cuatro

–¿Hasta dónde está dispuesto a llegar por ella?

Haidar parpadeó, incapaz de apartar la vista de la segunda imagen más maravillosa que había visto en su vida.

Era algo mágico. Las ondulantes aguas turquesas lamían la orilla en delicada danza.

Y él que pensaba que nada podría volver a dejarle sin aliento. Al parecer se estaba volviendo un blando con la edad. Una mujer menuda y descalza en albornoz había conseguido el mismo efecto.

–¿Ella? –repitió la palabra mientras clavaba la vista en su compañero, un hombre de mediana edad mucho más bajo que él.

–La propiedad –se explicó el hombre.

Había llamado a Khaleel para darle las coordenadas de dónde estaba y le dijo que quería comprar aquel sitio. En menos de una hora se presentó allí un agente inmobiliario. Estaban en la terraza.

–Como puede ver, aparte de la exclusiva localización natural, la casa es en sí misma un prodigio de diseño. Todas las suites, las zonas de estar y los comedores tienen vistas al mar. Todo está dispuesto en una exquisita amalgama de estilo otomano y andaluz, con fuentes y jardines interiores que...

–Ya lo he visto –le interrumpió Haidar–. Me lo ha enseñado al llegar. Cerremos el trato.

Al agente le brillaron los ojos con codicia.

–Cuando el dueño supo que se trataba de usted dijo una cifra exorbitante. Por eso le he preguntado hasta dónde está dispuesto a llegar.

Haidar deslizó la mirada por el lugar que se correspondía con la imagen que tenía del paraíso.

–Ponga un precio.

El hombre parpadeó ante su sequedad. Luego se lamió nerviosamente los labios y dijo la cifra.

Haidar silbó. No le extrañaba que tantos hombres se hubieran quedado con las ganas de adquirir aquel lugar. Cuando parecía que el agente empezaba a impacientarse, Haidar señaló a lo lejos.

–Añada esas dunas y las tierras que quedan más allá de la carretera y acepto. Envíeme el contrato y los detalles de pago. Quiero tener esto terminado mañana por la mañana.

Antes de que el hombre pudiera expresar su satisfacción por la magnitud de aquel acuerdo, Haidar se despidió y se dirigió hacia su coche.

Podría haberlo conseguido por la mitad de lo que le pedían. Pero valía la pena lo que había pagado por aquel santuario de soledad y paz. Además, tenía que guardar su poder de negociación para lo que le esperaba.

La guerra de reconquista de Roxanne.

Nada lograba mitigar el ardiente deseo que sentía por ella. Ni siquiera el haber buscado a solas el alivio mientras pensaba en ella. Solo se conformaría con saciar aquella hambre dentro de su cuerpo. Al menos tres veces al día. Durante un mes. Para empezar.

Haidar apoyó la cabeza en el mármol mojado mientras dejaba que el torrente de agua fría le atravesara la piel en un intento de sofocar el infierno que Roxanne había encendido en su cuerpo.

Salió de la ducha, se secó y cruzó la suite del hotel para agarrar el móvil. Marcó el número de Roxanne y apretó los dientes mientras esperaba a que contestara. Y lo haría porque no reconocería su número.

—¿Hola?

Haidar entornó los ojos. El mero hecho de escuchar su voz le provocaba una nueva excitación.

—¿Se ha marchado Cherie?

El silencio que siguió a su pregunta le indicó que la había dejado sin aliento.

—Si es así puedo ir a verte. O mejor todavía, ven tú. Estoy en el hotel Burj Al Samaa. Te estoy proponiendo una continuación de nuestra primera ronda de combate. Esta será en mi territorio y bajo mis condiciones.

—Eres...

Haidar se dio cuenta de que tapaba el auricular con la mano. Pero aun así pudo descifrar que decía:

—Enseguida acabo. Sí, tomaré otra taza de té.

Se le quedó congelada la sonrisa. Roxanne sonaba completamente distinta. Alegre y dispuesta. A él nunca le había hablado así, ni siquiera cuando le aseguró que la amaba. Entonces escuchó la voz que le respondió. Distante y acallada. Pero sin duda masculina.

Algo cálido y áspero le atravesó las venas como si fuera lava. Algo que nunca había sentido por ella.

¿Celos?

Seguramente estaría en el trabajo y se trataría de algún compañero, o de su asistente. Estaba sacando las cosas de quicio.

—Escucha, patán desesperante: me ha pasado la mañana tratando de arreglar el follón que montaste ayer, y lo único que haré si voy a tu refugio temporal será darte una patada donde más duele.

Sus amenazas le hacían gracia, pero esta vez no pudo reírse. No después de haberla escuchado hablar con un hombre. Sin embargo trató de darle una réplica a la altura.

—Vaya, vaya. ¿Te parece que esa es manera de hablarle al que será probablemente tu nuevo rey?

—En primer lugar, soy americana, por si lo habías olvidado. Así que como mucho el rey de Azmahar será mi jefe. En segundo lugar, las vacas patinarán antes de que tú seas rey. Así que deja de hacer perder el tiempo a todo el mundo y regresa volando al nido de buitres del que has bajado en picado.

Haidar sonrió.

—Solo bajaré en picado para llevarte conmigo. Sé que en realidad me encuentras irresistible.

—Al mundo no le importa nada que seas o dejes de ser irresistible. Y a mí menos. Pero a diferencia de ti, que está claro que no te interesa resolver esta crisis, sino apuntarte tantos, yo tengo trabajo que hacer —y dicho aquello colgó.

Haidar volvió a reírse a carcajadas y media hora más tarde hizo unas cuantas llamadas de teléfono. Le facilitaron la agenda con los eventos más relevantes de la semana siguiente. El más importante: la gala del día siguiente en el palacio real. Una reunión con las figuras económicas y políticas más importantes del panorama.

Roxanne iba a hacer de mediadora.

Aunque ella lo sabía debido a su posición, Haidar pensaba que su candidatura no era todavía de dominio público. Todavía podía mantener en secreto la razón de su visita a Azmahar.

Había llegado el momento de demostrarle que las vacas podían patinar.

Había llegado el momento de caer en picado sobre la corte de Azmahar.

Los últimos rayos de luz estaban dando paso al dominio de la noche aterciopelada cuando Haidar llegó al edificio que podría llegar a ocupar. Suspiró y salió del coche.

El Palacio de la Gloria continuaba siendo una de las mayores maravillas arquitectónicas del mundo.

Le pasó las llaves a un lacayo, subió de dos en dos las ciento una escaleras imperiales de granito blanco que llevaban a la entrada. Un instante después cruzaba las elaboradas puertas doradas de nueve metros y entraba en el majestuoso y abarrotado vestíbulo. Dirigió la mirada hacia la gente y apretó los labios. Teniendo en cuenta que la mayoría parecían salidos de un baile de disfraces, tenían mucho valor para quedarse mirando fijamente con la boca abierta.

Al parecer su presencia allí resultaba completamente inesperada. Y seguramente mal recibida. Tal vez no estaba tan equivocado después de todo y los que le apoyaban no sabían nada de lo que la gente de Azmahar realmente quería o estaba dispuesta a tolerar.

Pero daba lo mismo. Había aceptado el reto de Roxanne y llevaría aquel juego hasta el final. Y si aquel reino sin rey necesitaba de su liderazgo, se lo daría.

Se dirigió hacia su destino sin dilación. Hacía ocho años que no estaba allí, pero recordaba muy bien dónde tenían lugar los eventos más pomposos: en el salón de baile Quobba. Una vez allí suspiró aliviado por haberse librado de las miradas inquisidoras.

De pronto unos pasos se unieron a los suyos en el silencio. Venían de atrás. Eran firmes y seguros. No tenían intención de alcanzarle, solo de seguirle el ritmo.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Se detuvo. Y lo mismo hicieron los pasos que le seguían. Se giró lentamente venciendo la punzada de temor que le acosó y se quedó boquiabierto.

A veinte pasos de él se cernía un hombre tan moreno que parecía absorber las sombras. Más alto que él e igual de ancho, con una túnica que le cubría la camisa y los pantalones. Proyectaba una fuerza que Haidar no había sentido nunca en un ser humano. Tenía una postura falsamente relajada, con los brazos a los costados, el rostro ligeramente inclinado y los ojos oscuros que transmitían un mensaje, un conocimiento. Y se parecía a...

¿Rashid?

Todos los músculos del cuerpo se le tensaron. Pero no, no podía ser. La tenue luz engañaba su visión.

—He oído que ahora eres gigoló.

Aquella voz nada tenía que ver con el tono alegre y expresivo del hombre que una vez fue su mejor amigo.

Era Rashid. Había cambiado muchísimo, pero sin duda era él. Entonces se acercó y a cada paso que daba le quedaba más claro. El primo lejano y huérfano que había entrado a formar parte de la

vida de Jalal y de la suya no solo había cambiado, había sufrido una metamorfosis.

Su larga melena había desaparecido dando paso a un corte casi al cero. Y cuando estuvo solo a escasos metros, la vio: una cicatriz aterradora le cruzaba la cara desde el ojo izquierdo hasta la mandíbula antes de descender por el cuello.

–Y dime, Haidar, ¿cuánto tiempo llevas ocultando ese deseo tuyo de que te aten y te maltraten?

Haidar sintió una opresión de tristeza en el pecho por las dos décadas de amistad que al acabar le habían arrancado también una parte de humanidad.

Pero los lamentos no servían para nada. Ladeó la cabeza, consciente de que no habría tregua entre ellos.

–Que me dominen. El maltrato es una subcategoría completamente distinta.

–Es igual, demuestra que nunca se termina de conocer a alguien.

Lo encarnizada que se había vuelto la inquina de Rashid contra él volvió a dolerle.

–Así es.

Los ojos oscuros de su primo le quemaron como una brasa.

–Se dice que te exiliaste de Zohayd cuando tu madre trató de arrasar con la mitad de la región para servírtela en bandeja. Me pregunto si tuviste que esforzarte mucho en elaborar ese hecho.

Rashid era la persona que mejor sabía atravesar sus defensas, hacerle hervir la sangre. Pero una defensa acalorada era justamente lo que estaba esperando.

–Ya me conoces, Rashid. Ese tipo de cosas me salen solas.

–Así que ahora Zohayd te ha dado una patada en el trasero y vienes a iluminar Azmahar con tu presencia. Si me conocieras un poco sabrías que yo soy el encargado de lidiar con los sembradores de discordia.

Si no fuera por el tono sarcástico habría pensado que Rashid hablaba en serio. Aquel era el rostro de un hombre capaz de matar sin piedad.

Lo había hecho con anterioridad.

Pero a él no le importaba lo más mínimo. Había nacido con dos cosas: sin miedo y sin capacidad de recular.

–Se me ocurrió venir para ver si podía hacer algo para salvar Azmahar del horrible destino de verse gobernado por alguien con tus carencias. Ya sabes que soy generoso.

Algo letal cruzó por los ojos de Rashid.

–¿Cuánto les has pagado a esos clanes para que te escogieran candidato?

Haidar suspiró.

–¿Cuánto te han ofrecido a ti?

–Lo cierto es que me ofrecían lo que les pidiera. Mucha gente haría cualquier cosa para evitar que tú o tu asimétrica mitad subáis al trono.

Haidar se sintió de pronto muy harto. Odiaba aquella situación. Odiaba que tuvieran que seguir apuñalándose el uno al otro. Él nunca había deseado nada de todo aquello. Y ahora quería detenerlo. Aspiró con fuerza el aire.

–Nunca he pensado en el trono ni lo he deseado, Rashid.

–Esa es una estrategia muy conocida –Rashid se encogió de hombros–. La maniobra de la despreocupación. Eras el príncipe de dos reinos que no estaba en la línea de sucesión de ninguno de los dos. ¿Qué otra cosa puedes hacer aparte de fingir que no te interesa?

–No estoy fingiendo. Tras ver en mi propio padre lo terrible que es ser rey no se lo deseo a nadie, ni siquiera a ti.

–Me conmueve que me consideres tu peor enemigo, aunque creo que ahora comparto ese estatus

con el demonio de tu hermano gemelo.

La mención de Jalal terminó de clavarle del todo el cuchillo en el corazón.

–He venido detrás de ti solo para decirte que me voy a divertir mucho viéndoos a los dos luchar por el trono –tras haberle infringido las heridas que quería, Rashid se dio la vuelta. Se marcharía y cualquier posibilidad de arreglar su relación se perdería.

Haidar le agarró del brazo.

–¿Qué te ha pasado, Rashid?

Tras un aterrador momento, Rashid le quitó tranquilamente la mano del brazo y dio un paso atrás como si la cercanía de Haidar le repugnara.

–Siempre fuiste un hijo de perra egoísta, Haidar –afirmó con la mirada oscura.

–Dime qué te ha pasado.

–¿Te refieres a la cicatriz? Tendrías que haberla visto antes de la cirugía.

–Me refiero a todo.

Durante un instante pareció que Rashid no se iba a molestar en contestar. Y luego dijo:

–Bajé la guardia –su mirada podría haber pulverizado una roca–. Confíe en la gente equivocada.

Haidar dio un paso atrás.

–¿Estás diciendo que yo tengo algo que ver con esto?

–Es alentador ver cómo has perfeccionado el autoengaño, por no hablar del egoísmo, Haidar.

Haidar no entendía nada.

–Esto es una locura, Rashid. Sé que hemos tenido nuestras diferencias en los últimos años, pero...

–Querrás decir que hemos tratado de destruirnos el uno al otro.

–Yo he tratado de evitar que tú me destruyeras. Y lo que hiciera como respuesta a tus acciones era solo una cuestión de negocios.

–Esto también fue una cuestión de negocios –Rashid inclinó la cabeza y deslizó un dedo por la piel desfigurada de su cicatriz.

Haidar se le quedó mirando. Cada vez estaba más confundido.

–Estás diciendo cosas sin sentido.

–Tú también, si crees que puede volver a existir una relación personal entre nosotros.

Haidar volvió a agarrarle del brazo cuando trató de marcharse.

–Rashid, al menos me debes...

Rashid se dio la vuelta y gruñó:

–No te debo nada a ti, a Jalal ni a ningún miembro de tu familia. O mejor sí –sus labios adquirieron una sonrisa terrorífica–. Os debo mucho dolor y mucho daño. Y yo siempre pago mis deudas.

Haidar le dejó ir.

Capítulo Cinco

¿No había recibido ya su parte? ¿En qué habían consistido los dos últimos años entonces?

Haidar hizo un esfuerzo por no ir tras Rashid, tirarle al suelo delante de todos y obligarle a explicarse. Pero lo que iba a hacer era informarse. Necesitaba convencer a Rashid de que abandonara la lucha. Ahora que sabía que su primo pensaba que él tenía algo que ver con lo que le había sucedido, pagaría el precio que fuera por conocer la verdad.

Hasta entonces tenía otras batallas que librar.

Entró en el salón de baile como movido por un resorte. Las voces bajaron el tono y dejó de sonar la melancólica música de Azmahar.

La causa era Roxanne.

Estaba subiendo al estrado con seguridad y aplomo, sin asomo de vacilación o timidez. Iba vestida de forma discreta y llevaba la larga melena rojiza recogida en un moño bajo. Qué distinta a la cascada de fuego salvaje por la que había perdido la cabeza ocho años atrás. Y sin embargo esta faceta de ella también le excitaba.

Haidar observó cómo se dirigía a la gente con un tono cordial, seguro y controlado, y algo se abrió paso en su pecho. Admiración, orgullo... apretó los dientes. Tenía que acabar con la ternura. En aquel instante.

Salió de entre las sombras. Sería mejor que las miradas y las exclamaciones sonaran todas de una vez. Se abrió paso por el salón de baile sin que nada se lo impidiera hasta que pasó por delante de una mesa. La gente se apresuró a buscarle una mesa lo más cerca posible de Roxanne. Ella esperó con calma aparente a que se calmara el alboroto y a que Haidar tomara asiento. Pero él podía sentir su furia.

Finalmente pudo terminar con la presentación antes de entregarle el micrófono al primer orador. Haidar la vio bajar del estrado y dirigirse al fondo del salón. Tomó un asiento situado en la misma línea que Rashid, que estaba de pie en la entrada como un demonio guardando las puertas del Infierno.

Haidar les miró a los dos. Solo faltaba que entrara Jalal para que se completara el trío. Suspiró y trató de centrarse en lo que estaba pasando. Aunque ya no sabía qué pretendía conseguir.

La gente que más le importaba le odiaba profundamente.

Tal vez eso debería decirle algo. No había manera de escapar del legado de su madre. Tal vez solo podría ser una influencia malévola. No podía redimirse y lo mejor que podría hacer por Azmahar era mantenerse alejado.

Se giró y les dio la espalda. Había tomado una decisión. Les demostraría a ellos y a todo el mundo, empezando por sí mismo, que estaban equivocados.

Evitando el contacto visual con todo el mundo, Roxanne trató de salir de ahí antes de que la gente pudiera acorralarla con preguntas a las que no podía o no sabía responder. Y sobre todo, antes de que...

—¿Qué sentido tiene todo esto?

Había estado a punto de lograrlo. Apretó los dientes y se giró lentamente sobre los tacones para enfrentarse a Haidar.

Desde lejos resultaba impresionante. Y de cerca mucho más. Aunque pareciera imposible, estaba todavía más guapo que dos días atrás. Para empeorar las cosas, su voz de vino oscuro y terciopelo cayó sobre ella como una cascada.

—¿Esto ha sido una fiesta para los arribistas de la corte? Había suficientes como para vomitar.

Haidar acortó las distancias, acercándose demasiado para el decoro público. Su esencia y su virilidad le despertaron a Roxanne deseo y su angustia.

—Pensamos que teníamos que llenar las filas más bajas de la jerarquía antes de llegar a la cima.

—Así que quieres que el nuevo rey llegue con un gobierno ya formado.

—Solo será un gobierno provisional, hasta que el rey se siente en el trono.

—¿Quieres decir que el nuevo rey tendrá libertad para poner en el fondo de la caja las piezas que no le interesen?

—No creo que ese tipo de decisiones unilaterales sean ya bienvenidas en Azmahar.

—¿Crees que alguno de los candidatos aceptará una posición tan débil, una limitación semejante de poder? Incluso en las democracias los presidentes escogen a sus diputados. ¿Esperas que un rey de nuestra región no pueda elegir a la gente en la que confía?

—Siempre y cuando los escoja por sus méritos, no por nepotismo.

—No es mi caso, ni tampoco el de Jalal ni el de Rashid. Nos han escogido a los tres porque hemos demostrado que sabemos escoger a la gente adecuada para ayudarnos a dirigir nuestras empresas multimillonarias. No vamos a transformarnos en jefes de tribu si accedemos al trono.

Antes de que Roxanne pudiera contestarle y ganar terreno, Haidar continuó:

—¿Quieres un consejo sobre cómo hacerlo? Elimina a los que hablen fuera de turno y a los que pierden el control. Te quedarán unos quinientos. Los he contado. Esa es la gente que a mí me gustaría tener en mi gabinete de gobierno.

Eso era exactamente lo que ella había pensado. Maldito fuera. Pero no pensaba decírselo a él.

—Gracias por compartir conmigo tu sabiduría. Y ahora tengo que irme.

—De acuerdo. Te acompañaré.

—¿Por qué no mejor te quedas y completas el caos?

Haidar alzó las cejas en simulada sorpresa.

—¿Caos?

—Mi intención era que esto fuera un evento tranquilo, incluso un poco festivo para aligerar el tono opresivo del reino. Así que gracias por estropearlo todo.

—¿Yo? ¿Qué es lo que hecho? —preguntó él batiendo sus largas y oscuras pestañas.

—Tienes la capacidad de sembrar la discordia. Y lo haces constantemente, ya sea de un modo pasivo o activo.

Haidar palideció. Y luego fue peor. Sus ojos reflejaron agonía al apartarse de ella. Roxanne siguió la trayectoria de su mirada hacia la presencia más perturbadora del lugar: Rashid.

Como si hubiera sentido sus ojos, Rashid se dio la vuelta. Roxanne se estremeció ante la fuerza que ardía entre ambos hombres. Sorprendentemente, el odio solo estaba en una de las partes. Lo

que emanaba de Haidar era intenso pero tenía una textura distinta: desaliento.

Haidar volvió a clavar los ojos en ella.

–Alégrate, Roxanne. Voy a sacar mi perturbadora presencia de las zonas habitadas –entonces se dio la vuelta y salió del salón de baile.

Roxanne fue tras él. Tuvo que correr para alcanzarle. Haidar se giró hacia ella con algo parecido al dolor en la mirada.

–¿Qué te pasa? –le espetó.

–Muchas cosas. De todo.

–Dime, ¿qué he dicho para provocar tu repentina retirada?

Al ver su expresión de sorpresa, se apresuró a añadir:

–Lo pregunto solo para poder repetir mi éxito en el futuro –esperó que le devolviera la pelota, pero no lo hizo.

–Tal vez te resulte extraño creerlo, pero no fui yo quien empezó.

Roxanne no pudo evitar sentir un nudo en la garganta ante su desconsolado tono.

Haidar entornó los ojos como si estuviera inmerso en los recuerdos antes de decir:

–Yo tenía veinte años y él veintiuno. Rashid y yo asistíamos al mismo curso. Habíamos empezado con nuestros proyectos de desarrollo tecnológico. Entonces su tutor murió. Ya no necesitaba en realidad tutor, se ganaba la vida desde adolescente. Pero su tutor dejó un rastro de deudas y Rashid quiso saldarlas todas. Esa fue nuestra primera pelea. Yo le dije que no tenía por qué hacerlo, no era asunto suyo, pero él aseguró que su honor así se lo exigía.

Haidar torció el gesto mientras recordaba.

–Lo tenía todo pensado. Estaban construyendo una base militar americana en Azmahar, y el Ejército del país estaba reclutando jóvenes. A los más importantes les prometía una financiación increíble y ventajas en educación. Él estaba convencido de que sería uno de ellos y calculó que podría pagar la deudas en cinco años mientras hacía algo que siempre había admirado y conseguía una educación que no habría podido costearse por sí mismo.

»Me impactó que escogiera universidad porque era la única que podía permitirse. Estábamos decididos a ayudarle, le dijimos que conseguiríamos el dinero de nuestro padre o de nuestros hermanos mayores. Pero es tan orgulloso que se negó.

»En aquel momento parecía casi seguro que fuera a haber un conflicto armado entre Azmahar y Damhoor debido a las estupideces que habían cometido mi tío y su clan. Todos le dijimos que sería una locura alistarse al Ejército justo cuando iba a empezar una guerra. Dios, no sé cómo no le estrangulé.

El gesto se le contorsionó con frustración y angustia.

–Por lo que cuentas, tendría que haberte querido todavía más por preocuparte por su seguridad.

–Nuestra respuesta al miedo que teníamos a perderle no fue la mejor. Yo fui especialmente duro

–Haidar se pasó la mano por los ojos–. Rashid solo nos tenía a nosotros. Y lo utilizamos. Jalal le presionó con la lealtad que nos debía. Pero yo le conocía mejor y pulsé otras teclas. Jugué todo lo sucio que pude.

–¿Y fracasaste?

Haidar asintió con pesar.

–Así que se alistó de todas maneras pero se llevó tu crueldad como último recuerdo de ti.

–Así es –los ojos de Haidar mostraban su propio infierno–. Entonces se desencadenó la guerra. Zohayd y Judar intervinieron, pero no antes de que murieran miles de hombres en ambos bandos. Rashid estaba entre los desaparecidos. Nos volvimos locos buscándole durante semanas. Y

entonces regreso, exhausto pero ileso, guiando a su pelotón a través del desierto.

Haidar siguió hablando.

–Le condecoraron como a un héroe de guerra, pagó las deudas de su tutor, acumuló títulos universitarios en un tiempo récord y tomó parte de dos conflictos armados más antes de cumplir los veintiocho. Por aquel entonces todavía nos hablábamos.

Lo que significaba que la época en la que ella dejó a Haidar fue también la de su ruptura con Rashid.

–Entonces, ¿lo ocurrido antes de que se alistara al Ejército no fue la causa de vuestro distanciamiento?

–Sí había un distanciamiento. Respondía a una llamada de cada cinco, y cuando venía de permiso nuestra relación no era la misma. Apenas salía con nosotros, y cuando lo hacía sopesaba cada una de sus palabras. Eso provocó mi resentimiento –Haidar apretó los labios–. Entonces un día me dijo que le habían ofrecido un puesto importante, pero no me dijo de qué se trataba, solo que estaría la mayor parte del tiempo viajando. Me dio la impresión de que me estaba diciendo que no esperara volver a saber de él.

Haidar se pasó los dedos por el pelo.

–Desapareció de la faz de la Tierra. Y entonces, hace tres años, me llamó de repente. Parecía que estuviera borracho, y eso me sorprendió mucho porque el Rashid que yo conocía era un adalid de la sobriedad y la vida sana. Me dijo que necesitaba ayuda, me dio una dirección y luego colgó. Corrí hacia allí pero no encontré nada.

–¿No estaba él?

–No encontré nada literalmente. No existía el lugar. Seguía llamándole, pero el número que me había dado estaba fuera de servicio. Días después me mandó un mensaje diciéndome que había estado bebiendo y que por favor lo olvidara. Le contesté con otro mensaje suplicándole que quería verle. Nunca me respondió. Frustrado ante su actitud, hice todo lo posible para olvidarle. Un año después, cuando se resolvió la crisis de Zohayd, regresó a mi vida. Convertido en mi enemigo número uno.

»Pensé que se estaba vengando de mí para demostrar que era un año mayor que yo y un año luz más inteligente, así que le llamé y le ofrecí que fuera mi socio: lo que habíamos soñado cuando éramos niños. Me respondió diciendo que la última vez que me estrecharía la mano sería cuando yo firmara para entregarle todo lo que tenía y que luego no volvería a ponerse en contacto conmigo jamás. Me sentí tan frustrado por su rencor que no volví a hablar con él. Hasta hoy.

Eso le hacía pasar de bruto desalmado a alguien que solo lo parecía. Pero eso no cambiaba el daño que había causado.

–Pero nada de eso explica su odio, ¿no crees? Solo fueron palabras. Y él debía saber que no las decía en serio.

–¿Así que entre sus muchos talentos está el poder de leer el pensamiento?

Haidar torció el gesto.

–Lo que quiero decir es que tendría que haber puesto mis palabras en su contexto. Y aunque hubiera pensado cada palabra que dije sigue sin ser motivo para querer quemarme vivo.

–Depende de lo que dijeras.

–Cosas imperdonables –reconoció él.

Para Roxanne supuso otro shock escucharle admitir aquello.

–Al principio me sentía tan culpable que le dejé atacarme. Pero enseguida sus acciones me enfadaron tanto que me lancé a lo que terminó siendo una guerra. Me resigné a ser el culpable del

conflicto, pensé que merecía su animadversión y que no podía hacer otra cosa que continuar con nuestra batalla. Pero al verle hoy en persona sentí una descarga eléctrica de mil voltios.

Roxanne asintió.

–Es comprensible. Es un tipo aterrador.

–Ese es el problema. No es el tipo que yo conocí. Y esa cicatriz...

Ella frunció el ceño.

–¿Cicatriz?

Haidar la miró como si estuviera loca.

–¿Cómo no has podido verla?

–No le he visto de cerca. Y según mis fuentes, la primera reaparición de Rashid en Azmahar en los últimos siete años ha sido hoy. Parece que nadie le había visto hasta ahora.

–Eso tiene sentido –asintió Haidar.

Para ella no.

–¿Eso es lo que te sorprende tanto? ¿Su cambio de aspecto?

–No es solo eso. Se ha convertido en alguien completamente distinto.

–Ser soldado puede cambiarte. Y estar en un conflicto armado más.

Haidar sacudió la cabeza.

–Eso pensé yo, pero hay algo más. Algo le ha sucedido. Algo terrible.

–¿Más terrible que estar en la guerra?

–Sí. Y él cree que yo tuve algo que ver.

A Roxanne le dio un vuelco el corazón dentro del pecho.

–¿Y está en lo cierto?

Haidar se puso tenso, como si hubiera recibido un golpe en el estómago.

Haidar era muchas cosas, pero no era un monstruo. No podía tener nada que ver con la desfiguración de su amigo. Se mordió el labio inferior.

–¿Qué vas a hacer para demostrarle que se equivoca?

–Tengo que investigar. Será difícil, porque no lograré que nadie descubra nada que Rashid ha conseguido mantener tan en secreto.

–Dime qué puedo hacer para ayudarte.

Cuando los ojos de Haidar se clavaron en los suyos había en ellos agradecimiento. Estaba conmovido.

–Haidar... –a Roxanne se le llenaron de pronto los ojos de lágrimas.

Antes de que pudiera decir una palabra más, se encontró aprisionada contra un muro de noventa kilos de virilidad. Su gemido de asombro fue acallado por la posesión de su boca. La lengua de Haidar entró en ella reclamándola, conquistándola.

Su sabor, su calor y lo que le estaba haciendo, el modo en sus manos buscaban sus secretos despertaron su locura. Se retorció contra él.

Él se inclinó y le mordió los pezones a través de la blusa, erectos para recibir el placer. Haidar continuó devorándola mientras sus grandes manos subían bajo la falda, le bajaban las braguitas mojadas y le agarraba las nalgas con fuerza y deseo para levantarla, abriéndole las piernas.

Perdida en un abismo de inconsciencia, Roxanne se aferró a él, solazándose en su poderosa erección cuando se le acomodó entre los muslos. Una tormenta la atravesó al sentir su dureza embestir contra ella y gimió mientras él la besaba con más pasión y aumentaba el ritmo, simulando una posesión enfebrecida. Roxanne abrió más las piernas para él, para que hiciera lo que quisiera con ella.

Roxanne le gritó en la boca mientras el pulso del placer la atravesaba. Haidar no tenía piedad, continuaba frotándose contra su tembloroso cuerpo hasta que ella se convirtió en una masa inerte y satisfecha entre sus brazos.

Haidar bajó el ritmo de los embates y luego los detuvo.

Capítulo Seis

–Ven a casa conmigo, Roxanne.

Haidar escuchó su voz ronca y agónica. Su cuerpo haría explosión si le decía que no. Pero no lo haría. Cada centímetro de su maravillosa voluptuosidad estaba rendido a él. Le miraba con los ojos muy abiertos por la explosividad de aquel encuentro, y quería más.

Haidar sentía deseos de golpearse el pecho por haberla hecho llegar al orgasmo tan rápidamente. Resultaba gratificante saber que todavía podía volverla loca con solo tocarla. Pero su excitación había pasado ya de la línea roja.

–Dime que sí, Roxanne –presionó con los dedos la delicia de su piel y su cuerpo se estremeció al sentirlos.

Tenía los senos todavía temblorosos, igual que la roja y carnosa boca. Los ojos le ardían con un brillo esmeralda.

Le diría que sí. Y se pasaría el resto de la noche poseyéndola y complaciéndola en cada esquina de la casa que había comprado para...

Algo atravesó la barrera de sus pensamientos. Un sonido. El poderoso y lento ritmo de unos pasos.

Roxanne se puso tensa y luego se apartó de él como si se hubiera visto de pronto abrazada a un monstruo.

Incapaz de pensar ni de moverse, Haidar se quedó allí quieto mientras ella trataba de bajarse la falda. Y luego se marchó corriendo sin mirar atrás.

–Tengo mucha curiosidad, Haidar.

Haidar se giró con movimiento agónico. Rashid se estaba acercando desde el salón de baile con movimientos lentos y firmes y el rostro impávido.

–Dime, Haidar, ¿cómo has conseguido el éxito que tienes? Los hombres que no pueden mantener la bragueta cerrada no se distinguen precisamente por la disciplina necesaria para conseguir y mantener ese éxito.

Haidar apretó los dientes y contuvo el deseo de pegarle un puñetazo en la cara.

–¿Ya estás buscando tu venganza, Rashid?

–Lo cierto es que te estoy haciendo un favor. Una cosa es una demostración juvenil en la puerta de la consejera política económica más conocida del reino. Sobre todo porque mis informaciones dicen que te quedaste en su casa solo el tiempo suficiente para recibir una bofetada. Y al día siguiente ella hizo la ronda como una madre que tuviera que pedir disculpas por las gamberradas de su hijo adolescente. Pero atacarla sexualmente en medio del evento público y vital que ella ha organizado, en un corredor y contra la pared... tenía que evitarlo.

–¿Y por qué quieres salvar mi imagen? Creí que tu deseo era pulverizarla.

–Tienes vicios mucho más relevantes con los que puedo desacreditarte.

–Te deseo suerte con ello, Rashid. Y para que quede claro, ahora te odio tanto como tú me odias a mí.

–Entonces mi trabajo está hecho. Por hoy –Rashid hizo una burlona reverencia y se detuvo una fracción de segundo al pasar por delante de él–. Ah, Haidar y esa mujer... es buena.

La sangre se le subió a la cabeza cuando agarró a Rashid del brazo.

–No te atrevas a...

–Es muy buena. Esta noche la he estado mirando, he observado cómo los demás le responden. Está organizando lo que parece ser la única oportunidad de Azmahar de conseguir la estabilidad. No sabotees su credibilidad ni su eficacia.

Y dicho aquello siguió su camino con aquel aura de crueldad que le rodeaba como un campo de fuerza. No miró atrás.

Haidar tuvo que reconocer que Rashid tenía razón en una cosa: corría el peligro de destruir todo lo que había conseguido. Durante los dos últimos años había cometido muchos errores que había logrado rectificar. Pero desde que regresó su capacidad para predecir las consecuencias había mermado mucho. Desde que volvió a ver a Roxanne.

Salió del corredor y atravesó la masa de gente que trataba de detenerle. Fueron diez minutos interminables antes de que pudiera volver al hotel.

No podía ir a su nueva casa. La fantasía de continuar allí la noche con Roxanne estaba tan presente que podría provocarle daño si iba solo.

Aunque tal vez no tuviera que ir solo.

Excitado otra vez ante la perspectiva, marcó su número. La llamada fue rechazada. A la tercera vez captó el mensaje. Una vez pasada la locura, Roxanne estaría furiosa por haber cometido aquella grave indiscreción. No había mirado atrás, no supo quién les había pillado. Haidar aparcó en el primer arcén de la carretera y le mandó un mensaje para decirle que solo se trataba de Rashid.

Cuando volvió a conducir se dio cuenta de la tontería que había escrito. ¿Solo Rashid? Roxanne debía estar ahora loca de ira al pensar que había quedado expuesta ante un hombre cuya opinión le importaba más que la de todo el reino junto.

Maldiciéndose, Haidar paró otra vez el coche y le mandó otro mensaje:

Según Rashid la culpa es toda mía. Cree que tú eres buena. Muy buena. No ha pasado nada.

Confiado en que aquello bastara para aliviarle la ansiedad, continuó conduciendo. Le daría tiempo a Roxanne a volver a casa y se presentaría allí.

No. Necesitaba una nueva estrategia. Había sido demasiado impaciente, demasiado ansioso, no había sabido escucharla. Ahora era consciente de que la única razón por la que se le resistía era el miedo a poner en peligro su posición.

Si abandonaba sus impulsivas incursiones y le aseguraba privacidad, estaba seguro de que se la llevaría a la cama. Tal y como había sucedido en aquellos meses de pasión robada.

Rashid, maldito fuera, también tenía razón en aquello. No podía ponerla en un compromiso. Tenía que aprender a controlarse. Y eso que pensaba que se le daba muy bien. Pero al parecer se debía solamente a que no tenía tentaciones.

Pero ver a aquella Roxanne madura, descubrir aquella nueva capacidad para hablar con ella y una afinidad sexual todavía mayor... eso sí era tentación.

Por suerte él suponía también para ella una tentación irresistible.

Roxanne se quedó mirando el mensaje de texto de Haidar por enésima vez durante aquella última semana.

Hubo docenas más después de aquel. Pero era este el que no podía dejar de mirar. Y cada vez que lo leía deseaba tenerle enfrente. Para romperle la mandíbula.

Desde aquel día se sentía mortificada. Había considerado seriamente la posibilidad de salir huyendo del palacio real y de Azmahar. Estaba convencida de que había echado a perder su trabajo, que sería el hazmerreír del reino.

Haidar había jugado con ella como el profesional despiadado que era. Suavizándola con una reacción inesperada tras otra antes de contarle aquella historia tan conmovedora, de dejarle ver un atisbo de aquella vulnerabilidad que ni siquiera sabía que existía. Y como golpe de gracia, la derrió con una de sus miradas y cayó redonda en sus brazos. Literalmente. Cualquiera podría haber entrado y verla abrazada a él en los estertores de un orgasmo. Rashid Aal Munsoori lo había hecho.

¡Y Haidar tenía el valor de decir que no había pasado nada!

No importaba que le hubiera asegurado que aquel incidente no le costaría ni el puesto ni la reputación. No importaba que hubiera visto a Rashid dos veces desde entonces y que la hubiera tratado con el mayor respeto y decoro. No importaba que realmente pareciera que no había pasado nada. Ella seguía queriendo hacerle daño a Haidar.

Por eso se dirigió a su casa. A su territorio. Y bajo sus condiciones. Y además Haidar se las había arreglado para que fuera también un acto oficial. Pero así al menos sería una más entre mucha gente. Había convocado a una delegación entera para hablar de asuntos importantes y urgentes.

Haidar había estado trabajando muy duro la semana anterior. Y para sorpresa de Roxanne, estaba trabajando aunque fuera de forma indirecta con Rashid y Jalal para controlar el vertido de petróleo. Los tres, cada uno con sus poderes específicos y sus estrategias, habían acorralado el problema por todos los flancos y estaban muy cerca de resolverlo.

Haidar había convocado a los cinco hombres a los que consideraba su gabinete para hablar de problemas económicos y diplomáticos muy graves. Ella iba como analista estadística con el jeque Al-Qadi.

Dejó escapar el aire y maldijo aquel estado de excitación.

Resignada, dirigió la mirada hacia el paisaje tras la ventanilla de la limusina que él había insistido en enviarle.

De pronto el terreno cambió y pasó de ser un desierto plano a un impresionante conjunto de dunas que iban a parar a una maravillosa orilla dorada. Se curvaba en una bahía que terminaba en un brazo de tierra que casi llegaba a tocar el oasis de una isla. Entre las dunas y la orilla había una propiedad llena de palmeras y olivos. Y con una casa en el centro.

Mientras al coche descendía desde un serpenteante camino que salía de la carretera principal, la casa se hizo más visible. Era impresionante.

Roxanne se quedó sentada con el corazón latiéndole muy deprisa y con la boca seca.

La belleza de aquel entorno unida a la perfección del atardecer se apoderaron de sus sentidos. Así que aquel era el hogar de Haidar en Azmahar. El hogar que algún día compartiría con la mujer que escogiera. También era la casa a la que le había pedido que fuera la semana anterior. Haidar y ella siempre se habían encontrado en sitios impersonales, llegaban por separado y se marchaban

del mismo modo. Resultaba irónico que ahora la hubiera invitado a su hogar para un asunto impersonal de trabajo.

El coche atravesó las enormes puertas de hierro. Le dio las gracias al chofer, se bajó del coche antes de que él pudiera abrirle la puerta y estiró la espalda mientras subía las escaleras. No esperaba que nadie, empezando por Haidar, la recibiera. Estaba allí por un asunto de trabajo. Se marcharía en cuando acabara.

Las puertas dobles de la casa estaban abiertas. No había nadie a la vista. Al parecer Haidar seguía sin ser partidario de tener gente cerca.

Entró y se quedó sin aliento. Al igual que el exterior, el interior de la casa era una mezcla de inesperada belleza.

–He llamado a este lugar Al Saherah.

Su voz le cayó como un rayo en el corazón.

Al Saherah. La Hechicera. Roxanne se dio la vuelta y se lo encontró bajo un arco que daba a otra parte de la casa. Estaba todo vestido de blanco y dolorosamente guapo.

Era ella la que estaba hechizada.

Tragó saliva para disimular el impacto que siempre le provocaba ver a Haidar.

–Este lugar es mágico.

Haidar avanzó hacia ella tan majestuoso y potencialmente letal como un felino.

–Pero estoy pensando en bautizarla como Al Naar Al Saherah. Para describir mejor a quien representa.

La Hechicera de Fuego. Roxanne se llevó involuntariamente la mano al pelo. ¿Cuándo había aprendido a hablar así? ¿No le bastaba con volver loco a todas las mujeres por el mero hecho de existir?

Negándose a hacer ningún comentario sobre aquel flagrante coqueteo, Roxanne se aclaró la garganta.

–¿Dónde están los demás?

–Nos hemos reunido en un maravilloso jardín interior que tiene un sistema de conducción de agua asombroso. Deja te que lo enseñe –la tomó de la mano y la guio con el entusiasmo de un niño–. Me enamoré de este lugar a primera vista.

Así que se enamoraba de los sitios. Y quería a sus amigos. Pero en lo que se refería a las mujeres, Haidar era indiferente. Estaba convencida de que la única razón por la que ahora la deseaba era porque suponía un desafío para él.

Roxanne se detuvo de pronto en seco y retiró la mano de la suya.

–Has dicho «nos hemos reunido»–le golpeó el brazo con toda la fuerza que pudo–. Ya no están aquí, ¿verdad? ¡Me has engañado!

Haidar se frotó el brazo y le brillaron los ojos.

–No te he engañado. Tú insististe en venir más tarde.

–No había necesidad de que asistiera a la comida y quería que estuvieras un rato a solas con los demás. Mi presencia solo hacía falta al final de la reunión.

–Pero tuvimos que terminarla antes de lo esperado. Los hombres de negocios no controlan su tiempo. Tuvieron que marcharse.

–Podrías haberme dicho que no me molestara en venir.

–Pero quería que vinieras.

Su voz, sus ojos cuando lo dijo... las imágenes hicieron explosión en su mente y las sensaciones se apoderaron de su cuerpo. Roxanne apoyó la cabeza en los puños y trató de

controlarla locura.

–Ya tengo claro que no permites que nadie te deje. Qué demonios, nadie tiene libertad estando cerca de ti. Y quieres castigarme por ambas transgresiones. Viniste a mi casa directamente nada más bajar del avión con esa idea en mente. Dime, ¿qué hay que hacer para satisfacerte? ¿Es necesario que arruines mi carrera?

–Eso es lo último que deseo, Roxanne.

Ella dio dos pasos hacia atrás cuando Haidar avanzó uno.

–Discúlpame por fiarme de tus acciones y no de tus palabras.

La mirada de Haidar se volvió más seria.

–Siento lo sucedido, pero no lo tenía planeado. Te juro que nunca quise hacerte daño. Y no volveré a ponerte en un compromiso.

Roxanne se le quedó mirando fijamente.

–¿Significa eso que me vas a dejar en paz?

–Significa que voy a ser la personificación de la discreción –se acercó a ella.

Esta vez Roxanne no se movió. Haidar la estrechó entre sus brazos. Al sentir que se rendía, la abrazó todavía con más fuerza sin tratar de disimular la carnalidad de su respuesta, de sus intenciones.

Quería sexo. Rudo y fuerte. Dominante y arrasador. Sin fingir ternura ni sentimientos. Haría explotar su cuerpo y disfrutaría de todo el placer que pudiera arrebatarse.

Ella también quería todo aquello. Se estaba muriendo de deseo.

Se apartó de sus brazos.

Haidar tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano por no tumbarla sobre cualquier superficie horizontal y acariciarla hasta acabar con su resistencia.

–Roxanne...

Ella alzó una mano. ¿Qué estaba haciendo? Luego se llevó ambas manos al pelo y se quitó las horquillas. La melena le cayó como una cascada de fuego por los hombros. Antes de que Haidar pudiera formular un pensamiento coherente, ella empezó a quitarse la chaqueta y luego se desabrochó la blusa, dejando al descubierto los suaves globos de sus senos. Dios, estaba... estaba...

Estaba desnudándose delante de él.

La erección de Haidar había sobrepasado el punto del dolor.

–Aunque esto sea una delicia cuando te haya tomado unas diez veces, ahora mismo es una agonía no ser yo quien te desvista –volvió a acercarse a ella esperando que le apartara, que continuara castigándole con aquella tortura.

Una vez más, Roxanne hizo algo que le provocó una nueva detonación de excitación. Le agarró, se subió encima de él y le enredó las piernas alrededor de la cintura, clavándole los talones en las nalgas mientras le hundía las manos en el pelo y le tomaba los labios con los suyos.

–Roxanne –su gemido fue el de un depredador.

Se apretó contra él, haciéndole tambalearse y caer sentado en un sofá con ella encima. Antes de que pudiera tomar aliento, Roxanne ya le estaba abriendo la camisa, clavándole los dientes en el pecho y succionando.

Haidar se revolvió debajo de ella, el placer de cada mordisco le resultaba insoportable.

–Roxanne, deja que...

Ella se soltó y acabó de rodillas entre sus muslos abiertos, desabrochándole con ansia los botones.

Haidar la observó. Su cerebro, cada centímetro de su ser se excitaba ante la belleza de sus hermosas manos bajándole los pantalones, hundiéndose en sus calzoncillos para rodearle con glotonería la erección. Tenía la mente nublada y el cuerpo se le descontroló en cuanto sintió sus labios en la sensibilizada punta de su erección.

Cuánto había echado de menos sus caricias, su boca, su respiración. Como había anhelado su respuesta, la libertad con la que se entregaba.

Pero esto se le estaba yendo de las manos. Tenía que... necesitaba tomárselo con calma, saborearlo, detenerla...

La boca húmeda y cálida de Roxanne cubrió la mitad de su erección.

–¿Cómo lo haces? –gimió acariciándole frenéticamente la sedosa melena–. ¿Cómo consigues que cada caricia me lleve al éxtasis?

Ella alzó la vista para mirarle y dejarle ver cómo estaba disfrutando, cómo sus labios y sus manos se fundían con su erección. Una marea caliente le subió por la entrepierna y ocupó hasta la última célula de su piel. Cayó hacia atrás rindiéndose a sus demandas. Unos segundos antes de hacer explosión trató de zafarse. Ella se sostuvo lamiéndole de forma insistente, incitándole a la locura. Y Haidar perdió la batalla.

Echó la cabeza hacia atrás, gritó su nombre, le clavó las manos en la sedosa melena de fuego y derramó su semilla en su boca. Roxanne le mantuvo la mirada mientras él se retorció entre sus labios y ella le secaba hasta la última gota.

Transcurrió un largo instante antes de que ella le soltara de sus rojos e hinchados labios. Haidar se quedó allí tumbado, tratando de recuperar el aliento y mirándole fijamente a los ojos. Pero en lugar de satisfacción lo que experimentó otra vez fue una pasión que consumió su cuerpo en un fuego aún más salvaje.

Trató de colocarla encima de él, pero Roxanne le apartó las manos. Antes de que pudiera moverse, ella se incorporó mirándole fijamente y le dijo con voz ronca:

–Te debía una. Ahora estamos en paz.

Y dicho aquello se dio la vuelta y se marchó.

Capítulo Siete

La parálisis de Haidar duró solo unos segundos. Luego se puso de pie, se subió los pantalones y corrió tras ella.

Roxanne se estaba abrochando la blusa mientras se marchaba, atusándose al mismo tiempo el revuelto cabello. Haidar sabía que le había oído acercarse. Y estaba claro que no tenía intención de detenerse ni de permitir que él la detuviera.

Pero lo hizo. Evitando que pudiera seguir andando. La levantó en brazos y le sonrió.

–Aunque ha sido delicioso, ¿quién dice que estamos en paz? Me debes ocho años de placer.

–Ocho minutos es lo único que conseguirás de mí. Y ahora bájame antes de que te dé un puñetazo.

Haidar le tomó las manos con una de las suyas.

–Primero tienes que recuperar el control de las manos –se dirigió hacia la suite esperando que Roxanne luchara, que hiciera cumplir su amenaza.

Pero ella se limitó a mirarle con una expresión vacía.

Cuánto la deseaba. El placer que acababa de darle solo intensificó el deseo que sentía por ella. Su necesidad de complacerla también estaba alcanzando niveles críticos. Quería verla desnuda, ardiendo y retorciéndose bajo sus manos, sus labios, su cuerpo, convulsionando en su cuerpo.

Llegó a la cama que había comprado solo para ella, grande y cubierta con unas sábanas de un tono más oscuro que sus ojos. La tumbó sobre el colchón y se colocó encima de ella, gimiendo al sentirla. Era la única piel que había sentido como realmente suya. Sus labios buscaron los de ella. Ella apartó la cara. Haidar le deslizó los labios por el cuello y bajó hasta el escote.

–¿Sabes cuántas noches he pasado en vela anhelando sentirse así? ¿Escuchar tus gemidos, tus suspiros y gritos, el recuerdo de tu cuerpo alrededor del mío resonando en mis células hasta sentir cómo estallaban?

Ella apretó los labios.

–¿Cuántas noches? ¿Dos?

–Más bien dos mil –afirmó Haidar.

–¿Y te sentías así antes o después de tener relaciones sexuales con otra mujer? ¿O con tres?

Haidar se apoyó sobre los brazos y frunció el ceño.

–No vamos a ir por ahí. Lo que hayamos hecho o dejado de hacer durante los últimos ocho años no es relevante. Vamos a disfrutar el uno del otro ahora –le siguió deslizando los labios por el cuerpo–. Y a partir de ahora estoy dispuesto a jugar a todos los juegos que quieras.

Roxanne le empujó.

–El único juego al que quiero es al escondite. Tú te escondes y yo no te busco nunca más.

Haidar frunció el ceño.

–¿Estás enfadada?

Ella le clavó sus ojos esmeraldas como dagas.

–Una medalla para el caballero.

–Pensé que esto formaba parte de ese juego sensual que has empezado. Eso siempre te gustaba.

–¿Estás borracho o qué te pasa? ¿Cómo puedes ser tan insensible y arrogante?

Haidar se tumbó de lado y miró confundido cómo se apartaba de él.

–Pero te he pedido perdón y te he prometido que nuestra relación no volverá a ponerte nunca en un compromiso.

Roxanne le rodeó y se levantó de la cama.

–Y como primer paso envías a tu chofer para que me deje contigo a solas en tu casa. La noticia ya habrá corrido por todo Azmahar.

–Te he enviado a Haleem, él nunca revelaría nada sobre ti ni aunque le apuntaran con una pistola. Por eso insistí en que vinieras. A mis invitados les dije que te había llamado para informarte de que se tenían que marchar y que no te molestarías en venir.

Roxanne apartó la vista y miró a su alrededor. Haidar se puso tenso mientras esperaba su reacción. Una oleada de placer le recorrió al verla bajo las luces doradas que había instalado para ella. Las cortinas ligeras de las puertas del balcón se agitaban como espirales mágicas y el cabello de Roxanne ondeaba en la brisa marina de la noche como una lengua de fuego.

Su diosa salvaje en toda su gloria. Al menos en su gloria vestida. Pronto tendría toda aquella voluptuosidad expuesta para su placer.

Afortunadamente, el ambiente sensual que había preparado para ella había surtido efecto.

Estaba menos furiosa cuando se giró hacia él.

–Te has esforzado mucho, ¿verdad?

–Todo para ayudarte a superar tus preocupaciones e inhibiciones. Y después de lo que me has hecho cuando todavía las tenías, no sé si sobreviviré cuando te dejes ir del todo.

El rostro de Roxanne se endureció.

–Qué poca discreción.

Haidar suspiró, perplejo ante su obstinada resistencia. Roxanne continuó:

–Has reconocido que fuiste un idiota. Apuesto a que hizo falta que vieras a Rashid para que dieras cuenta de eso, y también de que no tienes el trono en el bolsillo.

Haidar se puso de pie y la miró desde el otro lado de la cama.

–¿Qué es esto? Cualquiera diría que tienes algo contra mí. Que fui yo quien te dejó. ¿Tengo que recordarte que fuiste tú quien se marchó cuando ultrajé tu sentido de la independencia y pequé al pensar que era para ti algo más que una aventura? ¿Acaso mantener la relación en secreto no era exactamente lo que querías entonces y también ahora? Te estoy dando lo que siempre habías querido. No te exijo ni te pido nada. ¿Qué más quieres?

Siempre había sabido que no sentía nada por ella. Entonces, ¿por qué la confirmación le dolía tanto?

Haidar rodeó la cama con el revuelto cabello cayéndole por la frente, la camisa que ella le había abierto mostraba la magnífica escultura de su torso, del que apenas había tenido tiempo de disfrutar.

Se detuvo a menos de un metro de ella y la miró con creciente exasperación.

–¿A qué estás jugando ahora? ¿A qué viene tanta indignación? Según tú solo tuvimos una aventura sexual y fuiste tú la que le puso fin. Y ahora que sería factible y placentero para ambos resucitarla, ¿por qué te comportas como si te hubiera traicionado? ¿Como si te estuviera degradando y tratando de aprovecharme de ti?

–Porque lo hiciste entonces y lo haces ahora.

Haidar se la quedó mirando como si fuera un bicho raro. Y todo lo que llevaba años conteniendo salió de golpe.

–Ser sincero respecto a cómo conseguirás lo que quieres sin dar nada a cambio no te convierte en un hombre de honor. Y desde luego no te convierte en la víctima. Solo te hace ser un malnacido sin sentimientos a quien solo le importa conseguir lo que quiere y que utilizaría a quien hiciera falta para lograr sus propósitos.

–¿De qué diablos estás hablando?

–Estoy hablando de tu apuesta –le gritó ella.

Haidar se tambaleó hacia atrás con el asombro reflejado en el rostro.

–Lo sabes –murmuró.

–Nos escuchaste a Jalal y a mí aquella noche.

–Así fue como lo confirmé.

Haidar le bloqueó el paso cuando trató de dirigirse hacia la puerta.

–¿Cómo lo supiste?

–No te debo nada, y menos todavía una explicación. Y si quieres alguien para tus juegos sexuales puedo recomendarte a varias. Aunque estoy segura de que tienes tu propia lista de espera.

Haidar abrió los brazos para evitar que la rodeara y compuso una expresión frustrada.

–¡Dímelo, Roxanne!

Ella sintió el pecho pesado al recordar su humillación. Los ojos le ardían por las lágrimas largamente contenidas.

–¿A ti qué te parece?

Entonces Haidar cayó en la cuenta. Claro. Dejó caer los brazos y se apartó.

–Mi madre.

La furia de los ojos de Roxanne se lo confirmó.

–¿Cómo lo supo? –gruñó Haidar.

Ella se encogió de hombros.

–Dijo que lo sabía todo sobre Jalal y sobre ti, pero especialmente sobre ti.

La confusión de Haidar dio paso a la determinación.

–Necesito saber todo lo que te dijo.

–Te diré lo que dijo mi madre cuando te acercaste a mí en el baile esperando que cayera a tus pies.

Haidar entornó los ojos mientras recordaba.

–Tus palabras eran frías pero tus ojos echaban chispas. No podía pensar en otra cosa más que en acabar con tu resistencia, obligarte a admitir que tu deseo era tan instantáneo y poderoso como el mío.

Ella dio un paso atrás como si quisiera recular también de sus recuerdos.

–Mi madre te vio como realmente eres. También se dio cuenta de que me habías cegado y que debía contarme un secreto para evitar que cayera en las redes de tu seducción.

–¿Qué secreto te contó? Yo no tengo secretos.

–Claro que no. Tú presumes abiertamente de tus vicios y tus transgresiones.

Aquello le hizo callar. Sus ojos de acero, tan parecidos a los de su madre, se volvieron negros. Como si su opinión le doliera.

Roxanne ignoró el espasmo de culpabilidad que sintió al darse cuenta de que había exagerado.

–Era un secreto de ella. Estaba empezando su carrera profesional y se enamoró locamente de un miembro de la realeza. Descubrió sus actividades ilegales pero no fue capaz de dejarle. Sin embargo, él inventó pruebas falsas contra ella para defenderse en caso de que ella intentara acusarle, obligándola a salir del reino a escondidas para no verse públicamente expuesta a su desgracia.

Haidar entornó los ojos.

–¿Ese hombre era tu padre?

No era la primera vez que le preguntaba sobre su origen.

–No. Mi padre fue una aventura de una noche que tuvo cuando regresó a casa de Azmahar con el corazón destrozado. Pero unos años más tarde, ese miembro de la realeza necesitó su ayuda y le consiguió un puesto todavía mejor en Azmahar. No estaba en posición de decir que no. Fue entonces cuando volvimos aquí. El hombre trató de volver a llevársela a la cama con zalamerías, pero ella le indicó por dónde podía meterse sus mentiras.

Haidar no dijo nada. Estaba esperando el golpe final.

–Moraleja de la historia: no te líes con un miembro de la realeza –concluyó Roxanne–. Te utilizará para sus fines y se aprovechará de ti. Yo no la escuché y lo que me pasó a mí fue peor.

Haidar frunció el ceño.

–¿Qué quieres decir?

–Tú ni siquiera te diste cuenta de que mi vida era un desastre y de que mi futuro se estaba yendo al garete. Lo único que te importaba era que me presentara a tus sesiones de sexo programadas.

–¿Te refieres a tus problemas con los estudios?

A Roxanne le dio un vuelco al corazón.

–Así que lo sabías. Y no me preguntaste por ello ni me ofreciste una palabra de ánimo.

Haidar frunció todavía más el ceño.

–Jalal me dijo que al principio eras de las primeras de la clase y que luego empezaste a empeorar. Me dio a entender que yo era la razón de tu retraso. No supe qué decir ni qué hacer.

–Pensaste que nuestra relación y los aros que me hacías saltar para mantenerla en secreto estaban pasándome factura pero te dio igual, ¿verdad? Tú conseguías placer cuando te convenía, y al diablo conmigo y con mi futuro.

Haidar volvió a torcer el gesto.

–Lo único que veía entonces era que se lo habías contado a Jalal y no a mí.

–Y volvemos a lo único que te importa. Tu rivalidad con Jalal.

–No era eso. Se trataba de ti.

–Claro. Se trataba tanto de mí que no te importó que mi progreso académico estuviera en peligro a pesar de creer que eras tú la causa de que fuera a peor. Me conoces tan poco que pensaste que permitiría que una aventura impidiera mi excelencia en el trabajo.

–Pero... si yo no fui la razón, entonces... –se detuvo, cayendo otra vez en la cuenta.

–Al fin ves la luz. Sí, otra vez tu madre. Tenía más influencia en Azmahar que el resto de la familia real junta. Tu secretismo funcionó para mi madre y para el resto del reino, pero tu madre lo sabía todo sobre nosotros y decidió rectificar la situación. Lo descubrí cuando fui a protestar con mi profesora favorita sobre las notas inexplicables que me estaban poniendo. Me confesó que tanto ella como el resto del personal tenían instrucciones de aumentar la presión para que tuviera que marcharme si quería tener un futuro. Me aconsejó que dejara de hacer lo que estuviera haciendo para molestar a tu madre. Lo único que yo estaba haciendo... eras tú.

–Nunca me lo dijiste.

–No sabía si podía. Parecías ser parte suya.

El rostro de Haidar se volvió pétreo.

–Yo fui culpable de creer que te importaba cuando todo indicaba lo contrario. Al final decidí contártelo pensando que podrías intervenir para evitar que destruyera mi educación. Pero como es una mujer tan astuta, pareció oler mis intenciones y me mandó llamar. Fue muy revelador conocerla en persona. Entendí muchas cosas sobre ti entonces.

»Me soltó su veneno diciéndome que había tratado de ser compasiva, dejando que me marchara con el orgullo intacto. Pero como yo era tan estúpida como para provocar una confrontación, tenía que destruirlo. Me contó lo de tu apuesta con Jalal. Estaba muy orgullosa de tu talento para la manipulación y se alegraba de tu rivalidad con Jalal. Tal vez entonces no me diera cuenta, pero le debo mucho.

»Aunque era y seguro que sigue siendo una arrogante vil, su deseo de librarse de mí lo antes posible fue lo que impidió que siguiera siendo un peón en tus juegos de poder con Jalal. Como vio que no me lo terminaba de creer, me sugirió que fuera a escuchar la verdad de tu propia boca.

»Antes de que pudiera hacerlo tú me llamaste y me dijiste que lo dejara todo para acudir a ti. Fui tan estúpida como para creer que ibas a decirme que no era verdad, o que al menos tendrías alguna excusa para mitigar tanta maldad. Estaba tan ansiosa por aclararlo todo que llegué al apartamento antes que tú.

Haidar cerró los ojos un instante.

–Estuviste ahí todo el tiempo. Escuchaste todo lo que dijimos Jalal y yo.

A Roxanne le ardían las lágrimas.

–Fue entonces cuando descubrí lo mucho que te parecías a ella. Y decidí que no permitiría que ninguno de los dos ganara. Tú no me verías humillada ni con el corazón roto y ella no me vería salir huyendo con el rabo entre las piernas. Tu madre te educó para que utilizaras a todo el mundo. La mía me enseñó a mí a no renunciar a mi terreno.

Se hizo una larga pausa, finalmente Haidar dijo:

–Así que todo lo que dijiste, cada palabra que ha resonado en mi cabeza desde entonces era solo una manera de reclamar lo que para ti era tu terreno. ¿Y qué hay de las cosas que dijiste antes de ese día, Roxanne?

–¿Te refieres a cuando te dije que te amaba? Era absolutamente cierto –Roxanne apartó la vista, incapaz de lidiar con la tristeza que todavía seguía dentro de ella–. Pero nunca te culpé por eso. Me dejaste claro que no tenías nada que darme, fuiste sincero a tus principios. Yo fui lo suficientemente estúpida como para amarte aunque tú no me lo pidieras ni lo desearas. No tuve derecho a protestar cuando se me rompió el corazón.

Transcurrió otro tenso instante de silencio, y luego Haidar susurró:

–Yo no empecé aquella apuesta, Roxanne.

–Lo sé. Jalal me contó que fue él. No me digas que tú también te olvidaste de la apuesta en cuestión de minutos.

Él dejó escapar un profundo suspiro.

–No podría decirte algo así. Nunca la olvidé.

¿Acaso no tenía límite el dolor que podía causarle aquel hombre?

–Gracias por no hacerme perder el tiempo con mentiras.

En los ojos de Haidar asomó una sombra de dolor.

–La recuerdo constantemente porque tenía celos de Jalal. Estaba unido a ti de un modo del que yo no era capaz. Yo no sabía cómo conseguir que hablaras conmigo y te rieras como hacías con él.

Lo único que yo tenía era tu deseo físico. Así que lo aproveché al máximo, te excité de forma salvaje y con toda la frecuencia que pude con la esperanza de que fuera suficiente con eso. Pero nunca lo fue.

»En una de las fiestas a las que acudiste con tu madre, en la que me evitaste por el acuerdo que teníamos, te vi muy a gusto con Jalal. Parecíais encantados el uno con el otro. Y mi madre me comentó que teníais muchas cosas en común. Entonces mi incomodidad se transformó en miedo.

A Roxanne el corazón empezó a latirle con más fuerza.

–Primero pensé que era culpa mía que no pudieras mostrarte natural conmigo. Luego me enfadé contigo por no ser tan abierta conmigo como con Jalal. ¿Qué podía decirte? ¿Que quería caerte bien? ¿Que necesitaba tu compañía y tu amistad fuera de la cama? ¿Y si con eso conseguía que te dieras cuenta de que solo te interesaba sexualmente?

A Roxanne le dio otro vuelco al corazón. Nunca sospechó que Haidar pudiera sentir algo así.

–Entonces me enteré de que te estaba yendo mal en los estudios. Me enfadó muchísimo que no me lo hubieras contado. Solo pensé en lo que eso significaba para mí, en lo que decía de nosotros, y no en el problema que suponía para ti.

Ella apretó los dientes.

–Otro ejemplo de que eres la personificación del egoísmo.

Haidar continuó mirándola con intensidad.

–Jalal pensaba que se debía a mi influencia. Yo no sabía cómo dejar de interrumpirte en tus estudios sin renunciar a ti. Pensé que si Jalal tenía razón y tú llegas a la misma conclusión, tendrías que escoger entre tus estudios y yo. Me dio miedo que no me eligieras a mí. Sabía que no lo harías. Por eso seguí sin sacar el tema.

Roxanne seguía tratando de evitar la influencia de aquella nueva información que amenazaba con pulverizar las creencias que se había formado mucho tiempo atrás.

–Esa es también la razón por la que recordaba aquella maldita apuesta cada segundo que pasaba contigo. No porque tuviera miedo de perder con Jalal, sino porque tenía miedo de perderte a ti.

No podía ser, la idea que tenía de él, de el pasado, estaba muy bien trenzada. No podía cambiar con unas cuantas palabras.

Pero, ¿eran solo palabras o era la realidad? Ya había reconocido que Haidar no era culpable de no tener sentimientos en el tema de Rashid, sino que sentía demasiadas cosas y por eso no podía demostrarlas.

¿Le habría pasado lo mismo con ella? ¿Y si aquel era el único problema? No que hubiera heredado la crueldad de su madre, sino su incapacidad para desnudar su corazón.

Si ese fuera el caso seguiría siendo imposible tener una relación profunda con él pero reescribiría por completo la historia. Ahora estaba mostrando su corazón, comunicándose con ella como nunca pensó que lo haría. ¿Y si había madurado y había superado sus limitaciones emocionales?

Como si le hubiera leído el pensamiento, Haidar dijo:

–No compartir mis miedos y mis inseguridades contigo no sirvió de nada. Te perdí de todas maneras.

Si aquello era verdad, entonces lo que ella le había dicho, cómo se había marchado, debió romperle el corazón. Como sentía que él había hecho con el suyo.

Pero, ¿podía atreverse a creer? No había razón para pensar que nada de lo que había dicho no fuera verdad.

Sintió un profundo dolor. Cuánto habían perdido los dos por culpa de ella. Haidar continuó hablando con expresión abatida:

–Lo tenía todo planeado desde la primera vez que te hice mía. Quería que estuviéramos juntos mientras yo trabajaba para afianzar mi éxito y tú el tuyo. Pero sabía que teníamos que profundizar nuestro lazo, protegerlo de las intrusiones antes de enfrentarnos al mundo. Sabía que iba a ser muy duro con mi madre, la posición de la tuya y todos mis problemas.

Roxanne sintió deseos de gritarle que se callara, pero él siguió.

–Era muy complicado, pero yo creía que la pasión que compartíamos podría con todo. Y aunque no confiaba en mi habilidad para hacer feliz a nadie, cuando me dijiste que me amabas me diste esperanza. Pensé que habías visto en mí algo que yo no veía. Pensé que me darías el tiempo que necesitaba para confiar en mis nuevos sentimientos, en los deseos desconocidos, en la terrible vulnerabilidad. Pero no lo hiciste.

–Haidar...

Iba a protestar pero no pudo. Él tenía razón. No lo había hecho. De pronto ya no importaba la razón, el hecho seguía ahí. Haidar continuó con su cascada de amargura.

–Durante todos estos años he pensado en tus palabras de despedida, las he excusado. Te he excusado a ti. Me dije a mí mismo que te pusiste a la defensiva cuando me viste fuera de control emocionalmente por primera vez y tuviste miedo de que me volviera posesivo y controlador. Me dije a mí mismo que tenías todos los motivos del mundo para preocuparte por el desequilibrio de poder que había entre nosotros. Pensaba que debí asustarte, que por eso dijiste lo que dijiste. Nunca acepté que la mujer que amaba me considerara una aventura banal. En el fondo de mi corazón nunca creí que no me hubieras amado.

Antes de que Roxanne pudiera gritarle que su corazón había visto dentro del suyo él continuó:

–Ahora tengo que aceptar que nunca fue así. Lo demostraste con la primera prueba. Lo que me oíste decir podría haberse interpretado de muchas maneras. Tú escogiste la peor. Ya me habías condenado basándote en las palabras de peor enemiga. No me consideraste digno de ofrecerme la oportunidad de defenderme. Solo pensaste en proteger tu orgullo, en vengarte. Como si yo fuera tu enemigo y no el hombre al que asegurabas amar.

Roxanne sintió el impulso de decir algo. Pero sería demasiado tarde. Y Haidar no había terminado.

–Me has tratado como si fuera tu enemigo desde que he vuelto a aparecer en tu vida. Una vez más he culpado de ello a mis propias acciones y me he dicho que tu intenso deseo demuestra que sientes algo auténtico y poderoso hacia mí. Pero al parecer solo me dijiste la verdad una vez. Fui una aventura para ti. Lo disfrazaste con sentimientos más profundos para justificarte, pero lo cierto era que no estabas preparada para darme algo más que unas horas de placer. Ni siquiera me diste lo que le habrías garantizado a cualquier desconocido: el derecho a ser inocente hasta que se demuestre lo contrario.

Roxanne contuvo las lágrimas. No era el momento de llorar. Pero tenía que decir algo. Sin embargo, Haidar no se lo permitió.

–Pero no acepto tu veredicto, Roxanne. Tal vez sea culpable de algo, pero no me llevaré toda la culpa. Estoy cansado de que todo el mundo me demonice. Ya no voy a permitir que la gente que en una vez me quiso vea todas mis acciones bajo la peor luz –sus fosas nasales exhalan aire con furia–. Ni tampoco permitiré que me hagan responsable de las acciones de mi madre ni aceptaré que me consideren igual que ella. No solo soy hijo suyo, también lo soy de mi padre. Pero sobre todo soy yo mismo.

Antes de que Roxanne pudiera tomar aliento Haidar se dio la vuelta. Con el corazón encogido le vio cruzar la habitación que con tanto esmero había preparado para ella y donde le había rechazado una vez más. Una vez en la puerta se giró mientras se abrochaba la camisa con movimientos bruscos.

—Mi madre siempre me decía que ella era la única que me querría y que no confiara en nadie. Cada vez que no seguía su consejo perdía algo vital. A ti, a Jalal, a Rashid —terminó con los botones. En sus ojos solo había una frialdad de acero—. Acepto que el problema está dentro de mí, así que te digo lo mismo que les dije a ellos: Voy a salir de tu vida. Y esta vez no pienso volver.

Capítulo Ocho

–Vaya. Desde luego... vaya.

Roxanne cerró los ojos. No quería ver la incredulidad ni la compasión en los ojos de su compañera. Ya se estaba arrepintiendo de haberle contado nada a Cherie. Hacía menos de cuatro horas que Haidar había salido de aquel dormitorio. Fue tras él, pero enseguida se dio cuenta de que había salido de la propiedad. Haleem, el conductor que había enviado a buscarla, la esperaba para llevarla a casa. Se contuvo hasta que llegó. Pero en cuanto vio a Cherie todo salió en cascada. Las lágrimas y la historia entera.

–Vaya, y yo que creía que mi vida sentimental era un lío –exclamó su amiga–. ¡Eres la amante de un príncipe!

Roxanne se ahorró la molestia de decir «examante» y suspiró.

–Durante ocho años he estado cultivando mi rencilla contra él. Y entonces reaparece con su lado de la historia y aquí estoy yo, sintiéndome insegura y estúpida.

Cherie se rio sin ganas.

–Tú y yo tenemos el mismo problema pero al revés. Ayman ha sido siempre el que abre su corazón y yo la que se retrae. En tu caso, es tu príncipe el que echa el freno a la máquina de sus emociones mientras que tú te expresas muy bien, pero a tu manera. Cuando él necesitó que le dijeras que estabas en su equipo tú no actuaste como si estuvieras enamorada de él, sino todo lo contrario.

Roxanne se dejó caer hacia atrás y se llevó las manos a la cabeza.

–Adelante, ponme las cosas todavía peor que él.

Cherie sonrió a modo de disculpa.

–Solo estoy simpatizando con alguien que comparte mi incapacidad para expresar a raudales el amor. Al menos con el objeto de ese amor. Le entiendo.

Roxanne sintió una punzada en el corazón.

–Y yo estoy empezando a entenderle también. Cuando ya es demasiado tarde.

Cherie la abrazó, se levantó y, raro en ella, se dispuso a recoger los platos y las tazas.

–Esto es lo que vamos a hacer las dos: yo me abriré a Ayman y tú irás tras Haidar. Corremos el peligro de que ninguna de las dos maniobras funcione. Pero, ¿vamos a dejar que eso nos impida intentarlo?

Roxanne había empezado a pensar horas antes que era una idea terrible. Ahora sabía que era la peor que se le había ocurrido jamás. Ni siquiera Cherie había pensado que iría tan lejos. Pensó que solo llamaría a Haidar y le diría que quería verle. Pero Roxanne le había enviado un mensaje de texto diciéndole dónde y cuándo encontrarse con ella. Ya que se lanzaba, pensó en lanzarse de

cabeza. Pero no estaba funcionando. Llevaba ocho horas esperando. Pensó en todas las cosas que podían haberle retenido. Si es que tenía pensado venir. Pero tras la quinta hora ya no encontró excusas. De hecho pensó que se había enfadado todavía más con ella por su presunción.

Y además, ¿por qué iba a querer volver a verla? Estaba convencido de que había escuchado todo lo que tenía que escuchar de ella. Ya no tenía derecho a su paciencia ni a su indulgencia.

Sonó el teléfono. Roxanne corrió a descolgarlo presa de los nervios.

—¿Cómo estás, querida?

Roxanne tuvo que tapar el micrófono del teléfono para que no se escuchara su gemido de decepción.

Jalal.

¿Por qué le sorprendía tanto? La llamaba media docena de veces al día desde su primer encuentro. Al principio se dedicaron plenamente a su campaña. Pero desde su confrontación con Haidar hacía una semana solo seguía trabajando con Jalal porque le había dado su palabra. Eso y la necesidad de quitarse todo de encima para poder obsesionarse únicamente con Haidar. Roxanne se saltó los saludos formales para terminar cuanto antes.

—¿Has visto tu correo? Te he enviado el análisis demográfico.

—Sí, lo he visto —Jalal había percibido que tenía prisa, y tan caballeroso como siempre no dijo nada—. Un trabajo brillante. No sé qué habría hecho sin ti. Pero no te llamo por trabajo. No tenías muy buen aspecto hace dos días.

«Y tú no me haces ningún favor preocupándote», pensó. Pero dijo en voz alta:

—A veces tengo mucho trabajo. Pero estoy bien, no te preocupes, ¿de acuerdo?

—Como quieras —no parecía muy convencido—. He oído que has visto mucho a Haidar.

«Y quisiera verle todavía más. Mucho más. Pero eso no voy a decírtelo, ni tampoco dónde estoy ahora ni lo que quiero hacer».

—No he habrás mencionado nuestro acuerdo, ¿verdad?

—No —aunque no le hubiera dado su palabra a Jalal, no lo habría hecho. Cuando estaba con Haidar todo lo demás desaparecía.

—Esperaba que no le hubieras dicho que estoy en Azmahar.

—Pero él ya debe saberlo —aseguró Roxanne extrañada.

—No lo sabe. Mi aparición en la puerta de tu casa no fue tan teatral como la suya.

Así que Jalal estaba allí de incógnito. Pero, ¿por qué no quería que Haidar supiera de su presencia? ¿Temía que su hermano tratara de sabotearle?

—No te he contado todo sobre nuestra última confrontación —continuó Jalal—. Le acusé de formar parte de la conspiración de nuestra madre para dividir Zohayd.

Roxanne se quedó completamente impactada.

—Pero... pero Haidar fue quien descubrió dónde escondía ella las joyas, el que acabó con la conspiración.

—Lo sé. Pero hubo actividades inexplicables entre mi madre y él, enormes cantidades de dinero que él le entregó. Le pregunté por ellas y me dijo que dijo dónde podía meterme mis sospechas. Terminé acusándole de que solo nos ayudaba cuando ella estaba expuesta para que así él pareciera inocente, que nuestra madre había accedido a jugar ese papel desde el principio porque haría cualquier cosa para protegerle. Le dije que me había manipulado emocionalmente para que terminara rogándole que la enviara al exilio en lugar de a la cárcel, y que solo se estaban tomando su tiempo para idear otro complot y colocarle a él en el trono.

Aquello no era posible... no, no estaba dispuesta a volver a hacer lo mismo. No quería pensar

lo peor de Haidar. No sin otorgarle primero el beneficio de la duda y darle la oportunidad de explicar su versión. Pero lo que importaba ahora era otra cosa.

–¿Es eso lo que piensas?

–No –una única palabra llena de arrepentimiento y dolor–. Pero en lo que se refiere a Haidar no soy el hombre sereno que tú conoces. Estaba tan furioso, que dada su reticencia me resultaba imposible separar la rabia que sentía hacia mi madre de él. Haidar era indirectamente responsable de todo lo que ella había hecho, y quería arrojarle todas mis acusaciones para que se abriera y me lo contara todo, lo compartiera conmigo aunque fuera solo por una vez. No lo hizo. Sencillamente se marchó.

Como había hecho con ella. Al parecer era un experto. Pero una vez más, lo que parecía una acción insensible no era más que una reacción dolida. Haidar se había apartado del gemelo que, llegado el momento, se había comportado como si Haidar fuera su peor enemigo. Igual que ella. Le resultaba extraño cambiar la perspectiva, ver a su admirado amigo como el agresor.

De pronto sintió una presencia a la espalda.

–Lo siento, tengo que irme. Hablamos luego –fue lo único que le dijo a Jalal antes de colgar.

Aspiró con fuerza el aire al darse la vuelta. Era Haidar. Había venido. Avanzaba hacia ella desde el fondo de la terraza que daba al pasaje de piedra que atravesaba la playa de arena, convirtiéndolo en un muelle de madera que se fundía con la bahía y se ensanchaba en la plataforma circular donde estaba ella ahora.

En cuestión de segundos Haidar subió a la plataforma que ella había rodeado de velas encendidas. Brillaba como el dios del desierto que era al pasar entre las antorchas que ondulaban bajo la suave brisa y acentuaban cada una de sus facciones. Iba vestido todo de negro y con una camisa del color de sus ojos. Roxanne se quedó sin aliento. Todo su ser se estremeció ante la magnificencia de su aspecto.

Haidar dirigió la mirada hacia las velas y hacia la mesa de bufé situada al fondo de la plataforma y luego a las mesa para dos del centro.

–Veo que has invadido mi casa –dijo volviendo a mirarla a ella.

Roxanne se estremeció cuando su voz, impasible como su expresión, le recorrió los nervios como miel caliente.

–Solo el embarcadero –murmuró humedeciéndose los secos labios.

Haidar se detuvo a cuatro pasos de allí y se quedó tan quieto que parecía la estatua de un titán. Luego se metió las manos en los bolsillos con suma tranquilidad.

–Pensé que estábamos de acuerdo en que era mejor que nos mantuviéramos alejados el uno del otro.

Roxanne contuvo el deseo de salvar la escasa distancia que había entre ellos.

–Lo estábamos. Pero no al mismo tiempo. Ni por las mismas razones.

–La secuencia o la causa de tomar esa decisión vital no es importante. Siempre y cuando los dos estemos de acuerdo.

–El problema es que cuando tú tomaste esa decisión yo la abandoné.

–No voy a jugar a esto, Roxanne –aseguró Haidar mirándola fijamente pero sin cambiar la expresión ni el tono de voz.

–No es ningún juego. Yo nunca he jugado contigo.

–Quién lo diría.

–Tendría que haberte conocido mejor –Roxanne dio un paso hacia él–. El problema es que nos fuimos a la cama demasiado pronto. Y después fue imposible que no reaccionáramos de manera

hormonal cuando nos veíamos.

Haidar alzó una de sus oscuras y pobladas cejas.

–¿Estás diciendo que escogiste pensar lo peor de mí porque la pasión te impedía pensar con claridad?

–Has admitido que a ti te pasó algo parecido. Tenemos un problema de comunicación.

Él la miró sin ningún convencimiento. Roxanne lo intentó desde otro ángulo.

–Sopesaste la posibilidad de que pensara en Jalal mientras estaba contigo. Yo creí que tú pensabas en Jalal cuando estabas conmigo. Somos culpables de la misma estupidez, cada uno a su manera. Así que, ¿qué te parece si lo dejamos en un empate?

Él volvió a levantar aquella ceja imperial.

–Cómo te gusta decir eso, ¿no?

Ella sacudió la cabeza al ver el primer atisbo de cambio en su expresión.

–Y la última vez que lo hice tú me dijiste que no por ocho años. Ahora te creo.

Haidar se quedó completamente quieto otra vez. El acero de sus ojos parecía captar la luz de las antorchas.

–¿Qué es lo quieres, Roxanne?

Ella sacudió la cabeza ante la intensidad de la pregunta. Necesitaba soltarlo. Estaba deseando hacerlo.

–Te quiero a ti. Es lo único que he querido siempre.

Entonces Haidar se apartó, volvió a ganar la distancia que ella había ganado.

–¿Así que lo único que hacía falta para que cambiaras de opinión era que dejara de perseguirte?

–Si estás insinuando que he ido detrás de ti porque ahora supones un reto estás muy equivocado. Haidar entornó los ojos hasta convertirlos en láseres plateados.

–Entonces, ¿a qué se debe? ¿Al pequeño discurso que te solté antes de marcharme?

Roxanne asintió con dificultad mientras su cuerpo se derretía, preparándose para la pasión.

–Ese pequeño discurso sin duda me abrió los ojos. Y el corazón. Durante ocho años nunca pensé que tú tuvieras una versión distinta de la historia.

–¿Estás diciendo que si te hubieras enfrentado a mí entonces, me hubieras acusado de traición y yo lo hubiera negado, nada de esto habría ocurrido?

–No –admitió ella–. Confiaba muy poco en ti y en nuestra relación. Y si tú, que nunca te habías abierto a mí durante el año que estuvimos juntos, lo hubieras hecho de pronto, pensaría que solo me estabas aplacando para seguir adelante con tu apuesta.

–Así que ahora me crees solo porque piensas que la apuesta ha terminado y porque ya no me hablo con Jalal.

–No otra vez. Te creo porque los dos hemos crecido y hemos superado nuestra incapacidad para hablar el uno con el otro. Nos hemos estado comunicando durante nuestros duelos verbales. Y me ha dejado ver por primera vez tu vulnerabilidad y tus sentimientos. Eso me hizo darme cuenta de que te había deshumanizado aunque asegurara que te amaba. Y luego te demoniqué al pensar que tú nunca me habías amado a mí.

El silencio se alargó hasta que llegó un momento en el que pensó que Haidar no volvería a hablar. Pero de pronto se movió.

–Acepto tu oferta de paz. Vamos a comer.

Roxanne se quedó boquiabierta cuando pasó por delante de ella.

Una vez en la mesa, con perfecta elegancia y control, Haidar tomó asiento dándole la espalda al

mar. Las luces de la casa, unidas a las de los jardines y las del embarcadero, le iluminaban. Apoyó un codo sobre la mesa y se quedó sentado relajado y con actitud majestuosa. Dirigió de soslayo la mirada hacia la mesa del bufé.

–Me vas a servir, ¿no?

Roxanne entornó los ojos e hizo un esfuerzo por no sonreír.

–No tienes a la suerte.

Él también apretó los labios. Sus ojos no reflejaban nada. Girándose, Roxanne se dirigió a la mesa con el corazón bailándole en el pecho. La estaba dejando volver a entrar.

Mientras adornaba los platos con toda clase de aperitivos, Haidar exclamó:

–Date prisa. Los aromas me están haciendo la boca agua.

Roxanne volvió con pasos medidos para controlar el deseo de dejar los platos sobre la mesa, ponerse a horcajadas encima de él y devorarlo. Se colocó detrás de él, inclinándose para colocarle el plato delante y le rozó la espalda con los senos.

–Las cosas deliciosas le llegan a quien no le mete prisa al chef.

Haidar ladeó la cabeza y giró la cabeza parcialmente hacia ella bajando los ojos.

–No me digas que tú has cocinado todo esto –dijo abriendo su servilleta.

Roxanne se levantó como si fuera un robot. El contacto parecía no haber tenido ningún efecto sobre él, pero había conseguido despertar el deseo.

–¿Por qué te sorprende tanto? Sé cómo manejarme en una cocina –tomó asiento en su silla–. Pero tienes razón. No he cocinado yo. He trabajado mucho, pero siguiendo las directrices de la persona, Cherie es una cocinera increíble.

Haidar se limitó a asentir y empezó a comer con gusto. Se tomó los aperitivos y los dos platos principales mientras ella le miraba comer y trataba de entablar una conversación.

–Tu amiga debería montar un negocio de catering –alzó la vista para mirarla–. Yo sería cliente habitual.

–Le encantará saber que piensas eso. Estuvo a punto de desmayarse cuando vio tu cocina. Todavía no se cree que haya cocinado para un príncipe. Ni que te conozca.

Los ojos de Haidar se oscurecieron.

–¿Sabe lo bien que me conoces?

–Sabe lo bien que yo te conocía. Y eso que no te conocía de nada. Y también sabe cuánto deseo conocerte ahora en todos los sentidos.

Haidar se puso repentinamente de pie.

–Ha sido una cena maravillosa, Roxanne. Acepto tus... disculpas. Deseo que tengas el mismo éxito devolviendo Azmahar a su camino.

Ella se le quedó mirando con la boca abierta mientras se daba la vuelta y se marchaba. ¿Estaba yéndose otra vez? ¿Esta vez de buenas maneras? No podía dejar que lo hiciera. No lo haría.

Se puso de pie de un salto.

–Pero todavía no me he disculpado adecuadamente.

Haidar se detuvo. Y tras un largo instante giró la cabeza hacia atrás para mirarla.

–No, ¿verdad?

Y con aquella última mirada de suprema indiferencia, volvió a girarse y se marchó de allí como haría un león satisfecho tras haber devorado a su presa.

Hicieron falta unos segundos para que la duda y la vacilación dieran paso a la alegría y la determinación. Estaba más claro que la noche estrellada que Haidar quería que le persiguiera un poco más. Roxanne no tenía ningún problema con ello. Estaba deseando hacerlo. Iría tras él y le

atraparía aunque para ello necesitara el resto de su vida.

Capítulo Nueve

Haidar no disminuyó el paso, no miró atrás.

La manera de alcanzarle sería echando a correr. No lo haría. Él quería mantener las distancias y ella se lo permitiría. Hasta el dormitorio.

Haidar atravesó las puertas abiertas y desapareció en el interior. Una sonrisa asomó a labios de Roxanne cuando cruzó el umbral. Le dejaría con la duda un poco más.

Pero no pudo aguantar mucho. Se moría por tenerle. Entró en la antesala, pasó al dormitorio... y contuvo la respiración.

Haidar estaba reclinado en un sofá situado al lado de las puertas del balcón, con las piernas estiradas, sin chaqueta y con la camiseta parcialmente desabrochada. Y estaba leyendo un libro. No levantó la cabeza cuando ella se acercó. Dejó que se aproximara hasta situarse a escasos centímetros antes de alzar lentamente la mirada.

—¿Puedo hacer algo por ti?

Su tono bajo y grave resonó dentro de ella, le secó la boca y le derritió todo lo demás. En respuesta, Roxanne se quitó el chal.

—La verdad es que todo. Y no solo por mí. A mí. Conmigo.

Haidar siguió con la mirada el recorrido del chal de seda mientras caía al suelo. Al alzar la vista se detuvo en los senos, ahora hinchidos y firmes contra la tela. Cuando volvió a mirarla a los ojos, Roxanne temblaba de deseo como si la hubiera acariciado hasta la locura.

En lugar de ir hacia ella, Haidar cerró el libro y se relajó en el sofá sin dejar de mirarla.

Así que Roxanne fue hacia él.

Colocó una rodilla en el sofá y le deslizó las manos temblorosas por el ancho pecho. Haidar le sostuvo la mirada mientras ella gemía debido a las sensaciones que le provocaba tocarle. El intimidatorio bulto de los pantalones de Haidar adquirió un tamaño imposible. Pero cuando empezó a desabrocharle la camisa, él le agarró los antebrazos.

—Ya me has pedido... disculpas de este modo con anterioridad —sus ojos encerraban la promesa de una inminente tormenta. Le apartó los brazos mientras se levantaba del sofá con un movimiento rápido—. No estoy interesado en repetir lo mismo.

Roxanne se dejó caer en el sofá y le miró. De pie frente a ella, resultaba perfecto hasta el último poro. Sería un rey perfecto. Seguramente el único que podía salvar Azmahar en aquellos momentos.

Era su hombre perfecto. El único al que había deseado. O amado. Pasara lo que pasara, le pertenecía con el alma y el corazón.

Se levantó y sintió las piernas temblorosas.

—No te estaba ofreciendo lo mismo de siempre, pero, ¿qué clase de disculpas tienes en mente?

Otro silencio tormentoso. Y luego Haidar dijo en voz baja y clara:

–Rendición incondicional y total. E irrevocable.

Roxanne estuvo a punto de alcanzar el clímax allí mismo. Aquel hombre quería vengarse completamente de ella. Todo su cuerpo se estremeció como un nervio inflamado. En respuesta deslizó los tirantes del vestido por los hombros, se bajó la cremallera y dejó que la seda cayera a sus pies como los pétalos de una flor esmeralda.

Vestida únicamente con un sujetador sin tirantes, el tanga y los tacones de aguja, le dijo sin aliento:

–Hecho.

Los ojos de Haidar brillaron con una fuerza que estuvo a punto de hacerla caer. Su mirada la recorrió con deseo pero siguió sin moverse. Necesitaba una demostración más potente.

Roxanne se giró sobre las temblorosas piernas hacia la cama que estaba en medio de la habitación. Se subió encima, se tumbó en el centro y alzó los brazos hacia él.

Entonces Haidar se movió y se colocó a los pies de la cama mirándola.

–Esta vez me lo vas a dar todo, Roxanne. Todo lo que tengas. Todo lo que eres. Todo lo que no pensabas que tenías que dar. Si retienes algo no tomaré nada.

–Todo –ella asintió frenéticamente–. Y yo quiero que tú me lo des todo a cambio.

Algo salvaje apareció en sus ojos.

–¿Sabes lo que me estás pidiendo?

Roxanne se apoyó sobre los codos y recibió su amenaza con confianza y determinación.

–Oh, sí.

Entonces él le agarró los pies, tiró de ellos y la deslizó por las sábanas de seda para atraerla hacia sí.

–Quiero invadirte, marcarte, devorarte entera. Pero para eso tendrás que esperar –Haidar la giró y la colocó boca abajo en medio de la cama.

Roxanne se apoyó sobre los codos para poder mirarle mientras él le alzaba el cuerpo y la acariciaba y la mordía desde las plantas de los pies hasta la nuca, quitándole las braguitas y el sujetador y dejándola sola con las sandalias de tacón.

La acarició con ferocidad, poseyéndola. Cada vez que le hundía los dedos en la piel lo hacía con la fuerza exacta. Cada mordisco de sus dientes ofrecía la justa crudeza como para obtener el máximo placer de cada terminación nerviosa.

Algo se quemaba en el interior de Roxanne. Se onduló contra él poseída por la fiebre, apretando su piel contra la suya.

–*Arjook*, Haidar...

Al escuchar su súplica en árabe, Haidar gruñó algo entre dientes y la colocó debajo de él. Roxanne estaba allí desnuda, abrasada por la sensación de su piel a través de la ropa que él llevaba aún puesta.

–*Maafi raja*... nada de súplicas, *ya naari*, solo posesión.

La respiración de Haidar le quemó la mejilla, su aroma le inundaba los pulmones y todo en su interior se quebró. Roxanne gritó, se retorció sobre la espalda, se incorporó para besarle desesperadamente en la boca.

–Ocho años, Roxanne –gimió él dentro de su boca mientras la embestía con la lengua–. ¿Sabes cuántas veces te he maldecido por haberme privado de esto?

Haidar le deslizó los labios hacia el cuello y los hombros, saboreando cada temblor que la atravesaba mientras le recorría el cuerpo con las manos. Le puso una mano entre los muslos, atormentándola hasta llegar al centro. Le acarició los labios mayores con el pulgar en el mismo

instante en que la húmeda superficie de su boca se clavaba en uno de sus pezones.

Los dedos de Haidar la abrieron, comprobaron si estaba lista y deslizó dos de ellos entre sus ardientes e hinchados labios menores, deteniéndose en la entrada de su cuerpo. Ella gimió y se arqueó.

–¿Sabes lo frustrado que me he sentido al desear verte así, sentir tu fuego? ¿Sabes cuánto he anhelado esto?

Aquellos dados largos y seguros entraron en ella. Roxanne alzó las caderas y su gemido se transformó en grito cuando comenzó a acariciar su gatillo interior. Haidar gruñó satisfecho al sentir su carne húmeda cerrándose sobre él, tratando de conseguir un alivio a aquel tormento.

–¿Y sabes lo que es no poder hacer esto, pensar que nunca volvería a ser el dueño de tu piel?

La sensaciones se dispararon en su interior, más por la pasión y la emoción que alimentaban sus palabras que por el experto placer que le estaba proporcionando. Roxanne abrió todavía más las piernas para él ofreciéndole su rendición.

–Puedes tenerlo todo ahora –gimió–. Y siempre.

–*Saherah* –el dedo pulgar de Haidar acariciaba su excitable protuberancia en círculos rítmicos con la presión y la velocidad que ella necesitaba hasta que estuvo a punto de alcanzar el orgasmo.

Entonces dejó de hacerlo. Roxanne sabía lo que pretendía. La estaba castigando. Aunque después la recompensa sería todavía mayor.

Sentía que su cuerpo iba a hacer explosión si no la llevaba más allá del límite. Pero aquello era una prueba de la magnitud de su rendición. Dejar que Haidar le diera más de lo que podía soñar. A su manera. Antes de que pudiera verbalizar su rendición, él se colocó entre sus piernas.

–¿Y sabes cuánto he sufrido por no poder saborearte? –aspiró su aroma, gruñó como un león enloquecido por el olor de su hembra y soltó el aire sobre su carne trémula.

A Roxanne se le nubló la visión mientras él enganchaba los labios en los suyos, en los íntimos. Volvió a introducirle los dedos y también la lengua, lamiéndole en círculos hasta que ella sollozó.

Cuando Haidar hubo oído suficiente, cuando la hubo llevado en suficientes ocasiones hasta el límite para volver a arrastrarla de vuelta jadeando y estremeciéndose, la mordió en el punto exacto y con la firmeza justa.

Roxanne se retorció, convulsionó, se apretó contra su boca, se abrió completamente a su doble asalto sensual. Cada mordisco y cada embestida le provocaban mayores espasmos de placer. El clímax la alcanzó en varias oleadas. Haidar gimió, se bebió cada gota, continuó hundiéndose más en su piel hasta que alcanzó otro pico explosivo y se quedó vacía y saciada. Estupefacta.

¿La había llevado alguna vez a semejante éxtasis?

Roxanne recuperó poco a poco la visión y su mirada drogada buscó la suya como si quisiera obtener respuestas. Los ojos de Haidar brillaban satisfechos bajo la luz de las lámparas de aceite que ella había encendido.

A modo de respuesta, le dijo:

–Afortunadamente para los dos, el tiempo ha atenuado también mis recuerdos. O eso o has pasado de ser un anhelo a convertirte en adicción.

Roxanne sintió una oleada de orgullo y de alegría al escuchar aquella confesión y ante la visión de aquella fantasía hecha realidad. Haidar vestido entre sus piernas, ella desnuda y abierta para él.

–Pero todavía no te has disculpado del todo –Haidar se incorporó y comenzó a quitarse la ropa.

Se levantó de la cama para librarse de los pantalones y los calzoncillos en un único movimiento. Luego se cernió sobre ella y le presionó la erección contra el vientre. Sentir aquella

suave columna de mármol sobre la piel hizo que Roxanne se retorciera. Le maravillaba que pudiera acomodar tanta grandeza en su interior. Las sensaciones que recordó mientras se apoderaba de ella y le estiraba la piel hicieron que se arqueara buscando más. Haidar se apretó contra ella con más fuerza y le abrió los muslos con las rodillas, acariciándole los sensibilizados pezones con el vello del pecho.

En cuanto se colocó encima Roxanne le hundió la cara en el cuello y abrió los labios a su pulso. Cada músculo de acero se expandió, se marcó. Ella gimió de alivio al sentir su peso, su poder, el sabor y la textura de su piel bajo los labios, la delicia de respirarle.

–¿Sabes cuánto he necesitado tenerte así, debajo de mí? ¿Sabes lo loco que me volvía de deseo por estar dentro de ti? –su tono bajo estaba cargado de dolor y tristeza por los años perdidos.

–*Haidar, habibi, kamm ana aasfah...*

Al escuchar que le llamaba «mi amor» y le decía cuánto lo sentía, él le hundió las manos en el pelo, la sujetó con toda la fuerza de su pasión. La levantó de la cama sujetándole la cabeza con una mano y la espalda con la otra. Roxanne tenía los ojos llenos de lágrimas provocadas por aquel tormento carnal y emocional. Haidar guió la punta de su erección hacia su entrada.

–*Guleeli, ya naari*. Dime que lo sabes, Roxanne. Dime que tú has sufrido lo mismo.

Ella le acarició los bíceps compulsivamente.

–Lo sé. Y sí, también lo he sufrido. Y ahora sufro todavía más...

–Como debe ser –los ojos de Haidar la miraron con una mezcla de ferocidad y ternura–. Y ahora, *ya naari*, tienes que pagar por todos los años que me has privado de tu fuego.

Haidar apretó las caderas contra la entrada de su cuerpo. Aunque ella estaba derretida de deseo, siempre había necesitado un poco de fuerza para entrar. Así que embistió y la penetró con un único y poderoso embate.

Roxanne jadeó al sentir cómo se expandía su cuerpo ante la fuerza de su erección. Él volvió a llenarla mientras se apoderaba de su boca con la misma ferocidad. Sus gemidos se fueron haciendo más intensos. La invadió, estirándola más a cada embate, penetrándola más profundamente.

Y entonces todo se compactó en un único y mágico momento que detonó en una enorme explosión.

–*Aih, ya naari*, paga todo mi sufrimiento con tu placer.

El susurro de Haidar quebró algo dentro de ella y le volvió a llenar los pulmones de aire. Roxanne gritó su éxtasis.

–Roxanne... –se cernió sobre ella con los músculos en tensión y los ojos tormentosos. Echó la cabeza hacia atrás y bramó su nombre mientras su erección se alojaba en su vientre y dejaba escapar su semilla en fuertes y largas oleadas, lo que provocó que los resortes más profundos de Roxanne estallaran en llamas.

Haidar alimentó sus convulsiones, alcanzando las últimas cotas de plenitud hasta que el mundo dejó de existir.

Roxanne se despertó de las profundidades de la felicidad.

Abrió los ojos y se encontró con la impresionante vista del mar y la isla que quedaban más allá del salón de Haidar. Se giró hacia él, pero no estaba.

–¿Haidar?

No obtuvo respuesta. A juzgar por la posición del sol, debía llevar dormida al menos doce horas. Era culpa de Haidar. Se había tomado la venganza de los últimos ocho años al pie de la letra, llevándola al éxtasis hasta que perdió la cuenta. Y la conciencia.

Roxanne se levantó de la cama y fue en su busca. No le encontró por ninguna parte. Le llamó, pero tenía el teléfono apagado.

A medida que pasaban las horas empezó a tener miedo. Esperó. Pero Haidar no regresó.

La noche se había convertido en un manto de oscuridad total cuando se dirigió hacia el embarcadero. Pensó que Haidar la llevaría allí para ver la luna y la estrellas, para hacerle el amor, para...

–Pensé que ya te habrías ido.

Se dio la vuelta y le vio acercarse a través de las lágrimas que le nublaban los ojos. El amante conquistador había desaparecido, reemplazado por un hombre frío.

Sus ojos la miraron sin asomo de deseo. Y su voz carecía de vida.

–Aunque muchas cosas de las que pensaba resultaron ser mentira. Ahora ya no puedo seguir engañándome a mí mismo.

¿A qué se refería? ¿Le estaba diciendo que no podía perdonarla ni olvidar?

–Y dime, ¿por qué te has quedado? Creí que ya estaba todo dicho.

¿Sería aquella la auténtica venganza? ¿Darle toda la esperanza del mundo para después arrojarla desde lo alto de su rascacielos de estúpidos sueños? Si volvía a romperle el corazón por segunda vez no lo soportaría.

–Si te has quedado pensando que me echaría atrás te has equivocado. Tengo que poner fin a esto ahora.

Roxanne temblaba tanto que apenas era capaz de andar, pero se acercó a él. Tenía delante el camino que llevaba del muelle a tierra. El camino de la huida. El que llevaba a la nada que dominaría su futuro.

Se detuvo bruscamente. Haidar la había parado. Tomándola de los hombros, la miró fijamente con ojos enfebrecidos.

–No puedo dejarte ir, Roxanne. Pensé que podría pero no puedo. Tomaré lo que quieras darme mientras quieras hacerlo. Y si tú lo prefieres así no volveré a sacar el tema de la boda.

Capítulo Diez

¿Volver a sacar el tema de la boda?

Roxanne se quedó mirando fijamente a Haidar sin entender nada.

–He sido un arrogante al darlo por hecho. Me merecía que me mandaras callar –los dedos le temblaron sobre su hombro–. No tendría que haberme enfadado cuando lo hiciste. No tendría que haberte puesto un ultimátum, decirte que era el matrimonio o nada.

Cada palabra que salía de su boca sacaba imágenes vagas de la periferia de su mente y las situaba bajo el foco. Fragmentos nebulosos que podía haber oído mientras se dormía. La voz de Haidar, la suya, las palabras que se evaporaban como un sueño al despertar.

¿Estaba diciendo que durante aquellos fragmentos que no recordaba le había pedido que se casara con él? ¿Y que ella había respondido diciéndole que se callara?

–Si te has quedado para decirme que soy un idiota pero que puedo tomar lo que estés dispuesta a darme, lo acepto.

–Haidar, yo no...

De pronto él la soltó y se giró para mirar el estrellado cielo nocturno antes de girarse otra vez hacia ella con ojos enfebrecidos.

–Yo te entrego a ti todo mi ser. Si lo quieres.

Roxanne se lanzó hacia él y lo abrazó con toda su fuerza.

–Confío en ti, Haidar. Te amo.

–Pero... ¿me dijiste que me callara!

Ella se acurrucó entre sus brazos y gimió.

–Ni siquiera recuerdo haberlo dicho, pero seguramente me refería a lo que más necesitaba en aquel momento. Que te callaras y me dejaras dormir.

Haidar la apartó de sí estupefacto.

–¿Estás diciendo que he pasado un día infernal porque hablaste en sueños? Cuando te dije que o matrimonio o nada, que me dijeras sí o no, me miraste directamente a los ojos, afirmaste rotundamente que no, te diste la vuelta y te dormiste.

Roxanne se rio y le echó los brazos al cuello.

–Creo que ahora podemos decir que nuestra proposición matrimonial es única en el mundo.

Él la abrazó todavía con expresión nerviosa.

–Puedes reírte. Estaba considerando la posibilidad de dejar atrás la civilización para siempre.

Roxanne le acarició la mejilla y disfrutó de la felicidad de poder demostrarle por fin todo lo que albergaba su corazón.

–Parece que llegar a conclusiones erróneas respecto al otro es lo que mejor se nos da.

–Pero eso se acabó –afirmó él frunciendo el ceño–. Prométeme que siempre me lo dirás todo.

Ella le besó con pasión, riéndose mientras le caían las lágrimas.

–Te lo prometo.

Haidar volvió a apartarla de sí.

–¿Estás diciendo que quieres casarte conmigo?

–Si eso implica estar contigo en lo bueno y en lo malo, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe y probablemente después también, entonces sí.

Haidar sacudió la cabeza ante la enormidad de la catástrofe, al observar la felicidad de Roxanne y su firmeza. Necesitaba solidificar aquel pacto. En aquel momento.

La tomó en sus brazos y no sintió el suelo bajo sus pies de camino al dormitorio. El corazón le latía con fuerza cuando la dejó sobre la cama y les quitó la ropa a los dos, incapaz de soportar que hubiera nada entre ellos. Entonces miró a su hechicera, su diosa, en toda la gloria de su desnudez.

Sus senos eran una fiesta, tenía el vientre liso y las piernas sólidas y suaves, los hombros fuertes. Cada una de sus curvas era la personificación de sus fantasías.

La acarició desde los hombros hasta los senos y sintió cómo la sangre le corría salvajemente por las venas hacia la entrepierna.

–*Elaahati al nareyah*, eres preciosa.

Ella se sonrojó de placer y le atrajo hacia sí. Sintió cómo el placer se apoderaba de él cuando sus desnudeces se fundieron. Sus manos buscaron todos sus secretos, apoderándose de cada centímetro. La llevó al orgasmo con los dedos antes de deslizarse por su cuerpo y colocarle las piernas por los hombros. Ella apretó la espalda contra el colchón, arqueó las caderas y se abrió más para que él la devorara y la saboreara.

Cuando finalmente se deslizó hacia su cuerpo, ella se lo impidió antes de que pudieran unirse.

–¿Vas a dejar de castigarme y vas a permitirme que te tome? ¿Te vas a rendir a mí?

–Tus deseos son órdenes para mí, *ya naari* –se tumbó bocarriba y la llevó con él, permitiendo que poseyera cada centímetro de su ser.

Haidar echó la cabeza hacia atrás al sentir el primer contacto de sus labios sobre su erección. Nunca había disfrutado de aquel tipo de intimidad excepto con ella. Cuando le llevó hasta el límite y le clavó los dedos en las nalgas, Haidar alcanzó el clímax en un torrente de placer mientras ella bebía con avidez de él.

Roxanne terminó por dejarle salir de su boca y apoyó el rostro húmedo y sonrojado en su muslo.

–Ahora ya estamos en paz. Tú también te has convertido en una adicción para mí.

Haidar se puso encima de ella, se colocó entre sus muslos abiertos y se hundió en sus mojadas profundidades. Roxanne se retorció bajo cada uno de sus embates hasta que empezó a sentir convulsiones. La fuerza de su éxtasis acabó con el poco control que le quedaba. Haidar gimió, se dejó ir y todo su cuerpo hizo explosión. Sintió su esencia inundándola hasta el último temblor, hasta que ella dejó caer los brazos y las piernas, completamente saciada.

Todavía estremeciéndose por el orgasmo más salvaje y profundo de su vida, apoyó el peso de su cuerpo en ella.

–*Ahebbek, ya naari, kamm ahebbek*.

Ella se quedó paralizada.

–Es la primera vez que me dices que me amas –susurró con lágrimas en los ojos.

Haidar sintió una punzada de remordimiento.

–No solo te amo: te adoro, *ya hayat galbi*. Y nunca me perdonaré no habértelo dicho antes.

Roxanne le atrajo hacia sí para darle un beso tierno y dejarle saborear sus lágrimas de felicidad.

–¿Qué es esto?

Desde su posición de rodillas, Haidar sonrió a una estupefacta Roxanne.

–Es una pieza del Orgullo de Zohayd.

–¿Qué? –le quitó la caja de las manos y se la quedó mirando con la boca abierta–. No puede ser. No es posible sacar algo del tesoro de Zohayd sin que te persiga la guardia nacional.

Ahora que Roxanne tenía la caja en la mano ya podía incorporarse. Se levantó y sonrió satisfecho.

–Estás hablando con el príncipe de dos reinos.

–Podrías ser el príncipe de dos planetas y esas joyas seguirían sin poder salir de Zohayd bajo ninguna circunstancia. Y menos para ser mi regalo de... compromiso.

Tragando saliva como si la palabra se le atragantara, deslizó los dedos temblorosos por la pieza que Haidar había escogido, un trabajo sublime: un anillo de oro de veinticuatro quilates, una pulsera de diamantes y una colgante con una esmeralda única.

–¿Cómo es posible que lo tengas tú? –le preguntó maravillada.

Hubo algo en su mirada que borró la sonrisa del rostro de Haidar.

–¿Acaso piensas que me lo llevé? –al ver que ella se limitaba a quedarse mirándole sintió una punzada de amargura–. ¿O que fui cómplice de la conspiración de mi madre y por eso me quedé algunas piezas?

Roxanne le tapó la boca con la mano.

–¡Basta! No estoy dudando de ti. No volveré a hacerlo. Solo estoy... atónita.

Haidar se dio cuenta de que su asombro no tenía nada que ver con él y el dolor desapareció como por arte de magia.

–¿Quieres alucinar todavía más? –preguntó recuperando la alegría–. Esta es la pieza.

Roxanne se quedó con la boca abierta y siguió así durante un minuto entero. Y luego gritó:

–¡No puede ser! ¿Es la pieza que dio comienzo al mito que luego se convirtió en ley sobre el derecho de Aaal Shalaan al trono?

–Es lo único que hace justicia a lo que siento por ti.

Roxanne observó la mágica belleza de la pieza y de pronto se estremeció.

–Cielos, Haidar, no. Es demasiada responsabilidad. No me atrevería a ponérmela. ¿Y si la pierdo? ¿Y si la estropeo? ¿Y si la gente se da cuenta de lo que es?

–La mejor manera de asegurarnos de que esté a salvo es que estés siempre cerca de mí.

–¡Haidar! –rechazó el brazo que quería atraparla.

–Estoy de broma. Aunque no mucho –Haidar sonrió–. Nuestras manos son las únicas que tocan esta pieza aparte de Amjad.

–¿El rey Amjad? ¿Fue el quien te la dio?

–¿Qué otra persona tendría acceso al Orgullo de Zohayd?

Roxanne asintió.

–Se dice que ha pasado de príncipe loco a príncipe completamente loco. Y eso me parece estupendo –se apresuró a añadir.

Haidar se rio suavemente.

–No te preocupes de ofender mi sensibilidad fraternal. Mi hermano mayor siempre ha estado un

poco loco, pero ahora su locura tiene nombre: Maram.

Capítulo Once

–Estamos seguros de que va muy por delante de sus competidores.

Haidar apartó la mirada del hombre que acababa de hacer semejante afirmación y miró a sus demás seguidores. Durante las dos últimas semanas, desde que se le declaró a Roxanne, le había acosado a todas horas sugiriéndole estrategias, preguntándole sobre las suyas, presionándole para que confirmara que haría todo lo posible por subir al trono.

Haidar suspiró.

–No nos dejemos llevar por la autocomplacencia, por favor. Rashid es un contendiente enorme, un héroe de guerra...

–Es un polluelo en el mundo de las finanzas y la política comparado con usted –le interrumpió el portavoz del grupo.

–Un polluelo que voló del nido convertido en un buitre y que podría destrozarme en cuanto me diera la vuelta. Y luego está Jalal, que es más...

El hombre volvió a interrumpirle.

–Jalal es demasiado zohadiano. Usted es la combinación perfecta que necesitamos. Solo se lo tiene que tomar más en serio.

–¿Como Rashid, quieres decir? –bufó Haidar–. ¿Acaso no aseguráis que todo esto es por el bien de Azmahar? Si demuestra ser el mejor...

–No lo es –aseguró otro hombre–. Ni Jalal tampoco. Pero Rashid está formando alianzas. Y Jalal tiene a la mayor experta político económica del reino como asesora.

Todo se detuvo. Solo había una persona que cumplía aquellos requisitos. Roxanne. Pero era imposible.

–Estáis mal informados.

–Tenemos pruebas –dijo un tercer hombre–. Fotos de Jalal con Roxanne Gleeson durante el último mes, grabaciones de llamadas de teléfono...

Haidar sintió una oleada de furia.

–¿Estáis controlándole el teléfono a ella?

El hombre negó con la cabeza.

–A él. Esto es la guerra, y haremos cualquier cosa para evitar que nuestro adversario consiga una ventaja injusta. Y con ella a su lado tiene sin duda ventaja sobre Rashid y usted. No lamentamos haber invadido su intimidad. Es muy poco ético que le haya estado proporcionando a Jalal información conseguida gracias a su trabajo aquí.

Haidar no supo qué contestó ni cómo había terminado la reunión. Se encontró a sí mismo solo, con la mente y el cuerpo paralizados.

Entonces se alzó una voz en el silencio de su cuerpo. Una voz serena que lo explicó todo. Roxanne estaba jugando con los dos hasta que uno de ellos se convirtiera en rey. Entonces le

escogería como a una ciruela madura. Roxanne pensaba que incluso el secretismo serviría para sus intereses si Rashid accedía al trono. Maximizaría la buena opinión que tenía de ella para conseguir un papel más importante a su lado. Mientras tanto mantendría las opciones abiertas con Jalal y con él hasta que decidiera quién le sería de más utilidad. Seguramente Jalal. Una cosa era lidiar con un amigo convertido en marido y otra muy distinta hacerlo con alguien tan exigente física y emocionalmente como Haidar. Tal vez incluso les dejara a los dos e iría a por Rashid.

Haidar se apretó los oídos para acallar aquella voz mutiladora. La voz que ahora reconocía como la de su madre. Era ella la que hablaba. Y ya la había escuchado bastante. No iba a dudar de Roxanne. Le preguntaría por Jalal. Y le dijera lo que le dijera, sería la verdad. Fin de la historia.

Haidar buceó bajo las turquesas aguas y reapareció con Roxanne abrazada a su cintura. Él la besó en los labios y ella le respondió con un ardor suficiente para hacer bullir el agua del mar. Aunque acababa de hacerle el amor en la isla, no se sentía todavía satisfecho. La tomó en brazos y nadó de espalda en las tranquilas aguas que afortunadamente se habían librado de la mancha de petróleo.

Estar allí con ella era el paraíso. Sería su refugio secreto hasta que terminara todo el asunto del trono. No quería derrotar a sus oponentes con una boda de cuento de ensueño que le encantaría al pueblo y con la promesa de aportar la mejor reina que podía esperar el reino.

Nadaron hasta el muelle en lánguido silencio y en armonía. El tiempo se estiraba cuando estaban juntos. El mes que llevaban desde que se habían vuelto a encontrar parecía un año.

Cuando salieron del agua cargó con ella en brazos hasta la casa.

–Después de lo que hablamos el otro día he estado pensando en Maram. Estoy deseando que la conozcas.

Roxanne le mordisqueó el cuello.

–Nunca habías hablado de ella.

–Cuando éramos niños la adoraba. Y todavía la adoro. Resultó que la mano de mi madre estaba detrás para emparejarnos como parte de su plan para colocarme también en el trono de Ossaylan. Pero lo único que consiguió fue que entre nosotros se creara un lazo especial.

–¿Tengo que estar celosa?

–Nunca. Soy todo tuyo –aseguró besándola con pasión para demostrárselo–. En cuanto a Maram, era una amiga muy querida, como Jalal para ti. Perdí contacto con ella durante la traumática experiencia de sus dos matrimonios y su retiro temporal en Estados Unidos, pero en cuanto volvimos a vernos fue como si nunca hubiéramos dejado de ser amigos. Confío en que puedas recuperar la felicidad de la amistad de Jalal como yo he recuperado la de Maram.

Haidar esperó a que le dijera que había estado viendo a Jalal desde que volvió a Azmahar. Pero ella se limitó a apartar la mirada.

–Eso me encantaría.

«Cuéntamelo».

Pero ella no lo hizo.

–¿Que has hecho qué?

La exclamación de Cherie se le clavó en los nervios a Roxanne.

Estaba casi arrepentida de haber ido a su amiga con aquello. Pero no había podido compartirlo

con su madre. Su madre, que estaba más feliz que nunca desde que le contó que Haidar se le había declarado.

También se lo había contado a Cherie y a Jalal y les había pedido que mantuvieran el secreto hasta que se solucionara el tema del trono. Su madre decidió renunciar a la jubilación y venir a ayudarla a acelerar las cosas para que la boda pudiera celebrarse mucho antes. Pero antes que nada tenía que arreglar aquel lío. Le había mentado descaradamente a Haidar al fingir que no había sabido nada de Jalal.

–Llama ahora mismo a ese dios del desierto tuyo y dile la verdad, Roxanne. No dejes pasar más tiempo para contarle que has estado viendo a su gemelo a sus espaldas y que le has ayudado a... Dios mío, ¿en qué estabas pensando?

–¡Las cosas no han sido así! –gimió ella–. Empecé con esto cuando Haidar era mi peor enemigo y Jalal mi mejor amigo. Y de pronto Haidar es mi prometido y yo estoy ayudando a Jalal, que ahora es su rival. Estoy comprometida a Jalal por amistad y porque le he dado mi palabra, y a Haidar por amor y por todo lo demás. Pero no pude contárselo.

–Tienes que arreglar esto cuanto antes –Cherie gimió también–. Este tipo de cosas pueden estropearlo todo. Y tu reconciliación con Haidar está demasiado reciente.

–Pero Jalal no ha pensado todavía en cómo solucionar este lío entre Haidar y él.

–Entonces dile a Jalal que se decida y dile a tu prometido la verdad antes de que todo se complique –Cherie se agachó a su lado y la abrazó–. Escucha, he seguido tu consejo y voy a volver con Ayman. Y como me has hecho ver las cosas con claridad, quiero devolverte el favor.

Roxanne la abrazó con fuerza.

–Me alegro mucho por vosotros.

Tras insistir un poco más en que le contara todo a Haidar, Cherie se marchó dejando a Roxanne sola. Y atormentada. Para Haidar sería una decepción que no se sintiera lo suficientemente segura de su relación como para contárselo. Y más después de haber acordado que no se volverían a ocultar nada.

Pero ella no le había ocultado nada. Sencillamente, se olvidaba de todo cuando estaba con él. El conflicto de intereses no se le había pasado por la cabeza tras la proposición de Haidar. Pero Cherie tenía razón, tenía que contarle a Haidar la verdad. Y Jalal estaba equivocado respecto a su hermano. A pesar de la amargura y el resentimiento, Haidar le quería. En caso contrario no le habrían hecho tanto daño sus acusaciones. Ella debería ser quien les uniera porque tenía un papel no deseado en la formación de la fisura que había terminado por separarles. Sacaría a la negociadora que llevaba dentro, iría tras Jalal y...

Dio un respingo al oír el timbre de la puerta. Corrió a abrir y encontró a Jalal en el umbral.

–¡Hablando del rey de Roma! –exclamó dándole un abrazo.

Jalal se rio y la abrazó también.

–¿Con quién me estabas criticando?

–Solo pensaba en ti.

–Eso espero, ya que me has mandado un mensaje para que venga.

–Pero yo...

Una llave giró en la puerta. Un segundo después se quedó paralizada. Haidar. El corazón se le detuvo al verle entrar.

Le quedó claro que no le sorprendía ver a Jalal. Lo que significaba que era él quien había arreglado aquello. Debió mandarle un mensaje de texto a Jalal desde su teléfono.

Haidar mantuvo la mirada clavada en su hermano.

Haidar se acercó en silencio a ellos. Se mantuvo a unos metros, se inclinó ligeramente y arrojó un dossier sobre la mesita. Luego se volvió a incorporar sin apartar la vista de Jalal.

—Estos son los informes que te dio Roxanne y con los que has construido tu campaña. Pensé que sería justo comunicarte que yo también los tengo, por si acaso creías que supondrían una ventaja sobre mí en esta carrera.

A ella le dio un vuelco al corazón. No tenía que ver el dossier para saber que contenía lo que Haidar había dicho. Sabía lo de su acuerdo con Jalal. Pero no parecía enfadado ni decepcionado. Parecía... nada. No percibía nada en él. Aquel muro opaco estaba otra vez en pie.

¿Cómo había sabido lo de Jalal? ¿Cuándo? Solo había pronunciado su nombre el día anterior y de pasada, como si no supiera nada. Pero no era posible que hubiera recopilado toda la información en un solo día. Así que, ¿lo sabía ya cuando le mencionó?

Una terrible sospecha denotó en su interior. Pero no. Había jurado no volver a desconfiar de él. Y sin embargo... ¿sería posible que hubiera sabido lo de Jalal desde el principio, que hubiera investigado y hubiera sumado dos y dos?

Si lo sabía, ¿era esa la razón por la que había vuelto a conquistarla? ¿Para que le proporcionara mejor información de la que le había dado a Jalal?

Le había dado mucho más que a Jalal pensando que estaba hablando del futuro de Azmahar con su prometido, comentando sus preocupaciones y sus planes.

¿Había consistido todo en volver a vencer a Jalal en el juego? La fría lógica le decía que eso tenía más sentido que lo que él aseguraba, que sus sentimientos eran tan profundos que habían sobrevivido a años de distanciamiento, que ahora la amaba por encima de todo, como ella a él.

Su mundo se tambaleó al borde del colapso.

Entonces Haidar la miró con ojos vacíos y todo se derrumbó.

Haidar miró a Roxanne y supo que los corazones podían romperse.

Le había jurado amor y lealtad. Y sin embargo una vez más le había ocultado algo de vital importancia. No había confiado en él. Nunca lo haría.

Ahora finalmente se enfrentaba a la verdad. A lo que había estado toda su vida evitando. Su madre tenía razón: nadie le querría nunca. Solo despertaba sentimientos distorsionados en aquellos a los que amaba.

Estaba frente a las dos personas que tenían prácticamente el monopolio de sus sentimientos, que constituían la mayor parte de su ser. Una vez más le habían excluido, le habían dejado fuera. Lo único que podía hacer era abandonar toda esperanza. Aceptar que pasara lo que pasara siempre estaría solo.

—¿Por eso has ido en busca de Roxanne esta vez? —le espetó Jalal con expresión demoníaca—. Y yo que quería arreglar las cosas entre nosotros pensando que me había equivocado en mis acusaciones. Solo me equivoqué al no intuir la profundidad de tu depravación. Eres un monstruo y mereces estar solo el resto de tu vida. Y aunque en realidad yo no quiero ser rey, haré lo que sea para acceder al trono y evitar que lo hagas tú.

Haidar apenas registró las acusaciones de su hermano. Lo único que veía era la sensación de traición que reflejaba el rostro de Roxanne, sentía el dolor que salía de ella. Pero, ¿por qué se sentía ella traicionada? ¿Porque él había escogido ahorrarse el dolor rindiéndose y marchándose como hizo ella en el pasado?

De pronto entendió la magnitud de su error. Se había equivocado. Si Roxanne decidió excluirle

no debería considerarlo falta de confianza ni de amor. Tenía derecho a ayudar a Jalal si creía que sería mejor rey. Y aunque no lo pensara, era su amigo y tenía derecho a hacer lo que quisiera sin contar con su consentimiento ni su opinión. Y eso era independiente a su relación con él. No afectaba al amor que sentía hacia él.

Extendió los brazos para abrazarla, pero ella le golpeó con furia. Las lágrimas le caían por las mejillas.

–¿Qué más quieres de mí? No tengo más información –aseguró empujándole.

–Roxanne, yo no...

–No hacía falta que te tomaras tantas molestias. Ganarás a tus rivales sin estrategias, simplemente siendo como eres. Eres el mejor rey que Azmahar podría soñar, porque el reino necesita a alguien tan retorcido como tú para salir del laberinto de problemas en el que está sumido. Aunque a mí ya no me importa lo que vaya a pasar aquí. Me marchó, y esta vez no voy a volver.

Haidar no entendía nada. Se suponía que tendría que estar furiosa con él por no haber cumplido su promesa de decirle siempre todo. Tendría que haberle contado cómo se sentía. ¿Qué tenía que ver el trono en todo aquello? ¿De qué información estaba hablando?

Trató de sujetarla cuando otro par de manos agarraron las suyas. Era Jalal.

–Suéltala, Haidar –susurró su hermano.

–Puedo librar mis propias batallas, Jalal –le espetó ella.

–¿Qué batallas? ¿De qué estáis hablando? –algo cálido y húmedo le resbaló por la cara. Se llevó la mano al rostro y vio que tenía sangre–. ¡Me has pegado! –dijo atónito mirando a Jalal.

–¿Y tienes el valor de sorprenderte?

Haidar miró asombrado a Jalal y luego a Roxanne. Estaban en el dormitorio de ella. Y de pronto lo entendió. Supo de qué le estaban acusando... peor todavía, por qué le habían condenado.

Así que hizo lo que llevaba varios años queriendo hacer. Estampó ambos puños en los hombros de Jalal con toda la fuerza de su frustración y su furia acumuladas. Jalal chocó estrepitosamente contra la pared. Roxanne gritó y se apoyó contra la otra pared. Haidar apenas se dio cuenta de ella tenía la vista clavada en Jalal, quien le miraba boquiabierto.

Era normal que estuviera asombrado. Era la primera vez en sus vidas que Haidar le trataba con violencia física. Antes de que Jalal pudiera recobrase, Haidar les miró a los dos con furia.

–¿Otra vez? ¿Estáis haciendo lo mismo otra vez, juzgándome sin darme la oportunidad de defenderme?

Jalal se estiró y le devolvió la mirada.

–Discúlpanos si tus actos y tus palabras hablan tan claro que hunden nuestros intentos de exonerarte.

–Así que consigo un dossier con tus actividades para mostraros a los dos mi decepción por haber sido excluido de nuevo y tú das por hecho que se lo he sacado a Roxanne –murmuró Haidar entre dientes–. Peor todavía, que estoy con ella solo para conseguirlo. ¿Y con qué objetivo? ¿Para evitar que intentes acceder al trono?

La mirada de Jalal vaciló un poco. Haidar escuchó un gemido procedente del pecho de Roxanne.

–Acabemos con esto de una vez –exigió incluyéndola–. Soltad todas vuestras sospechas y agravios, los reales y los imaginarios, y pongamos fin a esta situación.

Jalal soltó un gruñido de disgusto.

–La cuestión es que por culpa de tu cerrazón no me has dejado más remedio que llegar a mis

propias conclusiones.

–Y por supuesto, siempre tenían que ser las peores –contraatacó Haidar–. ¿Y sabes por qué? Porque soy la personificación de todos tus miedos. En lo que se refiere a tus seres queridos eres tan suspicaz, posesivo y poco razonable como yo. Eres mi hermano gemelo, Jalal, tanto si te gusta como si no.

Los ojos de lobo de Jalal volvieron a brillar con fuerza.

–Tal vez sea todo eso que has dicho, pero yo no financié la conspiración de nuestra madre.

La expresión de dolor que le cruzó el rostro a Haidar sacó a Roxanne del infierno de agitación en el que estaba sumida. Le había juzgado mal. Una vez más. Y en esta ocasión no tenía excusa.

Se colocó entre aquellas dos fuerzas de la naturaleza que se estaban atacando la una a la otra, agarró a Haidar del brazo y susurró un trémulo:

–Lo siento.

Él apartó la vista de su duelo con Jalal y la miró.

–¿Qué es lo que sientes? ¿Y si te dijera que la acusación que acaba de lanzarme Jalal es cierta? Haciendo un esfuerzo supremo por contener las lágrimas, Roxanne sacudió la cabeza.

–No puede ser. No lo es.

Haidar alzó una ceja.

–¿A qué viene esta repentina fe ciega en mí? Sí financié la conspiración de mi madre.

Ella volvió a negarlo con la cabeza. Sentía cómo le ardía el corazón en el pecho.

–Entonces no sabías para qué era ese dinero.

–Hace unos minutos pensabas que te había engañado para subir al trono. ¿Por qué no dar por hecho que hace un par de años estaba dispuesto a engañar a toda mi familia y a todo el reino por conseguir un trono mayor?

–Porque tú no eres un traidor –afirmó ella. Las lágrimas habían empezado a brotar–. Antes ha hablado el miedo por mí. Los sentimientos que despiertas en mí son tan poderosos que todavía me cuesta trabajo lidiar con ellos, creer que son correspondidos. No puedo creer que tenga tanta suerte.

Haidar la miró con frialdad y con expresión impávida.

–En cualquier caso, yo financié la conspiración de mi madre.

La estaba presionando. Quería comprobar si su confianza se quebraba. Roxanne se secó las lágrimas y asintió.

–Y estoy segura de que lo lamentas y que no volverías a hacer algo parecido.

Entonces Haidar sonrió. Ella soltó el aire que no sabía que estaba reteniendo y deslizó una mano temblorosa por la herida de su mandíbula.

–¿No más desconfianza? –preguntó él.

–Inseguridad –insistió Roxanne.

Haidar asintió lentamente y volvió a sonreír. Los ojos le brillaron.

–Y yo no monopolizaré tus sentimientos y tu lealtad. Puedes querer a otras personas, incluido Jalal. Si no hay más remedio.

–Por muy conmovedor que sea este momento, ¿te importaría no evadirte de mí una vez más?

Haidar se giró hacia Jalal.

–Una vez me dijiste que querías poner fin a nuestra disputa pero que no sabías cómo pedirme perdón por tus acusaciones.

Jalal dio un amenazador paso hacia delante.

–Escucha...

Haidar le cortó con suavidad.

–Querías hacerlo porque pensabas que eran acusaciones falsas. ¿Qué te hizo llegar a esa conclusión?

–Pensé que no sabías para qué quería ella el dinero, que se lo diste sin preguntar.

Haidar sonrió con tristeza.

–¿Crees que nuestra madre es tan estúpida? Me pidió dinero durante muchos, muchos años, cada vez con un motivo distinto. Decía que no se lo podía pedir a nuestro padre y que ella no tenía suficiente. Yo sabía que las dos cosas eran mentira, pero dio por hecho que me lo exigía como una prueba de mi amor y mi lealtad. Le di cantidades muy grandes. Nunca sospeché que tenía planeada una insurrección.

Jalal suspiró.

–Tal vez a ti te parezca inaceptable, pero yo la quiero. Y no creo que pueda dejar de quererla.

Jalal se pasó las manos por el pelo.

–Yo tampoco. Después de todo lo que ha hecho yo mismo te supliqué que le concedieras el exilio en lugar de la prisión. Incluso la llamo con regularidad y voy a verla cuando puedo.

Aquello fue una sorpresa para Haidar.

–Eso no me lo ha contado. Por lo que veo, sigue conspirando –murmuró–. Pero, ¿no vas a preguntarme de qué otros planes suyos he formado parte, qué te hizo dar por hecho que así era? – se pasó la mano por la dolorida mandíbula.

–Lo que pensé fue que debió asignarte tareas no relacionadas que tú no veías como ruedas del engranaje de su plan –el arrepentimiento apareció por fin en la mirada de Jalal–. Pero quería que tú me lo dijeras.

–Yo no quería decirte nada. Quería darte un puñetazo –Haidar sonrió–. Y deberías conocerme mejor si no entiendes por qué no compartí los detalles ni contigo ni con nadie. El mero hecho de mi existencia ya levantaba sospechas porque era la razón por la que nuestra madre había orquestado todo el plan. No iba a añadir mis propias indiscreciones para que me señalaran todavía más. Cuando tú las descubriste y te enfrentaste a mí estaba tan enfadado conmigo mismo y contigo que me negué a defenderme. Si no me conocías lo suficiente como para saber que tus acusaciones eran ridículas, decidí que no quería saber nada de ti. Y luego no supe cómo volver a formar parte de tu vida. Pensé que vendrías a mí como siempre hacías. Pero no fue así.

–Quería hacerlo –gimió Jalal–. Lo he deseado cada segundo de los dos últimos años. Pero tampoco sabía cómo hacerlo.

Y de pronto Jalal abrazó a su hermano.

A Roxanne se le cayeron las lágrimas mientras Haidar se ponía tenso y luego le devolvía el abrazo a su hermano. El poder de aquel momento provocó que el corazón le latiera con fuerza de felicidad al sentir que los dos hombres que más le importaban estaban empezando a reconstruir su lazo herido.

Les estuvo mirando todo el tiempo que logró aguantarse. Luego se abrazó a ellos con toda su fuerza derramando lágrimas de alivio, amor y agradecimiento en el pecho de ambos.

Jalal fue el primero en retirarse y miró a su hermano con una sonrisa.

–Esto no significa que vaya a dejar que te conviertas en rey.

Haidar le dio un suave golpe cariñoso en la barbilla.

–Ni tampoco significa que yo no te deba un puñetazo.

Jalal se aclaró la garganta y les miró fijamente a los dos.

–Tortolitos, voy a dejaros solos para que os arrulléis mientras yo voy a ver si Rashid se ha hecho con el poder mientras nosotros nos dejábamos llevar por nuestra demostración de amor fraterno.

–Tal vez deberíamos dejarle –murmuró Haidar pensativo.

Jalal se le quedó mirando boquiabierto y luego se giró hacia Roxanne.

–No sé qué suavizante estás utilizando con él, pero deberías dejar de hacerlo.

Y tras despedirse de ambos con una sonrisa, se marchó.

Epílogo

–Azmahar es y será siempre una parte muy importante de mí, y su gente es mi gente. Siempre estaré a su servicio y haré cualquier cosa para arreglar el daño causado por mi familiar más cercano.

Los aplausos resonaron como un trueno por el salón de baile de Qobba.

Roxanne creyó que le iba a estallar el corazón de orgullo. Haidar le había pedido que organizara aquel acto con todos los representantes de clanes tribales de Azmahar. Tras sus primeras palabras no cabía ninguna duda. Le querían. Creían en él. El dueño de su corazón había nacido para ser rey.

Haidar continuó.

–Estoy aquí hoy para anunciar dos cosas: la primera es que he pedido la mano de Al Sayedah Roxanne Gleeson y me ha hecho el honor de concedérmela. Nuestra boda se celebrará lo más pronto posible.

Roxanne se quedó boquiabierta.

–Y tras reiterar mi apoyo y mi entrega a Azmahar durante el resto de mi vida, hago el segundo anuncio: retiro mi candidatura al trono.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, antes de que Roxanne recuperara el aliento, Haidar bajó del estrado y se dirigió hacia ella. Se escucharon risas y murmullos en el salón.

–¿Cuándo tomaste esta decisión tan importante, y cómo te atreves a soltarla así?

–Sabía que tendríamos esta discusión y quería tenerla solo una vez. He tomado una decisión.

–¿Sin consultarme? –exclamó ella–. ¿Y qué pasa con tu promesa de contármelo todo?

–Ahí sigue, y siempre la cumpliré. Pero no se trata de mí, sino del bien de Azmahar.

–Personalmente creo que eres todo lo que debe ser un rey y más –afirmó Roxanne furiosa.

–Pero no se trata solo de cómo sea yo –Haidar la guio fuera del salón de baile–. Tú mejor que nadie sabes que mi madre puede complicarlo todo. No creo que sea yo quien pueda provocar el mejor clima para el reino. Al menos no desde el trono. Pero puedo hacer mucho bien entre bambalinas. Y eso pienso hacer, contigo a mi lado. Mi asesora. Ya le he dicho a Jalal que no cuente con tus servicios exclusivos en esa área.

Roxanne abrió la boca para protestar y él se la cerró con un beso.

–Pensé que podría redimirme asumiendo el trono y arreglando todo lo que mi madre y su familia habían destruido. Pero me he dado cuenta de que ella me estaba manejando en la sombra. Siento su mano en mi candidatura. Quiere que me convierta en rey, hará cualquier cosa para conseguir su objetivo. Apartarme es la única manera de estropear sus planes. Esa será mi auténtica redención.

Roxanne se quedó pensativa un instante.

–No me creo que vaya a decir esto, pero estoy de su lado en este caso. Te mereces ese trono y

eres perfecto para ser rey.

Haidar mantuvo la sonrisa imperturbable.

–¿Y crees que se detendrá cuando me convierta en rey? Estoy seguro de que tiene más artillería guardada. Es mi madre y siempre seré su hijo, cuidaré de ella mientras viva, pero no voy a darle la oportunidad de que me siga utilizando.

Roxanne se detuvo y se dio cuenta de que estaban en el mismo corredor, en el mismo sitio en el que una vez la llevó hasta el éxtasis.

–¿De verdad eres tan simple?

Roxanne dio un respingo al escuchar aquel tono oscuro, al sentir aquella presencia que le ponía los pelos de punta. Sintió cómo Haidar se ponía tenso antes de darse la vuelta para mirar a Rashid.

–Estoy empezando a pensar que tienes un teletransportador, Rashid. Aunque tu materialización es bienvenida esta vez. Aunque solo sea para cambiar a temas más agradables –la miró otra vez a ella con ternura–. Como hablar de la boda y de la luna de miel.

A Roxanne le dio un vuelco al corazón.

–No creerás que puedes escapar de mi venganza renunciando al trono, ¿verdad? –preguntó Rashid.

Haidar sacudió la cabeza y luego suspiró. Roxanne se colocó entre ellos.

–Jeque Aal Munsoori, estoy convencida de que ha habido un terrible malentendido que ha llevado a la lamentable situación que existe ahora entre Haidar y usted. Pero estoy segura de que podrán resolver sus diferencias y retomar la relación que tenían antes.

Los ojos de Rashid, oscuros como la noche, la observaron fijamente. Luego le dirigió una sonrisa que le heló la sangre.

–Le dije a Haidar que eras muy buena. Me equivoqué. Ahora estoy en posesión de suficientes datos como para afirmar que eres excelente. Pero te ciegan los sentimientos... Así que cástate si crees que no puedes vivir sin él. Pero haz también algo bueno por tu vida y por la de los demás. Únete a mi equipo.

Haidar gruñó a espaldas de Roxanne.

–Ni se te ocurra pensar en utilizarla para tus planes de venganza.

Rashid volvió a mirarle y alzó una de sus enormes cejas en gesto burlón.

–La tengo en demasiada consideración como para hacer algo así. Es una proposición legítima. Terminará dejándote por su propio pie.

–Siéntate a esperar, porque vamos a estar juntos el resto de nuestras vidas. Y en cuanto ti, te ofrezco la paz tanto si te gusta como si no –Haidar se puso directamente frente a él y sonrió–. La guerra ha terminado, Rashid.

–Solo te concedo una tregua –afirmó él con infinita calma–. Cuando hayas regresado de tu luna de miel reanudaremos la guerra.

Tras hacer una reverencia frente a Roxanne salió de allí.

Ella dejó escapar un trémulo suspiro.

–Necesitamos averiguar qué tiene en tu contra. Cuanto antes. Y me tienes que prometer otra cosa: si Azmahar te necesita en el trono no te negarás por ninguna razón.

–Te lo prometo –aseguró con expresión solemne antes de besarla para acabar con sus objeciones.

Largo tiempo después, tras haberla amado durante toda la noche, Haidar la abrazó contra su cuerpo y le susurró al oído:

–Te prometo que responderé a la llamada del deber si Azmahar me necesita. Pero quiero que sepas una cosa. Solo anhele tu amor, solo aspiro a que seas mi amante, mi princesa y mi compañera. Quiero que juntos le devolvamos a Azmahar su antigua gloria, tanto si me convierto en rey como si no.

–Te lo prometo. Y también todo lo que todavía no has deseado ni imaginado.

Caballeros del desierto

El mandato del jeque

Olivia Gates



Capítulo Uno

Veintisiete meses atrás

–De modo que esta vez te has salido con la tuya.

Jalal Aal Shalaan estaba en la puerta de un opulento salón, en una de las mansiones más fabulosas de los Hampton, en la costa Este de los Estados Unidos, donde había sido recibido durante años como el más estimado y querido de los invitados. Pero había pensado que nunca volvería a poner el pie allí por culpa de la mujer que estaba de espaldas a él. La mujer que era en aquel momento la señora de la casa.

Lujayn Morgan, su examante.

Estaba revisando el correo frente a una antigua consola de mármol cuando lo vio a través del espejo y, después de dar un respingo, se había quedado inmóvil.

También Jalal estaba tenso, los puños apretados. No había querido mostrar hostilidad o ninguna otra emoción... de hecho, creía que no le quedaba ninguna. Había ido allí por una sola razón: para verla sin el deseo que lo había cegado mientras mantenían una aventura. Estaba allí para cerrar el círculo, algo que ella le había robado cuando se marchó de su vida, dejándolo atónito, furioso y buscando una explicación.

Creía haberse recuperado durante esos dos años, matando sus sentimientos hasta que no quedaba más que curiosidad y cierta aversión, pero se había engañado a sí mismo. Lo que sentía por Lujayn seguía siendo poderoso.

Él siempre se mostraba ante los demás como alguien despreocupado y sin sentimientos. Era en parte su naturaleza, en parte un modo de defenderse. Tener a Sondoss, la notoria reina de Zohayd, por madre; y a Haidar, el enigma que lo había atormentado desde la infancia, como hermano gemelo, hacía que estuviese perpetuamente a la defensiva. Ellos eran los únicos que lo hacían perder el control.

Y entonces había aparecido Lujayn, que seguía afectándolo como nadie... aunque aún no se había dado la vuelta.

Pero entonces lo hizo.

El oxígeno escapó de sus pulmones, su corazón latió al galope. Su belleza siempre lo había hipnotizado. Sus genes árabes e irlandeses conspiraban para crear lo mejor de los dos mundos.

Cuando lo dejó, las casas de moda competían para que luciera sus prendas con su delicada y elegante figura y las empresas de cosméticos querían su inolvidable rostro, de ojos únicos.

Pero durante su aventura había perdido mucho peso y lo había enfadado que esa obsesión por avanzar en su carrera como modelo no le permitiese ver la realidad: que estaba haciéndose daño para obtener una perfección que ya poseía.

Pero la mujer demacrada que era al final de su aventura había desaparecido y, en su lugar,

estaba mirando el paradigma de la salud y la feminidad, con unas curvas que ni siquiera un severo traje negro podía disimular. Unas curvas que excitarían a cualquier hombre.

El matrimonio le había sentado bien, pensó. Se había casado con un hombre al que Jalal había considerado amigo una vez. Un hombre que había muerto dos años después de la boda. Un hombre al que él acababa de acusarla de haber matado.

Lujayn inclinó la cabeza, el movimiento destacó su cuello de cisne.

Aunque intentaba mostrar una frialdad que no sentía, sus pupilas grises, tan plateadas como el significado de su nombre en árabe, creaban la ilusión de emitir chispas de luz.

—No es que me sorprenda, claro —le dijo—. Has conseguido engañar a todo el mundo, incluso a mí. No debería sorprenderme que ni los más avezados neoyorquinos pudieran competir con tu astucia.

—¿Qué haces aquí?

Su voz, que había sido una vez una caricia apasionada, sonaba oscura, llena de ecos.

—¿Cómo has llegado aquí?

Jalal se detuvo a un metro de ella, aunque hubiese querido acercarse más, mucho más. Como cuando eran amantes, cuando ella siempre estaba dispuesta, impetuosa, tempestuosa...

Maldiciendo en silencio, Jalal metió las manos en los bolsillos del pantalón para disimular.

—Tu ama de llaves me ha dejado entrar.

Ella sacudió la cabeza, como si la respuesta le pareciese ridícula.

—La has intimidado, como es tu costumbre.

Algo se encogió dentro de Jalal. En el pasado, Lujayn lo había hecho creer que podría caminar sobre el agua, pero en aquel momento parecía pensar lo peor de él.

¿Pero por qué lo disgustaba eso? Había aceptado tiempo atrás que el cariño de Lujayn había sido una farsa, una que no había querido mantener cuando sospechó que no conseguiría su propósito. Pero él no quiso verlo hasta que fue demasiado tarde.

Había querido creer que lo dejaba por el estrés de su competitivo trabajo y por lo dominante que se mostraba con ella. Aunque había pensado que las fricciones entre los dos animaban su incendiaria relación y que Lujayn disfrutaba de ello hasta el punto de instigar esas fricciones.

Se había engañado a sí mismo de tal modo que cuando rompió con él se había quedado estupefacto.

Pero después de dos años diseccionando el pasado, Jalal lo veía todo con claridad. Había querido cerrar los ojos para mantener la ilusión porque no podía vivir sin la pasión de Lujayn. O eso había pensado.

Ella irguió su casi metro ochenta, mirándolo con gesto hostil.

—Puede que hayas asustado a Zahyad, pero a mí no vas a asustarme. Vete por donde has venido o llamaré a seguridad. O mejor aún, a la policía.

Jalal no hizo caso de la amenaza, le ardía la sangre; era un ardor que Lujayn podía crear con una sola mirada, un gesto.

—¿Y qué vas a decirles? ¿Que tu ama de llaves me ha dejado entrar sin consultarte?

En otra ocasión habría recomendado que el ama de llaves fuese amonestada por su comportamiento, pero por el momento se alegraba de que hubiera actuado como lo había hecho.

—Zahyad les dirá que no la he intimidado en absoluto. Habiendo sido compañera de tu madre, era natural que me dejase pasar.

—¿Quieres decir que, como antigua compañera de mi madre, Zahyad también era una de las criadas de tu madre?

Jalal se puso tenso. La conspiración que depuso a su padre, el rey Atef, y apartó a sus hermanastros de la sucesión al trono de Zohayd era un tema que seguía sacándolo de quicio.

Pero Lujayn no sabía nada sobre esa conspiración. Nadie más que ellos lo sabían y lo mantenían en secreto hasta que el asunto quedase resuelto. Pero la resolución llegaría solo cuando descubrieran dónde había escondido su madre las joyas, llamadas El Orgullo de Zohayd.

Era una situación que lo enfurecía, dictada por la leyenda y reforzada por la ley. La posesión de las joyas confería el derecho a regir Zohayd, de modo que en lugar de pedir que se castigase a quien las hubiera robado, la gente de Zohayd pensaba que su padre y sus herederos, las habían «perdido» y no merecían ocupar el trono. La creencia de que las joyas querían ser poseídas por quien merecía regir el país era tan arcaica como intocable.

Pero incluso bajo amenaza de acabar en prisión, su madre se negaba a confesar dónde las había escondido. Según ella, cuando el trono fuese ocupado por Haidar, con él como príncipe heredero, le darían las gracias.

Jalal sacudió la cabeza para apartar tan oscuros pensamientos.

—Quería decir que Zahyah, como ciudadana de Azmahar que ha pasado años en el palacio real de Zohayd...

—Como esclava de tu madre, igual que la mía.

Otro de los crímenes de la reina Sondoss.

Desde que se conoció la conspiración habían descubierto muchas de sus transgresiones. «Esclava» podía ser una exageración, pero era evidente que había maltratado a sus criados y la madre de Lujayn, como dama de compañía, había tenido que soportar sus caprichos durante años. Pero Badreyah había dejado el puesto en cuanto Lujayn se casó con Patrick McDermott porque ya no necesitaba trabajar para vivir.

Seguramente esa era la única razón por la que Lujayn se había casado con Patrick.

Debería haberle dicho que su madre sufría a manos de la reina Sondoss, debería haber acudido a él.

Jalal respondió a la fría furia de Lujayn con la suya propia.

—No sé lo que Zahyah piensa de mi madre, pero está claro que sigue viéndome como su príncipe, por eso me ha dejado pasar.

—No me digas que la gente sigue creyendo esas tonterías del «príncipe de dos reinos».

La burla hizo que Jalal se enfureciese aún más. Eran príncipes de Azmahar y de Zohayd, pero Haidar y él jamás habían sido llamados así. No podía hablar por su hermano, pero él nunca se había sentido príncipe de ninguno de los reinos. En Zohayd no podía acceder al torno por ser impuro y en Azmahar... bueno, podía contar las razones por las que nadie allí lo consideraba su príncipe.

—Sea lo que sea, Zahyah me ha dado la bienvenida y tus guardias de seguridad antes que ella. He venido aquí suficientes veces como para que no les sorprendiera mi visita.

—Los has engañado usando tu antigua relación con Patrick...

—Que ya no está con nosotros —la interrumpió él—. Pero tú no has revocado la invitación.

Jalal la tomó del brazo cuando iba a pasar a su lado, apretando los dientes cuando su perfume lo envolvió, una mezcla de jazmín y noches de placer.

—No te molestes, esta visita no se repetirá.

Lujayn se soltó de un tirón.

—No sé cómo te atreves a venir aquí después de lo que hiciste.

Se refería a su pelea con Patrick, que había dado como resultado graves pérdidas económicas

para los dos. Otro daño del que Lujayn era responsable.

Pero Jalal decidió malinterpretarla a propósito.

–No soy yo quien te dejó y se casó con una de tus mejores amigas para ponerla contra ti.

–No conocías a Patrick si crees que yo podía influir en sus decisiones.

–Tú podrías influir en el mismo demonio –replicó Jalal–. Y los dos sabemos que Patrick era la presa perfecta para la viuda negra que tú has resultado ser.

Ella lo miró de arriba abajo, desdeñosa.

–Déjate de melodramas, Jalal. Has atravesado el mundo para dar a entender que yo he matado a mi marido, así que puedes volver a tu desierto para disfrutar de un poder que no te has ganado.

Él apretó los dientes, airado.

–Nunca me habías hablado en ese tono.

–Porque tú nunca me escuchabas. Aunque ese no era un privilegio que reservases para mí. Su Alteza no creía que mereciese la pena escuchar a nadie. Aunque en parte tienes razón: una vez, mi actitud y mi opinión sobre ti eran diferentes. Pero ya no soy esa persona.

–Eres la misma persona de siempre, pero ahora que eres la heredera de un imperio que vale miles de millones, crees que puedes permitirte el lujo de mostrarte tal y como eres.

–No es por eso por lo que tengo que contener el horror que me produces, pero como no me apetece explicarte mis razones, gracias por venir y adiós.

–¿Gracias?

–Llevo dos años furiosa por no haberte dicho todo lo que quería la última vez que nos vimos, así que gracias por darme la oportunidad de hacerlo. Y ahora, como ya has hecho lo que habías venido a hacer, puedes...

–No es eso para lo que he venido –antes de que Lujayn pudiese replicar, y sin pensarlo siquiera, Jalal tiró de ella para apretarla contra su cuerpo–. Y no es ese el deseo que estoy conteniendo.

Se inclinó para tomar sus labios, sintiendo que invadía sus sentidos, como había ocurrido siempre. Sabía a delirio, a noches de placer...

–Por muchas cosas que odies de mí, siempre te ha gustado esto –murmuró sobre su boca, deslizándose la lengua por sus generosos labios–. Deseas mis caricias, mis besos, el placer que te doy. Aunque todo lo demás fuese fingimiento, esto es real.

–No es verdad... –Lujayn no terminó la frase, temblando.

Siempre había sido así. Una simple caricia los incendiaba, provocando una reacción en cadena que ninguno de los dos podía controlar.

–Sí, Lujayn, es así. Es un deseo que se enciende y que solo tú y yo podemos satisfacer.

Sus alientos se mezclaron cuando ella dejó escapar un gemido.

Por fin, Lujayn se rindió, buscando el placer que solo él podía darle. El primer beso le provocó un escalofrío de placer que la electrificó, haciendo que diera un respingo e intentase escapar.

Pero Jalal la sujetaba por la cintura y, casi involuntariamente, Lujayn se arqueó hacia él, encendiéndolo aún más.

–Dime que permaneces despierta por las noches, como yo, deseando que te haga mía. Dime que te has vuelto loca como yo, dime que recuerdas todo lo que hemos compartido, que aunque me odiabas, lo único que querías era que te hiciese mía.

Jalal levantó la cabeza para mirarla a los ojos y ver en ellos la confirmación.

Y lo hizo.

Seguía deseándolo. Nunca había dejado de hacerlo.

Estaba en sus ojos.

No sabía qué se había dicho a sí misma desde que lo dejó, pero su explosiva respuesta la había forzado a enfrentarse con la verdad.

Sin dejar de mirarla a los ojos, Jalal la tomó en brazos y Lujayn se apretó contra él, dándole una prueba más de su consentimiento.

Con el corazón galopando de alivio y urgencia, la llevó hasta una habitación. Solo cuando la dejó sobre la cama se dio cuenta de que la había llevado al dormitorio principal.

Se colocó sobre ella, capturando sus muñecas con una mano para poner los brazos sobre su cabeza y acariciando su cara con la otra. Luego, sosteniendo su mirada nublada de deseo, se inclinó para capturar sus labios.

Ella volvió la cara, como si se sintiera tímida de repente, y Jalal besó el terciopelo de su cuello. Cuando empezó a chupar el lóbulo de su oreja, Lujayn se arqueó, levantando sus pechos hacia él, temblando al sentir el contacto, sus pezones marcándose bajo la blusa.

Jalal sonrió, satisfecho ante lo explícito de su respuesta, y volvió a hacerlo cuando ella dejó escapar un gemido de decepción al notar que se apartaba.

Su sonrisa la aplacó mientras se quitaba la chaqueta y luego, lentamente, empezaba a desabrochar su camisa.

Su deliberada lentitud le daba a Lujayn oportunidad para marcharse si no quería seguir adelante y a él tiempo para observarla mientras desnudaba su cuerpo; el cuerpo que Lujayn había adorado durante cuatro años y en el que había dejado su huella. Vio que los recuerdos encendían sus ojos, sus labios, oscureciendo sus mejillas.

—¿Esto es lo que deseas? —le preguntó.

Lujayn asintió con la cabeza, una confesión silenciosa que lo hizo temblar.

Jalal le tomó la mano para ponerla sobre su abdomen y cuando ella no la apartó, la invitó a seguir hacia abajo, dejando escapar un ronco gemido de deseo mientras lo acariciaba; el placer tan largamente esperado haciendo que perdiese la cabeza.

—Tócame, Lujayn. Toma lo que siempre has querido. Devórame como solías hacer, *ya 'yooni' l feddeyah*.

Ella dio un respingo al escuchar el cariñoso apelativo: «Mis ojos de plata».

Y esos ojos se oscurecieron hasta volverse del color del atardecer en Zohayd mientras lo exploraba, cada vez con menos timidez.

La intención de Jalal de ir despacio hasta que le suplicase empezaba a resultar imposible, pero cuando vio que Lujayn cerraba los ojos, esa intención se esfumó por completo.

Iba a hacerla suya cuando ella abrió los ojos como si saliera de un trance.

—Jalal, tenemos que parar...

—Dime por qué.

Lujayn cerró los ojos de nuevo.

—Patrick...

Jalal tomó su cabeza con las dos manos, obligándola a abrir los ojos.

—Patrick ha muerto y tú y yo no, pero tampoco estamos vivos. Dime que has podido vivir de verdad sin esto...

Volvió a buscar sus labios mientras se colocaba sobre ella hasta que la tensión se disolvió, hasta que Lujayn se rindió del todo.

—Dime que has obtenido placer sin mí. Di que no me deseas tanto como yo a ti y me marcharé.

La verdad estaba en sus ojos y, sin embargo, ella respondió:

–Desear no lo es todo.

–Pero es suficiente –Jalal enterró los dedos en su moño, liberando el pelo negro como ala de cuervo para enterrar la cara en él.

–Es los que tenemos, lo que necesitamos. Contra lo que no podemos luchar.

Lujayn tiró de su pelo para apartarlo.

–Esto no cambiará nada.

Estaba poniendo condiciones para aquel encuentro. ¿Que solo sería algo físico o que solo ocurriría una vez?

Sin embargo, Jalal se negaba a aceptar condiciones.

–Admítelo, te mueres por tenerme otra vez como yo me muero por tenerte a ti. Te entregarás, como has hecho siempre. Deja que yo te dé todo lo que siempre suplicaste que te diera.

Después de unos segundos, Lujayn asintió. Y luego, bajando las pestañas para esconderle los ojos, empujó su cabeza para apoderarse de sus labios.

Jalal dejó escapar un gemido de satisfacción cuando sus lenguas se encontraron, su fervor intensificándose, el ansia y la pasión calentando su sangre como una droga.

Empezó a desabrocharle la blusa con una mano, levantando la falda con la otra y, por fin, le desabrochó la cremallera del pantalón. Tuvo que tragarse un grito de alivio, de placer, mientras se frotaba contra ella hasta que Lujayn le suplicó:

–Lléname, ahora. Hazme tuya, Jalal...

Él arrancó sus braguitas para acariciar sus satinados pliegues, deslizando un dedo en su interior hasta que Lujayn se onduló contra él, frenética. Cuando no pudo soportarlo más, enredó las piernas en su cintura y fue entonces cuando entró en ella, haciéndola gritar.

Era tan estrecha como siempre, el placer que provocaba, inenarrable. Lujayn se arqueó, apretándose contra su cuerpo, con el deseo de sentirse dominada.

Abrumado de sensaciones, Jalal se enterró en ella hasta el fondo, gimiendo su nombre, apartándose para enterrarse de nuevo una y otra vez, haciendo que Lujayn gritase con cada penetración.

La cópula era primitiva, salvaje. Se tocaban y mordían con abandono. No existía nada más que la necesidad de saciar el deseo que los volvía locos.

El primer espasmo del orgasmo lo golpeó como una apisonadora, apretando su miembro con tal fuerza que Jalal se apartó para poder respirar. Un segundo después, mientras ella apretaba íntimamente su erección, sintió la fuerza de su propio clímax y se dejó ir, sintiendo que estaba volcando su fuerza vital en ella.

Liberado de las garras del éxtasis, cuando los gritos de Lujayn se convirtieron en gemidos, cayó sobre ella sin pensar en nada más que en los caóticos latidos de su corazón, que intentaba recuperarse del esfuerzo.

Podría haberse quedado dormido o tal vez se había desmayado durante unos segundos. O durante una hora. Lo único que sabía era que volvía a la tierra, a un cuerpo ahito y feliz.

Entonces, un movimiento hizo que diera un respingo...

Lujayn. Debía haberla aplastado.

Jalal se apartó a toda prisa. Se inclinó para besarla y cuando ella se apartó se le encogió el corazón.

Lujayn se sentó al borde de la cama, la larguísima melena negra cayendo por su espalda, su cuerpo rígido.

Iba a alargar una mano para tocarla cuando ella se volvió. Y la frialdad en sus ojos grises hizo

que se quedase inmóvil.

–Te odio cuando yo nunca he odiado a nadie, de modo que considera esto una despedida definitiva. No volverá a ocurrir jamás.

Después se levantó como una autómatas y desapareció en el cuarto de baño.

Jalal miró la puerta cerrada con el corazón acelerado, pero había recuperado algo: la satisfacción de saber que su cuerpo era suyo. Si iba tras ella la haría suplicar de nuevo, pero su antipatía parecía real. No sabía qué había hecho para ganársela, pero fuera lo que fuera, lo había cambiado todo.

Y eso explicaría por qué lo había dejado.

Casi una hora después, la puerta del baño se abrió de nuevo y Lujayn salió vestida. También Jalal se había vestido. Sabía que aquel interludio no iba a repetirse, al menos hasta que supiera qué estaba pasando.

–Siento mucho haber dicho que te odio, no es cierto.

El corazón de Jalal se hinchó de nuevo, las piezas rotas volviendo a unirse.

Pero sus siguientes palabras fueron lo que una bala para un pájaro:

–Es peor que eso. Me odio a mí misma cuando estoy contigo. Odio lo que hago, lo que pienso, lo que siento. Lo que soy. Patrick me enseñó que soy mejor que eso, que no tengo por qué sentir así. Estaba segura de que esto no volvería a ocurrir, pero tú eres como una enfermedad incurable y solo hay una manera de evitar que vuelva a recaer: no volverás a acercarte a mí. Si lo intentas, haré que lo lamentos.

Jalal se apartó. Su antipatía abriendo el dique de su acumulada, aunque brevemente olvidada, amargura.

–También yo lamento haber venido aquí para exponerme a tu odio, así que ahórrate las amenazas. Nevará en mi desierto antes de que vuelva a acercarme a ti.

No solo lamentaba haber ido a buscarla sino que despreciaba su propia estupidez por ser incapaz de odiarla, por sucumbir a su debilidad, por haberla tomado en su cama de matrimonio y no haber sido él quien recuperara el sentido común.

Se volvió antes de salir y la expresión de Lujayn le rompió el corazón una vez más. No lo odiaba solo en aquel momento, lo había odiado siempre.

–Gracias, por cierto. Me has dado lo que había venido a buscar: la certeza de que no merece la pena pensar en ti. Ahora puedo borrarte de mi memoria.

El alivio que le había proporcionado su mezquina venganza se esfumó por completo en cuanto salió de la habitación, porque era mentira.

Su recuerdo lo mantendría cautivo para siempre.

Capítulo Dos

El momento presente

«... el recuerdo de ese día quedará en mi corazón durante el resto de mi vida, junto con la bendición de tu amor, de tu mera existencia. Yo, Haidar Aal Shalaan, te entrego a ti, Roxanne, propietaria de mi corazón, mi vida para siempre».

Jalal pulsó el botón de pausa con el corazón encogido al ver el amor que irradiaban los rostros congelados en la pantalla.

Él nunca había creído en los milagros, pero no podía negar que acababa de ver uno con sus propios ojos y había rebobinado para ver la escena una y otra vez.

La boda de su hermano gemelo. Había visto esa parte en concreto, el momento en que hacían las promesas, por enésima vez.

Cada vez que veía a Haidar mirando con gesto de adoración a su flamante esposa, cada vez que los escuchaba comprometerse durante una vida entera, jurarse amor eterno...

Se sentía feliz por los dos: el hermano que parecía una extensión de su propia vida y una mujer que era de la familia. Pero ver cuánto se amaban infligía dolor además de alegría. Lo hacía sentir ese vacío en su interior, uno que no podía llenarse.

Una vez creyó haber encontrado algo parecido a lo que habían encontrado Haidar y Roxanne con Lujayn, la única mujer a la que había deseado con todas sus fuerzas. Pero incluso ardiendo de pasión, en los brazos del otro, sentía que le faltaba algo. Y en aquel momento sabía lo que era: esa conexión, esa alianza, el juramento de estar juntos para siempre.

Durante los últimos años había visto a sus hermanos encontrar a su alma gemela, pero habían tenido que ser Haidar y Roxanne quienes solidificaran la idea, quienes lo hicieran entender lo que era sentirse completo.

Él no había tenido nada parecido con Lujayn. ¿Cómo iba a tenerlo? Hacían falta dos personas para conseguir ese grado de intimidad y ella no había querido pasar de cierto punto. No había querido auténtica intimidad sino dinero y estatus social.

Entonces había creído que sus problemas eran debidos a la intermitente naturaleza de su relación, dictada por sus diferentes agendas y por vivir en diferentes lados del mundo, pero la verdad era que, aparte del sexo, Lujayn no lo quería de verdad. Solo quería conseguir un propósito.

Y seguro que habría seguido intentándolo si no se hubiese topado con otra oportunidad: un hombre que era casi tan buen partido como él.

Jalal apagó el vídeo y la pantalla se volvió negra, tan negra como sus pensamientos.

No volvería a verlo. No tenía sentido ver algo que él nunca tendría, que nunca experimentaría en carne propia en toda su vida.

Irritado, se levantó y tiró el mando sobre el sofá antes de mirar alrededor para buscar el balcón...

Había alquilado tantas casas en los últimos dos años que cuando despertaba tenía que hacer un esfuerzo para recordar dónde estaba.

Desde que se descubrió la conspiración de su madre, un escándalo que había asombrado a la región, había estado viajando por todo el mundo. Su padre y sus hermanastros, Amjad, Harres y Shaheen, insistían en que nadie asociaba a Haidar y a él con los delitos de su la reina Sondoss, pero se sentía sucio de todas formas.

Se había sentido aún peor cuando discutió con Haidar sobre ello y acabó culpándolo a él. La discusión había sido tan brusca que Haidar había anunciado que ya no tenía un hermano.

Esa pelea había sido resuelta, afortunadamente, y su hermano y él volvían a hablarse, pero aunque estaban recuperando la relación que habían tenido desde la infancia, Jalal seguía sintiendo ese vacío inexplicable.

Suspirando, abrió la puerta del balcón y se detuvo frente a la balaustrada, mirando el desierto en el horizonte, que parecía más lejos que nunca.

¿Qué estaba haciendo allí?

¿Por qué estaba intentando reclamar el trono?

El trono estaba desierto desde que el antiguo rey de Azmahar, su tío materno, había abdicado tras una serie de revueltas, y sus herederos habían recibido el rechazo de la población. Igual que su madre había estado a punto de destruir Zohayd, su familia había llevado Azmahar al borde de la destrucción.

Y él había creído que la gente de Azmahar no querría saber nada de su familia materna, de modo que fue una sorpresa cuando un comité que representaba a un tercio de la población exigió que él fuese uno de los candidatos. No lo culpaban por los delitos de su madre y decían que él tenía el poder y la experiencia necesarios para salvar el país. Incluso su sangre Aal Munsoori era un beneficio, ya que la gente seguía considerando a los Aal Munsoori sus monarcas legítimos.

Pero, además, tenía la ventaja de haber mezclado su sangre con la de los Aal Shalaan y, de ese modo, contaba con un aliado vital para ellos: Zohayd.

¿Pero él ocupando el trono? Sabía que estaba capacitado para el puesto, pero también que podía nadar entre tiburones. Literalmente. Lo había hecho una vez.

Eso no significaba que debiera hacerlo y ser el rey de unas tierras tan caóticas era peor que nadar en aguas infestadas de tiburones. Por no hablar del campo de minas que representaba ser elegido por encima de su hermano y su antiguo mejor amigo, enemigo en aquel momento, Rashid.

Pero si no hacía aquello, ¿qué otra cosa podía hacer?

Se había exiliado de Zohayd, pero llevaba a cabo los deberes reales de los que sus hermanos no se ocupaban. Entre eso y llevar sus negocios, no tenía vida personal. Aparte de un par de buenos amigos, no tenía a nadie.

Su hermano Haidar decía que lo tenía a él y seguramente era cierto, pero en el día a día...

Su familia vivía en Zohayd, de modo que apenas se veían y, como recién casado y segundo candidato al trono, Haidar no tenía tiempo para él.

Era lógico que se sintiera vacío. Tan vacío como el desierto y sin posibilidad de que eso fuera a cambiar.

Un ruido rompió el silencio que lo rodeaba y Jalal frunció el ceño. Su móvil...

Tardó unos segundos en reconocer el sonido, Fadi Aal Munsoori, un primo lejano y, además, su jefe de seguridad y jefe de su campaña para alcanzar el trono.

Aunque Fadi pertenecía a la rama de la familia de su madre que Jalal consideraba familia de verdad, el propio Fadi nunca se había portado como si tuviera relación con la familia real de Azmahar. Su padre apenas se había relacionado con ellos, pero Fadi no tenía ninguna relación, ni en público ni en privado.

Sin embargo, en cuanto su familia fue depuesta, había intentado convencer a las tribus influyentes y había sido él quien orquestó la nominación de Jalal como posible rey.

Pero, aunque le confiaría su vida, su negocio, su campaña e incluso sus secretos, Fadi jamás había querido una relación personal entre ellos.

Jalal insistía en que eran amigos, pero él lo trataba como si fuera un antiguo caballero defendiendo a su rey y solo lo llamaba cuando había algo urgente que discutir. Casi desearía que tuviese algo importante que consultarle para salir de aquel vacío...

–Fadi, me alegra saber de ti.

Su jefe de campaña era un hombre directo, su profunda voz cargada de su habitual solemnidad.

–Considerando que no has vuelto a preguntar sobre este asunto en los últimos dos años, es posible que no estés interesado en lo que tengo que decir. Pero he decidido contártelo de todos modos.

Jalal hizo una mueca. Eso no sonaba como algo referente a sus negocios, su seguridad personal o su campaña.

Y solo había otra cuestión de la que Fadi se había ocupado. Otra persona a la que había pedido que vigilase: Lujayn.

Y debía haber dicho su nombre en voz alta porque Fadi respondió:

–Es sobre Lujayn Morgan, sí.

El viento del desierto se volvió fiero, como en respuesta a las preguntas y tentaciones que provocaba ese nombre. Había tenido que hacer un esfuerzo sobrehumano para no volver a preguntarle por ella...

Al menos, había conseguido no buscarla. Y lo más cuerdo sería dejarle claro que ya no tenía interés, que no debía darle información...

–Te pido disculpas por pensar que seguías interesado –dijo Fadi entonces.

Y entonces Jalal hizo algo insensato. Con el corazón latiendo sin control, murmuró:

–*B'haggej' jaheem, ya rejjal*. Dímelo de una vez.

Su ladrido silenció a Fadi, como les ocurría a todos los demás. Él, como todos, creía que Jalal era el epítome de la sangre fría y, aunque eso solía ser cierto, el control y Lujayn se habían excluido siempre mutuamente.

–Ha vuelto a Azmahar.

–¿Creías que no iba a descubrir que estabas en Azmahar?

Lujayn se apartó el móvil de la oreja al escuchar una voz que había esperado evitar.

La de Aliyah.

Aliyah y ella se habían tratado una vez como si fueran de la familia, ya que sus padres pertenecían al clan americano irlandés de los Morgan, pero la madre de Aliyah, la princesa Bahiyah Aal Shalaan, había resultado ser en realidad su tía y Aliyah la hija que el antiguo rey Atef Aal Shalaan de Zohayd había tenido con su amante americana y reciente nueva esposa, Anna Beaumont.

Hacía años que Aliyah había sido declarada miembro del clan Aal Shalaan, cuando se convirtió

en esposa del rey Kamal Aal Masood y reina de Judar. Un gran cambio de la persona que era cuando se conocieron.

Pero mientras su falsa relación familiar las había convertido en amigas, Lujayn había seguido sus pasos en el mundo de la moda. Aliyah la había ayudado mucho, apartándola de situaciones desagradables y presentándole gente honrada en un mundo tan turbulento.

También ella había sido la razón por la que conoció a Jalal, cuando pensaban que era primo de las dos. Y en aquel momento, sabiendo que Aliyah era en realidad su hermanastra, había más posibilidades de que la llevase a la órbita de Jalal una vez más. Por eso había querido evitarla. Por eso y por la felicidad que irradiaba desde que se casó.

–¿Cuál es el castigo apropiado para ti, sabiendo que estás en Azmahar sin que me avisaras de tu presencia? –bromeó Aliyah.

Lujayn no pensaba confesarle a la mujer que tan amable había sido con ella cuando más lo necesitaba que había intentado evitarla porque, sin querer, hacía que se sintiera triste o porque no quería arriesgarse a ver a Jalal.

De modo que respondió con otra verdad, sin pensar en mezquindades o miedos.

–Yo también te he echado de menos, Aliyah.

Su amiga dejó escapar una alegre carcajada.

–Ahí está la mujer que sabe cómo enfadarme y dejarme con una sonrisa en los labios a la vez. Eres más escurridiza que una anguila. He oído que eso es algo propio de la gente de Azmahar.

Lujayn esbozó una sonrisa.

–Como solo soy de Azmahar en un cincuenta por ciento, seré escurridiza a medias.

Aliyah rio de nuevo.

–Ser de dos sitios a la vez aumenta lo que heredamos de cada lado. Pregúntale a Kamal.

Y allí estaba. Aliyah era incapaz de unir cinco frases sin mencionar el nombre de su marido, el amor de su vida.

Sabía que estaba siendo patética, pero no era solo notar el amor en la voz de su amiga. Los había visto juntos, solos y con sus hijos, y el amor y la devoción que sentían el uno por el otro le había parecido asombroso. De modo que esa pasión existía en el mundo... pero Lujayn nunca disfrutaría de ella.

–¿Cuánto tiempo llevas en Azmahar? –la voz de Aliyah interrumpió sus pensamientos–. La última vez que estuviste aquí fue hace más de cuatro años y solo te quedaste unos días.

–No lo sé. Depende de la salud de mi tía.

–¿Suffeyah? ¿Qué le ocurre? –exclamó Aliyah, alarmada.

–Le han diagnosticado un cáncer de mama.

–Ay, Lujayn, lo siento muchísimo. Tráela a Judar. Aquí tenemos uno de los mejores sistemas sanitarios de la región, gracias a Kamal. Yo me encargaré de que tenga los mejores cuidados.

–No sabes cuánto agradezco tu oferta, pero debo rechazarla. He intentado convencerla para que venga conmigo a Estados Unidos, pero se niega a dejar a sus hijas durante los meses que duraría el tratamiento. Una está en el instituto y la otra acaba de tener gemelos.

–Entiendo muy bien que no quiera dejar a sus hijas, pero Azmahar no está pasando por un buen momento y tengo entendido que el sistema sanitario es uno de los sectores que más está sufriendo.

El corazón de Lujayn se encogió al escuchar esas palabras.

–No sé, pero mi tía insiste en arriesgarse como haría cualquier otro ciudadano. Lo único que he podido hacer es convencerla para que hablase con uno de los mejores médicos de Estados Unidos, que vendrá en un par de días.

–Me alegro –dijo Aliyah–. Y si el tratamiento que recomienda no puede hacerse en Azmahar, yo me encargaré de enviar el equipo y el personal necesario. Si ella no quiere venir aquí, yo le llevaré Judar.

–Muchísimas gracias. Eso es mucho más de lo que yo hubiera esperado.

–Pero tú no esperabas nada, ¿no? Tú nunca pides ayuda.

Lujayn suspiró. Aliyah tenía razón. No quería aceptar favores que no pudiese devolver y solo aceptaba su ayuda porque temía por la vida de su tía.

Pero no tenía nada de igual valor para ofrecerle...

–Sé lo que estás pensando, pero como es un favor para tu tía no tienes nada que decir. Prométeme que aceptarás y que me dirás lo que necesitas.

Lujayn sonrió, aunque tenía los ojos llenos de lágrimas.

–Se me había olvidado lo bien que me conoces y lo increíble que eres –dijo, emocionada–. Gracias. Prometo llamarte en cuanto sepa lo que necesita mi tía.

–De acuerdo. ¿Cuándo vamos a vernos?

Lujayn se mordió los labios. Sabía que, aunque quisieran, no podrían verse. Dudaba que la reina de Judar encontrara tiempo para ella.

–En cuanto sepamos la opinión de los médicos, te llamaré.

–Espero que sea verdad.

Charlaron durante un rato, hasta que Aliyah tuvo que cortar la comunicación para atender a su hija.

Lujayn se dejó caer sobre un sillón. Si ya estaba deshecha, ¿qué pasaría durante las próximas semanas, los próximos meses?

Había sido mala suerte volver a Azmahar precisamente en ese momento, con Jalal allí por primera vez en años. Odiaba respirar el mismo aire que respiraba él y la llamada de Aliyah había hecho que sintiera como si su sombra fuese más oscura y cercana que nunca.

Lo cual era una ironía porque, además de haber jurado que la borraría de su memoria, Jalal estaba intentando llegar al trono.

Y aunque no fuera así, no pensaría en ella. Después de todo, solo había sido una amante entre muchas. Se veían cuando era conveniente para él... a veces estaban semanas sin verse y, sin la menor duda, Jalal no habría sido capaz de contener su libido durante tanto tiempo.

Cuando estaban separados, se debatía entre desesperarse y decirse a sí misma que dudaba porque se sentía insegura. Pero había escuchado rumores suficientes como para saber que en lugar de «guardar sus ansias solo para ella», como le había dicho más de una vez, Jalal tenía a una mujer diferente en su cama cada noche.

Desafortunadamente, no había sido esa la razón por la que rompió con él. Y, después de todo, Jalal no le había prometido nada que justificase sus celos o su sensación de estar siendo traicionada.

Maldiciéndose a sí misma por tan sórdidos recuerdos, Lujayn miró alrededor. Había reservado la suite porque el hotel estaba cerca del hospital y, de ese modo, podría atender a su tía. Pero pensar en lo que tenía por delante la llenaba de miedo.

Angustiada, se levantó para hacerse un té. Necesitaba calmarse un poco antes de volver a casa de su tía, a las afueras de Durrat al Sahel. El tráfico en la capital era peor de lo que recordaba.

Cuando estaba tomando el primer sorbo de té, un ruido estridente interrumpió el silencio de la suite. Asustada, Lujayn se quemó la lengua y empezó a toser...

Estaba tosiendo cuando volvió a escuchar el sonido. Un timbre. Ni siquiera sabía que la suite

tuviera uno.

Debía ser el servicio de habitaciones, pensó. No había colocado el cartel de No Molestar porque solo iba a estar allí una hora, de modo que abrió la puerta... y se quedó helada.

Porque al otro lado, haciendo que se sintiera diminuta, estaba Jalal. La razón de todas sus inquietudes desde el día que puso sus ojos en él.

Una vez había pensado que ningún otro hombre podría compararse en belleza y magnificencia. Y, durante su aventura, él había demostrado que no estaba equivocada. Ese cuerpo de metro noventa, anchos hombros y proporciones divinas que le había parecido el paradigma de la masculinidad había madurado y esa madurez lo hacía aún más atractivo. Los años le habían dado más virilidad, más inteligencia y sensualidad, más ángulos a su rostro.

Pero algo había ocurrido desde la última vez que lo vio, dos años antes. Era como si la oscuridad y la furia que había sospechado escondía tras una fachada amable emanase de él, haciendo que su belleza fuese casi aterradora.

Paradójicamente, también Jalal la miraba con cara de sorpresa, cuando era él quien había estado a punto de provocarle un infarto con su repentina presencia.

–Dije que te borraría de mi memoria, pero parece que no es posible, así que he decidido dejar de intentarlo e ir en dirección opuesta –le dijo, sus ojos de color whisky brillando como lava–. Creo que la única cura es revivir cada recuerdo, repetir cada intimidad que hemos compartido.

Capítulo Tres

Lujayn se quedó paralizada mientras Jalal pasaba a su lado. La puerta se cerró, el sonido como el de una pistola que alguien hubiera disparado a quemarropa.

Pero seguía sin poder moverse, hablar, respirar, mientras lo veía entrar en la suite, los recuerdos y las sensaciones atrapándola en un laberinto.

Lo único que aquel hombre tenía que hacer era mirarla para neutralizar su voluntad, su instinto de supervivencia.

Y que siguiera teniendo la misma influencia en ella después de lo que había sufrido y seguía sufriendo por él la enfurecía.

En cuanto Jalal se dio la vuelta para mirarla de arriba abajo, le espetó:

–¿Qué crees que estás haciendo? Vete de aquí ahora mismo.

–Lo haré, pero no ahora mismo –Jalal se encogió de hombros– así que ahórrate los insultos y vamos a hablar tranquilamente.

–¿Hablar de qué?

–De mi proposición –respondió él.

–¿La de revivir nuestros primeros encuentros? –exclamó Lujayn, irónica.

Sus ojos de lobo brillaron mientras daba un paso adelante.

–¿El primer segundo que compartí contigo, cuando te vi detrás de Aliyah, mirándome como una gatita hambrienta? ¿O cuando me acerqué y tomé tu mano...? –Jalal abrió y cerró la mano como si aún pudiera sentir la suya.

Un gemido escapó de la garganta de Lujayn.

–Estás reescribiendo la historia. Yo era tímida entonces y no sabía cómo reaccionar ante los avances de un extraño.

–Yo nunca fui un extraño para ti. Tú sabías quién era... probablemente lo sabías antes de aprender a hablar.

–Sabía de ti, pero no te conocía personalmente. Y lo que sabía explica que me mostrase recelosa.

–Pero me mirabas con ojos hambrientos –insistió él–. Por cierto, nunca te pregunté... ¿Aliyah no te habló bien de mí? Si no es así, se portó como una mala prima.

–Si me dijo algo de ti, seguro que no serían halagos. Y como hiciste todo lo posible para esconderle tus intenciones hacia mí, tampoco me advirtió.

–No le dije nada para conservar los ojos que tú decías adorar.

Y esos ojos, maldito fuera, eran tan magníficos como siempre, emitiendo ese brillo dorado que le hacía olvidar el sentido común cada vez que los clavaba en ella.

–No te entiendo.

–Aliyah se portaba contigo como una madre y me los hubiera arrancado de haber conocido mis

intenciones.

Lujayn hizo una mueca.

–¿Recuerdas lo que pasó cuando nos quedamos solos?

–¿Quieres decir cuando me diste un puñetazo?

–Yo no hice tal cosa. Simplemente, te advertí.

–Dijiste que te soltase o me atuviese a las consecuencias. Cuando yo no estaba reteniéndote contra tu voluntad, ni siquiera estaba tocándote.

–Estabas acorralándome.

–Simplemente, caminaba hacia ti. Eras tú la que caminaba hacia atrás, tú misma te acorralaste.

–Porque estábamos solos en la suite del hotel.

–A la que fuiste por propia voluntad.

–Acudí a una fiesta con Aliyah.

–Era mi fiesta, en mi suite. Y no fui yo quien le pidió a Aliyah que te dejase sola allí.

–Me quedé porque Aliyah dijo que volvería en media hora.

–Pero no te fuiste y había pasado más de media hora –le recordó él.

–Estaba en Nueva York y era de noche. Pensé que tu suite sería más segura que salir sola a la calle.

–Y así era.

–No me lo pareció cuando todos me dejaron a solas contigo. Yo era una cría y tú un hombre altísimo y fuerte... por no decir un príncipe con inmunidad diplomática.

–Pensaste que yo les había ordenado que se fueran para quedarme a solas contigo.

–Y tenía razón.

–No sobre las siniestras intenciones por las que me gané dos puñetazos.

–No exageres, solo fue un empujón.

–Que me dejó trastabillando –dijo Jalal–. Por no hablar de la sorpresa que me llevé al ver que el ángel se convertía en una arpía. *Ya Ullah*, si te deseaba antes de eso, después te deseaba mucho más.

Lujayn, horrorizada por lo que había hecho, había intentado escapar, pero Jalal la detuvo, sin tocarla, solo llamándola. Fue la primera vez que la llamó «ojos plateados».

Y así, de repente, sus miedos desaparecieron. Él dejó de ser el hijo de una mujer a la que había odiado de niña para convertirse en algo mucho más peligroso, la personificación de todos los deseos prohibidos. Se había mostrado simpático y accesible, ingenioso y elocuente, admirando su belleza, su carácter... y luego bromeando sobre el empujón, sin dejar la menor duda de que sabía qué lo había provocado: una atracción letal, que él compartía.

No la había llevado a su cama esa noche, pero los dos sabían que podría haberlo hecho. Había esperado dos meses, haciendo que se volviese loca de deseo. Después de la primera vez, devorada y dominada, se había convertido en adicta, deseándolo con una intensidad y una obsesión que la volvía loca. Durante los siguientes cuatro años.

Su intimidad había sido salvaje, explosiva, pero la gratificación sexual aumentaba la frustración emocional...

–Aunque no tenías que volver a empujarme –estaba diciendo él–. Me dejaste sin aire solo con mirarme porque me deseabas tanto como yo a ti.

Ella abrió la boca para contradecirlo.

–No te molestes, es algo indiscutible y tú lo sabes tan bien como yo. Con tantas para elegir, ¿esa es la intimidad que quieres revivir? ¿Por qué no la primera vez que hicimos el amor?

Lujayn iba a decir que ellos nunca habían hecho el amor, pero Jalal puso un dedo sobre sus labios y el calor de su piel pareció soldarlos.

Nerviosa, dio un paso atrás y él, suspirando, bajó la mano, sus ojos encendidos al recordar esa primera vez.

–Recuerdo cada centímetro de tu piel, cada sensación mientras te abrías para mí, mientras te rendías, suplicando mi posesión. Te daba placer como si estuviera grabado en mi ADN... recuerdo todas y cada una de las veces.

La furia que había provocado su aparición empezaba a convertirse en una extraña languidez. Era como si su proximidad provocase una reacción química, más potente que cualquier droga.

Pero no iba a caer bajo su influencia de nuevo. Le había costado demasiado y no solo a ella...

Cuando Jalal apareció en su casa, en los Hampton, había querido que se fuera para siempre y no volviera a pensar en ella durante el resto de su vida, pero no había sabido cómo lidiar con la situación.

Herir su orgullo podría alejarlo durante un tiempo, pero el deseo de satisfacer su deseo lo había hecho volver. Y tenía que aprender de sus errores, aunque fuese una sola vez.

–Los recuerdos están bien –empezó a decir– pero tú te concentras en recuerdos insustanciales y olvidas los más relevantes. Como, por ejemplo, por qué querías borrarame de tu memoria para siempre.

–Yo no olvido nada –replicó él, sus ojos helándose de repente–. Es una maldición que sufren los Aal Shalaan. Por eso no he podido olvidarte y, en cuanto supe que estabas de vuelta en Azmahar, tuve que admitir que no lo haría nunca.

Ella sabía de la increíble memoria de Aliyah, pero era la primera vez que Jalal mencionaba un don similar. Claro que nunca le había contado nada importante sobre sí mismo. Hablaba mucho, pero solo sobre la pasión que sentía por ella.

Además de eso, no tenían nada.

Lujayn se encogió de hombros.

–Esa memoria infalible significa que no has olvidado los malos momentos. Y fueron lo bastante horribles como para borrar todo lo que creíste tan maravilloso.

–¿Quieres decir la parte en la que convenciste a uno de mis mejores amigos para que se casara contigo... con intención de librarte de él a toda velocidad? Aunque dos años es mucho tiempo. Como siempre, te felicito por tu tenacidad. Imagino que querías librarte de él mucho antes.

–Imaginas demasiado.

«Concéntrate», pensó Lujayn, al ver un brillo burlón en sus ojos. «No le des armas».

–Si no es cierto, ¿por qué no me sacas de mi error?

–No podía hablar de ello cuando nos vimos por última vez. Y no me siento cómoda hablando de ello ahora, pero imagino que no hay razón para seguir manteniéndolo en secreto.

–¿Quieres advertirme que debo mantenerlo en secreto? ¿Crees que voy contando las cosas de los demás por ahí?

–No, sé que no. Contártelo a ti es tan seguro como contárselo a un cadáver, pero no estaba pensando en tu discreción cuando apareciste en Los Hampton dos meses después de la muerte de Patrick. Con la angustia que sentía y los peligros a los que me enfrentaba, por no hablar de la irritación que me produjo tu visita, compartir la verdad contigo no entraba en mi lista de prioridades.

–¿Y vas a contarme la verdad ahora sobre la muerte de Patrick? Si es lo que le contaste a la policía, no te molestes.

–No sé cómo funciona la policía en esta región, pero en Nueva York les da igual lo que uno cuente. Solo quieren pruebas. Especialmente, cuando se trata de alguien rico y joven que no muere por causas naturales.

–Patrick no murió de muerte natural, de ahí mi acusación hace dos años.

–¿Crees que yo lo asesiné? –Lujayn inclinó a un lado la cabeza, odiando que su corazón galopase, emocionado, mientras él la acusaba de ser una asesina–. ¿Crees que soy capaz de hacer algo así?

–Sé que eres capaz de hacer que un hombre quiera suicidarse.

–¿En qué te basas para decir eso? ¿En mi carrera como modelo o en que soy la única mujer que se atrevió a romper contigo?

Lujayn se mordió los labios, enfadada consigo misma por hacer recriminaciones cuando quería hacer todo lo contrario.

–Más bien la mujer que usó su cuerpo para atrapar a un multimillonario cuando yo no hice la oferta que esperabas.

–¿Crees que yo buscaba una proposición de matrimonio? ¿Te parezco la clase de mujer que cree en cuentos de hadas? Que yo sepa, el príncipe solo se casa con la hija de la criada en los cuentos o en las películas. Yo lo sé muy bien.

–Dijiste que querías un hombre que no te mantuviese escondida como si fueras un oscuro secreto, que saliera contigo a la calle... querías una proposición de matrimonio. Y me hiciste ver que si no lo hacía, ya tenías a un sustituto.

–¿Un sustituto? –Lujayn dejó escapar una risita amarga–. Nunca se me ocurrió que nuestra aventura fuese algo más que eso, algo trivial, esporádico. Por eso decidí romper contigo. El sexo ya no era suficiente para soportar esa degradación.

–¿Degradación? –repitió él–. Hice todo lo posible para que nuestra aventura, como tú misma la llamas, fuese discreta para que no tuvieras que soportar murmuraciones.

–Y yo sabía que no podía ser de otra manera, pero eso no significa que lo aceptase. Estaba atrapada en un círculo vicioso, queriendo romper contigo y luego dejando que volvieses a mi vida cuando te daba la gana, recuperando esa... compulsión. Por eso rompí contigo. Las diferencias entre nosotros, lo absurdo de la relación, todo eso estaba corroyendo mi autoestima y mi salud.

–Y la única cura era encontrar un marido multimillonario –dijo él, sarcástico.

Lujayn hizo una mueca.

–Eso es lo que tú quieres pensar. Tienes que creerme una mercenaria para aceptar que una mujer decidiese romper con el magnífico y todopoderoso príncipe, ¿verdad?

–No me diste explicación alguna. ¿Qué iba a pensar?

–Y tú no te sentías culpable en absoluto, ¿verdad?

–Si fuera así, me lo habrías dicho. Pero decidiste ponerte histérica y marcharte de aquí sin dar explicaciones. ¿Que iba a hacer más que aceptar la explicación más cruel?

–La más cómoda para ti.

La sonrisa de Jalal se volvió letal.

–¿Estás diciendo que ese ataque no fue un pretexto para librarte de mí y aprovechar la oportunidad para casarte con un hombre más manejable que yo?

–Patrick era un ser humano maravilloso. Más de lo que tú lo serás nunca.

Y ella era patética porque, sabiendo eso, no había logrado extinguir el ansia que la consumía. Pero no dejaría que la consumiese en aquel momento, cuando había algo más que ella que guardar y defender.

–Y no me casé con Patrick por su dinero. De hecho, fue él quien se casó conmigo por eso.

Jalal había logrado anticiparse a los pensamientos de Lujayn durante los dos primeros años. Su patrón de comportamiento había cambiado desde entonces, pero siguió anticipándose. Y luego habían llegado los dos años siguientes. Nada había ocurrido como él esperaba desde entonces. Era como si le hubiese perdido la pista. Lujayn hacía cosas inesperadas, cosas para las que él no estaba preparado. Acababa de insultarlo, pero ese no era el problema sino que hablase con acertijos.

De repente, la frustración de los últimos cuatro años hizo que la tranquilidad que fingía se convirtiese en urgencia.

–Ibas a decirme la verdad. Así que, por favor, deja de ser tan críptica. ¿Qué quieres decir con eso de que Patrick se casó contigo por su dinero?

–No intento ser críptica a propósito. Patrick quería que su dinero no fuera a su familia cuando él muriese. Si tú eras su amigo, uno de sus mejores amigos según dices, deberías saber que la relación de Patrick con su familia era... patológica, por ser amable.

Jalal asintió con la cabeza. Tras la muerte de la madre de Patrick, su padre se había casado con una mujer que resultó ser la malvada madrastra de los cuentos y su maldad se volvió más evidente cuando tuvo hijos propios. Desde entonces, hizo todo lo posible por destruir la relación de Patrick con su padre e incluso para que lo borrara de su testamento. Sin embargo, Owen McDermott no lo hizo. Al contrario que muchos recién casados, veía con toda claridad los defectos de su esposa y sabía que sus hijos compartían con ella un odio absurdo hacia Patrick, de modo que fue a ellos a quienes borró de su testamento, dejándole a Patrick casi la totalidad de sus bienes, que él podía compartir si era su deseo.

Y había compartido, pero nada era suficiente.

–Patrick me contó la historia de su vida el día que nos conocimos –dijo Lujayn.

Jalal recordaba bien esa noche porque fue una de las pocas ocasiones en las que salió con ella. Fueron a cenar a un tranquilo restaurante y se encontraron con Patrick, que estaba bebiendo solo.

Jalal había recibido una llamada urgente durante la cena y Lujayn había llevado a Patrick a casa porque él estaba demasiado borracho para conducir. No le había preocupado dejarla sola con Patrick, convencido del interés exclusivo que tenían el uno en el otro.

Se le encogió el corazón al ver su expresión, como si recordase el pasado con anhelo y pena.

–Nos hicimos amigos esa noche y él empezó a ir conmigo de vacaciones a Irlanda, su país natal, al que no había vuelto desde que su madre murió. Pero encontró allí una nueva familia.

–La tuya.

–Así es. Se hizo muy amigo de mi padre, que le dio consejos para multiplicar su herencia, pero entonces su familia apareció exigiendo su parte... –Lujayn sacudió la cabeza, entristecida.

–Y él no quería seguir compartiéndola con ellos –lo enfurecía tanto su melancolía por otro hombre que Jalal apretó los puños-. ¿Estás diciendo que se casó contigo para dejarte el dinero a ti?

–A mí y a mi familia, las únicas personas en las que confiaba.

–¿Por qué habría querido confiarle su fortuna a nadie?

–No se trata solo de dinero. Patrick participaba en muchos programas benéficos y sabía que si su madrastra y sus hermanastros lograban hacerse con el dinero se lo gastarían de inmediato en algún paraíso tropical. No quería que tuviesen ninguna posibilidad de hacerlo.

–Gracias por la aclaración, pero eso no responde a mi pregunta. ¿Por qué buscar herederos alternativos cuando era tan joven? Era como si supiese que iba a morir. ¿Tenía problemas

psiquiátricos? ¿Tendencias suicidas?

—¡Desde luego que no!

Su apasionada negativa le dolió. La angustia que había sentido desde que Lujayn lo dejó para casarse con Patrick le encogía el corazón. Entonces se había mostrado apasionadamente enfadada con él, pero en aquel momento lo trataba con frío desprecio. Patrick, sin embargo, había conseguido su cariño y su respeto, incluso después de muerto.

¿Habría estado equivocado sobre lo que había entre ellos?

—Patrick era la persona más buena que he conocido nunca. Y también la más cuerda.

Jalal sabía que era cierto. Admiraba a Patrick desde el día que se conocieron, quince años atrás, por su energía, su entusiasmo y sus opiniones progresistas, pero sobre todo porque era muy humano. Había sido la amargura por la ruptura con Lujayn lo que hizo que cortase toda relación con él. No solo la relación empresarial sino la personal.

Eso era lo que más había lamentado cuando murió, que no hubieran hecho las paces.

—Patrick tenía un cáncer de testículos que los médicos decidieron no operar —siguió Lujayn—. Tenía metástasis, el cáncer se había extendido por otros órganos vitales.

Jalal tuvo que tragar saliva. No sabía qué lo angustiaba más, esa revelación o la reacción de ella al recordarlo.

Parecía realmente desolada.

—Yo estaba con él el día que se lo diagnosticaron —murmuró, temblando—. Le dijeron que tenía un año de vida como máximo si seguía un tratamiento de quimioterapia, pero Patrick no quería pasar el tiempo que le quedaba en un hospital o sufriendo los efectos de una quimioterapia que no salvaría su vida. Quería estar con la familia que lo había tratado como uno de los suyos.

Algo dentro de Jalal se marchitó.

No lo sabía. No lo había sospechado siquiera. Estaba tan ciego de celos, de orgullo herido y de pasión frustrada que no se había molestado en investigar. Había decidido creer lo peor de Patrick y de ella...

Pero aquello exoneraba a Patrick, no a Lujayn, que tal vez había usado su enfermedad para que se casara con ella.

Sin embargo, lo importante era que en lugar de estar al lado de su amigo al final de su vida, se había convertido en un enemigo.

¿Podría estar inventándolo para exonerarse a sí misma?

Jalal la observó, rezando para que sus ojos le dijeran que no había sido tan ciego.

—Tú sabes que puedo conseguir los informes médicos.

Lujayn le devolvió la mirada, cargada de desprecio.

—Por eso tendrás que creerme, aunque no quieras. La bruja en la que tú quieres convertirme no sería tan tonta como para mentir sobre algo que puedes comprobar.

—Tienes razón —asintió él—. Patrick escondió su enfermedad para que su negocio no sufriera, llevándose miles de puestos de trabajo con él, por eso no supe nada.

Lujayn se volvió para secar discretamente sus lágrimas.

No quería que la viese llorar, pensó Jalal.

Nunca la había llevado a las lágrimas, ni en el placer ni el dolor, y eso demostraba que en lo que se refería a él, nunca había involucrado sus emociones.

—Pero la predicción de los médicos no se hizo realidad —siguió ella, dejándose caer sobre una silla—. Patrick vivió durante veinte meses antes de empezar a deteriorarse. Fue el mejor momento de nuestras vidas y, mientras tanto, nos decía lo que debíamos hacer con el dinero cuando él

hubiese muerto. Cuando su salud empezó a declinar fue... muy doloroso, pero decidió no prolongar su agonía y la nuestra. Decidió acabar con todo en sus propios términos.

Jalal respiraba como si acabase de correr una maratón cuando por fin Lujayn quedó en silencio.

—¿Por qué no me lo contaste?

Ella levantó la cabeza, mirándolo con expresión incrédula.

—Solo piensas en ti mismo, en que Patrick te excluyó de su vida. ¿Por qué iba a decirte nada? Tú ya no eras su amigo.

—Porque no sabía lo que pasaba. No sabía qué lo había empujado a hacer lo que hizo.

—Si crees que la enfermedad hizo que te cerrase su puerta, te equivocas. Patrick estaba en posesión de sus facultades mentales hasta el final. Hizo lo que pensó que debía hacer, como yo, rompiendo una relación toxica que debería haber roto mucho tiempo atrás.

—Todo eso no importa ya. Ni entonces. Patrick estaba muriéndose y yo debería haberlo sabido. Yo debería haber estado a su lado.

Era la primera vez que Lujayn lo veía tan agitado.

—Si hubiera sabido que pensabas de ese modo, lo habría animado a hablar contigo. Pero no se nos ocurrió que te importase, más allá de un simple pesar por alguien con quien solías mantener cierta amistad.

Si sus palabras no lo hubieran dejado paralizado, Jalal se habría caído de espaldas.

—¿Eso es lo que pensabais de mí? ¿Que soy un sociópata, alguien que no sentiría nada al saber que su amigo estaba enfermo? Patrick no era solo alguien con quien mantenía «cierta amistad», era el único amigo de verdad que he tenido en toda mi vida.

—No lo sabía —dijo Lujayn—. No os vi juntos las veces suficientes como para juzgar qué clase de amistad era la vuestra y Patrick no me dijo nada.

—¿Cómo iba a demostrarte que éramos amigos? No nos vimos a menudo mientras estabas conmigo porque nuestra relación era un secreto —Jalal sacudió la cabeza—. Pero debí contarte en algún momento lo que Patrick significaba para mí.

—¿No recuerdas si lo hiciste o no? ¿Qué ha sido de tu infalible memoria? No, no lo hiciste. Y cuando él me ayudó a tomar la decisión de dejarte, pensé que sabía por experiencia que estaría mejor sin ti.

—Vaya, gracias a los dos. Es genial saber que teníais tan alta opinión de mí.

Pero la verdad era que había escuchado antes esas palabras. Haidar le había dicho algo parecido antes de que hicieran las paces...

—Nada explica que mantuvieras todo eso en secreto tras la muerte de Patrick.

—Tuve que mantener el secreto porque su familia intentó impugnar el testamento. Como Patrick murió de una sobredosis de barbitúricos, pensaban lo mismo que tú: que no estaba cuerdo cuando redactó el testamento. Las investigaciones policiales y los informes médicos eran confidenciales, de modo que su familia no pudo saber que tenía una enfermedad terminal. Debíamos mantener el secreto hasta el final.

Eso lo explicaba casi todo.

Lo único que no explicaba era cómo lo había dejado Lujayn. Quería estar con un hombre por el que sentía cariño, y seguramente también por razones económicas, pero no había necesidad de romper con él de manera tan dramática.

Decía que se sentía degradada, que eran diferentes, que su relación no tenía sentido. Pero aunque eso hubiera sido cierto una vez, todo había cambiado. Su situación, la de ella...

Si dos años antes había pensado que era más bella que cuando la conoció, en aquel momento su

belleza había llegado a su máximo esplendor.

–Deberíais habérmelo contado. Me privasteis de la posibilidad de hacer algo por Patrick, algo que me hubiera gustado hacer con todo mi corazón. Pero ya es demasiado tarde y lo único que puedo hacer ahora es encargarme de que el legado de Patrick permanezca intacto. ¿Prometes aparcas nuestras diferencias y dejar que te ayude?

Esos ojos increíbles se clavaron en él, haciendo que se marease de deseo. Luego, cuando asintió con la cabeza, Jalal dejó escapar un suspiro de alivio mientras se sentaba a su lado.

–Ahora tenemos que ponernos de acuerdo sobre algo más.

–¿Sobre qué?

–Tú tienes el código secreto de mi libido. Y yo tengo el tuyo –siguió–. En cuanto se refiere a la pasión y el placer, estamos hechos el uno para el otro.

Ella suspiró, resignada. Pero Jalal la miró a los ojos, exigiendo un consentimiento explícito y ella lo hizo. Con los ojos brillantes, se dejó abrazar por él, levantando la cara para recibir un beso carnal.

La feroz prensa que eran sus labios aumentó el deseo, apartando cualquier otra consideración.

Lujayn cayó al abismo mientras sus alientos se mezclaban. Su ropa desapareció ante las ansiosas manos masculinas...

–Desde el momento que pusiste tu mano en la mía, tú eres lo único que he deseado. Pase lo que pase, nada cambiará eso. Debo tenerte otra vez y tú debes tenerme a mí. Di que sí, Lujayn. Entrégate a mí, termina con mi sufrimiento y el tuyo.

–No.

Lujayn se apartó, jadeando.

Se volvió, sintiendo que el mundo se hundía bajo sus pies, sus manos temblando de manera incontrolable mientras se arreglaba la ropa.

–Alejarme de ti es lo mejor que he hecho en mi vida y no voy a... volver a caer en esa adicción.

Capítulo Cuatro

Jalal miraba la pantalla de su ordenador portátil.

Algo no estaba bien...

Frunciendo el ceño, volvió a leer el documento que acababa de redactar. Todo estaba mal.

Era como si alguien decidido a sabotearlo hubiese escrito la página que tenía delante.

Pero ese alguien era él mismo, incapaz de olvidar a una mujer morena de ojos como la luna que lo tenía perpetuamente frustrado.

En otras palabras: en ese momento no debería tomar ninguna decisión importante porque no era capaz de pensar con claridad.

Jalal apagó el ordenador y se apartó de la mesa como si lo quemara. Había estado a punto de cometer un error colosal.

Suspirando, se dirigió al balcón para mirar el desierto, la voz de Lujayn en su cabeza.

«Aléjate de mí. Por favor».

Y se había alejado. Durante cuatro semanas.

Era lógico que estuviera desintegrándose.

Pero no se había alejado por una cuestión de honor o de respeto sino por ese «por favor».

Si Lujayn se hubiera ido de la suite sin pedirselo por favor la habría perseguido hasta que sucumbiera. Pero ese «por favor» y esa mirada de desesperación lo habían inmovilizado.

Era como si creyese que dejarse llevar por el deseo la destruiría.

Pero no entendía por qué. Y esa «degradación» de la que había hablado... Haidar no tenía ninguna razón para esconder su relación con la hija de un importante diplomático y él tenía que viajar al otro lado del mundo cada vez que quería ver a Lujayn.

Lujayn y él eran jóvenes cuando se conocieron y eso había reforzado la naturaleza esporádica de su relación. Mantenerla en secreto, considerando lo que su madre le hubiera hecho a Lujayn y su familia de haber sospechado algo, era lo más sensato.

Si no le gustaba su relación podría habérselo dicho, pero nunca lo hizo. De modo que era comprensible que no hubiese intuido su descontento. Y que no aceptase esa supuesta «degradación» o sus otras razones para dejarlo.

¿Por qué no admitía que había roto con él para estar con Patrick? ¿Por qué insistía en contar esa retorcida versión de la historia? No tenía sentido que se hiciera la ofendida.

Lujayn decía querer solo una cosa de él: que se alejase, que no volviera a buscarla. Pero el sentimiento de culpa era una atracción más. Si quería que se alejase no debería haberlo acusado de haberla tratado mal porque, a partir de ese momento, Jalal no podía dejar de pensar en ello.

Sin embargo, no podía negar que ese «por favor» había sido auténtico.

Había algo que no le había contado y para que se lo contase tenía que hacer una cosa: alterar la realidad. Al menos, la percepción de la realidad.

Y tenía medios para ello. La noche anterior, Fadi le había hablado de un descubrimiento sorprendente y Jalal había decidido usarlo para conseguir su objetivo. Y antes de cometer un error que provocase un problema en sus negocios, por no hablar de su cordura, tenía que ponerse en marcha.

Jalal sacó el móvil del bolsillo y, unos segundos después, escuchó una voz familiar:

–*Somow'wak?*

Jalal apretó los dientes cuando Fadi lo llamó «Alteza». No era solo un título para él; al contrario, significaba todo lo que no podía reclamar como suyo.

–Tengo nuevas órdenes concernientes a Lujayn Morgan.

Al otro lado hubo un largo silencio y Jalal frunció el ceño.

–¿Fadi? ¿Sigues ahí?

–*Ella, Somow'wak.*

–¿Has oído lo que he dicho?

Otro largo silencio, una rara muestra de opinión por parte de Fadi, que nunca cuestionaba sus órdenes.

–¿Está seguro, *Somow'wak?* Esas... intenciones podrían interferir con su campaña. Incluso podrían dañarla.

Por supuesto, eso era lo que preocupaba a Fadi y tal vez debería pensarlo.

–Esas son las órdenes, Fadi.

–¿Ha pensado en las consecuencias? Si me lo permite, yo puedo encontrar una idea alternativa que lo alejaría de cualquier escándalo.

Jalal sonrió, pensando en el éxito de su idea, con Lujayn de vuelta en su cama, en su vida.

–Esto es lo que necesito, Fadi. Y sí, estoy seguro. Nunca he estado más seguro de nada en toda mi vida.

Lujayn observaba al oscuro coloso que la miraba con expresión solemne.

Sabía que no era más grande que Jalal, pero mientras Jalal la hacía consciente de su feminidad, aquel hombre la hacía sentir... diminuta y vulnerable.

Aparte de eso, el jeque Fadi Aal Munsoori compartía muchas cosas con Jalal, ya que ambos hombres eran una fuerza de la naturaleza. Y como tal, entró en su casa y los hizo sentir a todos como si estuvieran a sus órdenes.

Sabiéndolo todo sobre Azmahar y todo sobre Jalal por su obsesiva investigación, reconoció a Fadi de inmediato. Y él se presentó como jefe de seguridad y director de la campaña de Jalal.

Fadi no estaba al servicio de Jalal durante su relación, pero estaba claro que lo sabía y la desaprobaba. De haber estado solos, Lujayn le habría dicho lo que podía hacer con su príncipe y con su probable futuro en el trono.

Pero eso fue antes de que Fadi hiciera su oferta, algo tan ridículo que Lujayn lo miró, atónita.

–No puede hablar en serio. El príncipe Jalal no puede querer...

Lujayn se dio cuenta de que su madre estaba a su lado, tan agitada como ella.

–*Somow'woh* ofrece las cosas en serio –dijo Fadi–. Le di la información hace ocho horas y él insistió en que viniese personalmente para hacer la oferta. Entiendo vuestras dudas, pero...

–No son dudas –lo interrumpió su madre–. Es una sorpresa. Yo nunca pensé que alguien volvería a sacar a la luz ese tema.

Fadi asintió con la cabeza.

–Habría quedado enterrado para siempre si el príncipe Jalal no me hubiera pedido que investigase. En cualquier caso, podrían olvidar sus reservas si...

–¿Pero es cierto? ¿Está hablando en serio?

Lujayn miró a su tío. Era la primera vez que hablaba desde que Fadi apareció y casi había olvidado que estaba allí.

Su tío había sido una vez un hombre tan hermoso como Jalal, pero diferente. Sus facciones habían perdido brillo con el paso del tiempo, como una espada oxidada. Siempre había cierto temblor en su voz, un temblor de resignación y derrota.

–¿El príncipe Jalal tiene las pruebas? –le preguntó a Fadi, tomándolo del brazo.

–Sí, *ya sayyed Bassel*. Cumpliendo sus órdenes, he encontrado las pruebas y el príncipe ha decidido que los miembros de su familia sean reinstaurados en *gabayel el ashraaf*.

Lujayn hablaba árabe a la perfección, especialmente el dialecto de Azmahar. Lo había aprendido a instancias de su madre, para quien el conocimiento del idioma era una forma de poder. Pero, por el momento, el poder había estado siempre en las manos de Jalal, que había usado su comprensión del idioma como otro elemento de seducción.

De modo que entendía lo que Fadi había dicho, pero no podía ser. ¿Desde cuándo los Al Ghamdis habían sido considerados entre las tribus nobles? Ellos pertenecían a una clase inferior, la clase que vaciaba ceniceros y servía a los príncipes.

–Un momento –dijo entonces, colocándose entre Fadi y su tío–. ¿De qué estás hablando?

Fadi se volvió para mirarla con gesto de desaprobación y su tío se volvió también, sus ojos pardos brillando de emoción.

–Nuestra familia está emparentada con la familia real.

–La antigua familia real –lo corrigió el jeque Fadi.

Lujayn miró de uno a otro de nuevo. Aunque aún no entendía esa revelación, la vehemencia de Fadi hizo que se pusiera alerta. También él estaba emparentado con la familia real, pero ninguno de sus miembros había logrado el afecto de la gente de Azmahar.

Pero eso no era lo importante en aquel momento.

–No entiendo.

–Los Al Ghamdi fueron una vez Aal Ghamdi –dijo su tío, arrugando la cara como si estuviera a punto de ponerse a llorar.

Esa pequeñísima diferencia cambiaba todo lo que sabía sobre la familia de su madre porque, habiendo sido una familia que servía, pasaban a formar parte de los *gabeelah*, los que eran servidos. Los *gabeelah* eran una tribu de guerreros al servicio de los reyes y solo estaban por detrás de ellos.

–Somos primos maternos de Aal Refa'ee.

Esa era la familia de la madre de Jalal, Sondoss, la otra rama del linaje real de Azmahar.

Lujayn miró de su tío a Fadi y luego soltó una carcajada.

–Tenéis que admitir que esto es... absurdo.

¿Qué podía ser más ridículo que descubrir que estaban emparentados con Sondoss? ¿Que su madre estaba emparentada con su antigua negra?

Que ella estaba emparentada con Jalal.

–Disculpa, jeque Fadi –dijo su tío–. Nunca le contamos a nuestros hijos la verdad, de modo que es natural que Lujayn esté tan sorprendida.

–¿Sorprendida? –repitió ella–. Una sorpresa es cuando vas a visitarme a Nueva York, pero esto... esto es un cataclismo.

Fadi frunció los labios.

–La cuestión no te atañe a ti tan directamente como a tu tío y a tu madre. Fueron ellos los que sufrieron la desgracia de su familia, los que fueron desposeídos. Mientras tú puedes pensar que esto cambia la historia y vuestra identidad, es a ellos a quienes va a reivindicar.

Lujayn sacudió la cabeza, intentando contener su nerviosismo. Pero eso explicaba tantas cosas sobre el carácter de su tío y su madre.... ella había pensado que estaban amargados por culpa de la dureza de sus vidas, pero esa melancolía estaba relacionada con la injusticia y la opresión.

–¿Qué ocurrió? ¿Cómo pasasteis de parientes de la reina a ser sus criados?

–Es una larga historia –respondió su madre, apartando la mirada.

–No pienso ir a ningún sitio hasta que sepa la verdad.

Fadi levantó una mano para pedir silencio.

–Os agradecería que pospusierais el relato hasta que me haya ido.

Lujayn se volvió hacia él.

–Has venido en nombre del príncipe para hacernos una oferta y ya la has hecho. ¿A qué estás esperando?

Él enarcó una ceja.

–Una repuesta.

–¿Esperas que mi tío te dé una respuesta de inmediato?

–Lo que espero es que hable por sí mismo, no a través de ti.

Ella nunca había presumido de hablar por su familia, pero si tenía algo que ver con Jalal lo haría y la respuesta sería no.

Solo había una razón por la que Jalal hiciera esa oferta: ella. Y no pensaba dejar que utilizara a su tío y a su madre para volver a invadir su vida.

De modo que se volvió hacia su tío, rogándole con los ojos que no se comprometiera a nada.

–Por favor, trasládale nuestra gratitud al príncipe Jalal por su generosa oferta –dijo él, sin embargo–. Sería un honor y un privilegio apoyarlo en su campaña para llegar al trono.

Que su tío aceptara era lo último que Lujayn deseaba, pero la expresión de Fadi la sorprendió aún más. Estaba claro que eso no era lo que deseaba.

–Era una obligación y una cuestión de honor traeros la propuesta del príncipe. Pero, con objeto de facilitar la restauración de vuestro nombre, debo también asegurarme de que ninguna decisión de *Somow'woh* incline la balanza de esta delicada campaña.

Su tío asintió varias veces con la cabeza.

–Sí, claro. La prioridad es asegurar que los esfuerzos del príncipe no sean en vano.

¿Qué tenía Jalal que hacía que la gente fuera capaz de tirarse delante de un tren para complacerlo?

Ella sabía lo que era y lo odiaba por ello.

–Lo que os ofrezco es un sitio en mi equipo –siguió Fadi–. De ese modo, seríais valiosos para su campaña, pero eso aliviaría la fricción con otras personas del mismo rango.

Pensaba que la decisión de Jalal de asociarse con su familia era un error, eso era evidente. Y estaba intentando protegerlo de sí mismo, de lo que consideraba un paso en falso.

Aunque su tío estaba capacitado para ocupar un alto puesto ya que tenía un máster en Ciencias Políticas y otro en Dirección de Empresas. Pero Fadi había tomado en consideración la poco favorable percepción del público en una sociedad que secuestraba a la gente dividiéndola por clases. La reinstauración de su familia podría dañar la popularidad de Jalal y Fadi lo sabía muy bien.

Pero que no quisiera contaminar a su precioso príncipe le ofrecía una salida.

–Lo que tú digas, jeque Fadi –estaba diciendo su tío–. Estaré encantado de ofrecer mis servicios al príncipe Jalal en el puesto que considere más adecuado.

Él asintió con la cabeza, claramente aliviado.

–Me pondré en contacto contigo más adelante para darte toda la información de la que disponga.

Después de hacer una reverencia a su madre, hizo otra más corta e informal para Lujayn y se dio la vuelta.

Pero Lujayn lo siguió para hablar con él a solas.

–¿Crees que Jalal aceptará este cambio?

–No es algo por lo que debas preocuparte.

–Ahí te equivocas. Tú no nos quieres cerca de Jalal y yo preferiría vivir en otro planeta. Así que haz lo que debas hacer para reinstaurar a mi tío, pero quiero que estemos tan alejados de Jalal como sea posible... por el bien de todos.

Fadi la miró, incrédulo. Lo había sorprendido, estaba claro. Seguramente no podía entender que una mujer no deseara las atenciones del príncipe, pero no dijo nada.

Se alejó, y estaba casi en la puerta cuando escucharon un estruendo de gritos y risas, seguido de apresurados pasitos infantiles.

Fadi se volvió para mirarla mientras ella intentaba contener los salvajes latidos de su corazón. Pero después salió sin decir nada y Lujayn se apoyó en la puerta, llevándose una mano al pecho.

¿Por qué se había asustado tanto? Aunque lo hubiera visto no habría pasado nada. Si sospechaba algo, Fadi no habría dicho una palabra para no sabotear la campaña de Jalal.

Jalal acababa de lanzar una bomba que estaba a punto de hacer explotar a su familia y tal vez la única manera de desactivar tal bomba era con una revelación propia. Estaba segura de que si lo hiciera, Jalal olvidaría su propuesta.

No, pensó entonces. Aunque estuviera segura de que ese sería el resultado, no quería que lo supiera.

Suspirando pesadamente, volvió al salón con su madre y su tío, pensando que tenía dos propósitos: proteger a su familia de las manipulaciones de Jalal y hacer todo lo posible para que no descubriera su secreto.

Capítulo Cinco

La idea del jeque había fracasado. Fadi llamó una hora después para decir que Jalal insistía en su idea original y Lujayn tuvo la impresión de que el orgulloso príncipe ni siquiera lo había dejado presentar la sugerencia, aunque fuese en su propio beneficio.

Era de esperar. Jalal tomaba decisiones sin contar con nadie, sabiendo que todos lo obedecerían sin rechistar. Estaba a punto de preguntarle qué había pasado cuando su tío le quitó el teléfono.

Lujayn se quedó mirándolo mientras hablaba con Fadi. Era como si el hombre al que conocía de toda la vida fuese otro, tan animado y lleno de vida. Estaba reviviendo ante sus ojos.

Si no le contaban aquella larga historia lo antes posible iba a explotar de curiosidad. Pero, por el momento, ni su madre ni su tío habían dicho una palabra.

Su tío colgó el teléfono y se volvió hacia ella con expresión emocionada.

–El príncipe Jalal insiste en que yo sea su consejero personal y miembro de su futuro gabinete.

Lujayn sonrió, sarcástica.

–Está convencido de que será el rey, ¿verdad?

Su tío, sin entender el sarcasmo, asintió con la cabeza.

–Si los ciudadanos de Azmahar saben lo que es bueno para ellos, elegirán a Jalal.

–Pero todos sabemos que, en general, los seres humanos no suelen hacer lo que es bueno para ellos.

–Yo creo que tomarán la decisión acertada. El príncipe Jalal es nativo de Azmahar, pero también lleva sangre de Zohayd y es un líder natural. En resumen, es justo lo que necesita Azmahar.

–Lo mismo puede decirse de su hermano mellizo.

Su tío negó con la cabeza.

–El príncipe Haidar se ha apartado de la campaña para conseguir el trono.

–Pero su nueva esposa lo ha convencido para que vuelva.

Su tío no le preguntó cómo sabía eso.

–Pero aún no ha hecho público que quiera volver a hacer campaña para el trono. Solo ha dicho que lo aceptará si la mayoría lo elige a él. Si es una decisión seria y no una maniobra política, demuestra que no está ansioso de poder pero es capaz de hacer su trabajo. Además, no está haciendo promesas de reformas si se convierte en rey y eso es algo que no tiene ningún otro candidato.

Nunca había dejado de asombrarla que hasta que empezó a aconsejarlos sobre la herencia de Patrick, su tío nunca hubiera tenido un trabajo acorde con su talento y experiencia.

–Los esfuerzos del príncipe Haidar tendrían ventaja si los otros dos candidatos no estuvieran tan involucrados en reformas vitales para el país. De hecho, se dice que están involucrados en la

primera campaña política de este estilo en toda la historia.

–Desde luego que sí. Son el primer trío que hace campaña para conseguir un trono, no una presidencia –asintió Lujayn–. Me pregunto por qué la gente de Azmahar quiere que continúe la monarquía.

–Porque antes del último rey, todo funcionaba bien. Ahora, si eligen a Jalal como el nuevo rey, él hará mucho más de lo que podría hacer como presidente. No se pueden cambiar las convicciones de todo un país sin pagar un precio muy alto por ello, como las democracias fallidas de la región han dejado bien claro. Pero no es por eso por lo que esta campaña es única sino por la actitud de los candidatos. En lugar de intentar convencer a la gente de que son los mejores y gastarse millones en la campaña, todos están demostrando que quieren lo mejor para Azmahar resolviendo los problemas ahora. Pero lo más importante es que están haciéndolo juntos, de ese modo han evitado la catástrofe del vertido de petróleo en las aguas del golfo.

Eso era algo que Lujayn no sabía y la sorprendió. Solo sabía que Haidar era el hermano mellizo de Jalal y la viva imagen de su bellísima y malvada madre.

Evidentemente, Haidar no carecía de humanidad como ella ya que estaba locamente enamorado de su esposa. Desde la romántica proposición a la maravillosa boda, parecía ser todo lo contrario.

Lujayn sabía menos sobre el tercer candidato, Rashid. Pero todos estaban haciendo lo que decía su tío: intentar resolver los problemas. Lo que la asombraba era que Jalal también lo hiciera, olvidándose de su ego y sus ansias de poder.

–Creo que tanto Haidar como Rashid han demostrado merecer el trono. Entonces, ¿por qué crees que Jalal sería mejor candidato?

–Mi convicción no es solo una corazonada –respondió su tío–. Mientras el jeque Rashid es un ciudadano nacido en Azmahar, héroe de guerra y con un poder formidable en el mundo de los negocios, no tiene relación alguna con Zohayd. Y, como es un hecho que Azmahar necesita que Zohayd sobreviva y prospere, eso es un problema para él. No tiene nada que hacer contra el hermano del rey de Zohayd.

–En cualquier caso, eso pone a Haidar y Jalal en la misma posición.

Él negó con la cabeza.

–Tú crees que el príncipe Haidar puede compararse con Jalal, pero no es así.

–¿Por qué no?

–Haidar tiene un problema: ha heredado el rostro de su madre. Y tú mejor que nadie deberías saber lo odiada que es su madre en Azmahar.

Sí, Lujayn lo sabía. Y, además, había sufrido su maldad en persona.

–Pero Jalal no tiene ese estigma –siguió su tío–. Para nosotros, es más de Zohayd que de Azmahar y se parece a su padre, nuestro mayor aliado durante las últimas décadas. Además, el príncipe Jalal se parece mucho a su hermano mayor, el rey Amjad.

Lujayn miró a su tío, sorprendida.

–Parece que ha hecho muy bien eligiéndote a ti como asesor. Serías capaz de vendérselo hasta a su peor enemigo.

–Siempre he creído que era el mejor candidato. He admirado que pensara en Zohayd y que haya apoyado tantas causas benéficas en Azmahar antes incluso de tener la posibilidad de convertirse en rey. Pero ahora, después de lo que ha hecho por nuestra familia... –su tío, emocionado, apartó la mirada–. *Ya Ullah, ya* Lujayn, nunca podrás entender la enormidad de lo que ha hecho, el peso que me ha quitado de encima y que ha estado ahogándome toda mi vida. Si antes lo respetaba y

admiraba, ahora le debo mi honor y el de mi familia. Jalal ha renovado mi deseo de vivir y estaré en deuda con él para siempre.

Y eso era lo que Jalal quería, por supuesto. ¿Qué mejor manera de insinuarse en su vida que inspirar algo de tal intensidad en su familia?

Pero Lujayn no creía que hubiera descubierto el secreto el día anterior. Seguramente lo sabía desde siempre y estaba utilizándolo para manipularlos. A partir de aquel momento, su tío y su madre se tirarían desde un acantilado por él...

Había conseguido lo que quería, como siempre.

Ella lo había dejado, pero Jalal había vuelto a entrar en su vida y tenía la certeza de que se quedaría allí mientras quisiera hacerlo. Mientras tanto, lo único que ella podía hacer era evitarlo en lo posible hasta que pudiera marcharse de Azmahar.

Y después, nada la haría volver.

Mientras tanto, no le diría nada a su tío sobre su nueva «deidad». Aunque ella sabía que acabaría en lágrimas, como todo lo referente a Jalal Aal Shalaan, no tenía corazón para matar el entusiasmo de su tío, de modo que se guardaría sus aprensiones para ella misma por el momento.

Aquello era algo que su tío y su madre necesitaban, algo con lo que ni siquiera se habían atrevido a soñar, y si despertaban a la fea realidad, no sería ella la culpable.

—... esta noche.

Las últimas palabras de su tío interrumpieron los pensamientos de Lujayn.

—¿Perdona?

—Me has oído bien. El príncipe Jalal nos ha invitado a su casa esta noche para celebrar que voy a formar parte de su equipo.

—*Marhabah ya bent el amm.*

La voz que había hecho eco dentro de ella durante gran parte de su vida adulta reverberó en el silencio de la noche. Tan suave como la madera pulida, tan serena como el desierto. Y decía:

«Bienvenida, prima».

Lujayn se dio la vuelta, sintiéndose acorralada.

—¡No es verdad!

Como respuesta a su vehemencia, Jalal pareció materializarse en medio de la oscuridad, amenazador y magnífico como siempre, sus ojos de color coñac reflejando las llamas de las antorchas del patio.

—¿No puedo llamarte lo que eres en realidad?

—No soy nada tuyo.

—Siempre has sido muchas cosas para mí —respondió él, con un brillo en los ojos y una sonrisa en los labios que le habían enseñado lo que era la pasión—. Pero hemos descubierto que eres más de lo que pensábamos.

—Descubrir que compartimos algunos genes nos hace tan parientes como los monos y los seres humanos —replicó ella.

—Imagino que yo soy el que está más abajo en la cadena evolutiva —bromeó Jalal.

—No...

Lujayn no sabía qué le estaba pidiendo. Y no quería que la desconcertase, no quería que impidiese que siguiera enfadada.

—¿No qué? ¿Que no me acerque? —susurró él, tomándola por la cintura—. Pero tienes razón sobre

la cadena evolutiva, en lo que a ti se refiere al menos. Tú me conviertes en un ser primitivo que solo desea poseer, conquistar... –Jalal tiró de ella, aplastándola contra su pecho– buscar placer.

–No...

Los únicos signos de vida eran el murmullo de conversaciones que provenían del salón. Lujayn había visto guardias en las puertas, pero habían desaparecido. O tal vez estaban escondidos para que nadie pudiera verlos.

No, pensó. Jalal no haría eso si hubiese alguien mirando. El conductor se había marchado, seguramente cumpliendo órdenes...

Jalal le había tendido una trampa y estaba esperando, jugando con ella como una pantera atormentando a su presa.

–Quítame las manos de encima o tus invitados sabrán lo que ha pasado cuando te vean volver cojeando al salón –lo amenazó.

Jalal sonrió de nuevo.

–¿Esta vez me darás una patada? Me arriesgaría a eso y a algo peor con tal de tocarte de nuevo.

Lujayn lo fulminó con la mirada. Pero lo cierto era que cada mirada, cada caricia, cada palabra eran como un afrodisíaco.

–Y tú deseas lo mismo –siguió él.

Para demostrárselo, se apartó y Lujayn fue incapaz de dar un paso atrás.

Por mucho que su cerebro le dijera que se apartase, deseaba su proximidad. Y eso la enfurecía porque estaba haciéndole admitir su debilidad.

–Ya lo has pasado bien obligándome a venir aquí para que tuviera que soportar tus caricias. ¿Puedo irme ahora?

–Has venido por propia voluntad, yo no te he obligado. Y puedes vengarte como quieras, yo llevaré las marcas de tu pasión con orgullo... –Jalal la tomó de nuevo por la cintura, haciéndola sentir su erección-. Pero aún no lo he pasado bien.

–Deberías llamar a alguna de tus concubinas para que se encargase de... ese problema.

Jalal rio de nuevo.

–Tú eres la responsable de ese problema por no venir con tu familia.

No se le había ocurrido ninguna razón de peso para no acudir a la fiesta y estaba segura de que ni siquiera la auténtica razón sería suficiente para ellos, de modo que fingió estar arreglándose y cuando llegó el coche a buscarlos dijo que no había terminado y debían irse sin ella.

Había creído estar a salvo por esa noche, pero entonces su madre llamó por teléfono, diciendo que su ausencia había ofendido a Jalal y que iba a enviar un coche a buscarla.

Sabiendo que debía capitular, Lujayn había prometido acudir. Y allí estaba.

–Perdona que no ponga tus caprichos por encima de mis necesidades –replicó-. Venir a tu fiesta no era lo más importante para mí. Ni que mi tío vaya a estar a tu servicio de por vida.

–Si hubieras estado aquí durante las últimas tres horas habrías visto que tu tío y tu madre se sienten felices por nuestra futura colaboración.

–¿Es así como llamas a esta situación que tú has manufacturado?

–Yo no he creado esta situación, solo estoy aprovechando ese descubrimiento.

–Descubrir que hay una relación de parentesco entre nosotros, por muy insignificante que sea, es un desastre.

–¿Por qué? Tú sabes que tu familia fue deshonrada injustamente y esa rabia que tienes contra mí está emponzoñando tu vida.

–Y tú eres el benefactor que quiere administrar el antídoto por pura generosidad, claro –replicó

Lujayn, irónica—. Mi familia es libre para estarte eternamente agradecida por tu benevolencia y yo soy libre para beber el veneno que me ofreces.

—Respira profundamente, Lujayn —le recomendó él—. Piensa en algo alegre.

—No puedo hacerlo. Tú no me has dejado ningún recuerdo alegre.

Jalal se puso serio entonces.

—¿No te parece una exageración? En fin, da igual. Nuestros problemas han quedado en el pasado y estoy dando un paso para eliminarlos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Él se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—En nuestra última discusión, mencionaste las diferencias entre nosotros y eso hizo que me diese cuenta de que, aunque yo nunca pensé que las hubiera, tú sí lo pensabas. Pero esas diferencias, imaginarias o reales, ya no existen.

Lujayn lo miró, sorprendida.

—Si quieres decir que todo estaba en mi cabeza... eso es ridículo. Cualquiera vería que es cierto y que esas diferencias seguirán entre nosotros para siempre.

—No es cierto. Y, aunque para mí nunca han significado nada, las diferencias sociales que podría haber entre nosotros han desaparecido y eso es lo único importante.

—¿Estás diciendo que unos primos lejanos pueden equipararse con reyes y príncipes?

Jalal se encogió de hombros.

—También yo provengo de un linaje manchado. Soy el hijo de un rey depuesto y el de una infame reina. Tú vienes de una familia trabajadora y honesta, conocida por su valor y su honorabilidad.

—Ah, ya, claro. Te refieres a esa familia que perdió su honorabilidad y quedó reducida al servicio de la reina.

—Eso es el pasado —Jalal suspiró—. Tu familia recuperará su nombre y su sitio en el país. Seréis vistos con simpatía y respeto por todo el mundo.

—Y eso ocurrirá porque tú quieres que así sea.

—No, según las pruebas que ha encontrado Fadi.

—Quiero decir que tú has usado esas pruebas ahora porque te conviene.

—El momento es el más adecuado, sí, no puedo negarlo —respondió él—. ¿Estás sugiriendo que no debería haberlo hecho público porque resulta que a mí me viene bien?

Tenía una repuesta para todo. Podía retorcerlo todo a su conveniencia y quedar como el más lógico y honorable.

—Eres increíble —murmuró Lujayn—. ¿Estás haciendo campaña para conseguir un trono y pierdes el tiempo para acostarte conmigo? Estás llevando tu deseo de ganar este imaginario reto demasiado lejos, ¿no te parece?

Jalal volvió a encogerse de hombros.

—Aparte de que haría lo que fuera para acostarme contigo, habría hecho esto por cualquiera.

—Sí, seguro. Vas por ahí investigando a todas las familias de Azmahar para ver si se ha cometido algún error en el pasado.

—Hago lo que puedo cuando encuentro algún problema, sí.

—Pues lo mejor sería que dejases en paz a mi familia ahora y no más tarde.

—¿Crees que desposeeré a tu familia después de haberme acostado contigo?

—No, lo harás cuando sepas que no vas a volver a acostarte conmigo nunca más —replicó ella.

—¿Es esa la manera de dirigirse a un recuperado primo? —Jalal volvió a apretarla contra su pecho—. Tarde o temprano no podrás resistirte porque no encontrarás una razón para hacerlo. Yo

ya he dejado de intentar olvidarte. Esta... afinidad que hay entre nosotros es imparabile, *ya jameelati'l feddeyah*.

Jalal inclinó la cabeza para besarle el cuello, haciéndola temblar de arriba abajo.

–Vamos a estar juntos a partir de ahora. A través de mi apoyo para distribuir el legado de Patrick, a través de la relación de tu familia conmigo... –Jalal la aplastó contra su pecho– esto es algo de lo que no podemos escapar.

La lógica, el recelo, la hostilidad se esfumaron entonces, todo en ella anhelando apartar la camisa para tocarlo y clavar los dientes en su torso. Todo lo demás dejaba de tener importancia y solo quedaba el deseo de abrazarlo, de abrir los labios para aceptar su invasión, moverse debajo de él mientras la llevaba al éxtasis...

–Deberías dejar de luchar contra lo inevitable.

De repente, Lujayn salio de esa especie de hechizo que la llevaba a un abismo de lujuria y lo empujó, sus brazos como los de una muñeca de trapo. Y él dejó que lo empujase, mostrándole que solo estaba sujeta por su propio deseo.

–¿Qué es lo inevitable? ¿Otra aventura mientras estoy aquí?

Jalal tomó sus manos y las apretó contra su pecho, sus ojos ardiendo con la pasión que una vez ella había deseado con todas las células de su ser.

–Otra aventura durante el tiempo que los dos queramos. Si te marchas, iré a buscarte como he hecho siempre.

–Y el cambio en el status social que le has dado a mi familia y, por lo tanto a mí, es para no ensuciar tu imagen.

–Eso no es cierto.

A pesar de sí misma, esa respuesta y el brillo de sus ojos la emocionaron. ¿Podría ser que no le hubiera importado su estatus social, ni antes ni en aquel momento?

Pero de inmediato abortó tan absurdas conjeturas.

–Tienes mi palabra de que nuestra relación no será descubierta. Estoy intentando hacer algo por tu familia, y por ti, porque sé que habéis sido injustamente tratados.

De modo que, fuera quien fuera, siempre la vería como una relación ilícita.

Había limpiado el nombre de su familia no porque le importase o porque quisiera dejar que su apellido se uniera de alguna forma al suyo, sino para aplacarla. Para darle una falsa sensación de valor. Para hacer que se sintiera bien consigo misma y volviera a su cama sin las inseguridades del pasado.

Y eso era algo que había jurado no hacer nunca más. No, no dejaría que volviera a hacerle eso. Le había prometido a Patrick que no lo haría.

De modo que se apartó y él dejó caer los brazos.

–No me apartes de ti, Lujayn. El pasado es el pasado y no quiero volver a hablar de ello. Estamos aquí, ahora, y todo es diferente.

Ella pasó una mano por su pelo, temblando.

–Te equivocas, *somow'wak*. Nada ha cambiado. Al contrario, la situación ha empeorado. El sexo sin emoción es algo demasiado básico y esta vez podría terminar en una catástrofe.

Jalal apretó los puños para no abrazarla.

–¿Quién dice que no hay emoción? Para empezar, nos deseamos el uno al otro y juntos vamos a ver la reinstauración de tu familia.

–Claro, es incluso aconsejable... pregúntale a tu jefe de campaña. ¿Por qué no pones todo ese interés en convertirte en rey? Tienes a mi tío comiendo de tu mano, él te ayudará a llegar al trono.

Al contrario que yo, él cree en ti. Yo solo estoy aquí hasta que mi tía se encuentre un poco mejor...

–¿Tu tía?

–Parece que tus investigadores no han hecho un buen trabajo. Claro que eso no les interesaba, por supuesto.

–¿Qué le ocurre a Suffeyah?

Ella parpadeó, sorprendida por su supuesto interés. Incluso le sorprendía que recordase el nombre de su tía.

–Sufre un cáncer y ahora estamos esperando el tratamiento de quimioterapia. Pero para entonces, tú ya serás probablemente el rey de Azmahar, un país al que no tengo intención de volver en toda mi vida.

Él no dijo nada, mirándola en silencio, y Lujayn decidió aprovechar la interrupción.

–Me quedaré a la celebración por mi familia. Y si no piensas reconsiderar tu decisión sobre esa reinstauración y sobre la posición de mi tío después de conocer mi opinión, espero que al menos seas civilizado conmigo durante el resto de esta noche infernal. Después me marcharé y no volveremos a vernos. Espero que no vuelvas a buscarme, Jalal.

Él cruzó los brazos sobre el pecho.

–Pensé que tenías una razón para apartarte de mí, ahora estoy seguro de que es así. Hay algo más detrás de ese rechazo y seguiré buscándote hasta que me digas qué es...

–*Somow'wak.*

La voz suave que resonó en el silencio de la noche era de Fadi.

Su aparición hizo que Jalal apartase de ella la mirada.

Aprovechando esa distracción, Lujayn se dirigió hacia la terraza que llevaba al salón, del que salían una luz dorada, música y risas.

Mientras atravesaba el pórtico se volvió para mirar a Jalal y Fadi, que estaban observándola, cada uno con diferente intensidad.

Conteniendo su agitación y respirando profundamente, Lujayn entró en el bellamente decorado salón, sintiendo como si estuviera entrando en un escenario.

Se obligó a sí misma a sonreír mientras todos le daban la bienvenida y empezó a hacer el papel en el que Jalal la había arrinconado.

Jalal le hizo un gesto a Fadi para que se adentrasen en el jardín, pero antes de que pudiese decir nada, Fadi se adelantó:

–Puede que lamente contarte esto, pero creo que debes saberlo.

Era algo sobre Lujayn, lo sabía.

Y si era algo que iba a alejarla más, no quería saberlo.

Pero Fadi ya estaba hablando, ya estaba contándoselo. Y era demasiado tarde. Demasiado incomprendible, demasiado... imposible.

Después de que le diese el informe, Jalal lo miró, con la mente en blanco. En su cerebro solo cabían las cinco palabras que Fadi había pronunciado:

–Lujayn Morgan tiene un hijo.

Capítulo Seis

Jalal entró en el salón del que había salido media hora antes. Había pensado que volvería con un acuerdo para retomar su relación con Lujayn y la encontró siendo el centro de atención de los demás invitados.

Todos mostraron entusiasmo al verlo, pero ella lo miró como si nunca lo hubiese visto antes.

Y él la miró del mismo modo. Sentía como si estuviera mirando a una extraña. Una extraña con ojos de color cristal que vivía dentro del cuerpo de la mujer que había estado en sus pensamientos durante años. Demasiados años.

La mujer a la que había creído conocer, pero que era de repente una completa desconocida.

La mujer que nunca le había contado que tenía un hijo.

Aquella tenía que ser la respuesta que había estado buscando, el porqué de su rechazo.

Todos lo miraban, esperando que dijese algo, y Jalal miró a Bassel y Faizah, el tío de Lujayn y su mujer. Y a Badreyah, su madre, a la que veía por primera vez. Había decidido acercarse a Lujayn a través de aquellos que formaban parte de su vida.

Porque haría lo que fuera para tenerla de nuevo.

Pero, para su sorpresa, habían dejado de ser un medio para llegar a un fin en cuanto los conoció. Todo en ellos parecía genuino, sincero, y eso había restaurado un poco su fe en los demás. Le mostraban estima y gratitud sin humillarse. Eran gente agradable, educada. Las horas que había pasado en su compañía habían sido un placer que esperaba repetir a menudo.

Hasta que Fadi había aparecido con esa revelación.

Iba a restaurar su nombre y su honor en el país y la posición que había ofrecido a su tío, para la que estaba más que capacitado, seguía en pie. Pero cualquier otra interacción dependía de lo que descubriera sobre el hijo de Lujayn.

Ni siquiera le había preguntado a Fadi si era niño o niña. No le había preguntado la edad que tenía o de quién era hijo.

Aunque Fadi tuviera esas respuestas, Jalal no quería saberlo. No quería que se lo contase él sino Lujayn.

Y quería esas respuestas de inmediato.

Se sentía frustrado, desesperado por saber, pero todo eso daba igual. Tenía que proclamar su compromiso con los Al Ghamdi antes de nada.

Cuando todo el mundo tenía una taza en la mano y el aroma a café arábigo y cardamomo flotaba en el aire, Jalal se colocó en el centro del salón. Aparte del cuarteto que formaba la familia de Lujayn había catorce invitados más, cuatro hombres y tres mujeres con sus respectivos esposos.

Jalal miró de unos a otros, evitando mirar a Lujayn porque si la mirase, se olvidaría de todo lo demás.

Cuando levantó su taza, todos hicieron lo mismo.

–Gracias por acudir a mi llamada y por hacer que esta noche haya sido mejor de lo que yo había anticipado. Sabéis que esta noche estamos de celebración, pero dejadme que lo haga oficial –Jalal se volvió hacia Bassel, el tío de Lujayn–. Es un privilegio y un placer dar la bienvenida al jeque Bassel Aal Ghamdi a mi campaña. El jeque Bassel me ha honrado aceptando el puesto de consejero personal. Él coordinará nuestros esfuerzos y me informará directamente a mí o a Fadi.

Todos se volvieron hacia Bassel para estrecharle la mano o darle palmaditas en la espalda mientras él, su mujer y su hermana respondían con emocionadas palabras.

Jalal se aventuró a mirar a Lujayn y la encontró aceptando felicitaciones. Pero solo él se daba cuenta de que su sonrisa era forzada y que sus ojos brillaban de furia, no de alegría.

–Y aunque el jeque Bassel no ha querido hablarme de su experiencia –siguió Jalal–. Y os aseguro que yo he insistido durante toda la cena, creedme cuando os digo que hemos encontrado un aliado de incalculable valor para nuestro equipo. Agradezco mucho las circunstancias que lo han traído a nuestro pequeño grupo.

Los ojos de Lujayn se llenaron de furia. Evidentemente, a ella no le gustaban nada las circunstancias.

–Ahora, con la contribución del jeque Bassel, si no consigo el trono ya sabéis de quién es la culpa –bromeó.

Todos rieron, pero Jalal quería concluir antes de perder el poco control que le quedaba. Odiaba hablar de ese tema, pero necesitaba dejarlo claro, de modo que hizo un gesto, indicando que tenía algo más que decir y todos quedaron en silencio.

–Pero no solo he conseguido un apoyo valioso para mi campaña sino un pariente, uno que está de mi lado. *Ullah beye'ruff*, Dios sabe que no tengo demasiado ahora mismo y os necesito.

Todos rieron de nuevo, pero de manera más discreta.

–Y eso me lleva al tema más importante. Algunos de vosotros ya sabéis que al jeque Bassel y su familia les fue injustamente robado su apellido y su estatus social en Azmahar.

–En realidad, no todos los sabemos. Yo no lo sé –intervino Lujayn.

Solo ella podía interrumpir al príncipe para decir algo así y todos dejaron escapar una exclamación. Parecían pensar que lo había ofendido.

Jalal se volvió para mirarla.

–¿Quieres decir que nadie te lo ha contado?

–¿La famosa «larga historia»? No, nadie me la ha contado.

–Y este no es momento de contarla –intervino Bassel, poniendo una mano en el brazo de su sobrina.

A Jalal le gustaría gritar a todos que se fueran y lo dejaran solo con Lujayn. Que eso llevase a un nuevo principio o a un definitivo final, no tenía ni idea.

–Príncipe Jalal, disculpa a Lujayn –dijo Badreyah, su madre–. Ha sido una sorpresa para ella descubrir que le habíamos escondido esto durante toda su vida...

Él levantó una mano, incapaz de soportar que una señora se disculpase.

–No hace falta que me des explicaciones, jequesa Badreyah.

Jalal vio que se emocionaba. Había esperado que llamase a su hermano por el título de jeque, pero no que también se lo otorgase a ella, aunque era suyo por derecho.

–Vaya, entonces también yo soy una jequesa, ¿no? –replicó Lujayn, irónica–. Si es así, te doy permiso para que nunca me llames así.

Jalal se acercó de una zancada.

–¿Y cómo debo llamarte?

Ella lo fulminó con esos ojos de plata.

–Mi nombre es Lujayn y eso es más que suficiente.

Sus piernas se rozaban y Jalal podía verse entre ellas o poniéndolas sobre sus hombros y apoyándose en los brazos para no aplastarla mientras le hacía el amor...

Pero todos estaban mirándolos, sin duda notando la tensión que generaban al haber dejado de disimular sus emociones.

–Muy bien, Lujayn –Jalal pronunció cada sílaba, como saboreándolas, y sintió una oleada de satisfacción al ver que sus pupilas se dilataban–. Deja que te cuente toda la historia. Esta situación ocurrió en la época de tu abuelo y mi abuela.

–¿Quieres decir que tu abuela tuvo algo que ver?

–¿Algo que ver? –Jalal sonrió–. Podríamos decir que sí. Fue ella quien acusó a tu abuelo de robo y traición. Pero no temas, mi abuela tuvo compasión de él y cuando fue condenado pidió que lo expulsaran del país y le quitasen su apellido en lugar de enviarlo a la cárcel. Cuando tu tío tenía quince años y tu madre doce, vuestra familia perdió parte de su nombre, convirtiéndose en Al en lugar de Aal Ghamdi. Tu abuelo había sido el *kabeer* de mi abuelo, el jefe de la guardia real, pero después de que lo condenasen ni él ni su familia pudieron encontrar trabajo en toda la región. De nuevo, mi abuela se mostró humana y les dio empleo... como criados. Debido a la honorable historia de tu familia, se ordenó que nadie volviese a hablar de ello para que no tuvieran que revivir la desgracia recordando lo que habían perdido y, por supuesto, nadie volvió a mencionarlo.

Todos estaban en silencio, escuchando las palabras de Jalal mientras Lujayn lo miraba, perpleja e incrédula.

–Debería haber sabido que tu familia había tenido algo que ver. Tu madre es igual que tu abuela, ¿no?

–¡Lujayn, calla!

–Podrías tener razón.

–Tu abuela le tendió una trampa a mi abuelo, ¿verdad? Él no era culpable de todo eso de lo que se le acusaba. Era una cuestión personal y la única prueba era su palabra. Tú descubriste su inocencia sin ningún problema cuando te molestaste en limpiar la basura de nuestro apellido porque te convenía.

–Algo parecido –respondió Jalal.

Lujayn emitió un bufido que hizo exclamar a todos los presentes.

–¿Entonces por qué no se descubrió la verdad cuando ella murió? Ah, claro, porque tu madre perpetuó la mentira. Pero cuando nos fuimos de Azmahar... ¿por qué nadie dijo nada? ¿Por qué ha tenido que ser un descubrimiento accidental cuando investigabas con otro propósito?

–Lujayn, ¿qué te ocurre?

Lujayn miró a su tío antes de volver a mirar a Jalal.

–¿Cree que le estoy faltando al respeto, Alteza? ¿Cree que no debería enfadarme porque mi familia vivió décadas de deshonra y ruina gracias a la suya?

Bassel la tomó del brazo, agitado.

–Lujayn, guarda silencio.

Badreyah puso una temblorosa mano en su brazo.

–Lo que le ocurrió a nuestra familia no tiene nada que ver con el príncipe Jalal ni con su madre.

Lujayn se volvió para mirarla con el ceño fruncido.

–¿Ah, no? ¿Quieres decir que la reina Sondoss mostró compasión al tenerte como criada? Te

privó de la educación que te correspondía y desde los catorce años tuviste que atender a todos sus caprichos y soportar sus crueldades.

El corazón de Jalal se encogió de vergüenza porque sabía que era cierto. Se sentía sucio por su madre, pero el sentimiento de culpa por no haberse molestado en descubrir antes la verdadera historia de Lujayn o los abusos de Sondoss lo empujaban a seguir adelante.

–Todo eso ha quedado en el pasado –insistió Badreyah–. En este momento, el príncipe Jalal ha descubierto la verdad y ha dado los pasos necesarios para restaurar a nuestra familia.

–¿Y se supone que debemos inclinarnos ante él? ¿O tenemos que ir más allá...?

–¡Lujayn!

El tono furioso de tu tío hizo que Lujayn guardase silencio, aunque seguía vibrando de furia.

En cualquier otro momento, antes de descubrir que tenía un hijo, Jalal hubiese admirado su valor. Pero tenía que terminar con la reunión ya no le quedaba paciencia.

Cuando miró a los demás, todos parecían desear que se los tragase la tierra.

–Gracias por venir y acompañarme en esta celebración. Nos veremos muy pronto para discutir las estrategias de la campaña, pero creo que es hora de dar por terminada la reunión.

Casi pudo escuchar un colectivo suspiro de alivio.

Lujayn fue la primera en moverse, sin mirar a nadie, como si no quisiera ver a ninguno de los presentes, tal vez ni siquiera a su familia.

Todos se despidieron con apretones de manos, aliviados por escapar de tan embarazosa situación. La familia de Lujayn, mortificada por su actitud, parecía lamentar haber insistido en que acudiera a la fiesta, pero él les aseguró que daba por terminada la reunión porque tenía cosas que hacer.

Entonces vio que Lujayn estaba a punto de salir a la terraza.

–He dicho que todos podían irse, pero eso no incluye a Lujayn.

Ella se volvió, indignada. Parecía dispuesta a lanzarse sobre él, pero una mirada a la expresión acongojada de su madre la detuvo.

Jalal había ganado, como siempre. Jalal Aal Shalaan sabía lo que debía hacer y cómo conseguir de ella lo que quería.

Él cerró la puerta del salón cuando se quedaron solos.

–¿Qué es esto, estoy detenida? –le espetó ella–. ¿Por levantarle la voz al amo? Nos has tenido aquí sentados como si fuéramos niños escuchando al profesor. Peor, como rehenes obligados a soportar a nuestro captor por miedo a perder la vida.

Jalal se detuvo a un metro de ella.

–Está claro que tú no te has visto obligada a soportar nada –le espetó, con voz de trueno.

Lujayn sintió un escalofrío. Era ridículo porque Jalal nunca le había dado miedo, pero aquella inexplicable intensidad en sus ojos la hacía temblar. Y la enfurecía aún más. Si pensaba que podía intimidarla, estaba muy equivocado. Ella no era como los demás. Le importaban un bledo el rango, el dinero o el poder del príncipe Jalal.

–Ya tienes suficientes adulación como para que a cualquiera se le revuelva el estómago. Siempre he sabido que tu familia se encargó de destrozar a la mía, pero descubrir los abusos y tener que escuchar los sórdidos detalles, acompañados de la gratitud de mi tío y mi madre, es intolerable. Solo lamento no haber dicho más antes de que mi sentido del decoro y el miedo de los demás me hayan hecho callar.

La ferocidad en la mirada de Jalal aumentaba con cada una de sus palabras.

–¿Qué hubieras dicho, Lujayn?

–En lugar de condenar a tu familia, te habría condenado a ti directamente. Al menos tu madre y tu abuela no intentaban engañar a nadie mientras subyugaban a mi familia. Eran abiertamente crueles, pero al menos les dejaron la dignidad de saber quién era su enemigo y odiarlo por ello. Pero tu pretendida generosidad es mucho peor ya que hace que ni mi tío ni mi madre vean los trucos con los que estás esclavizándolos.

Él seguía mirándola, en silencio, como si intentase leer sus pensamientos, descifrarlos. ¿Pero por qué, cuando ella estaba atacándolo? Tal vez debería ser más explícita, pensó.

–Debes pensar que has conseguido engañarlos, pero a mí no me engañas. Así que disfruta de tu triunfo porque no se volverá a repetir. A partir de ahora, ellos saben que deben dejarme fuera de estos besamanos. Esto del príncipe de dos reinos solo funciona con los ciudadanos de Azmahar, programados desde su nacimiento para inclinarse ante la realeza. Hace tiempo dejé atrás las tendencias a inclinarme ante nadie. Tengo pasaporte americano y me da alergia la realeza.

–¿Eso es todo lo que eres, Lujayn?

Ella parpadeó. Ese tono de voz... nunca le había hablado en ese tono, como el sonido de un trueno. ¿Qué significaba?

–¿Qué quieres decir?

–¿No te dejas fuera algo de vital importancia?

Lujayn frunció el ceño.

–Si crees que aún tengo tendencia a inclinarme ante las familiares reales por haber nacido en Azmahar, te equivocas. Eso solo son unos genes y un pasaporte que no uso nunca.

–Estoy hablando de tu faceta maternal. Estoy hablando de los ingredientes que te convierten en madre.

Lujayn lo miró, horrorizada.

Jalal no sabía qué había sido, tal vez su inmovilidad o el pulso que latía en su garganta.

Pero todo eso decía una sola cosa.

La verdad.

El hijo de Lujayn era hijo suyo.

Capítulo Siete

Esa verdad fue como un puñal en el corazón de Jalal.

Lujayn había tenido un hijo.

Un hijo suyo.

–Jalal...

Paralizado, él la miraba con gesto de total incredulidad. Su corazón, su mente, todo lo que era concentrado en la enormidad de ese descubrimiento.

Unos minutos antes había tenido que hacer un esfuerzo para no echar a todos los invitados y formular el tratado de paz con Lujayn que deseaba con todas sus fuerzas. Y entonces solo era Lujayn, la mujer a la que había deseado más que a ninguna otra y con quien la paz parecía un espejismo imposible.

Pero ya no era solo Lujayn sino la madre de su hijo.

Ya no eran amantes discutiendo, intentando equilibrar eternamente la balanza de poder en la relación o controlando la abrasadora pasión que había entre ellos sino mucho más. Compartían algo eterno.

Compartían una vida. La habían compartido desde que Lujayn concibió a ese hijo que le había escondido.

Lujayn se dio la vuelta bruscamente. Pero no iba a dejarla ir y se lanzó tras ella para tomarla por los hombros, sintiendo como si estuviese tocando un cable pelado.

–Deja de luchar, Lujayn.

¿Era esa su voz? ¿La de una bestia herida?

–No voy a permitir que te alejes de mí. Esto ya no es un juego entre los dos.

–Gracias por admitir que siempre ha sido un juego. Pero tienes razón, yo no estoy jugando. El juego ha terminado, Jalal.

Él tuvo que apretar los dientes para contener su rabia.

–Has sido tú quien ha jugado conmigo. No me habías dicho que teníamos un hijo.

La miraba a los ojos y Lujayn ya no podía disimular su miedo.

–No digas tonterías.

–No solo tienes un hijo mío y no me lo habías dicho sino que nunca pensabas contármelo.

Allí estaba, en sus ojos, la verdad.

Y Jalal se dio cuenta de que había esperado alguna señal, tal vez un brillo de indecisión que le dijera que había pensado contárselo en algún momento, que ese silencio le había pesado como una carga.

No era así.

Jalal soltó sus hombros y dio un pasos atrás, asombrado de su crueldad.

–*Ya Ullah, ya Lujayn... b'Ellahi... laish?* ¿Por qué?

Lujayn apartó la mirada, la consternación dando paso a una fortaleza inesperada.

–La cuestión es por qué debería habértelo contado.

–¿No se te ocurrió que yo tenía derecho a saberlo?

Ella irguió los hombros.

–Seguramente habrás tenido una docena de hijos con tus amantes. ¿Qué importa uno más?

Jalal se llevó una mano al pecho, casi convencido de que iba a encontrar allí su corazón roto.

–¿Eso es lo que crees? ¿Que soy tan promiscuo que me da igual con quién me acuesto? ¿Que mantengo relaciones sin protección y no me importa si voy dejando hijos por el mundo?

–El sexo seguro no era una de tus consideraciones conmigo, ¿por qué voy a pensar que era diferente con otras mujeres?

Solo había ocurrido con ella, pensó Jalal. Lujayn era virgen cuando se conocieron y ella misma decidió tomar la píldora. Y él había pensado que quería disfrutar por completo de la intimidad...

–¿Crees que no me importan las consecuencias o los hijos que pueda tener?

–¿Entonces te importa? ¡Menuda sorpresa! –exclamó Lujayn–. Qué generoso por tu parte aceptar ocasionalmente la paternidad de algún hijo. Es una suerte que yo no necesite tu generosidad. Y tampoco Adam.

Todo lo que se había perdido durante ese tiempo era como una soga que lo sofocaba y, por primera vez en su vida, Jalal Aal Shalaan supo lo que era sentirse impotente.

Esa parte de la vida de su hijo había pasado y nunca podría recuperarla.

Lujayn debió notar en su cara la angustia y la derrota, pero no parecía afectarla.

–No finjas que esto es algo que hayas deseado y menos conmigo. Ni siquiera salíamos juntos en público, ¿por qué ibas a querer tener un hijo conmigo?

–Lujayn...

–Pero no ha sido culpa tuya. Seguramente pensaste que seguía tomando la píldora, pero no es así. Dejé de tomarla cuando me casé con Patrick.

De modo que si hubiera podido elegir, el niño sería hijo de su marido. Solo lo había tenido con él por error.

–Pero tras la muerte de Patrick, el sexo dejó de interesarme y cuando apareciese en mi casa y terminamos en la cama no se me ocurrió pensar... –Lujayn sacudió la cabeza–. No es asunto tuyo que quedase embarazada. Adam no es asunto tuyo como nunca lo he sido yo.

La amargura lo ahogaba.

–¿Tú no eres asunto mío? No ha habido un momento, ni despierto ni dormido, en el que haya podido dejar de pensar en ti, de desearte, de estar obsesionado contigo.

–No exageres, por favor. Mientras estábamos juntos tú pasabas semanas, a veces meses, sin acordarte de mí.

–Nunca me alejé de ti por decisión propia y cuando estábamos separados me obsesionaba volver contigo. Y cuando me dejaste para casarte con Patrick respeté tu decisión... hasta que pensé que podría recuperarte.

–Y fuiste a los Hampton para cerrar el círculo o para acostarte conmigo una vez más, no para tener un hijo.

–Me decía a mí mismo que había ido para olvidarte por completo, pero lo que realmente quería era olvidar esta amargura y volver contigo.

–Tú nunca has querido estar conmigo de verdad.

–Esa es tu versión. O tal vez sea la verdad para ti, pero no para mí. He sido tuyo desde el principio.

Lujayn lo miró como si la hubiera golpeado. Cuando habló, su voz sonaba estrangulada:

–¿Estás diciendo que durante nuestra aventura solo te acostabas conmigo?

–Sí.

–No te creo.

–¿Qué pudo haberte hecho dudar de mi fidelidad?

–No lo sé, tal vez la docena de jóvenes, todas de tu clase, con las que te fotografiaban en todas tus apariciones públicas mientras a mí me tenías escondida.

–Esas mujeres me buscaban por quien soy, no por mí mismo. Yo no estaba interesado en ninguna de ellas, pero no podía negarme a acompañarlas porque quería evitar las especulaciones. Te lo dije muchas veces –replicó Jalal, decepcionado al ver en sus ojos que no lo creía–. ¿Pensabas que me acostaba con todas ellas, pero me recibías con los brazos abiertos cuando volvía contigo?

–Patético, ¿verdad? Y lo más enfermizo de todo es que lo hubiera seguido haciendo indefinidamente de no haber sido la única mujer con la que no querías aparecer en público.

Jalal hizo una mueca.

–Me dejaste y pusiste a Patrick, mi amigo, en mi contra.

–No fui yo sino tus prácticas poco éticas en los negocios lo que cultivó su enemistad.

–¿Patrick te dijo eso?

No, Patrick no le había dicho eso, Jalal estaba seguro. No le importaría decirlo para hacerle daño, pero Lujayn no era capaz de mentir. ¿Ese odio era dirigido solo contra él o estaba pagando por toda su familia?

–Patrick solo hizo que me enfrentase con cosas que había querido evitar. Por ejemplo, cómo me habías manipulado a tu conveniencia haciendo que me convirtiera en tu juguete. Yo apliqué tus propios métodos y extrapolé la razón por la que Patrick dejó de hacer negocios contigo. ¿Por qué si no hubiera aceptado pérdidas millonarias?

–¿No se te ocurrió pensar que Patrick estaba celoso de mí y quería alejarte de mi vida? –Jalal se pasó una mano por el pelo–. Y yo pensando que era un buen amigo y un hombre honorable... mientras él intentaba alejarte de mí a toda costa. Y lo consiguió.

–Deberías haber estado contigo para que Patrick me alejase de ti, pero tú y yo nunca fuimos una pareja.

–*B'Ellahi*, eso es mentira. Tú estabas más cerca de mí que ninguna otra persona.

–Eso deja claro lo superficial que eres. No tienes una relación verdadera con nadie, empezando por tu hermano. En cuanto a lo que compartimos tú y yo, no se parecía en nada a una verdadera relación.

–¿Y qué crees que hacía contigo durante cuatro años?

–Cualquiera que te oyese pensaría que vivíamos juntos. ¿Sabes cuántos días de esos cuatro años estuvimos juntos?

Se le encogió el corazón al ver otra prueba más de la diferente percepción que tenían del pasado. Cuántas cosas tenía en su contra de la que él no sabía nada.

–¿Los has contado?

–Entonces, no, pero lo hice después. Conté las cancelaciones a última hora, cuando tenías una reunión y no podías regalarme tu presencia. Actuabas con la convicción de que mi vida y mis compromisos no tenían la menor importancia.

–Nunca me dijiste que tuvieras que cancelar reuniones o planes de ningún tipo por mi culpa.

Lujayn dejó escapar una risotada amarga.

–Es que no me escuchabas. O lo hacías y que yo lo dejase todo para estar contigo alimentaba tu

ego.

¿Habían vivido el mismo pasado?

–Me hacías sentir importante y pensé que, al contrario que los míos, tus planes eran flexibles.

–Y lo dices tranquilamente, es increíble –replicó Lujayn–. ¿Pensabas que una chica que intentaba ser modelo en un mundo de mujeres tan guapas o más que yo podía permitirse el lujo de cancelar sesiones de fotos?

–No lo sabía.

–Mientras el príncipe por quien todo el mundo se sacrifica no podía cambiar de planes por una simple mujer, claro –siguió ella–. Si te hubieras parado a pensar un momento habrías visto la verdad, pero no te molestaste. Lo tenías todo controlado y organizado para tu conveniencia. Tus juegos, tus torneos deportivos, tus amistades políticas y, cuando necesitabas relajarte, me llamabas a mí, esperando que siempre estuviera lista. Y yo estaba allí siempre.

Estaba creando una agonía con cada palabra.

–Entonces, ¿pensabas que no me importabas? ¿Pensabas que un hijo tuyo no me importaría? ¿Por qué no me lo dijiste, Lujayn?

–Porque de este modo Adam era solo mío y tu reacción a su existencia no... no lo ensuciaría.

–¿Qué quieres decir con eso?

–Pensé que si lo rechazabas, él lo notaría y no quería que fuera así.

–Me has pintado como un ser explotador y egoísta del que era mejor alejar a nuestro hijo para tener la conciencia limpia. Luego me has condenado como si fuera un monstruo sin sentimientos para justificar que me hayas privado de mi hijo.

Lujayn lo miró, en silencio, respirando agitadamente.

–¿Estás disgustado de verdad?

–¿Disgustado? –repitió él, con una risa amarga–. ¿Disgustado?

Jalal puso una mano sobre su corazón, sintiendo que se había roto en mil pedazos.

–Pensé que no querrías saber nada –dijo Lujayn–. No sabía que aceptarías un hijo mío. Te fuiste aquel último día diciendo que ibas a borrar de tu memoria para siempre.

–Tú acababas de decir que me odiabas y que te odiabas a ti misma por estar conmigo. Dijiste eso después de que yo te dijera que no podía olvidarte, cuando casi acabábamos de morir de placer el uno en los brazos del otro. ¿Qué esperabas que dijese? Si me hubieses dado alguna esperanza no me habría rendido. Y si me hubieras dicho que estabas embarazada de Adam... Habría estado a tu lado durante cada segundo. Habría estado ahí para ti y para él durante todos esos meses. Y tú me has privado de eso.

Lujayn dio un paso adelante para sentarse en uno de los sofás.

–Yo no sabía... no pensé... –murmuró, enterrando la cara entre las manos.

Jalal vio que lloraba y cayó de rodillas ante ella, tomando sus temblorosas manos.

–Lo siento mucho...

Él puso un dedo sobre sus labios para silenciar la disculpa. No podría soportarlo. No la merecía.

Solo necesitaba una cosa.

–Quiero ver a mi hijo, Lujayn. Llévame con él.

Capítulo Ocho

Lujayn se levantó de un salto, secando sus lágrimas de un manotazo.

–No puedo hacer eso.

Él se levantó también, mirándola con gesto de incredulidad.

–¿Incluso ahora persistes en querer privarme de mi hijo? *Zain, kaif ma tebbi...* como tú desees. Solo te lo he pedido por cortesía. No necesito tu permiso ni tu cooperación para ver a mi hijo. Llamaré a tu tío y le pediré que me traiga a Adam ahora mismo.

Lujayn se lanzó sobre él, agarrando su brazo con gesto urgente.

–No puedes hacer eso. Ellos no saben que tú eres su padre.

–¿Les dijiste que era hijo de Patrick?

Lujayn se ruborizó.

–No, ellos sabían que no podía ser hijo suyo. Les dije que era de otro hombre, alguien a quien ellos no conocían.

¿Cada cosa que decía iba a dolerle un poco más?

–¿Y ellos lo aceptaron?

Lujayn hizo una mueca.

–Sí.

–¿Tienes fotografías del niño?

Los ojos de Lujayn se iluminaron como si le hubiera lanzado un salvavidas. Dio un paso atrás para sacar el móvil del bolso y, con manos temblorosas, empezó a enseñarle fotografías del niño.

Pensaba que solo quería eso, pero no sería la primera y única vez que viera a su hijo, se juró Jalal a sí mismo.

–¿Tienes fotos tuyas de cuando estabas embarazada?

–Entonces no estaba en condiciones de posar para fotos. Había decidido tener a Adam, pero no era una ocasión exactamente...

–¿Feliz?

Ella asintió con la cabeza.

–¿Te quedaste en los Hampton mientras estabas esperando a Adam?

Sabía por los informes de Fadi que había puesto en venta la mansión más o menos cuando estaba a punto de dar a luz y había hecho que Fadi la comprase a través de una sociedad, para que Lujayn no se negase a venderla al saber que él era el comprador. Pero imaginarla embarazada de su hijo en la casa de Patrick era otra herida en su corazón.

–Marcharme de Estados Unidos fue lo primero que hice al descubrir que estaba embarazada. Allí me conocía demasiada gente y no quería que nadie lo supiera.

–Te referes a mí. No querías que yo lo supiera.

Lujayn dejó escapar un suspiro.

–No eras tú quien me preocupaba sino tu madre.

Que mencionase a su madre era lo último que Jalal había esperado.

–¿Por qué te preocupaba que ella lo supiera?

–Porque ella habría sabido de inmediato que era hijo tuyo.

–¿Por qué? –insistió Jalal, sin entender–. Cuando tu madre se marchó de Azmahar, mi madre dejó de tener contacto con tu familia... y seguramente nunca tuvo ningún interés de todos modos. ¿Por qué crees que ella hubiera sabido que estabas embarazada? Y aunque así fuera, tú habías estado casada y mi madre no iba a saber exactamente de cuántos meses estabas –Jalal sacudió la cabeza–. ¿Qué estoy diciendo? Ella no hubiera sospechado nada. No hay ninguna razón para que sospechase que yo soy el padre de Adam porque no sabía nada sobre nosotros.

–Ella lo sabía todo –afirmó Lujayn.

Tal afirmación lo dejó sin habla. El tiempo pareció detenerse.

Su madre lo sabía.

¿Pero cómo? ¿Y quería saberlo? Había descubierto ya demasiadas maldades de su madre. ¿Podría soportar una más?

Sí, pensó. Se lo debía a Lujayn, a ellos, a su hijo.

Y sin embargo...

–Me resulta imposible creer que ella supiera lo nuestro y no hiciese nada al respecto.

–Puedes creer lo que quieras.

–No estoy diciendo que no te crea, solo que me sorprende que mi madre supiera algo sobre nuestra relación. Ella es la razón por la que quería que fuera un secreto...

–¿Por qué?

–Porque mi madre siempre ha sido capaz de hacer que todo lo que me importa desaparezca de mi vida. Fue peor con Haidar, *qorrat enha*, el niño de sus ojos, y terrible con Roxanne. Sabía que a mí me haría lo mismo porque ella no aprueba a nadie, pero tú....

Lujayn hizo una mueca.

–Yo era la hija de una criada, ya lo sé.

–Nunca fuiste eso para mí, pero sí lo eras para ella y temía que interviniese.

–¿Pensabas que podría hacerle daño a mi familia?

Jalal dejó escapar un suspiro.

–Estaba seguro de que lo haría.

Lujayn se encogió de hombros.

–Tu madre lo sabía.

–Y, sin embargo, a mí nunca me dijo nada –murmuró Jalal.

Muy bien, otra sorpresa más en un día lleno de ellas.

–Me dijo que te había felicitado por ponerme donde debía estar: lejos de ti, sin reconocermelo como tu pareja. En mi sitio.

–¿Mi madre te dijo eso? –exclamó Jalal, incrédulo–. ¿Cuándo?

–Hace seis años.

Cuando Lujayn había empezado a mostrarse enfadada por cualquier cosa. Empezaba a entenderla y casi le pareció un milagro que no lo hubiera dejado entonces. Que hubiese tardado más de dos años en hacerlo después de hablar con su madre...

De modo que Sondoss había logrado arruinar algo vital para él, mucho más de lo que podría imaginar.

–Yo nunca le dije eso a mi madre. De hecho, pensé que no sabía lo nuestro. Ahora entiendo que

mis actos pudieran ser interpretados de ese modo, pero nada de eso es verdad.

Lujayn se abrazó a sí misma como si tuviera frío de repente.

–Decía estar orgullosa de ti por haberme puesto en mi sitio. Creía que tú habías hecho lo que ella había prometido hacer.

Él sacudió la cabeza, atónito.

–¿Cuándo dijo que te pondría en tu sitio?

–Diez años antes de que te conociera.

Lujayn tenía once años cuando su madre la amenazó...

Jalal tuvo que dejarse caer en el sofá, temiendo que las piernas le fallaran.

–En uno de sus viajes a Estados Unidos, llamó a mi madre. Ella no quería responder a su llamada, pero no se atrevió a desobedecerla y me llevó con ella. Tu madre exigió que abandonase a su familia y volviera a su servicio –Lujayn tragó saliva–. Yo no podía entender que mi madre soportase a una tirana así, pero se quedó allí, con la cabeza inclinada, aceptando las crueldades de tu madre en silencio. Sondoss decía que con su patético intento de independencia solo había conseguido un marido que siempre estaba cargado de deudas, que había dejado un trabajo bien pagado como dama de compañía de una reina para ser la criada de un vagabundo y de sus hijos. Yo vi que mi madre se encogía y no pude soportarlo.

Tampoco él podía soportarlo. ¿No había fin para la maldad de aquella mujer?

¿Había tenido alguna vez una oportunidad con Lujayn después de eso? Él debía estar inextricablemente unido en su memoria a aquella mujer.

–Me coloqué delante de mi madre –siguió Lujayn– como para protegerla. Ella intentó detenerme, pero yo me acerqué a tu madre y le dije que nunca había visto a nadie más bello y más malvado a la vez. Le dije que era fea por dentro y que mi madre se había ido de palacio porque la odiaba como la odiaba todo el mundo. Y podía entender por qué. Luego, le dije a mi madre que no la dejaría volver a trabajar para aquella bruja, que lo dejaría todo, mis clases de ballet, de piano, y me pondría a trabajar para ayudarla.

Jalal podía imaginarla, una niña de once años defendiendo a su madre de un dragón que echaba fuego por la boca.

–Sondoss me miró sin decir nada durante unos segundos –siguió Lujayn–. Y luego me dijo que, como princesa antes de casarse y reina después de su matrimonio, era su obligación poner a la gente en su sitio. Para hacerlo hacía falta tiempo y paciencia, pero ella no tenía prisa y nunca olvidaba un propósito. Me dijo que algún día me pondría en mi sitio, por mucho tiempo que tardase en hacerlo.

Jalal hubiera querido gritar: ¡ya está bien! Pero sabía que Lujayn no había terminado de desahogarse. Y tenía que hacerlo de una vez por todas.

Apretando los dientes para contener el dolor que sentía en el pecho, le hizo un gesto para que siguiera.

–Yo era demasiado joven y no creí que alguien pudiera ser tan vengativo. Mi madre le suplicó que me perdonase a mí por mi juventud y a ella porque no podía dejar a su familia. Sondoss solo dijo que cambiaría de opinión cuando la vida con nosotros, su miserable familia, le resultase insoportable.

–¿Qué ocurrió después?

–Mi madre estaba destrozada y siguió así durante un año. Mi padre perdió su trabajo y no pudo encontrar otro. Pronto, cuando la situación se volvió insostenible como tu madre había predicho, mi madre tuvo que volver a servirla y mi padre decidió irse a Irlanda con su familia. Ella se llevó

a mis hermanos pequeños mientras yo me fui con mi padre, dividiendo a la familia. Mi padre le pidió que me llevase a mí también, pero ella sabía que si lo hacía, tu madre encontraría la manera de «ponerme en mi sitio». Lloré durante días, suplicándole que me llevase con ella y con mis hermanos, pero mi madre sabía que no podía hacerlo porque Sondoss nunca olvidaba ni perdonaba. De modo que tu infalible memoria debe ser parte de tu herencia materna.

Él ya sabía que su madre había orquestado muchas conspiraciones. ¿Por qué esa nueva crueldad le parecía sorprendente?

Pero lo era. Otras conspiraciones estaban justificada por sus hijos, aquellos a los que consideraba merecedores de un trono. Pero lo que le había hecho a la madre de Lujayn y su familia era por pura malicia.

Lujayn secó una errante lágrima.

—Mi madre prometió que solo serían un par de años. Sondoss era una negrera, pero pagaba bien a sus criados, de modo que pensaba ahorrar para que mi padre pudiese abrir la empresa propia con la que siempre había soñado. Pero como si conociera sus planes, tu madre le ofreció un salario muy bajo con el que apenas podía mantener a mis hermanos.

Su madre debía haberlo sabido. Sondoss siempre lo sabía todo y lo utilizaba como le convenía.

—Mi padre perdía todos los trabajos que conseguía y estaba desesperado. Pensaba que todo iba bien y, de repente, lo despedían. Creía que estaba gañado.

Un gafe llamado Sondoss, pensó Jalal. Pero si Lujayn no había sacado esa conclusión sería mejor no decir nada. No tenía sentido infectarla con más odio hacia su madre.

—Yo tuve que dejar mis estudios a los catorce años y ponerme a trabajar, pero cuando cumplí los dieciocho sabía que los trabajos que conseguía no iban a servir de nada. No podía pagarme la universidad, pero necesitaba un título para conseguir un trabajo bien pagado... necesitaba algo para lo que no hiciese falta un título universitario, algo con lo que ganar mucho dinero y hacerlo rápidamente.

—Por eso decidiste ser modelo —murmuró Jalal.

—Siempre había gente diciéndome que era muy guapa y exótica, que podría ser modelo, pero no fue tan fácil. Tardé un año antes de conseguir mi primer trabajo y me pagaron lo suficiente como para comprar algo de ropa para los castings y una botella de champán barato para celebrarlo con mi padre. Aunque no había mucho que celebrar.

—¿Por qué no?

—El mundo de las modelos no es tan fácil como la gente cree. Muchos intentan engañarte y me encontré en alguna situación... incómoda. Así que decidí admitir la derrota y buscar un trabajo como recepcionista. Pero entonces volví a encontrarme con Aliyah. Ella me ofreció ayuda económica y cuando la rechacé decidió enseñarme a «pescar» por así decir. Acogiéndome bajo su ala, me presentó a mucha gente del mundo de la moda y empecé a ganar dinero por fin. Cuando pude pagar algunas de las deudas de mi padre, pensé que mi vida por fin iba bien encaminada. Y entonces te conocí a ti.

Jalal tragó saliva. Lo decía de una manera... lo que él consideraba el mejor recuerdo de su vida, Lujayn lo consideraba el peor.

—Me quedé horrorizada. Eras el hijo de Sondoss, la mujer que nos había hecho la vida imposible y la razón por la que había perdido a mi familia y tal vez jamás volvería a verlos. Pero te encontraba tan fascinante. Te había visto desde lejos tantas veces...

—¿Ah, sí?

—Había ido a Azmahar muchas veces para visitar a mi madre, cuando la tuya no estaba en el

país. Y luego, después de nuestro primer encuentro, descubrí que no podía pensar en nada más. Me decía a mí misma que en cuanto te dijese quién era serías tú quien me dejara...

–Y me lo dijiste.

–Sí, pero tú no me dejaste como había pensado. Y yo te deseaba tanto, aun sabiendo que no debería. Sentía que estaba traicionando a mi familia, no solo por estar con el hijo de Sondoss sino porque no estaba portándome como la persona a la que habían educado. Me sentía avergonzada de hacer todo lo que tú querías, por acomodarme a tus caprichos. Me alejé de ellos porque no podía soportar la vergüenza de mentirles todo el tiempo. Y entonces, aquel día, tu madre confirmó todas mis sospechas y muchas más. Y tú demostrabas que no estaba equivocada. Me despreciaba a mí misma por cómo dejaba que me trataras y, sin embargo, no podía abandonarte.

–Es terrible...

–Empecé a odiar en lo que me había convertido. Inventaba razones para pelearme contigo, esperando que tú me preguntases qué pasaba, esperando que tú lo arreglases todo. Fui una cobarde. No te lo dije porque temía que me dejases, así que empecé a destruirme a mí misma. No podía comer, no podía dormir, estaba obsesionada contigo. Cada día que no llamabas, cada minuto, era una tortura. Perdí peso y trabajos. Estaba a punto de perder la cabeza y no tenía a nadie en quien apoyarme ya que había dejado fuera a todo el mundo. Sentía que debía elegir entre estar con ellos o estar contigo... te elegí a ti y lo perdí todo. La única persona que me quedaba, la única con la que podía hablar, era Patrick. Él me ayudó y me dio el apoyo que necesitaba.

Lujayn se quedó callada entonces. Jalal sabía que no tenía nada más que decir.

Había dicho más que suficiente.

Cerró los ojos, intentando entender todo aquello que estaba rompiéndolo por dentro.

Por fin, los abrió de nuevo para mirarla y se puso de rodillas ante ella.

–Deberías haberme contado todo eso hace tiempo, Lujayn. No puedo decirte la vergüenza que me produce que mi madre haya robado tu infancia y destrozado a tu familia, pero te juro que yo nunca tomé parte en sus manipulaciones. Nunca me he sentido avergonzado de ti... todo lo contrario. Decidí que nuestra relación fuera secreta porque pensé que hacerla pública solo nos daría problemas. Y pensé que era el acuerdo que tú preferías. Los dos éramos jóvenes y nos teníamos el uno al otro... creí que eso era lo único importante. No conocía la historia de nuestras familias y no sabía que tú llevaras esa carga de inseguridad y amargura sobre tus hombros. De haberlo sabido... no sé qué habría hecho. Tal vez debería haberme dado cuenta cuando empezaste a enfadarte por todo y quizá no lo hice porque me contentaba con lo que teníamos. Pensé que tampoco tú querías que nuestra relación se hiciera pública porque tu familia es conservadora... y no querías que los paparazzi te persiguieran. Es verdad que salía con otras mujeres a estrenos y actos oficiales, pero lo hacía para apartar la atención de ti, para mantenerte a salvo. Era solo tuyo, Lujayn, de nadie más... –algo evitó que dijera que seguía siendo así, que siempre sería así–. Y yo pensaba que eras mía, por eso me volví loco cuando me dejaste por Patrick. Estaba ciego y te hice daño. Nunca me perdonaré a mí mismo por ello.

De nuevo, Lujayn enterró la cara entre las manos. Sus lágrimas le rompían el corazón y cuando Jalal la abrazó, ella enterró la cara en su torso.

Sus manos no parecían pertenecerle mientras desabrochaba dos botones de su camisa para besar su piel... lo necesitaba como respirar.

Jalal enredó los dedos en su sedoso pelo, acariciando tan querida cabeza, sus propios gemidos confesando el estado de excitación en que lo tenía desde que la vio llegar a la fiesta. Había estado a punto de encenderse durante toda la noche y explotó en una conflagración que lo consumió en

cuerpo y alma.

La aplastó contra él, hambriento, sus sentidos sin control, antes de empujar su cabeza hacia atrás para buscar sus labios, casi haciéndole daño con su urgencia.

Lujayn suspiraba mientras se abría para él, sus pechos aplastados contra el torso masculino exigiendo su dominación.

Jalal la besó apasionadamente, invadiéndola con su lengua, haciéndola gemir de placer, mientras metía las manos bajo su blusa para acariciar su aterciopelada espalda.

Sin pensar, expresó una exigencia, una súplica, una confesión después del último beso:

–*Wahashtini ya 'yooni, bejnoon. Guleeli ya rohi, wahashtek? Tebghini kamma abghaki?*

–Sí, Jalal, sí... también yo me he vuelto loca de anhelo por ti. Cuánto te he echado de menos... cuánto te deseo.

Eso era todo lo que Jalal necesitaba, el permiso para hacerla suya, para salir del desierto al que ella lo había condenado.

Se levantó de un salto con Lujayn en brazos y salió del salón para llevarla a la suite en la que había permanecido despierto hasta la madrugada durante días, semanas, ardiendo en un infierno de deseo.

Lujayn mordió su cuello mientras él la dejaba sobre la cama. Luego, se colocó sobre ella y empezó a quitarle la ropa. Le pareció una eternidad hasta que la tuvo desnuda y cuando se incorporó para admirarla tuvo que contener el aliento.

Sus pechos eran preciosos, sus caderas más anchas después de haber tenido a su hijo, haciendo que su cintura pareciese aún mas estrecha. Su estómago ya no era plano sino con una ligera curva, los brazos firmes, las piernas largas y suaves del color de la miel, los labios húmedos.

Jalal admiró esos tesoros, maravillado.

–Me has robado la cordura desde el momento que te vi, hace años. Ahora... ahora estoy en peligro de devorarte de verdad. *Ya Ullah*, Lujayn... ¿qué te has hecho? Nada debería ser tan bello.

–No exageres. He engordado...

–Nunca podría haber demasiado de ti. Al principio eras muy delgada y luego te quedaste en los huesos, pero yo seguía deseándote. Y ahora... –Jalal pasó una mano por su pechos—. Ahora eres más bella que nunca. Mi hechicera de ojos de plata se ha convertido en una diosa.

Lujayn se arqueó hacia él, invitadora.

–Tú siempre fuiste un dios, pero ahora te has convertido en algo más.

Jalal se inclinó para tomar un pezón con los labios, gimiendo de placer al escuchar sus suspiros, notando que se rendía a su impaciencia.

Se colocó sobre ella, devorando su boca con ansiosos besos, descubriendo todos sus secretos, tomándose todas las licencias, haciéndola suya. Buscó su ardiente cueva, sonriendo al notar que estaba húmeda para él, y Lujayn se onduló bajo sus caricias, aceptando el placer e invitándolo con movimientos a que hiciese lo que quisiera con ella.

Estaba lista como siempre y la llevó al orgasmo solo con lo dedos.

Mientras temblaba de placer, Jalal colocó las largas piernas sobre sus hombros y ella levantó las caderas, abriéndose para ser devorada. Su sabor y su aroma lo volvían loco y Jalal perdió el sentido, convirtiéndose en una bestia hambrienta, chupando y lamiendo hasta llevarla al clímax de nuevo.

Unos segundos después, Lujayn empezó a acariciarlo con manos temblorosas y Jalal la dejó poseerlo como él la había poseído a ella. Pero cuando envolvió su dolorosa erección con las manos y se pasó la lengua por lo labios, dejando bien claras sus intenciones, la detuvo.

–No, Lujayn.

–Pero no es justo –protestó ella–. Tú has hecho lo que has querido...

–Me tendrás como quieras, cuando quieras, pero no ahora mismo. Esta vez quiero estar dentro de ti, necesito estar dentro de ti... –entonces recordó algo–. Pero si no tomas la píldora...

Lujayn negó con la cabeza.

–Es un momento seguro del mes. Entra en mí, Jalal, lléname de ti.

–Lujayn...

Sin poder esperar un segundo más, Jalal tomó sus tobillos para colocarlos sobre sus hombros, la única posición en la que podía empujar con todas sus fuerza y la única en la que ella podía acomodarlo. Sujetando sus nalgas y mirándola a los ojos, pronunció su nombre mientras se enterraba en su húmeda cueva.

Sus gritos de placer al recibir su invasión, arqueando la espalda, todo su cuerpo temblando de placer, hacían que Jalal perdiese la cabeza. Se apartaba para volver a enterrarse de nuevo, haciéndola suya, entregándose por completo en cada embestida, llevándola al orgasmo una vez más. Se dejó ir cuando ella estuvo saciada, sus nalga contrayéndose, su erección enterrada hasta la base, su semilla como un géiser en el útero de Lujayn.

En el letargo de la satisfacción, se le ocurrió un pensamiento: la última vez que había experimentado tal placer se había creado una vida, un hijo. Y si no era un momento tan seguro como ella pensaba, tal vez ocurriría otro milagro. Otro hijo o tal vez una hija...

Pero su corazón se encogió al recordar que la última vez que estuvieron juntos Lujayn se había apartado de él, mirándolo con odio.

No podría sobrevivir si volviese a hacerlo...

Pero ella dejó escapar un suspiro de satisfacción, segura en aquel íntimo abrazo, y Jalal dejó escapar un suspiro de alivio mientras pasaba las manos por sus caderas, por el vientre que había llevado dentro a su hijo.

–Quiero ver a Adam mañana... o más bien hoy mismo.

Lujayn levantó la cabeza, extrañamente seria.

–No puedo hacer eso.

Jalal se puso tenso.

–¿Por qué no?

–No estoy diciendo que no tengas derecho a verlo, pero no voy a poner la vida de mi familia patas arriba... ni siquiera sé cómo voy a explicarles dónde he estado esta noche.

Incapaz de contener su agitación, y queriendo aliviar sus preocupaciones, Jalal la abrazó de nuevo, susurrando sobre sus labios:

–Entonces, tráelo aquí.

Capítulo Nueve

–¿Te das cuenta de lo importante que es esto?

Lujayn hizo una mueca al escuchar la exclamación de su hermana menor, pero estaba demasiado ocupada intentando sujetar a Adam, que quería correr por el camino que llevaba a la villa de Jalal.

Dahab le quitó al niño de los brazos y le hizo cosquillas para distraerlo. Adam gritó, encantado con el juego, y Lujayn pensó, no por primera vez, que aunque era a su mamá a quien acudía casi para todo, su hijo nunca se reía de esa forma con ella.

Tal vez no era tan juguetona con Adam como debería. Tal vez había dejado que las circunstancias de su nacimiento la afectasen, aunque estaba decidida a que no fuera así.

Pero, a pesar de sus buenas intenciones, tal vez no había sido todo lo abierta que debería con su hijo.

Y, además, Jalal iba a invadir sus vidas en todos los sentidos... como la había invadido a ella por la noche.

–¡Es increíble! –siguió Dahab, colocándose a Adam sobre la cadera–. Tú y ese príncipe tan guapo. Por favor, millones de mujeres se llevarán un disgusto enorme.

A punto de decir que esos millones de mujeres aún podían tener esperanzas, Lujayn le hizo un gesto a su hermana.

–Dahab, baja la voz. No sabes cómo lamento habértelo contado.

Su hermana le sacó la lengua y Adam hizo lo propio, creyendo que era un juego.

Lujayn dejó escapar un suspiro.

Dahab era una compañera divertida para su hijo, pero no era un modelo a seguir precisamente. Cualquiera pensaría que tenía doce años y no veintidós.

–Primero, tenías que contármelo porque soy tu hermana. Además, me necesitas porque si no hubiera venido, todo el mundo se preguntaría por qué sales con Adam cuando llevas semanas dejándolo conmigo. ¿Cómo puedes haberme escondido este secreto? –Dahab miró a su sobrino–. Ahora entiendo que seas el niño más guapo del mundo. Te pareces a tu padre.

Lujayn hizo una mueca. Genial. Incluso su propia hermana estaba enamorada de Jalal. ¿Pero qué mujer podría no estarlo?

–Quiero decir que entiendo que no se lo cuentes a mamá y al resto de la familia, pero yo... ¿te lo puedes creer, pequeñajo? No me lo había contado a mí, su hermana favorita.

–Sigo preguntándome cómo has podido vivir aquí tantos años y, sin embargo, pensar como una mujer americana –bromeó Lujayn.

–¿Qué quieres decir?

–Yo, yo, yo –respondió Lujayn mientras llegaban a su destino.

No sabía cómo iba a enfrentarse con Jalal o cuál sería su reacción al ver a Adam y la del niño

al verlo a él.

Había llevado a Dahab para que la situación fuese menos incómoda. Contaba con su habitual vivacidad para que el encuentro fuese menos embarazoso.

–En realidad –dijo su hermana– ahora mismo es todo: tu, tú, tú y él, él, él.

Lujayn le hizo un gesto.

–Hablando de él, por favor no digas todo lo que se te pase por la cabeza.

Dahab fingió indignación.

–Oye, que no soy un papagayo –protestó, moviendo cómicamente las cejas–. Pero no te preocupes, estoy aquí para echar un vistazo al príncipe y ser testigo del histórico encuentro entre padre e hijo, pero no me quedaré. Tengo una cita a las dos.

Mientras iban hacia la terraza por donde había entrado la noche anterior, Adam volvió a echarse en sus brazos para señalar cosas que despertaban su curiosidad.

Jalal salió de la casa.

Mientras bajaba los escalones, la intensidad de su mirada la dejó inmóvil, aunque por una vez no iba dirigida a ella.

La mirada de Jalal estaba concentrada en Adam.

Durante los minutos siguientes, padre e hijo se miraron en silencio. Lujayn tuvo la sensación de que había pasado una eternidad desde el día que Adam fue concebido. Todo lo que había sentido desde entonces condensándose hasta hacer explotar su corazón.

Intentando disimular las lágrimas, Lujayn miró a las dos personas a las que más quería en el mundo.

Adam permanecía inmóvil, mirando a Jalal como si hubiera descubierto algo fantástico. El niño estaba acostumbrado a la gente, pero nunca había reaccionado así al conocer a alguien.

Parecía saber que Jalal era diferente a los demás. Y no porque fuese el hombre más alto que había visto nunca o el que emitía una mayor sensación de poder. Casi podría jurar que el niño intuía de algún modo que aquel hombre y él estaban emparentados, que había un lazo entre los dos.

Los ojos de Lujayn se llenaron de lágrimas cuando alargó una mano temblorosa para tocar la mejilla del niño.

–*Ya Ulla, ya* Lujayn... nuestro hijo.

Su voz ronca, cargada de emoción, hizo que el corazón de Lujayn se encogiera aún más. Nunca había querido imaginar aquel momento porque estaba segura de que no ocurriría. Había estrangulado cada pensamiento antes de que tomase forma porque imaginarlo hubiera sido una herida insoportable.

–*¿Baba?*

La vocecita de Adam hizo que una lágrima rodase por la mejilla de Lujayn.

–*Aih, ya sugheeri, ana Baba* –murmuró, acariciando la cabecita de Adam–. *W'enta ebni.*

«Sí, mi pequeño, soy tu padre. Y tú eres mi hijo».

Cuando Adam alargó los bracitos hacia él, a Lujayn se le encogió el corazón aún más. El niño siempre la miraba a ella antes de echarse en los brazos de un extraño, pero en esta ocasión no lo hizo.

Y él dejó escapar un gemido de felicidad al recibir el robusto cuerpecillo con cariño y reverencia.

Adam se señaló a sí mismo diciendo su nombre, como Lujayn le había enseñado, e hizo que Jalal lo repitiera. Luego examinó a su padre con total concentración e interés. Satisfecho con su preliminar exploración, sonrió tímidamente mientras sacaba un elefante rosa del bolsillo de su

pantalón.

Jalal lo aceptó.

–Deberías considerarlo un privilegio –intervino Dahab–. Nadie puede tocar a Mimi.

Sonriendo, Jalal se volvió hacia ella.

–Te aseguro que me siento privilegiado. Gracias por traerlo, *ya sugheeri*. Ahora entiendo que te pusieran ese nombre.

Dahab y Lujayn no se parecían en absoluto. Con el pelo dorado, de ahí su nombre, y unos ojos de color chocolate, era completamente opuesta a su hermana. Resultaba evidente que Dahab se sentía halagada por las palabras de Jalal y era la mujer más bella que Lujayn conocía.

Jalal volvió a mirar al querubín que lo observaba con la misma fascinación y, por primera vez desde que llegaron, la miró a ella.

–*Ya Ullah, ya* Lujayn, ¿qué es este milagroso ser que hemos logrado crear entre los dos? ¿Este prodigio que me ha reconocido sin que nadie le dijese nada? –Jalal sonrió a su hijo–. ¿Quién soy? ¿Quién soy, hijo? Dímelo otra vez.

Adam sonreía, encantado.

–*¡Baba!*

–Eso es, soy tu *baba* Jalal. ¿Puedes decir eso?

–*¡Baba* Jalal!

Él parpadeó, intentando contener las lágrimas.

–*Ya Ullah*, ni siquiera pensé que supiera hablar a esta edad.

–Habla muchísimo, todo el tiempo –intervino Dahab.

–¿Cómo puedo darte las gracias por este tesoro, *ya 'yooni 'l feddeyah?*

Lujayn estuvo a punto de decir una tontería como: «El cincuenta por ciento es gracias a ti, así que estamos en paz».

–Además de todo, es poético –bromeó su hermana–. ¿Hay algo que no se le dé bien, Alteza?

–¿Quieres que te haga una lista por orden alfabético? Por lo que he descubierto últimamente, mis errores son muchos más de los que yo creía –Jalal enarcó una ceja–. Y si no quieres que yo te llame jequesa Dahab, llámame Jalal.

Ella hizo una mueca.

–No, por favor. Reserva eso para mi madre y mi tía. Sigo sin saber cómo reaccionarán mis amigos ante tan arcaica pomposidad.

Jalal rio. En ese momento, Adam decidió que ya estaba bien de presentaciones y comentarios y le dio un golpe en el hombro.

–*Bajo*.

Riendo, Jalal lo dejó en el suelo y el niño corrió hacia los escalones de la terraza.

–*¡Jugar!* –exigió.

Riendo de nuevo, Jalal tomó a Lujayn y Dahab por los hombros.

–Creo que el principito ha hablado y hay que obedecer sus órdenes.

En la terraza habían preparado un suntuoso almuerzo y Jalal insistió en que Dahab pospusiera su cita y comiese con ellos. Durante el almuerzo, rio con su hermana y respondió a la incesante curiosidad de su hijo.

Lujayn apenas probó bocado y tampoco participó en la conversación. No había pensado que aquel momento fuera posible. La respuesta de Jalal ante el niño, la fluida relación entre ellos, el inmediato lazo.

Había privado a Jalal de la presencia de su hijo durante todo ese tiempo y sabía que no podría

seguir haciéndolo.

¿Pero qué iban a hacer?

Tal vez debería aceptar su proposición. Cuando se fuera de Azmahar, Jalal iría a ver a Adam a Estados Unidos siempre que le fuera posible. Y ellos retomarían su aventura...

Y debía admitir que después de lo que había ocurrido por la noche no había nada que deseara más.

Pero esa sería una solución a corto plazo. Según su tío, el trono estaba prácticamente en sus manos y cuando se convirtiera en rey necesitaría una reina que le diera herederos.

Herederos legítimos.

Y eso significaba que su aventura terminaría. Pero, aunque su relación terminase cuando se hubiera casado, la relación con Adam no terminaría nunca. Pero tendría que ser clandestina...

¿Quería eso para su hijo?

Podría ser aceptable en ese momento, cuando Adam era pequeño, pero en unos años...

No, ella no dejaría que Adam sufriese. No dejaría que fuera un hijo de segunda clase.

¿Pero cómo iba privar al niño de su padre y a Jalal de Adam después de verlos juntos? Aunque el deber de Jalal hacia el trono y hacia su país lo obligaría a no reconocer públicamente a Adam, Lujayn sabía que lo querría con todo su corazón.

¿Sería eso suficiente? ¿Podía ella tomar una decisión por Adam cuando cualquier cosa que eligiera podría hacerle daño a su hijo?

Inquieta, apenas dijo una palabra durante todo el almuerzo hasta que Adam empezó a cerrar los ojitos y Dahab se marchó. Y ya no tenía forma de esconderse.

–Tenemos que hablar –le dijo.

–Primero, deja que te dé las gracias por no contarle a tu hermana lo mal que me he portado contigo. Si le hubieras contado la mitad de las cosas que te he hecho, Dahab me habría arrancado la cabeza. Y, aunque no lo merezco, tampoco has influido en Adam contra mí.

–Claro que no –logró decir Lujayn, con un nudo en la garganta–. Lo que ocurrió entre nosotros no tiene nada que ver con él. Además, ahora sé que malinterpreté la situación en muchos casos.

–Pero eso no cambia lo que pasó, así que agradezco mucho que no hayas hecho públicas mis meteduras de pata.

–Nunca le he contado nada a nadie y, por supuesto, nunca pondría a Adam en tu contra.

Jalal intentó abrazarla, pero Lujayn lo apartó delicadamente.

–Espera, tenemos que hablar.

–Y lo haremos, pero tenemos que hacer el amor antes de que nuestro hijo despierte –murmuró él, buscando sus labios.

–No, no... –Lujayn hizo una mueca–. No sé cómo no se me ha ocurrido antes.

–¿A qué te refieres?

–Sé que Dahab guardará el secreto, pero no hemos pensado en Adam. Él no olvidará esta visita.

–Eso espero.

–¡Pero le contará a todo el mundo que ha conocido a su *baba*! –exclamó Lujayn.

–Y yo me alegraré de que lo haga.

Ella negó con la cabeza. Jalal no parecía entenderlo.

–Tendré que irme de casa de mi tío y volver al hotel hasta que nos vayamos de Azmahar para que nadie se entere.

–No hay necesidad de hacer eso. Puedes contárselo a todo el mundo.

Lujayn lo miró, incrédula.

–Tú sabes que no puedo hacer eso. Un escándalo asociado contigo ya ha consumido la vida de mi familia y no quiero ni un escándalo más. Además, con tu campaña en marcha, lo último que necesitas es contarle a todo el mundo que tienes un hijo ilegítimo.

Jalal la tomó por los hombros para mirarla a los ojos.

–Adam no es un escándalo y tampoco es un hijo ilegítimo. Es mi hijo y será mi heredero ante el mundo entero.

Lujayn no sabía qué responder. No entendía que a él le pareciese tan fácil.

–No puedes hacer eso.

–Si estás pensando en llevártelo...

–No, no es eso. Pero sé que no puedes reconocer a Adam públicamente.

–Claro que puedo. Tengo un hijo y no pienso renegar de él.

–Pero...

–No digas nada más, *Ya Ullah*. ¿Crees que yo haría eso?

Ella negó con la cabeza, desconcertada.

–Pero yo... no veo cómo puedes...

–Lo haré de la única manera posible: me casaré contigo.

Capítulo Diez

–No podemos hacerlo.

El rechazo de Lujayn fue como un puñal en el corazón de Jalal. No había sido una exclamación sino una afirmación.

Luego miró a Adam, dormido en su moisés. El niño se había metido en su corazón como si hubiera sido parte de él desde siempre, incluso desde antes de nacer. Como Lujayn.

Su presencia había convertido la villa en un hogar y la intensidad con la que quería proclamarlos como suyos casi lo asustaba.

Pero estaba empezando a entender lo que Lujayn había sufrido, desde la infancia hasta aquel mismo día.

No tenía derecho a enfadarse porque su primera reacción fuera de rechazo, incluso después de haber hecho el amor la noche anterior, incluso después de haber tenido a Adam.

Debía poner sus necesidades por delante de las suyas, convertirlos en su única prioridad.

A partir de aquel momento, todo sería por ella y por Adam. Por su familia.

–¿Alguna razón por la que no podamos hacerlo? –le preguntó.

–Hay miles de razones.

–Yo solo encuentro razones para casarnos. Tú, yo, Adam... así nos tendremos los unos a los otros.

–No nos tenemos el uno al otro, Jalal. Solo nos hemos acostado juntos un par de veces en los últimos dos años.

–Yo habría estado en tu cama cada noche si no hubieras dicho que me odiabas. Fue por eso por lo que me marché.

–Si me respetases o valorases, nada de lo que dijera habría hecho que me dieras la espalda –replicó Lujayn–. Pero desconfiabas de mí cuando no tenías por qué. Sentías que te había traicionado cuando tú no me dabas nada. ¿En qué modo podía haberte traicionado? Me alejé de ti para salvar mi vida y tú me buscaste para acusarme e insultarme.

–Yo no...

–Y te alejaste porque era lo que pensabas hacer desde el principio –siguió ella–. Luego volví a Azmahar y tú decidiste buscar una diversión sin ataduras. Pero entonces descubriste la existencia de Adam y, de repente, quieres casarte conmigo. Pues no, lo siento, no puede ser.

Cada palabra lo hería más porque todo lo que decía era cierto.

–He confesado todos mis errores, Lujayn. Nunca me diste razones para desconfiar de ti... me dijiste por qué me dejabas, pero yo no pude aceptarlo. Solo podía pensar en mi desilusión, en mi dolor. Lo siento, pero estoy entrenado para pensar lo peor de los demás. Seguramente es mi condena por tener a Sondoss por madre. Pero nunca desconfiaré de ti y no te dejaré nunca, te lo juro.

–Por favor, no finjas que esto tiene algo que ver conmigo. Solo me quieres por Adam.

–Reconocer a Adam como hijo legítimo solo es uno de los factores, pero...

–¿Alguna vez habías pensado en casarte conmigo? Antes de saber de la existencia de Adam quiero decir.

Jalal querría decir que sí, pero estaría mintiendo.

–En el pasado, nunca pensé casarme contigo. Creí que no había razones para hacerlo.

Lujayn hizo una mueca.

–Y sigue sin haberlas.

–¿Cómo que no? Entonces creí que lo teníamos todo. No pensé que el matrimonio fuese importante para tí. Los dos estábamos muy ocupados entonces... tú con tu carrera, yo con la mía. Pensé que el matrimonio sería una distracción innecesaria.

–¿Estás diciendo que pensaste en el matrimonio y decidiste que no te interesaba?

–Estoy diciendo que entonces no veía razones para casarme contigo. Eras mi amante, mi novia, y no veía por qué había que cambiar el contexto de la relación hasta que te perdí.

–Y pensabas que yo volvería a aceptar lo mismo ahora, años después –dijo ella, irónica.

–No sé lo que esperaba –le confesó Jalal–. Contigo no soy más que un monigote que apenas puede pensar con claridad. Lo único que sabía era que estábamos juntos de nuevo y quería que siguiera siendo así. Adam ha acelerado el proceso y me alegro, pero él no es la razón por la que te propongo matrimonio, Lujayn. Solo me ha dado una razón más para hacerlo.

–No te creo –dijo ella.

–Puedo legitimar a Adam sin casarme contigo.

–No, eso no es posible.

–Sí lo es. Solo intento demostrarte que quiero casarme contigo por tí misma.

–No puedes legitimar a Adam sin casarte conmigo. Eso es lo único que te importa.

–Podríamos decir que estuvimos casados brevemente antes de concebir a Adam y que nuestro matrimonio terminó en divorcio. Tú solo tendrías que corroborarlo y Adam sería hijo legítimo.

–Muy bien, lo corroboraré si es lo mejor para él.

–Solo quiero que me concedas la bendición de ser mi esposa.

Jalal vio que Lujayn luchaba contra sí misma, indecisa, incapaz de creer en él después de tantos años de decepciones.

–¿Es el cambio en el estatus de mi familia lo que hace que me veas como una posible esposa?

Le había hecho tanto daño, pensó, al hacerla sentir que no era nada para él.

–Deja que sea absolutamente claro. Te estoy proponiendo matrimonio, Lujayn. Si provinieras de una familia de criminales lo haría de igual modo porque eres la única mujer a la que he amado en toda mi vida.

Los ojos de Lujayn se llenaron de lágrimas.

–No digas eso si no lo dices de corazón...

Él tomó su cara entre las manos.

–Otro de mis delitos es no haberte dicho nunca lo que sentía. Te quiero tanto que fui tuyo desde el momento que te vi. Incluso cuando pensé que te había perdido para siempre, cuando me decía a mí mismo que te odiaba, no pude estar con nadie más. No hay nadie más para mí.

Vio el momento en el que cayeron las barreras porque sus ojos de plata se iluminaron y Lujayn le echó los brazos al cuello, creyéndolo al fin.

–Jalal, oh, Jalal...

–*Baba Lal!*

Los dos se volvieron al escuchar la voz de Adam, que movía los bracitos en el moisés, mostrándoles su único diente en una sonrisa maravillosa y exigiendo que su padre lo tomase en brazos.

–Le he pedido a tu mamá que se case conmigo, *ya sugheeri*.

–*Mama Lu!* –gritó Adam, haciéndolo reír.

–Los meses de su vida que me he perdido siempre quedarán como una herida en mi corazón, pero no voy a perderme un minuto más. Te juro que a partir de ahora estaré a vuestro lado hasta el día de mi muerte.

–¿Lo dices de corazón? –le preguntó Lujayn, con lágrimas en los ojos.

–Lo digo de corazón. ¿Quieres ser mi esposa?

–Sí y mil veces sí –respondió ella, echándole los brazos al cuello.

Nada podía ser tan perfecto. No podía tener el amor de Jalal, el calor de una familia. ¿O sí?

Él le había jurado que lo tenía, que lo había tenido siempre.

–Quiero que hagas algo por mí.

–Cualquier cosa. Solo tienes que pedírmelo.

–Deja que haga contigo lo que quiera esta noche.

El brillo de deseo en sus ojos parecía quemarla.

–Haz lo que quieras conmigo. Todo lo que quieras.

Jalal había empezado a desnudarse mientras hablaba y Lujayn dejó que hiciera un lento *strip-tease* para ella, mirándolo mientras intentaba controlarse. Pronto disfrutaría de la belleza de la que había creído estar privada el resto de su vida.

La noche que Adam fue concebido y la noche anterior habían sido demasiado apasionadas. No había tenido ocasión de disfrutar de él, pero el tiempo había conspirado para que algo que siempre le había parecido el paradigma de la perfección viril se convirtiese en algo que desafiaba cualquier descripción.

Su torso de bronce sobre unos músculos de acero, unos hombros en los que podría apoyarse para siempre, un estómago plano, marcado, caderas delgadas y duras nalgas, dominantes muslos, cada centímetro como esculpido.

Lujayn sabía por experiencia que sus pies eran hermosos, que era una obra de arte.

Entonces Jalal se quitó los calzoncillos.

Dejando que viese lo que pronto iba a disfrutar.

Jalal se volvió, mirándola por encima de su hombro. Con lánguidos movimientos, apoyó la espalda en el cabecero y extendió las piernas, su erección larga y dura, gruesa, dispuesta para que ella la montase.

Nerviosa, Lujayn estuvo a punto de arrancarse la ropa en su prisa por librarse de ella.

Después de hacerlo se lanzó sobre él, besándolo de la cabeza a los pies. Cuando se colocó a horcajadas sobre su cuerpo, Jalal estaba jadeando como ella, acariciándola enfebrecidamente.

Pero no le pidió que se apresurase, no se colocó encima para enterrarse en ella y terminar con su sufrimiento. No, dejó que ella marcara el ritmo. Pero Lujayn solo quería hacerlo suyo y lo hizo.

Clavando las manos en sus hombros, buscó sus labios mientras levantaba las caderas para tomarlo, sintiendo la agonía y el éxtasis, la inolvidable expansión de su miembro dentro de ella haciendo que se moviese arriba y abajo, disfrutando de un placer enloquecedor.

Sentirlo de nuevo después de que le hubiera declarado su amor la hacía llorar, pero Jalal besó sus lágrimas murmurando su nombre, encendiéndola aún más hasta que explotó, gritando su nombre.

–Necesito que me prometas que coartarás mis tendencias neandertales de dominarte para dejar que haga conmigo lo quieras –susurró Jalal cuando pudo encontrar su voz.

–Lo haré, frecuentemente.

Él soltó una carcajada.

–Olvida lo que he dicho. La necesidad de convertirme en un hombre primitivo es imposible de controlar.

Mucho después, Lujayn suspiraba de contento.

–Me pareces diferente –dijo él–. Tú eres diferente y yo también. Hemos madurado y ahora es mejor que nunca. Aunque debes dejar de mejorar. Si mejoras un poco más, me matarás de placer.

Aliviada y feliz, Lujayn lo miró a los ojos.

–¿Sabes que tienes los ojos más bonitos del mundo? Si tenemos una niña, espero que herede tus ojos.

–¿Quieres tener más hijos?

–Solo digo que si algún día los tuviéramos...

–Creo que deberíamos tener tantos hijos como tú desees. Yo quiero lo que tú quieras, Lujayn. Cuando tú quieras.

Temblando, ella pasó una mano por su cara.

–Quiero disfrutar de ti sin interrupciones un poco más antes de embarcarnos en ese nuevo milagro.

–Haz conmigo lo que quieras –dijo él, mientras la tomaba en brazos para llevarla al cuarto de baño.

El resto de la noche fue un borrón de amor y de sexo. Por la tarde, cuando se acordaron del resto del mundo, decidieron llamar a su familia para anunciar la noticia y la reacción fue de innegable alegría. Pero se quedaron sorprendidos, casi tanto como Lujayn, cuando Jalal anunció que la boda tendría lugar en una semana en el palacio real de Azmahar y que podrían hacer lo que quisieran mientras fuese una boda legendaria.

Ella no quería nada de eso, pero Jalal insistió y Lujayn aceptó por fin para complacerlo y para compensarlo por los años que habían estado separados.

Acababa de dejar a Adam con Dahab para hablar con él sobre cómo debían sentar a los invitados y estaba entrando en la antecámara del despacho real cuando escuchó una voz que no era la de Jalal.

Si las voces tuvieran un color, aquella sería negra como la noche.

–... portándote como si el palacio fuera tuyo.

–Yo también me alegro de verte, Rashid.

Tenía que ser Rashid Aal Munsoori, el tercer candidato al trono. Lujayn sabía que era pariente materno de Jalal y que una vez había sido buen amigo. Pero no sabía cuál era su relación en ese momento, especialmente siendo rivales para conseguir el trono.

Por lo que había escuchado, Rashid no hablaba en términos muy amistosos. Pero Jalal no estaba usando el palacio como si fuera suyo. De hecho, había hecho una enorme aportación económica a las arcas nacionales a cambio de usarlo para su boda.

Lujayn se mordió los labios, sin saber si debía entrar o esperar hasta que Rashid se hubiera ido. Por fin, tomó un libro de la biblioteca.

Estaba empezando a leer cuando se quedó inmóvil al escuchar lo que decía Rashid:

–... Haidar destrozó tus planes de usar a Roxanne para llevar la delantera en la campaña y ahora crees que darle a los ciudadanos de Azmahar una historia de amores perdidos y recuperados y un hijo sorpresa te pondrá por delante.

El corazón de Lujayn se detuvo durante una décima de segundo.

–Pues muy bien –siguió Rashid–. Quédate con una mujer y un hijo a los que no quieres para conseguir el trono. Será un castigo acorde a tu pecado.

–Haidar me dijo que habías cambiado y pensé que estaba exagerando, pero veo que es verdad. ¿Qué te ha pasado, Rashid?

–Nada –respondió él.

–Sé que estuviste en el ejército y que te fuiste alejando de todos hasta desaparecer por completo. Y entonces... esto apareció en tu lugar.

–Este es el verdadero Rashid –replicó él–. El único Rashid al que vas a ver a partir de ahora. Y si alguno de vosotros pensáis que tenéis alguna posibilidad contra mí, estáis muy equivocados. Tú en particular eres tan patético que decidí mostrar compasión viniendo a aconsejarte que no sacrifiques tu libertad para conseguir algo que es mío.

De repente, Rashid abrió la puerta y Lujayn contuvo un gemido.

–Siento mucho que hayas tenido que escuchar esta conversación, jequesa Lujayn. Pero al menos ahora tienes otro elemento para decidir.

Rashid se alejó y Lujayn se volvió para mirar a Jalal.

–¿Esto es lo que quieres, de verdad?

Él hizo una mueca de dolor, como si lo hubiera golpeado.

–¿Sigues pensando mal de mí, Lujayn? ¿Desconfías de mí de tal manera?

Ella negó con la cabeza. Confiaba en él, pero...

–Rashid solo intentaba exasperarme, como hace con Haidar. Nos considera unos extranjeros, más de Zohayd que de Azmahar, y está haciendo guerra psicológica para apartarnos de la carrera hacia el trono. Pero no debes creer nada de lo que diga. Te quiero por una sola razón: porque no puedo vivir sin ti. Dime que me crees, *ya habitati*.

Lujayn le echó los brazos al cuello.

–Claro que te creo, Jalal.

–No puedo soportar que tengas dudas sobre nosotros, *ya 'yooni*. Retiraré mi candidatura si es necesario...

–¡No! –exclamó ella–. No lo pienses siquiera. Te amo y soy tan feliz que no me lo creo. No soy capaz de creer mi buena suerte.

–No es suerte, es lo que mereces. Y me convierta en rey o no, da igual. Solo quiero amarte y que vivamos juntos y felices para siempre.

Mientras Lujayn se perdía en sus besos y en sus promesas, algo le decía que era imposible que la vida le permitiera tener todo lo que quería sin interferir tarde o temprano...

Capítulo Once

El color de los adornos en las mesas haría juego con el de los vestidos de las damas de honor. La propia Dahab había decretado que el color tenía que ser ese.

Lo que quedaba por decidir era... todo lo demás. Los arreglos florales, los adornos, las luces, el catering.

Tanto su madre como su tía, que estaba recuperándose de la mastectomía, estaban locas por Jalal, que las trataba como si fueran unas reinas. Y más cuando besaba su mano llamándolas *hamati* y *hamati el tanyah*, mi suegra y segunda suegra.

Jalal había convertido el palacio en un taller para ellas. Había sastres, joyeros, chefs, floristas y peones trabajando a todas horas del día en todos los oficios, recibiendo y cumpliendo sus órdenes para que cada detalle de la boda fuese perfecto. Su familia estaba enloquecida, sintiendo como si estuvieran en el país de la maravillas, donde podían hacer realidad cualquiera de sus fantasías. Dahab le había dicho en una ocasión que estaba ganándose el título de genio de la lámpara.

Qusr Al Majd, literalmente «palacio de gloria» tenía una cúpula fabulosa que podría compararse con cualquier atracción turística del mundo. Tal vez no era tan majestuosa como la del palacio real de Zohayd, pero era preciosa.

Aliyah había llegado al palacio unas horas antes con Roxanne, la esposa de Haidar, que pronto sería su cuñada, y un montón de vestidos de novia para que Lujayn eligiese.

Estuvo probándose vestidos durante horas, paseando, moviéndose, subiendo y bajando escaleras mientras ellas hacían comentarios y tomaban notas, puntuando cada uno.

Pasó otra hora antes de que por fin pudiera sentarse, suspirando.

–¿Ya has decidido cuál será tu vestido de novia? –le preguntó Aliyah.

–No, aún no –respondió Lujayn–. Todos son tan bonitos. Me siento como una princesa.

–Ahora todas somos princesas Aal Shalaan, o por nacimiento o por matrimonio –dijo Roxanne.

Era cierto. Iba a convertirse en una princesa, en la princesa de Jalal. Eso era lo único que le importaba.

Había llegado el gran día.

El día en el que todo el mundo sabría que su corazón le pertenecía a Lujayn. El día que empezaría una misión eterna cuyo objetivo era curar las heridas que su familia le había infligido a la de ella.

Jalal miró alrededor con una sonrisa en los labios. Tenía que felicitar a las mujeres de la familia de Lujayn porque habían hecho un milagro. Les tomaba el pelo, preguntando si tenían un genio escondido en alguna parte. Habían convertido el abandonado palacio en el salón más bello,

digno de un relato de *Las mil y una noches*. Un sitio digno de una princesa, el amor de su vida y la madre de su maravilloso hijo.

Sus parientes estaban en un semicírculo frente a donde Lujayn y él se unirían para inscribir su matrimonio en el registro oficial. Su padre no había tenido un aspecto tan sano y alegre... nunca.

Su matrimonio con Anna Beaumont, la madre biológica de Aliyah y el amor de su vida, estaba haciendo maravillas por él.

Después de una vida perdida en dos matrimonios desastrosos, primero con la madre de Amjad, Harres y Shaheen, y luego con Sondoss, su padre merecía ser feliz.

Y por fin lo había conseguido. Anna amaba a su marido y se notaba. Y su padre había hecho lo que debía al abdicar del trono de Zohayd a favor de Amjad para disfrutar de lo que le quedaba de vida con la mujer que había elegido después de tres décadas de infelicidad.

Pero aunque Jalal estaba encantado por su padre, esa noche podría decirle a él y a sus hermanos que el puesto de hombre más feliz de la Tierra ya estaba ocupado.

Un suspiro de placer y anticipación escapó de su garganta cuando el aroma favorito de Lujayn, el jazmín, llenó el enorme salón como una niebla.

Adam lanzó un grito y, con el corazón acelerado, Jalal miró hacia donde señalaba su hijo. La procesión de la boda acababa de entrar en el salón, precedida por Dahab.

Parecían una procesión de joyas con sus trajes dorados. Todas las mujeres de la familia de Lujayn estaban allí, las mujeres de sus hermanos Johara, Talia, Maram y Roxanne. Aliyah iba con su hija, que saltaba a su lado como un duendecillo, lanzando polvos dorados a su paso.

La única mujer que no había acudido a la boda era Laylah, una de las tres preciosas mujeres de la familia Aal Shalaan. Y su madre, por supuesto.

Nadie mencionó a Sondoss, como si mencionarla pudiese extender un hechizo maléfico que lo estropearía todo. Y era comprensible. Aunque la visitaba cuando podía, como deber filial, Jalal no pensaba incluirla en su vida teniendo a Lujayn y Adam. Cuanto más lejos estuviera de Lujayn y su familia, mejor para todos.

Jalal miraba hacia la puerta para ver la entrada de Lujayn mientras Adam intentaba que lo dejase en el suelo.

Pero la novia no aparecía. La música cesó y los rumores se extendieron como un incendio.

Todo el mundo miraba alrededor, esperando una sorpresa. Y cuando no llegó ninguna, lo miraron a él.

Jalal estaba inmóvil, incapaz de pensar, incapaz de reaccionar. Dejó a Adam en los brazos de su abuela y cuando la miró vio que estaba preocupada.

–Esperad aquí, voy a ver qué está pasando –dijo Harres.

–¿Qué podría estar pasando? –preguntó Haidar, a su lado–. O ha cambiado de opinión sobre el vestido o quiere hacerte esperar para castigarte por todos los años en los que no se te ocurrió pedirle que se casara contigo

Haidar le dio una palmadita en la espalda antes de alejarse mientras Jalal se quedaba donde estaba, perplejo. Nada podría moverlo salvo la entrada de Lujayn.

Los minutos pasaban y le faltaba el aire.

Haidar y Harres entraron de nuevo en el salón unos minutos después y mientras Harres se dirigía a Amjad, Shaheen y su padre, Haidar se acercó a él.

Jalal miraba a su hermano, interrogante.

No podía leer su expresión. O no quería hacerlo. Todo en él se negaba a cooperar: su mente, su voz, su corazón.

Y entonces, con una voz tan ronca y triste como su expresión, Haidar dijo:
–Lujayn se ha ido.

Capítulo Doce

Se había ido.

Esas palabras se repetían en la cabeza de Jalal una y otra vez. No tenían sentido. Era imposible, no podía ser cierto.

Lujayn no podía haberse marchado el día de su boda.

Un terrible pensamiento dio lugar a una reacción en cadena... la única razón para la partida de Lujayn era que alguien se la hubiese llevado.

Que la hubieran secuestrado.

La desesperación hizo que se agarrase a lo único que le quedaba en el mundo: su hermano gemelo.

–Derrúmbate más tarde, Jalal. Tenemos que decirle algo a la gente, controlar la catástrofe. Y luego tenemos que irnos de aquí para...

Jalal empujó a Haidar y salió corriendo del salón, agitado como nunca. Oyó gritos, preguntas, exclamaciones de alarma. Si corría lo suficiente tal vez aún podría encontrarla, tal vez aún podría salvarla...

Pero una fuerza inexorable lo retuvo. Cuando volvió la cabeza, vio a Haidar y Harres sujetándolo. Amjad y Shaheen corriendo hacia ellos.

–¿Dónde crees que vas? –le preguntó Haidar.

–Imagino cómo te sientes, pero... –empezó a decir Harres–. Vamos a pararnos a pensar un momento.

–¿Pararnos? –repitió Jalal–. ¿Lujayn ha sido secuestrada y tú quieres que me quede de brazos cruzados?

–¿Secuestrada? –exclamó Haidar.

Jalal logró soltarse cuando Amjad llegaba a su lado.

–Es la única respuesta.

–¿Crees que solo te dejaría plantado si hubiera sido secuestrada?

Él se volvió, casi enseñándole los dientes.

–Ha sido secuestrada, es la única explicación.

Amjad sonrió, sarcástico.

–Lujayn no ha sido secuestrada, así que puedes dejar el ataque al corazón para otro momento.

–¿Estás seguro?

Sus hermanos se miraron, incómodos. Luego, dejando escapar un largo suspiro, Haidar le entregó una nota escrita con la letra de Lujayn: «Lo siento».

Jalal miró la nota como si pudiera hacer que esas dos palabras se multiplicasen. Como si mirándolas con total concentración pudiera hacer que se multiplicasen. Esas palabras que no explicaban nada.

–¿Dónde habéis encontrado esto? –preguntó.

Haidar suspiro de nuevo.

–En la habitación donde la dejaron para que descansase un momento antes de la ceremonia. Se ha quitado el vestido novia y ha salido por el balcón.

Jalal negó con la cabeza. No podía ser.

–Eso es imposible. Lujayn no se marcharía. Una nota no demuestra que no haya sido secuestrada. Podría haber sido obligada a escribirla...

Harres le pasó un brazo por los hombros.

–No ha sido secuestrada, Jalal, así que deja de volverte loco.

–Los guardias intentaron detenerla –siguió Haidar–. Pero ella les dijo que serían castigados si intentaban evitar que se fuera. Se quedaron tan sorprendidos que la dejaron ir. Cuando informaron a Fadi, él llamó al aeropuerto. Lujayn había subido a un avión y él ordenó que la hicieran bajar, pero ella invocó su ciudadanía americana y el avión despegó sin que pudiera hacer nada.

Jalal miró a Haidar, incrédulo.

Se había ido. Lujayn se había ido de verdad.

Pero no podía querer abandonarlo. Lujayn lo amaba... más que eso. Era la mitad de su alma y la otra mitad era Adam. Ella no dejaría al niño, imposible. Se moriría sin ellos. Como le pasaría a él.

Debía haberlo dicho en voz alta porque Amjad estaba respondiendo:

–Ella sabe que si no estáis casados tú no podrás evitar que su familia le lleve al niño, así que solo te ha dejado a ti.

–¿Tú creerías que Maram te había dejado?

Amjad hizo una mueca.

–Muy bien, entonces Lujayn se ha ido, pero no se ha ido por voluntad propia.

Todos lo miraron, sin entender.

Amjad levantó una ceja.

–¿De verdad no lo entendéis? ¿Estáis ciegos?

Harres le dio un golpe en el brazo.

–O te explicas o rey o no rey, el siguiente puñetazo irá directamente a tu estómago.

Amjad se tocó el brazo y luego miró a Shaheen y Harres con cara de pena.

–Esos dos... lo entiendo porque genéticamente son defectuosos. ¿Pero cuál es vuestra excusa?

–¿Qué quieres decir?

–Sondoss –respondió Amjad–. ¿Quién si no?

El corazón de Jalal se encogió al escuchar el nombre de su madre. Pero, de repente, todas las piezas del rompecabezas cayeron en su sitio.

Había sido su madre. Ella era la única que podía haber hecho que Lujayn desapareciera el día de su boda.

–Os advertí que seguiría interfiriendo en vuestras vidas –siguió Amjad–. Pero vosotros la exiliasteis en una isla tropical, en lugar de enviarla a una mazmorra digna de una dragona. Y ahora tendréis que pagar el precio.

–Si crees que una mazmorra hubiese evitado que siguiera haciendo daño es que no conoces a Sondoss –dijo Shaheen–. Jalal y Haidar tomaron la decisión correcta, aunque fuese por razones equivocadas. Sondoss en prisión hubiera sido mucho más peligrosa que exiliada.

–¿Ah, sí?

–Lo peor que ha hecho hasta ahora es sabotear esta boda, pero si hubiera estado en prisión

habría planeado terminar con el mundo con tal de escapar. Esa mujer es capaz de todo.

Amjad sonrió.

–Me alegra ver que no sois tan crédulos como yo pensaba, pero seguro que ya estará tramando algo mucho peor que estropear una boda. Aunque, a juzgar por tu expresión –añadió, dirigiéndose a Jalal– es como si el mundo se hubiera acabado de repente.

–Puede que haya otra explicación –dijo Shaheen.

Haidar negó con la cabeza.

–No, madre es la única explicación.

Harres asintió.

–Estoy de acuerdo. Pero lo que no entiendo es cómo ha conseguido que Lujayn abandonara su propia boda. ¿Cómo se ha puesto en contacto con ella?

Jalal se dio la vuelta y, en esta ocasión, sus hermanos lo dejaron ir.

No sabía cómo lo había hecho su madre, pero lo averiguaría.

Y terminaría con sus maldades de una vez por todas.

Diez terribles horas después, Jalal entraba en la casa que Haidar y él habían comprado para su madre en la isla de Aruba.

Habían elegido un sitio con un clima que se pareciese en lo posible al de Azmahar y una casa que, hasta cierto punto, mantuviera el nivel de lujo al que ella estaba acostumbrada. A pesar de todo, habían querido que estuviera cómoda en el exilio...

Y en aquel momento lo lamentaba con todo su ser. Sondoss no había perdonado su pasada transgresión y no lo haría nunca.

No podía imaginar la angustia de Lujayn cuando su madre la obligó a abandonar su propia boda...

¿Cómo lo había hecho?

Haciéndole un gesto a los guardias que habían asignado a la custodia de su madre, Jalal se acercó a la casa con las primeras luces del amanecer. Pensar que Sondoss podía dormir después de arruinar su boda, tal vez su vida, hacía que lo viera todo rojo mientras se acercaba al dormitorio.

–... he hecho todo lo que tú querías.

Esas palabras fueron como un golpe en su corazón. Porque no tenía la menor duda de quién las había pronunciado.

Lujayn.

Estaba allí.

Sus pies casi abandonaron el suelo en su prisa por acercarse al dormitorio. Entró en el cuarto de su madre como una tromba y se quedó en la puerta, atónito al presenciar la escena que tenía delante.

Su madre sentada con Lujayn, tomando una taza de té.

Ninguna de las dos reaccionó ante su entrada. Como si hubieran estado esperándolo. Su madre, con un vestido de satén color esmeralda que le daba un poco de color al acero de sus ojos, tan majestuosa y bella como siempre. Lujayn, con un traje gris, llevaba el pelo sujeto en un moño que debía haberse hecho para la boda, dejó la taza sobre la mesa y bajó la mirada.

Jalal quería decirle que no debía apenarse, que todo se iba a solucionar...

–Me alegro de que hayas venido, *ya helwi* –dijo su madre mientras le ofrecía su mano–. Ven,

toma un té con nosotras. ¿O has tomado uno de esos horribles cafés en el avión?

Jalal apretó los dientes.

–No, *ya ommi*. Y no me hables como si fuera tu querido hijo. Nunca más.

Ella dejó escapar un teatral suspiro.

–Muy bien, entonces deja que vaya directa al grano: Lujayn siempre ha sido mi espía.

Todo quedó en suspenso. ¿Había dicho...?

La incredulidad y la furia hacían que Jalal no pudiese respirar.

–*Ya Ullah*. ¿No hay fin para tus mentiras? ¿Por qué no me dices qué Lujayn es en realidad un hombre? Eso sería más creíble.

Su madre siguió mirándolo con sorprendente serenidad, dadas las circunstancias.

–La envié a ti cuando estabas estableciendo tus oficinas en Nueva York. Necesitaba alguien a quien pudiese controlar para alejarte de las mujeres que no te convenían y te envié a una que sabía te resultaría irresistible. Una que, además, no te exigiría nada. Pero cuando la relación se alargó supe que mi plan había funcionado demasiado bien. Temía que te hubieses encariñado con ella, así que le ordené que empezase a alejarse, a mostrarse contraria. Esperé casi dos años para que la dejases, pero no lo hiciste, de modo que le ordené que fuera ella quien te dejase a ti. Le dije que debía casarse con el otro hombre con el que... mantenía una amistad. Y Lujayn me obedeció, por supuesto. Te dejó y se casó con tu amigo, que estaba enfermo. Decidí entonces que a partir de entonces sería más seguro apartar a las mujeres que te rodeaban una por una. Pero los dos sabemos que no he tenido que hacer nada, no te ha interesado nadie desde entonces.

Jalal miraba a su madre y a Lujayn sin entender. Ella seguía mirando al suelo, sin expresión, como si no estuviera allí.

Su madre siguió:

–Al principio, fue un alivio que no quisieras tener ninguna relación, pero luego empecé a preocuparme. Me sentía culpable por haber hecho que te enamorasas de una impostora, pero esperaba que tarde o temprano conocieses a otra mujer. Nunca pude predecir que buscarías a Lujayn o que su marido hubiese muerto tan rápidamente. Tampoco había contado con que ella quedase embarazada. Cuando me lo dijo, le ordené que se alejase de ti y escondiera al niño. Hasta que yo necesitase crear un escándalo, naturalmente.

Incapaz de seguir sorprendiéndose de nada, Jalal miró a su madre mientras reescribía la historia de su relación con Lujayn.

–Pero, de nuevo, antes de que yo pudiese crear ese escándalo, tú decidiste casarte con Lujayn y legitimar al hijo que habías tenido con ella, la hija de una criada –Sondoss hizo un gesto de desprecio–. Tuviste que sacar a la luz los orígenes de su familia, por supuesto. Mientras yo decidía cómo lidiar con esa nueva situación, tú descubriste la existencia del niño y te apresuraste a anunciar tu deseo de casarte con ella. Así que le dije que esperase hasta el último momento y te dejase luego en el altar. Ahora que la noticia habrá viajado por toda la región, si no por todo el mundo, nadie en Azmahar pensará que un hombre tan tonto podría ser su rey.

No había fin para sus golpes. Para sus heridas. Jalal podría haber aceptado cualquier cosa de un enemigo, pero de ella...

Su madre por fin mostró cierta emoción mientras se levantaba graciosamente para acercarse a él.

–Te quiero, Jalal, pero quiero que Haidar sea el rey y no tú. Los dos me habéis obligado a hacer esto.

–¿Nosotros te hemos obligado?

–Por supuesto. Cuando él decidió dar un paso atrás y tú seguiste adelante con tu campaña. Ahora que estás fuera, él ocupará el trono, pero te hará príncipe heredero y todo será por el bien de los dos.

Jalal cerró los ojos durante un largo minuto. Cuando por fin volvió a abrirlos, era como si alguien le hubiese echado un puñado de arena.

–No creo una palabra de lo que has dicho.

–Como esperaba –su madre suspiró–. Muy bien, pregúntale a ella.

–¿De qué serviría eso? Lujayn dirá lo que tú quieras que diga porque sabe que eres capaz de cumplir cualquier amenaza.

Sondoss inclinó su regia cabeza.

–Es una teoría fascinante, *ya helwi*. ¿Y qué clase de amenaza he usado para traerla aquí? ¿Hacerle daño a su familia? ¿Cómo iba a hacerlo desde el exilio?

–No sigas, *ya ommi*. Los dos sabemos que tu influencia sigue siendo enorme en la región. Algo que pienso rectificar a partir de este momento. Y no dudaré en pedir ayuda a mis hermanos y mi padre para cortar tus tentáculos, así que espero que hayas disfrutado de este abuso de poder por última vez en tu vida.

–Si crees que usar mi poder para hacer lo que había que hacer es un abuso, entonces yo tenía razón y tú no debes ser rey de Azmahar.

–Siempre me has odiado porque mi rostro es el rostro de los Aal Shalaan, ¿verdad? Cuando me miras, recuerdas a tus odiados enemigos, mi padre y mis hermanos.

Ella se encogió de hombros.

–Amito que mirarte me resulta inquietante, pero también tienes parte de mí y eres mi hijo. Una de las dos únicas personas en el mundo a las que quiero... pero mis sentimientos son más intensos por Haidar.

La amargura estuvo a punto de abrumarlo. Pensaba haberse acostumbrado a que su madre no lo quisiera, pero tal vez no era así.

–Todos los padres tienen preferencias, yo solo soy sincera sobre las mías –añadió Sondoss.

Jalal miró a aquella mujer a la que quería a pesar de todo y se preguntó de dónde provenía esa emoción cuando debería haber muerto décadas antes.

–Tu obsesión por Haidar no es cariño, es un arma.

–¿Qué quieres decir?

–Estás dispuesta a destruir a todos por él, incluso a tu otro hijo.

Su madre suspiró.

–Es una cuestión de simple pragmatismo. Te quiero y sé que serás un buen príncipe heredero, el segundo en orden de sucesión al trono, pero Haidar, que tiene el rostro de Azmahar y el nombre de Zohayd, será el mejor rey.

–Solo quieres verlo en el trono. ¿Por qué intentas justificarlo? Quieres lo que quieres y tramas para conseguirlo sin importarte la devastación que causes. Esta es la razón por la que mi relación con Lujayn era un secreto porque temía tus manipulaciones, tus mentiras. Por tu culpa hemos perdido años... me he perdido diecinueve meses de la vida de mi hijo. Casi me has costado la felicidad, madre.

Sondoss hizo una mueca.

–¿Admites mi inteligencia y, al mismo tiempo, crees haber tenido algo con ella que no hubiera sido manipulado por mí? ¿Por qué no admites que entre vosotros nunca ha habido nada y rehaces tu vida? No serás el rey, pero sí el príncipe heredero, el segundo en orden de sucesión al trono.

–Hablas como si solo Haidar y yo fuésemos candidatos al trono. Te olvidas de Rashid.

–Vosotros sois los únicos candidatos que cuentan. Rashid Aal Munsoori está dañado. Nadie quiere que esa criatura inestable controle nada y menos un reino. Tiene tantas posibilidades como un iceberg en el desierto de Azmahar.

Jalal tuvo que reír.

–Lo tienes todo controlado, ¿verdad?

–Por supuesto. Como he dicho antes y lo diré de nuevo: algún día me darás las gracias. Todos lo haréis.

Jalal sacudió la cabeza, incapaz de entender la maldad de su madre.

Pasando a su lado, se colocó frente a Lujayn. Pero ella no levantó la mirada.

–El relato de mi madre explica de manera más clara todo lo que ocurrió entre nosotros.

Lujayn permaneció en silencio y Jalal se puso en cuclillas frente a ella, tomando su mano.

–Pero ella no contaba con una cosa: que aunque me trajese pruebas de que todo ha sido uno de sus complots, yo sé que lo que hay entre nosotros es y ha sido real. Tú... –Jalal se llevó su mano a los labios– eres mi única realidad, *ya rohi*. Adam y tú, no hay nada más.

Lujayn lo miró entonces y el brillo de angustia que vio en sus ojos le rompió el corazón.

–Ella podría permitir que Adam siguiera en tu vida, pero yo no.

–Los dos seguiréis en mi vida hasta el final.

Lujayn apartó su mano, temblando, las lágrimas rodando por su rostro.

–Hará lo que tenga que hacer para alejarme de ti. Cree que está haciéndote un favor... a todos, incluso a Adam.

–No podrá hacer nada. Yo te protegeré a ti y a tu familia. No dejaré que vuelva a hacerte daño.

–¿Crees que me importa que me haga daño a mí o mi familia? ¿Crees que podría hacer algo peor que alejarme de ti? A mi familia ya le ha hecho lo peor que podía hacerle.

–¿Entonces qué poder tiene sobre ti? ¿Adam?

–¡Tú! –gritó Lujayn–. Me dijo que te destruiría. Dijo que si la desafiaba y seguía adelante con la ceremonia, si te lo contaba, te destruiría para siempre. Y no era una amenaza, era una promesa. Y yo la creí, Jalal. Sigo creyéndolo. Vine aquí para intentar razonar con ella, pero no sirve de nada.

–¿La crees? –le preguntó su madre.

–Creería a Lujayn por encima de todo –respondió él.

–Eso demuestra que yo tenía razón. Ahora que de qué modo te ha hechizado, haré lo que tenga que hacer para evitar que ensucies el nombre de nuestra familia.

–¿Ensuciarlo?

–Si pudieras pensar con la cabeza te darías cuenta de que nadie en Azmahar la aceptaría como esposa del rey. Ni a ella ni a su familia, reinstaurada o no. Si crees que los prejuicios no existen, entonces no sabes nada sobre la gente a la que quieres gobernar. Nadie en Azmahar aceptaría la unión entre un hombre de pura sangre real con una fulana que posaba en bañador para que la viese todo el mundo, una viuda negra que, según vuestra historia, se casó contigo cuando aún estaba de luto por su marido. Todo el mundo sabrá que mantuvo relaciones sexuales ilícitas contigo durante ese tiempo para atraparte. Pero el problema eres tú. Eres peor que Haidar cuando se trata de entregar tu corazón y yo no voy a esperar que ella lo pulverice. Te destruiré antes de ver cómo te destruyes a ti mismo. Mi destrucción será quirúrgica y podré reconstruirte una vez que te hayas librado de su hechizo.

En esta ocasión, cuando miró a su madre, Jalal se preguntó si algún día podría entender a

aquella mujer. Esa convicción de que estaba haciéndolo por su bien...

Sondoss se dio la vuelta para acercarse a la ventana.

–Es una simple ecuación, Jalal, yo tengo que ser tu cerebro ya que no piensas con lógica. Podría haber dejado que te casaras con ella, pero cuando descubrí que pensabas poner en sus manos el *essmuh*, que ibas a darle poder para divorciarse de ti y controlar tus posesiones, supe que no podía esperar. Puedes legitimar a su hijo, que lleva tu sangre, pero a ella y a su familia, nunca.

Jalal apretó la mano helada de Lujayn y se incorporó para enfrentarse con su madre.

–Esta es mi simple ecuación, *ya ommi* –le dijo con una voz extrañamente serena. Sabía que aquel sería el último esfuerzo en lo que se refería a su madre. Si no respondía favorablemente, Sondoss habría muerto para él–. No puedo decir que no me quieras porque sé que, en tu retorcida mente, crees estar salvándome. Y también sé que no quieres perder a tu hijo, aunque no sea tu favorito y, además, le consideres un tonto. Sé que la sangre significa mucho para ti y no te arriesgarás a perder a las pocas personas a las que eres capaz de querer: a mí y a tu primer nieto. Y nos perderás si vuelves a hacerle daño a Lujayn. No es una amenaza, madre, es una promesa.

Sondoss lo miró en silencio durante lo que le pareció una eternidad. ¿Era asentimiento lo que veía en sus ojos? ¿Sorpresa? ¿Angustia? ¿O solo estaba viendo lo que quería ver?

Pero cuando habló, en su voz había trazas de todo eso, incluso de derrota.

–Me echo atrás. Pero lamentarás esta decisión.

–No lo creo.

–Reza para que no sea irreparable cuando lo hagas. Y prométeme que no serás tan tonto como para venir a pedirme ayuda entonces.

Qué sorpresa, la dragona estaba asustada. Había arriesgado mucho y había perdido.

Jalal hizo entonces algo que ni él mismo había esperado: la abrazó.

–Espero que algún día lamente lo que has hecho. Espero que cambies y empieces otra vez. Piénsalo, madre. Tu familia crece y, en lugar de infrecuentes visitas de tus hijos, o tal vez ninguna visita, podrías bajar de tu pedestal e intentar encontrar un poco de felicidad.

Su madre permaneció inmóvil. Jalal sabía que sería demasiado esperar que le devolviese el abrazo y menos delante de Lujayn.

Esbozando una sonrisa, Sondoss se apartó para sentarse en el sofá con majestuosos movimientos.

–Ya que estás aquí, deberías desayunar. ¿Alguna preferencia?

–Pellízcame.

Jalal pellizcó inmediatamente el trasero de Lujayn y ella rio, aún mareada y nerviosa.

–Todo se ha solucionado.

–Aún no me lo puedo creer. Tu madre me chantajea para que te deje plantado y luego me sirve el desayuno ¿ha sido una alucinación?

Jalal sonrió, aliviado y feliz.

–Sea lo que sea, mi madre es sobre todo una mujer sorprendente.

–Dímelo a mí –Lujayn se derritió entre sus brazos en el jet privado que los llevaba de vuelta a Azmahar–. Dios mío, Jalal, era tan convincente que estuve a punto de creer su versión de lo que había habido entre nosotros. Pero tú me creíste a mí a pesar de todo.

–Te dije que no volvería a dudar de ti. Aunque quisiera no podría hacerlo.

Lujayn sonrió.

–Tal vez estés bajo un hechizo, como ella cree.

–Seguro que sí. Estoy hechizado por ti y quiero seguir estándolo siempre.

Lujayn cerró los ojos, emocionada. Pero los abrió de repente.

–¡Tu campaña! –exclamó–. ¿Crees que esto debilitará tu posición como candidato?

–¿Porque mi prometida me dejó plantado? No puedo decirte lo irrelevante que es eso para mí en este momento, pero creo que será al contrario. Especialmente entre las mujeres y los más jóvenes. Seremos una pareja aún más romántica y nuestro matrimonio se convertirá en una leyenda.

–Tú eres el mejor hombre de la Tierra –dijo Lujayn, buscando sus labios en un beso en el que puso todo su corazón–. Lucharía contra el demonio por ti, por nuestro futuro y el de nuestro hijo.

–Ya lo hiciste al ir a la guarida del dragón.

–Pero eres tú quien nos sacó de allí sanos y salvos.

–No, fuiste tú –dijo Jalal–. Mi madre ha visto por sí misma cuánto nos amamos, que confiamos el uno en el otro y eso es algo que no entraba en sus planes. Algo contra lo que no puede luchar, por eso ha tenido que rendirse.

–Pero el escándalo que hemos provocado... había invitados de toda la región. Nobles, miembros de la realeza, tu familia.

Jalal sonrió.

–Volveremos a reunirlos y lo haremos todo de nuevo esta misma noche.

–¿Esta noche?

–¿Por qué no? Nadie se ha ido de Azmahar y están esperando.

Lujayn enterró la cara en su pecho.

–No sé cómo voy a enfrentarme con ellos después de lo que ha pasado.

Él pasó una mano por su pelo.

–Cuando mi familia sepa lo que ha pasado te convertirás en una heroína para ellos. Los demás, ¿qué importan? Lo único que importa es que nos queremos, que nadie puede romper este amor. Ni la distancia, ni el tiempo. Estaré contigo durante el resto de mi vida.

–Yo también, Jalal –dijo ella, apretando su mano–. Mientras viva, seré tuya.

La apretó contra su corazón, susurrando sobre sus labios:

–*Ya hayati*, mientras vivamos seremos el uno del otro. Y yo diría que incluso más allá de la vida.

Caballeros del desierto

El destino del jeque

Olivia Gates



Capítulo Uno

Laylah Aal Shalaan sintió un escalofrío en la espalda, caliente, abrasador. No era una de esas gélidas noches de diciembre en Chicago. Era fuego lo que le corría por las venas, no hielo. Había tenido tantos golpes de calor durante las semanas anteriores... Todo un récord para alguien de veintisiete años de edad. Pero ese no era el único récord que ostentaba. También estaba lo de ser la única mujer nacida en su familia en cuarenta años.

Alguien la vigilaba. No tenía nada que ver con el personal de seguridad que solía seguirla a todas partes en otra época. Pero lo de la seguridad personal había dejado de ser una prioridad dos años antes y ya no tenía a los guardaespaldas pisándole los talones. No necesitaba protección. Desde su salida de Zohayd había seguido protocolos de seguridad normales, al igual que cualquier otro ciudadano de Chicago.

Hasta esa noche.

Normalmente se iba a casa con Mira, su socia y compañera de piso. Pero esta se había ido a ver a su padre, que estaba en el hospital en otro estado, y la había dejado sola por la noche, por primera vez en más de dos años.

Abandonó el edificio desierto por el acceso de atrás, que salía a un callejón igual de solitario. Alguien la observaba... Lo más raro de todo, sin embargo, era que no se sentía amenazada. Solo sentía curiosidad, emoción. Miró hacia el otro lado de la calle. Había tres coches aparcados. Junto al más próximo había un hombre. De repente cerró el capó de un golpe, subió al vehículo y arrancó. El segundo coche también se puso en movimiento. El más alejado, un Mercedes de último modelo con cristales tintados, parecía vacío. Antes de poder averiguar de dónde procedía esa extraña influencia, el segundo coche aceleró con fuerza. Un segundo más tarde se había detenido a su lado. Las puertas se abrieron violentamente. Cuatro hombres salieron del vehículo y la rodearon en un abrir y cerrar de ojos. Aquellos cuerpos imponentes y rostros rudos parecían llenos de malas intenciones.

Laylah no veía más allá. La sangre empezó a correrle por las venas a toda velocidad; el tiempo se ralentizó. De repente sintió unas manos sobre los brazos que la agarraban sin contemplaciones. El terror más absoluto estalló en su interior. Empezó a forcejear con furia. A lo lejos oía retazos de una conversación vaga.

—«Zolo» es una, hombre —dijo uno de ellos con un extraño acento.

—Tom dijo que habría dos. Será mejor que no pagues la mitad ahora.

—Es la que queremos. Tendrás tu pasta.

—Dijiste que caería a tus pies, lloriqueando, pero parece que se defiende bien. Casi me deja sin rodilla.

—¡Y a mí casi me saca un ojo!

—¡Deja de quejarte y métela en el coche!

Laylah se dio cuenta de que no era un ataque fortuito. Esos hombres conocían muy bien su rutina. No obstante, la presencia que había sentido era otra cosa. No podían ser ellos.

Las arrastraron hasta el coche. Una vez la metieran dentro, estaría perdida.

Arremetió contra ellos con todas sus fuerzas, haciéndoles sangre y arrancándoles gritos de dolor. De pronto sintió el impacto de un martillo neumático en la mandíbula; vio las estrellas. Un filo de dolor le atravesó el cerebro. A través de un tupido velo de color rojo, vio que uno de los atacantes era absorbido por una especie de agujero negro. El individuo fue a dar contra el costado del edificio como un muñeco roto. Otro de los asaltantes se dio la vuelta. Se oyó un golpe seco y un segundo después su sangre volaba por los aires a unos centímetros del rostro de Laylah. El hombre la miró un instante con los ojos desencajados y aterrizó contra su cuerpo, como si acabara de recibir el impacto de un coche a toda velocidad. La derribó. La joven se revolvió debajo del peso muerto. El miedo la tenía atenazada, desorientada. ¿Quién había acudido en su ayuda? ¿Irían a por ella una vez terminaran con los atacantes?

De repente sintió que le quitaban al tipo de encima. Se incorporó a duras penas sobre la helada acera y vio... vio... Le vio a él. Un ángel caído. Enorme, oscuro, ominoso, tan hermoso que daba miedo, poderoso, amenazante. Era casi imposible mirarle a la cara, pero tampoco podía apartar la vista. Y le conocía. De toda la vida. Pero no podía ser él. Había cambiado mucho, hasta quedar casi irreconocible, y no tenía sentido que estuviera allí. ¿Qué podía estar haciendo en Chicago? Estaba segura de que jamás volvería a verle. ¿Acaso su cerebro le estaba jugando una mala pasada? Y si era así, ¿por qué tenía que ser Rashid Aal Munsoori?

Poco a poco, recuperó el sentido de la realidad. Los sentidos dejaron de engañarla. No había lugar a dudas. Era Rashid, esa presencia constante, aunque remota, durante los primeros diecisiete años de su vida; el hombre del que siempre había estado enamorada. Estaba frente a los otros dos atacantes, como un pilar indestructible. Su rostro parecía esculpido en piedra, mayestático. Llevaba la cabeza afeitada casi al cero y su cuerpo glorioso parecía moverse al ritmo del viento bajo un abrigo largo que ondeaba a su alrededor como si fuera acompañado de un enjambre de oscuras criaturas.

Los asaltantes se recuperaron, arremetieron contra él con sus navajas y cuchillos. Una ola de pánico se apoderó de Laylah. Sin inmutarse apenas, Rashid se movió con agilidad y los neutralizó con un mínimo movimiento. Los brazos y piernas de los malhechores se movían erráticamente, haciendo una coreografía marcada con precisión. Su método era impecable, implacable. Era como una especie de demonio vengador que castigaba a esas criaturas deleznales. Para cuando Laylah se puso en pie, Rashid tenía a los hombres acorralados contra el edificio. Uno de ellos había perdido la consciencia y el otro se revolvió furiosamente, dando patadas de impotencia. Más allá del agudo gemido del viento nocturno, Laylah oyó el sonido de su voz. No parecía humana. Durante una fracción de segundo pensó que era de otro mundo, que había... algo dentro de él, algo que reclamaba la vida de esos hombres.

—¡Los vas a matar!

Al oírla gritar, se volvió.

Laylah sintió auténtico horror al ver su rostro. La carne se le puso de gallina.

¿Qué le había pasado? Apenas le recordaba al hombre con el que llevaba toda la vida obsesionada. Sus pupilas eran dos abismos casi sobrenaturales, y sus rasgos exhibían una ferocidad serena y terrible que ponía los pelos de punta. Era una bestia que solo sabía matar.

Y esa cicatriz...

—¿Y?

Laylah tembló. Su voz... completaba aquella estampa infernal. No había duda. Un demonio horripilante se había apoderado de él, ocupaba su cuerpo y lo había transformado por completo. Le utilizaba para satisfacer sus deseos más perversos; usaba su voz para transmitir toda esa oscuridad, esa rabia. Ese hombre que alguna vez había sido Rashid hablaba muy en serio. No sentía remordimiento alguno ante la idea de matar. No había forma de apelar a la compasión de un ser como ese. No había misericordia en su interior. De eso estaba segura. Y tampoco podía valerse del miedo a las consecuencias. La entidad que tenía delante no sentía miedo por nada. No había nada más que violencia y venganza dentro de él. Era como si hubiera aparecido de la nada, para castigar a los criminales y no para salvarla a ella.

Lo único que quedaba era apelar al sentido de la lógica.

–No hay necesidad –le dijo, haciendo un gran esfuerzo para formular las palabras–. Ya les has dado una paliza de muerte. Todos van a pasar una buena temporada en el hospital.

–Curarles sería una gran pérdida de recursos. Creo que debería ahorrarle a la sociedad el coste de su existencia –se volvió hacia el hombre que tenía sometido. El individuo se retorció y se quejaba–. La escoria como esta no merece vivir.

–Una sentencia de muerte es demasiado para el crimen que han cometido, ¿no crees?

–Querrás decir para los crímenes que han cometido hasta ahora, ¿no? –dijo Rashid, sin dejar de mirar al hombre–. Seguramente hubieran terminado matándote.

–No, hombre... –el individuo se estaba atragantando. Había terror en su mirada–. Solo íbamos a secuestrarla para... pedir un rescate. Un hermano la reconoció... Sabía que era una princesa... de uno de esos países podridos en petrodólares... Nos dijo que... conseguiríamos... mucha pasta. No íbamos a hacerle daño... ni le íbamos a poner una mano encima... –escupió cuando Rashid le apretó más la garganta–. Lo... juro. Danny perdió un poco la cabeza cuando ella le golpeó... y probablemente le hayas matado por eso... Pero yo no le hice nada... No me mates. Por favor.

A pesar de todo, Laylah no podía sentir sino pena por esa criatura patética, encerrada en el cuerpo de un bruto. Rashid, en cambio, parecía ajeno a todo y a todos. Laylah se dio cuenta de que solo le quedaba una carta que jugar. Se atrevió a tocarle el brazo. Nada más hacerlo, se encogió. Quiso retroceder. Incluso a través de toda la ropa, una corriente de electricidad contraía esos músculos de acero que parecían cables de alta tensión.

–¿No prefieres que vivan para que sufran las consecuencias de sus actos? Seguro que los has dejado a todos lisiados de por vida.

Su mirada oscura se volvió hacia ella de nuevo. Era como si la viera por primera vez. De repente abrió los puños. Los hombres, ambos inconscientes ya, cayeron al suelo como dos sacos de arena. Una ola de alivio la recorrió por dentro. El aire frío le llenó los pulmones. Rashid había matado antes. Pero lo había hecho como soldado, en tres guerras. Esa vez hubiera sido distinto, y no podía llevar la muerte de esos hombres sobre su consciencia.

Él se incorporó y contempló la escena. Laylah veía que por fin había recuperado el control. Había vuelto a ser ese caballero del desierto, moderno y digno, que tenía el mundo a sus pies. Sacó el teléfono móvil y llamó a la policía y a una ambulancia. Se volvió hacia ella.

–¿Te hicieron daño?

Al oír su pregunta, Laylah sintió las marcas de las manos en los brazos y la espalda. Pero el epicentro de dolor estaba en el lado izquierdo de su mandíbula. Se tocó la zona dolorida de manera instintiva. Él la agarró del brazo y la hizo caminar hasta una farola. Una vez quedaron bajo el círculo de luz, le quitó la mano de la cara y la examinó atentamente.

–A lo mejor les mato después de todo.

–¿Por un buen gancho de derechas?

–Eso solo fue el comienzo. Te hubieran dejado heridas y cicatrices de por vida. Sí que merecen morir –echó a andar.

Ella le agarró del brazo, como si pudiera detenerle.

–Tranquila. Solo voy a hacer que deseen haber muerto.

–¿Y qué tal si dejas que la policía se ocupe de ello?

–¿Vas a dejarles que se salgan con la suya?

–Simplemente quiero creer en la justicia y en un castigo justo.

Esa mirada aterradora escupió llamaradas de fuego.

–¿Y qué sería un castigo apropiado por haber secuestrado y golpeado a una mujer, tal vez con intenciones de matarla?

Laylah se mordió el labio al pensar en lo que podría haber ocurrido si él no hubiera intervenido.

–Nada de eso llegó a pasar.

Dando el tema por zanjado, Rashid se volvió hacia los matones. Y fue en ese momento cuando Laylah lo vio. Había una mancha húmeda bajo su abrigo.

Le agarró del brazo y tiró de él hacia la luz. Él se apartó bruscamente, tanto así que Laylah tuvo que volver a agarrarle para recuperar el equilibrio. Al tocarle sintió el calor inconfundible de la sangre en las manos. Las apartó rápidamente. Se miró las palmas, totalmente manchadas de rojo. Levantó la vista, horrorizada.

–¡Estás herido!

Él levantó la vista de sus manos. Se miró la herida y entonces la miró a los ojos.

–No es nada.

–¿Nada? –exclamó Laylah–. ¡Estás sangrando! *Ya Ullah!*

–Es solo un rasguño.

–¿Un rasguño? Tienes todo el lado izquierdo empapado de sangre.

–Espero que no te vayas a desmayar ahora.

Se quitó la bufanda y le presionó la herida. Él se puso rígido. Le cubrió las manos con las suyas, como si quisiera apartarlas.

Ella se apoyó contra él, y le acorraló contra la pared del edificio.

–Tenemos que aplicar presión.

Él se quedó quieto. La miró fijamente. Su cara era un enigma. ¿Estaría a punto de desmayarse?

La hizo quitar las manos. Se tapó la herida con las suyas propias.

–Ya lo hago yo. Puedes irte si quieres.

Sin entender muy bien lo que pasaba, Laylah sacudió la cabeza. Las manos, completamente cubiertas de sangre, le temblaban sin parar.

–No voy a ir a ninguna parte que no sea a urgencias, contigo.

–Como yo no voy a ir a urgencias, el único sitio al que puedes irte es a casa.

Al ver que ella sacudía la cabeza con testarudez, le habló en un tono más duro.

–Llévate mi coche. Mis guardaespaldas te escoltarán hasta casa. Saldrán contigo para asegurarse de que todo está en orden y harán guardia hasta que sepamos que los secuestradores no tenían otro plan ante estas contingencias.

Como ella no se movió ni un milímetro, soltó el aliento con exasperación.

–Vete ahora, antes de que llegue la policía. Ya has pasado bastante gracias a esos bastardos. Vete y olvida que esto ha pasado.

–No puedo y no te dejaré. Y sí que vas a ir a urgencias. ¿Es ese tu coche? –señaló el imponente Mercedes.

Él asintió con la cabeza.

–Me detuve para mandar un archivo desde el teléfono.

–Y entonces viste que me atacaban.

Él no volvió a asentir con la cabeza. Su mirada se hizo tajante.

–Dame las llaves.

Él levantó una ceja con chulería.

–Te voy a llevar a urgencias.

–No puedo abandonar la escena del crimen. La policía estará aquí dentro de unos minutos.

–Pueden tomarnos declaración en urgencias. Podrías sufrir una hipotermia en estos minutos.

–No me pasará nada. He sufrido heridas muchísimo peores, y las he aguantado durante días en unas condiciones que hacen que esto parezca un paraíso tropical.

Ella sabía que no exageraba. No podía ni imaginarse lo que habría pasado en la guerra. No soportaba pensar en la clase de heridas que le habrían dejado esa horrible cicatriz que le cortaba la carne como una serpiente furiosa, desde el ojo izquierdo, bajando por la mandíbula, el cuello... y más abajo aún.

Rashid vio que se fijaba en la cicatriz.

–Como ves, he sobrevivido a cosas mucho peores. No te preocupes por este rasguño.

Todas las palabras posibles se congelaron en los labios de Laylah.

–¿No me reconoces? –le preguntó.

Él levantó la ceja de nuevo.

–¿Necesito conocer a alguien para acudir en su ayuda?

–No es eso lo que quiero decir.

Era evidente que no la había reconocido.

–Claro que te he reconocido –dijo él de repente–. Al igual que el desgraciado que mandó a esos matones. Eres más reconocible de lo que crees, princesa Laylah.

Laylah guardó silencio un momento. Sí que la reconocía entonces... Ya no quedaba casi nada de la persona que había sido en otro tiempo. Llevaba gafas, además, por aquel entonces. Él siempre la había hecho sentir invisible, como si no pudiera verla. Su mirada la atravesaba de lado a lado, tal y como traspasaba a todos los demás. Incluso en ese momento, no había ninguna señal en su actitud que indicara que la reconocía. Aquel hombre reticente y reservado se había vuelto impenetrable.

–Te he visto muchas veces por la ciudad antes de esta noche.

–¿Me has visto? ¿Dónde?

–Tengo oficinas en este edificio. Y también sueles frecuentar los restaurantes a los que voy.

Todas las piezas encajaron de repente. Todo cobraba sentido. Él era la presencia que había sentido. Y no se había acercado a ella hasta que no le había quedado más remedio que hacerlo, para salvarle la vida, nada menos. Siempre había sabido que Rashid era un sueño, y se había convertido en algo imposible cuando les había dado la espalda a sus primos para aliarse con el enemigo.

–Si secundas mi declaración de que me atacaron a mí y no a ti, iré a urgencias.

–No puedo dejar que cargues con esto.

Esos hombros tan intimidantes apenas se movieron.

–En comparación con todo lo que tengo que cargar a diario, esto no es nada.

Laylah podía dar fe de ello. Rashid había creado de la nada un imperio empresarial en un tiempo récord.

–Muy bien –la tensión que atenazaba la noche cedió–. Pero solo si me dejas llevarte a urgencias –añadió ella.

De repente le devolvió la bufanda ensangrentada. Ella la agarró a duras penas.

Él sacó un bolígrafo y un pequeño cuaderno de un bolsillo interno del abrigo. Escribió unas cuantas líneas, rasgó el papel, se inclinó y lo pegó sobre uno de los matones. El individuo se movió un poco. Rashid le susurró algo al oído, le dio otra patada que lo pegó al suelo de golpe... Se alejó.

Laylah le siguió con la mirada, sin saber qué hacer. ¿Se iba? En lugar de ponerse al volante, Rashid rodeó el capó y se detuvo frente a la puerta del acompañante. Se inclinó sobre el techo del vehículo.

–¿Vienes?

Laylah echó a correr. Sus tacones de aguja golpeaban el asfalto con impaciencia.

En cuestión de segundos, estaba dentro del coche. Oyó sirenas en la distancia al tiempo que la puerta se cerraba. Temblando, ansiosa por darle un abrazo, se volvió hacia él.

–Gracias.

Él la ignoró.

Llegaron a urgencias en un abrir y cerrar de ojos. Mientras aparcaba, él se volvió hacia ella.

–Ahora vete a casa. A partir de ahora tendrás el coche con conductor a tu disposición en todo momento –dijo y se dispuso a bajar.

Ella salió a toda prisa y echó a andar detrás de él. Era difícil alcanzarle.

–Voy a entrar contigo.

Su mirada resultaba más espectacular que nunca en la cercanía.

–El trato era que me trajeras hasta aquí, no que me escoltarás hasta el interior del hospital.

Ella se aferró a su brazo.

–Bueno, este es un nuevo trato entonces.

–No tienes que darme las gracias por nada.

–No te estaba dando las gracias por salvarme la vida. Te daba las gracias por haberme dejado regatear con este asunto del trato. No vuelvas a ser ese superhéroe cansino que se empeña en esfumarse en mitad de la noche.

Después de mirarla fijamente durante unos segundos, él volvió la vista al frente.

Unos segundos más tarde estaban en la puerta de urgencias. De repente le pareció ver una mueca cruel y sensual en esos labios que tanto había amado.

¿Era una sonrisa? Era imposible saberlo. Nunca le había visto sonreír. Antes de que pudiera observarle mejor, él le dio la espalda y entró en el edificio.

Capítulo Dos

Rashid fue consciente de la presencia de Laylah en todo momento durante todo el proceso de admisión. No quería ni respirar para no dejarse distraer por el aroma de su perfume. La mirada se le iba hacia ella constantemente. Era como un imán.

Nadie había ejercido jamás un influjo tan poderoso sobre su voluntad, pero Laylah Aal Shalaan no era una chica cualquiera. Le llevaba ocho años de edad y recordaba muy bien el día en que había nacido; la primera mujer nacida en el seno de la familia Aal Shalaan en más de cuarenta años.

Por aquel entonces acababa de conocer a sus primos paternos y maternos, Haidar y Jalal, pero la amistad no había tardado mucho en forjarse; una amistad que duraría más de dos décadas. La había visto crecer. Y su gloriosa belleza había brotado como una flor, hasta hacerse casi dolorosa. Era injusto que fuera tan hermosa por fuera y horrible por dentro. Laylah era otro vástago más de una estirpe de serpientes.

Volvió a mirarla una y otra vez. Su pelo y sus ojos eran de color chocolate, con un ligero reflejo de luz. Su piel era de terciopelo, dorada como la miel, y su cuerpo era un derroche exuberante de vitalidad y feminidad. Pero lo más hermoso de todo era su rostro, digno de una diosa. Sin embargo, Laylah Aal Shalaan era la heredera de un clan de criminales crueles y harpías. Esa dulzura que se reflejaba en su rostro no podía ser real. Seguramente no era más que gratitud. En cuanto remitiera el miedo, desaparecería la humanidad, y entonces sería libre para pensar lo peor de ella, y podría tratarla en consecuencia, sin el más mínimo remordimiento.

–Voy contigo.

Al oír sus palabras, Rashid se volvió y arqueó una ceja. Estaba en la puerta de la sala.

Había hecho todo lo posible por mantenerla al margen ante la policía y había mentido con una precisión quirúrgica cuando los agentes le habían preguntado por el moretón de su mandíbula.

La doctora de urgencias salió.

–Solo pueden entrar familiares –se volvió hacia Rashid–. A menos que el paciente pida que esté presente.

–He llegado hasta aquí. Bien podrías dejarme entrar.

La mirada de Rashid le confirmó que había fracasado en su empeño. Le dio la espalda y entró en la estancia. La doctora le siguió y cerró la puerta. Unos treinta minutos después, Rashid seguía dentro.

–Sí que nos ha dado trabajo ese caballero suyo. No dejaba de ordenarnos que le suturáramos la herida, diciendo que tenía más experiencia en curar heridas que todas nosotras juntas. Pero la doctora Vergas le convenció para que nos dejara tratarle valiéndose de la única cosa que le haría

ceder.

–¿Qué?

–Usted. Por supuesto.

–¿Qué?

–La doctora le dijo que si no la dejaba tratarle, la haría entrar en la sala. Con eso fue suficiente. Le permitió darle los puntos sin rechistar.

Laylah se quedó consternada. ¿Había accedido a dejarse tratar bajo la amenaza de tener que verla otra vez? ¿Era eso bueno, malo o terrible?

La enfermera suspiró con dramatismo.

–Incluso después de acceder, no quería quitarse el suéter. Solo se lo levantó. Pero con eso tuvimos de sobra... vaya –se abanicó la cara con la mano–. A lo mejor no hubiéramos sobrevivido si hubiéramos visto el paquete completo.

Laylah empezó a ponerse cada vez más nerviosa. La enfermera le estaba dando demasiada información, mucha más de lo que quería saber.

–Casi no parece humano. Primero, ese cuerpo que tiene, y después... No emitió ni el más mínimo sonido mientras le cosíamos. Se negó a que le pusiéramos anestesia local, y no quiso tomar analgésicos.

Laylah conocía muy bien esa actitud, por experiencia propia, pero...

–Gracias por la información y por todo, enfermera McGregor –dijo Laylah, esbozando una sonrisa nerviosa.

Entró en la sala sin más prolegómenos.

Tal y como le había anticipado la enfermera, Rashid estaba rodeado, pero no parecía preocupado. Solo llevaba puesto el suéter gris ensangrentado y el abrigo le colgaba de un dedo sobre la espalda.

La vio nada más entrar. De hecho, su mirada parecía estar fija en la puerta. ¿Acaso estaba esperando que entrara?

Rashid levantó una ceja con desparpajo. Se puso en pie y echó a andar. Al llegar junto a ella no aflojó el paso. Se limitó a asentir con la cabeza y salió por la puerta.

–No te marchaste.

Ella se apresuró y fue tras él.

–¿Creías que lo haría?

–Deberías haberlo hecho –le dijo él, mirándola de reojo.

–Sí, claro –la mirada de Laylah se desvió hacia el impecable vendaje blanco que llevaba por debajo de esa mancha viscosa del suéter. Sintió mareos. Con solo pensar que él había puesto su vida en peligro, por ella, se le revolvía el estómago–. ¿Te encuentras bien? –estaba sin aliento, pero no por tener que correr para mantenerse a su lado.

Él la miró con condescendencia. Le estaba dejando claro que era ella quien tenía problemas para seguirle, y no al revés.

–¿Es que aparento otra cosa?

–A veces las apariencias engañan. Sobre todo la tuya.

Rashid levantó ambas cejas esa vez.

–Ojalá hubiera sabido antes que tenía esos poderes camaleónicos. Me hubiera venido muy bien durante las misiones.

Laylah se aclaró la garganta.

–Me refería a tu piel. Es tan... –guardó silencio antes de decir hablar–. Cualquier persona

estaría blanca como la leche tras una pérdida de sangre como la que has tenido.

Él apartó la vista, restándole importancia a sus palabras.

–Es evidente que nunca has visto lo que es sangre de verdad.

Laylah apuró el paso.

–Fui voluntaria en los servicios sanitarios de Zohayd mientras estaba en la universidad.

Rashid no fue capaz de esconder la sorpresa. ¿Era posible que no fuera la muñeca consentida en la que quería convertirla su madre?

–No puedo dejar de pensar en que podría haber sido mucho peor...

–Pero no lo fue. Ya puedes dejar de culparte –suspiró–. ¿Qué tengo que hacer para convencerte de que no me voy a desplomar en cualquier momento? Te aseguro que no tengo pensado hacerlo, por lo menos en los próximos cincuenta años.

Ese sentido del humor tan seco y corrosivo la dejaba fuera de onda.

–Eso te lo voy a recordar a la mínima oportunidad.

Él volvió a mirarla de reojo, pero no dijo nada más. Salieron al exterior. La noche era fría.

Laylah resistió el impulso de tomarle de la mano mientras cruzaban la calle. Al llegar al coche, rodeó el capó y subió directamente por el lado del conductor. Él arqueó las cejas una vez más, y permaneció fuera, frente a la puerta del acompañante, con gesto de estupefacción.

Ella bajó la ventanilla.

–Sube.

Él siguió allí de pie, como si el viento helado no le cortara la piel. Su abrigo parecía flotar a su alrededor, como la capa de un mago.

–¿Prefieres conducir antes que darme instrucciones?

Laylah pensó en decir que sí, solo para que subiera al vehículo. Levantó la mirada con una intención clara.

–Te voy a llevar a ti a casa.

Rashid se metió las manos en los bolsillos. Evidentemente no tenía problema en seguir discutiendo el asunto durante toda la noche.

–Nuestro trato terminaba una vez hubieras visto con tus propios ojos que mis heridas no eran nada serio.

–Entonces la herida no fue nada en comparación con aquello a lo que estás acostumbrado, ¿no? Y la pérdida de sangre fue un mero juego de niños. Pero esos puntos te tienen que doler terriblemente, sobre todo porque te negaste a ser anestesiado y a tomar analgésicos. No pienso dejarte en casa sin más. Voy a entrar contigo.

Eso fue suficiente para silenciarle de una vez por todas, por lo menos durante los treinta segundos siguientes.

Él la miró directamente a los ojos.

–He estado en tres guerras, princesa, y en muchos conflictos más que ya casi he olvidado, por no hablar de todas esas misiones en las que solo llevaba un billete de ida, porque volver de una pieza era una posibilidad entre un millón. He visto y hecho cosas terribles, inimaginables, y me las han hecho a mí. Veinticuatro puntos casi me arrancan una sonrisa nostálgica ahora que he dejado el campo de batalla a favor de la sala de juntas, así que puedo asegurarte que soy capaz de meterme en la cama y arroparme yo solito.

La imagen suscitó un calor repentino que se apoderó de Laylah. ¿Cuántas mujeres habían luchado por tener ese privilegio? ¿Cuántas habían disfrutado de ese placer?

Se mordió el labio.

–Seguro que puedes llevar el peso del planeta sobre tus espaldas pero eso no significa que tengas que hacerlo, o que tengas que hacerlo solo. Esta noche no vas a estar solo. Tienes esos puntos por mí, por defenderme, así que también son míos, y tengo todo el derecho a decidir sobre ellos. Sé que no necesitas nada de nadie. Está claro que sabes cuidar muy bien de ti mismo. Llevas toda la vida haciéndolo. Pero esta noche yo cuidaré de ti.

Claramente Rashid no daba crédito a lo que oía. Le sonrió, pero antes de que pudiera decir una palabra más, él ya había subido al coche.

Después de cerrar la ventanilla, mantuvo la vista al frente. Ni siquiera esa fea cicatriz lograba estropear un rostro tan bello. Laylah solo podía quejarse de su pelo. Se lo había rapado casi al cero.

Arrancó el coche, encendió la calefacción y volvió la vista al frente.

–Necesitaré que me indiques.

Sin decir ni una palabra, Rashid programó el GPS y volvió a recolocarse en el asiento.

Estaba jugando a ignorarla. Pero ella también sabía jugar. Veinte minutos después, mientras el coche avanzaba por las calles semidesiertas, Laylah se dio cuenta de que tampoco era tan fácil seguirle el juego.

De repente notó su mirada disimulada. Apartó la vista de la carretera una fracción de segundo, se la devolvió y entonces vio algo que no había visto antes, una expresión desprevenida...

–Sabes que eso ha sido chantaje.

Laylah sintió que el pelo se le ponía de punta.

–Yo prefiero llamarle persistencia, en respuesta a esa resistencia tuya sin sentido.

–Mi resistencia sí que tenía sentido. Simplemente era inútil.

Ella sonrió de oreja a oreja, mirando al frente.

–Desde luego. Pero, dime, ¿qué sentido tenía?

–Conseguir que no te quedaras conmigo, porque no es apropiado.

–Oh, no. No estarás anteponiendo las tradiciones de nuestro país... Todo eso sobre lo que es un comportamiento decoroso para la mujer, y ya no hablemos de esa pulcritud pudorosa que se espera de la pobre solterona estigmatizada –añadió en un tono corrosivo y sarcástico.

–Tú no eres una solterona.

Ella se rio a carcajadas.

–Eso se lo dices a mi familia, sobre todo a mi querida madre. A su modo de ver, llevo más de diez años siendo una solterona.

–Hace diez años eras una cría de diecisiete años.

Laylah se quedó estupefacta. Sabía cuál era su edad.

Trató de no sonreír.

–Y por aquel entonces ya se me había pasado el arroz. Ya sabes que en el lugar de donde venimos, las chicas tienen que ganarse el interés de los hombres mucho antes.

–¿Por qué no te parece indecorosa esta situación?

Laylah se preguntó si estaba hablando en serio.

–¿Porque no estamos en Azmahar o en Zohayd?

–Nuestro comportamiento no debería cambiar según la geografía. Estemos donde estemos, seguimos siendo los mismos. Tú, más que cualquier otra persona, deberías observar y respetar

esas tradiciones. Tal y como has podido comprobar esta noche, no están ahí solo para limitar tu libertad, sino para protegerte.

–No me vas a cargar con la responsabilidad de lo ocurrido esta noche. Ha sido un incidente aislado.

–Pero tú no puedes permitírtelo. Ni tampoco te puedes permitir el lujo de prescindir de los guardias porque te cortan el rollo –añadió Rashid, utilizando ese lenguaje tan informal con sarcasmo.

–¿Crees que es ese el motivo por el que no llevo guardaespaldas? Al parecer no estás al tanto de los últimos acontecimientos.

–Bueno, ¿por qué no me pones al día?

–Claro. ¿En qué parte del culebrón de la vida de mi familia te quedaste? Ya sabes el principio de la historia, cómo empezó todo el lío. Dos hermanos que se casaron con dos hermanas para unir dos reinos, y que en vez de conformarse con una riqueza envidiable, un estatus mayestático e hijos sanos, se convierten en los enemigos más acérrimos.

–Al final te diste cuenta de cómo eran las cosas entre tus padres y tus tíos.

–Cuando entendí quiénes eran en realidad.

El hecho de que lo supiera desde siempre pareció despertar su interés.

–Y entonces todo llegó a un explosivo final cuando mi madre y mi tía se confabularon en contra de sus maridos. Las apresaron, se divorciaron de ellas y las desterraron en el exilio. Y ahí es donde entra el asunto de los guardaespaldas. Durante toda mi vida, hasta el momento del exilio, mi madre ha estado obsesionada con una sola cosa. Lo único que le ha preocupado durante toda su vida es que la grandiosa princesa Somayah de Azmahar no puede terminar relegada a un estatus aristocrático de segunda.

»Para ella no basta con ser la hermana de la reina Sondoss de Zohayd. No basta con estar casada con el hermano del rey Atef. Tenía a un pequeño ejército de guardias pisándome los talones para asegurarse la baza que, a su modo de ver, la ayudaría a ganarse la alianza que la elevaría en estatus hasta situarla al mismo nivel que su hermana, y que le permitiría dejar de depender de la familia de mi padre. Mi padre, que siempre ha estado rodeado de amantes cazafortunas, mandó a sus propios guardaespaldas para quitar de en medio a los de mi madre y así echar más leña al fuego de la disputa.

»Una vez terminó esa relación tan tóxica que mantenían, me desterraron de sus mentes. Dejé de existir para ellos. Y así he estado sin escoltas desde que abandoné Zohayd.

Rashid apretó la mandíbula.

–¿Por qué no acudiste a tu tío Atef o a tus primos? ¿Por qué no contratas protección tú misma?

–No me gusta pedirle nada a nadie, y mucho menos protección. Y aunque mi negocio de software ha despegado bien, mis ganancias todavía no dan para tanto. Además, realmente pensaba que no necesitaba protección. Vine a este lugar para empezar una nueva vida. Alguien ha decidido hacerme daño. Y me alegró mucho de que hayas aparecido tú.

Hubo un momento de silencio.

–Como princesa de Zohayd –dijo él por fin–. No puedes estar sin protección. Nunca deberías estar con un hombre extraño, y ya no digamos ofrecerte a llevarle a casa.

–Tú sí que eres extraño –le dijo ella, sonriendo–. Pero no eres un extraño.

–No soy un completo extraño, pero tampoco soy un conocido.

–Oh, vamos, Rashid. No me vayas a decir que necesito un *mehrem*.

Un *mehrem* era un pariente varón, adulto y de confianza, que debía estar presente cada vez que

se reuniera con hombres jóvenes o pretendientes.

–¿Por qué no dejas comportarte como si no nos conociéramos?

–No nos conocemos.

–Sí, claro. Te conozco desde que nací.

–Me has conocido en la distancia durante la mayor parte de ese tiempo.

–Sí, claro, durante diecisiete años. Y lo de la distancia fue gracias a ti. Desde luego no es que yo no haya intentado acercarme.

Laylah recordó aquella época, cuando hacía lo indecible por estar cerca de él. Hacía todo lo posible por quedarse en Azmahar y buscaba cualquier oportunidad para hablarle. Sin embargo, a pesar de todo ese ingenio, podía contar con los dedos de la mano las veces que habían cruzado alguna palabra. La única cosa que le servía de consuelo era pensar que él era así con todo el mundo. Tras su alistamiento en el Ejército, sus visitas se habían hecho cada vez más esporádicas, pero ella seguía estando ahí cuando aparecía por la capital. Sin embargo, al estallar la guerra entre Azmahar y Damhoor había desaparecido... Le había creído muerto durante mucho tiempo. Laylah frunció el ceño al recordar aquellos días. Jamás había conocido semejante desesperación.

A su regreso, no la dejaron ir a recibirle con Haidar y Jalal, pero sí que asistió a la ceremonia en la que le concedieron la medalla del valor de Azmahar.

Recordaba haberle tendido una pequeña emboscada para poder felicitarle, pero él se había mostrado más frío y distante que nunca... Y poco después desaparecería de la faz de la Tierra... Y no volvería a aparecer hasta tres años antes, con las revueltas de Zohayd, pero para entonces ya se había convertido en el máximo enemigo de sus primos, Haidar y Jalal. Nadie sabía muy bien qué había pasado entre amigos tan cercanos para provocar una disputa tan descarnada.

El GPS anunció que habían llegado a su destino. Deteniendo el coche, Laylah miró a través del parabrisas. ¿Vivía en un almacén?

–Ahora que me has traído a casa, haré que te lleven a la tuya.

Ella sacó la llave del contacto y se la entregó. Él no quería tomarla en las manos, así que se la puso sobre el regazo y se desabrochó el cinturón de seguridad.

–¿Qué parte es la que no has entendido? Creo que te dejé muy claro que esta noche me quedo contigo.

–Esto es porque eres una Aal Shalaan, ¿no?

–¿Qué?

–Siempre esperas que los hombres te obedezcan. Si dices que salten por una ventana, ellos van y saltan sin rechistar, ¿no?

–Invítame a entrar, Rashid.

–Esa exigencia no va muy bien encaminada, princesa.

–¿Quieres dejar esa tontería de princesa de una vez? No querrás que empiece a llamarte jeque, ¿no? ¿Podemos entrar? Me muero por una taza de té. Te prepararé una.

–Yo no bebo té.

–Tendrás que tener alguna otra bebida en casa.

–Agua del grifo.

–No me vas a disuadir, ¿sabes? Y lo próximo que vas a decirme es que no tienes nada que comer excepto dátiles secos.

–Tampoco está tan lejos de la verdad.

–Agua y dátiles, por favor.

–Muy bien. Ven y entra... Hasta que llegue tu escolta.

Antes de que pudiera objetar algo, él salió del coche con un movimiento rápido. Laylah, en cambio, no bajó con gracia precisamente. Se apresuró para alcanzarle.

El lugar era un almacén abandonado situado debajo de un edificio de ladrillo que parecía una antigua fábrica. Él apuntó un mando a distancia en dirección hacia una enorme puerta de acero.

–¿Ves? –dijo ella, mirando a su alrededor–. No hay absolutamente nadie, nada que ver con nuestro país. No hay ojos maliciosos entrenados para monitorizarte, ni lenguas viperinas que escupen veneno. ¿Qué te preocupa tanto?

–¿Por qué no estás preocupada tú?

–Porque no puedo preocuparme de nada cuando estás conmigo. Contigo me siento más segura de lo que jamás me he sentido. ¿Por qué si no?

–¿Crees que no supongo ningún peligro para ti?

–Definitivamente para mí no.

Apretó un botón del mando a distancia y la puerta se abrió con un leve ronroneo igual al de una máquina bien engrasada. Esa apariencia desvencijada engañaba.

Le vio adentrarse en la negrura de su guarida. La luz de las farolas arrojaba sombras fantasmagóricas sobre su espalda. Dejó las luces apagadas seguramente para incomodarla.

–Que se haga la luz, Rashid –le dijo, decidida a dejar claro que sus esfuerzos por intimidarla eran inútiles–. Solo para que no vayamos a rompernos un dedo del pie contra algún mueble.

Y se hizo la luz, no de repente, sino de forma gradual. Un resplandor dorado lo iluminó todo a su alrededor. En efecto era un almacén, con un altísimo puntal y reconvertido en ático. Era eso la morada de un guerrero, humilde, utilitaria, austera.

–Cómo no.

Al ver que él se volvía hacia ella, se dio cuenta de que había hablado en alto.

–Ahora que he visto este sitio, me doy cuenta de que no podrías haber tenido nada más, y nada menos.

Rashid se quitó el abrigo y se adentró.

Laylah se quitó el abrigo también y fue tras él. Rashid se detuvo frente a la chimenea y recogió unos troncos. Ella extendió los brazos, invitándole a dárselos.

–Ya lo hago yo. Siéntate.

–¿Qué será lo próximo? ¿Arrodíllate? ¿Suplícame?

Laylah dejó escapar una carcajada.

–A lo mejor. Incluso los superhéroes tienen que tomarse un descanso de vez en cuando. Y eso es lo que tú vas a hacer esta noche.

Sin esbozar el más mínimo atisbo de sonrisa, él le entregó los troncos y la dejó que hiciera el fuego. Se sentó encima de un kilim de lana tejido con los colores de la bandera de Azmahar. Apoyándose en uno de los cojines a juego, se dedicó a observarla cual pantera que acecha a su presa. Una vez encendió el fuego, se volvió hacia él.

–¿Tienes hambre?

–La tengo.

Caminó hacia la cocina abierta que estaba situada al fondo del amplio espacio único.

–Bueno... Comida. Por favor, dime si voy a encontrar algo que no sea agua y dátiles.

–Todavía puedo llamar a alguien para que te lleve a casa ahora, y no luego.

–No, gracias –al llegar a la cocina, miró a su alrededor–. No estabas exagerando, ¿no? ¿No hay nevera? ¿Es que vives a base de pizzas y comida china? ¿Viene una cocinera todos los días?

–No tengo cocinera. Me traen los alimentos frescos cada día. Lo consumo todo, friego y vuelta

a empezar.

Laylah se inclinó sobre la isla y le observó mientras se acercaba a ella.

–Bueno, ¿dónde está la comida de hoy?

–Hoy iba a cenar fuera.

Laylah se aclaró la garganta.

–Seguro que puedes pedir que te traigan algo ahora mismo.

Él se quedó mirándola durante unos segundos que parecieron una eternidad. Laylah empezó a ponerse nerviosa...

–Muy bien. Haré que nos traigan todos los ingredientes que necesites. ¿Qué quieres darme de comer? Laylah sonrió de oreja a oreja.

–¿Qué quieres comer?

Él llamó a alguien llamado Ahmad, le dio el teléfono en la mano y entonces se alejó.

–Sorpréndeme –le dijo por encima del hombro–. Después de todo, se te da muy bien, ¿no?

Rashid observaba a Laylah mientras deambulaba por la cocina, preparando la comida, cuidándole... En ese momento estaba haciendo el postre.

Llevaba dos horas buscando esos signos de maldad tan esperados, pero ya empezaba a flaquear en su empeño. Saboteaba sus propios planes sin parar. En vez de aprovechar esa oportunidad fortuita, trataba de huir de ella.

Había hecho todo lo posible para apartarla de su lado, a pesar de llevar semanas siguiéndola, planeando el acercamiento. Ella había tenido que insistir una y otra vez para que la dejara acompañarle, cuando en realidad debería haber sido él quien lo sugiriera.

Lo había intentado todo para disuadirla, para que rehusara darle aquello que había planeado quitarle a base de manipulación. Nada estaba saliendo según el plan, pero las cosas iban mucho mejor de lo que jamás hubiera podido imaginar.

Y eso le inquietaba sobremanera. Nunca se había encontrado en una situación como esa. Siempre había tenido un plan y lo había seguido al pie de la letra, sin obviar el más mínimo detalle. Incluso cuando todo parecía improvisado, se trataba en realidad de una estrategia en la que todo estaba controlado. La única vez que no se había ceñido al plan, la improvisación casi le había costado la vida.

Ella le regaló una sonrisa y siguió preparando los alimentos, canturreando una cancioncilla animada.

A lo mejor estaba pensando demasiado. A lo mejor no debía cuestionar tanto la buena suerte que había tenido. La vio venir hacia él. Sus movimientos eran femeninos, espontáneos. Su rostro era un libro abierto, y la sonrisa que dibujaban sus labios transmitía algo que nunca hubiera esperado ver en ellos. Había auténtico placer en ese rostro, por estar a su lado. No era gratitud. Era algo más. ¿Cómo era posible?

–He descubierto algo que no se te da tan bien.

Al oír esa declaración triunfal, Rashid levantó la mirada. Delante tenía un bol vacío. No había dejado ni el más mínimo resto de comida.

–Las matemáticas –añadió ella–. Has contado mal a las féminas de la familia Aal Shalaan. Son tres y lleva un tiempo siendo así.

–Ah, claro. Desde que apareció Aliyah, la reina de Judar. He oído que ella también ha perfeccionado el arte de embaucar y someter a hombres fuertes e indestructibles.

La sonrisa de Laylah se hizo mayor.

–Si te refieres al rey Kamal, te aseguro que el embaucamiento y el sometimiento son recíprocos.

–Lo que tú digas.

Ella le quitó el bol de las manos.

–No tienes que creerte mi palabra. Basta con verlos una vez para saber que los dos están igual de encandilados.

Inclinándose contra la pared del comedor, Rashid cruzó los pies a la altura del tobillo.

–Las mujeres como Aliyah pueden causar estragos nunca vistos.

Sus ojos la desafiaron, pero ella se limitó a extender una mano hacia él. Él bajó la vista, pero no se la tomó.

Retiró la mano, pero él se la agarró en el último momento, sorprendiéndola. Se puso en pie. Estaba tan cerca y era tan alto... Su sombra y su aroma la rodearon. Durante una fracción de segundo creyó que iba a... Pero él se quedó allí, de pie, contemplando sus manos unidas, y entonces las levantó.

–¿Qué quieres que haga ahora?

Laylah le condujo de vuelta a la chimenea y le hizo sentarse. Regresó a la cocina y le llevó una taza de té de hibisco. Él aceptó la bebida, sosteniéndole la mirada en todo momento.

Se sentó a su lado con una sonrisa juguetona.

–No sé qué pensar de esos cumplidos que me has hecho –le dijo con ironía–. Me has metido en el saco de las mujeres como Aliyah. Celebras que la reina de Judar se haya redimido al final, que no se haya convertido en un arma de destrucción masiva, a diferencia de mí, ¿no? Esta manzana podrida no tiene remedio, ¿no es eso? –añadió.

Rashid levantó su taza y brindó por lo que acababa de decir.

–Si mi resumen te ofende, te pido disculpas.

Laylah se rio de nuevo.

–Solo aceptaré las disculpas si dejas de dar rodeos. Es todo lo que voy a pedirte, que seas sincero conmigo. Siempre. Yo siempre seré sincera contigo.

Transcurrieron unos segundos hasta que Rashid levantó la vista de la taza.

–Si crees que estás a la altura...

–Oh, estoy a la altura de muchas cosas, pero tú no tienes ni idea. De hecho, espero que tú estés a la altura.

–¿Acaso crees que no? –le preguntó él, atravesándola con esos ojos abrasivos–. Yo intenté tener un poco de mano izquierda. Intenté una estrategia poco agresiva, por la cuenta que me traía... He oído que las de tu especie sobrevivís a base de adulación y pretensión, y no me apetecía tener que salvarte de nuevo si la verdad te provocaba un choque anafiláctico.

Laylah arrugó los labios y dejó escapar un silbido. Él continuó observándola, impasible, desde detrás del borde de la taza, bebiendo un sorbo de vez en cuando.

Se arrodilló frente a él.

–Señor, creo que no ha juzgado bien a las de mi especie. Es comprensible, no obstante. Como yo soy el único miembro de la misma, aún no hay mucha documentación. La oveja negra de Aal Shalaan, de la cual dices no saber nada. Supongo que soy yo quien lo sabe todo. Apuesto a que nunca reparaste en mi existencia antes de esta noche.

Rashid la fulminó con una mirada negra.

–¿Entonces sí que te habías fijado en mí? ¿Y sigues pensando que era una consentida? ¿Te pareció que mi familia me consentía? ¿Te pareció que lo hacía mi madre, cuando me tenía atada en

corto? ¿O quizás mi padre, siempre inventándose cualquier excusa para no tener que concederme ni cinco minutos de su tiempo? ¿O es que me consentían cuando me usaban como una mera ficha en sus maniobras y estrategias, o como arma arrojada en sus guerras particulares?

Rashid frunció el ceño. Guardó silencio.

—O a lo mejor pensabas que era una consentida porque mis primos no me zarandeaban como hacían entre ellos.

—No se libra ninguno de los que te colocaron en esa posición, sobre todo porque eran hombres. No me puedes negar que la situación de los Aal Shalaan va en contra de todo aquello en lo que creemos en nuestro país. Como solo había hijos varones en la familia, ocurrió justo lo contrario a lo que suele pasar. Las mujeres se convirtieron en un valioso tesoro. Tu tía Bahiyah tuvo ese papel durante décadas. Y después llegaste tú.

A Laylah se le pusieron los pelos de punta al oírle decir esas palabras. Pero la cosa no hizo más que empeorar cuando se le acercó. De repente se vio envuelta en su vigor y virilidad.

Él simplemente puso la taza en el suelo entre ellos.

—Esa fue la única cosa que hizo que tu familia tolerara a la harpía de tu madre. Solo ella pudo obrar el milagro de darle una hija a la familia Aal Shalaan.

Laylah hizo una mueca.

—¿Harpía? —se rio—. Es una buena descripción. Aunque en todo lo demás, debes de estar hablando de un universo paralelo. En este en el que estamos, yo nunca percibí nada de tolerancia hacia mi madre. No es que culpe a nadie. Mi madre, tal y como has apuntado con tanta precisión, es intolerable. Pero tampoco he notado nunca que me guardaran como oro en paño por ser una rareza. De hecho, más bien he experimentado justo lo contrario. No me lo he pasado precisamente bien flotando en ese océano de testosterona.

—Supongo que debió de tener sus desventajas.

Ella se rio sin alegría esa vez.

—Durante mis primeros diez años de vida, no lograba entender por qué no era un chico, y después pasé a no aceptar el hecho de que no lo era. Traté de convertirme en uno más por todos los medios, para encajar. Mi madre hizo todo lo posible por hostigarme, tanto emocional como físicamente. Y entonces llegó la pubertad y empecé a encontrarle ventajas a eso de ser una chica. Pero esas ventajas no lograron compensar las cosas malas. Era una gran decepción para todo el mundo.

»No era hombre, pero tampoco era la clase de mujer que tenían en mente. Cuanto mayor me hacía, más me despreciaban mi madre y mi tía por no haber heredado esos genes refinados suyos, más me odiaban por tener el aspecto y el temperamento de los Aal Shalaan. Estaba manchada por mi sangre Aal Shalaan, tal y como me dijo mi madre cuando trataba de borrar todo rastro de mi ascendencia paterna. Y aunque lograron reformarme bastante mientras me tuvieron bajo su yugo, en cuanto me dejaron a mi libre albedrío, volví a las andadas.

—Así que tu madre y tu tía no lograron convertirte.

—No. Para mayor frustración de las féminas de Aal Shalaan, yo seguí siendo ese ser inferior y humano con muchísimos defectos abominables. Y los peores de todos eran esos que tuviste ocasión de ver esta noche.

—¿Como esa testarudez y esa obstinación?

—Les daría algo si oyeran a alguien describiéndome de esa manera. Su rechazo hacia mi persona se basaba en lo que ellas consideraban fallos importantes en los cimientos de mi carácter. En sus propias palabras, «una falta total de discreción, intuición y astucia, y una carencia genética de

porte, presencia e influencia».

Había memorizado muy bien aquellas palabras. Se las habían dicho en tantas ocasiones...

–Es evidente que no te conocían muy bien.

–¿Te importa que me lo tome como un cumplido?

Él hizo un gesto condescendiente con la mano.

–Y entonces empecé a estropearles todos los planes que tenían para mí, y así fue como quedé expuesta a la peor demostración de su crueldad. Cuando pensaba que las cosas ya no podían empeorar más, salió a la luz su conspiración para derrocar al tío Atef y apoderarse del gobierno de Zohayd. No lo vi venir, aunque estaba muy cerca de ellas. Jamás se me ocurrió pensar que fueran capaces de tanta... maldad. Supongo que tenían razón cuando hablaban de mi falta de intuición y astucia.

–Te sientes culpable por no haber sabido lo que planeaban.

–Casi me sentí responsable. Esa es una de las razones principales por las que salí de Zohayd – se encogió de hombros–. Y aquí estoy.

Las palabras se quedaron colgando en el aire como una espesa nube de incienso.

–¿En qué piensas?

–Nada.

–Creo que es imposible que tu mente no piense en algo a cada segundo. Apuesto a que piensas incluso cuando duermes. Parece como si siempre estuvieras atento, observando, analizando y decidiendo cómo usar toda la información que recibes.

Rashid levantó las cejas.

–¿Es que hay otros imposibles?

–Claro. ¿Es que no conoces el proverbio?

–Supongo que es de Zohayd. Aunque muchos puedan pensar lo contrario, Azmahar nunca fue una provincia de Zohayd que se escindió por el petróleo y por obtener una autonomía poco afortunada. Azmahar no estaba destinada a suplicarle a la tierra madre para que volviera a acogerla en su seno, no hasta que llegó el antiguo rey Nedal.

–Vaya. No te has guardado ni una pieza de artillería. Pero ya puedes esconder las uñas, Rashid. Yo no comparto ese punto de vista. Ese rey era mi tío, así que también tengo ascendencia de Azmahar a través de la parte de mi familia que fue responsable del declive del reino. No puedo hacer nada para cambiar lo que pasó, ni puedo reparar las consecuencias, pero siempre he amado la tierra de Azmahar, y la considero mi segunda casa con orgullo.

Rashid siguió observándola fijamente.

–Nadie te reprocharía nada si no fuera así. En Azmahar, tal y como está hoy en día, no hay mucho que amar, ni tampoco hay mucho de lo que estar orgulloso. Tuvo un mal gobierno, mala gestión, y sus aliados llevan décadas dándole un trato condescendiente y paternalista. La mayoría de la gente ha olvidado lo que es estar orgulloso de ser de Azmahar, y muchos ni siquiera saben que es posible estarlo.

–Pero tú no. Tú, el superhombre de Azmahar que va a arreglar todo ese desastre, ahora que eres aspirante al trono.

La expresión de Rashid cambió como si una puerta de acero acabara de cerrarse de golpe.

–Eso no significa nada.

–¿Es que solo importa ganar?

Él guardó silencio. Era evidente que no quería seguir con ese tema. Su tío había sido obligado a abdicar después de un largo reinado plagado de errores de gobierno, y sus herederos habían sido

rechazados para sucederle en el trono. Azmahar necesitaba un nuevo rey, pero el país estaba dividido en tres facciones, y cada uno apoyaba a un candidato distinto.

Los otros dos eran Haidar y Jalal, sus primos por parte de madre y padre. Se les conocía como los Príncipes de Dos Reinos, y muchos decían que eran los herederos idóneos para ocupar el trono de Azmahar. Pero para Laylah era un disparate. Ambos eran hombres increíbles, empresarios con grandes capacidades y buenas personas, pero ella no podía verles como aspirantes al trono, no podía entender cómo podían anteponerles a Rashid.

–No me has dicho cuáles son los otros imposibles, según el folclore de Zohayd.

–Sé que no se conoce en Azmahar, pero pensaba que como pasas tanto tiempo en Zohayd como un lugareño más, sí que conocerías los dichos y expresiones de la zona.

–Supongo que ese se me escapó, a pesar de tener esta hiperconsciencia mía –le dijo con ironía.

Laylah no pudo evitar reírse. No dejaba de sorprenderla. Esa combinación de humor corrosivo y un rostro serio e imperturbable era fulminante.

–*Al ghul wal anqa 'a wal khell 'lel waffi.*

«El demonio, el fénix y el amigo fiel».

Rashid hizo una mueca.

–No sé nada de los dos primeros, pero el último sí que es un imposible.

–Tanto tus problemas como los míos tienen que ver con aquellos que deberían haber sido nuestros mejores amigos.

–¿Acaso me estás sugiriendo que tenemos algo en común?

–No lo estoy sugiriendo. Lo estoy diciendo claramente.

–Parece que estos dos años que ha pasado en Chicago le han hecho olvidar quién es, princesa. Y también quién soy yo.

–Ya vuelves a llamarme princesa, no me vayas a decir que en lo que se refiere a estatus, estoy por encima de ti.

–No lo estoy sugiriendo. Lo estoy diciendo.

–¡Por favor! Tú has superado adversidades increíbles. Eres el prototipo de hombre que se ha hecho a sí mismo, y tienes a un reino a tus pies que te suplica que seas su rey. ¿Yo qué soy, en cambio? He montado mi propio negocio, pero nunca será tan grande como el tuyo. Me ha costado mucho tiempo recuperarme de toda una vida de abusos y humillaciones. Cuando tu tutor y su familia te humillaban, tú por lo menos tenías la tranquilidad de saber que no llevabas su sangre en las venas, así que... No. No hay nada superior en mi estatus.

Una vez más, Laylah pudo sentir esa rabia aterradora que crecía dentro de él, aunque no estuviera dirigida contra ella.

–Sigues siendo una princesa.

–Una de poca monta.

–La única hija de los Aal Shalaan no es una princesa de poca monta. Tus padres son los hermanos de los reyes. Ocupas el puesto siguiente en la línea de sucesión, justo después de los aspirantes directos al trono en los dos reinos. Si eso no te convierte en una princesa del más alto rango...

–Bueno, quizá mi parcialidad me haya bajado de categoría. Ya no soy leal hacia una de las partes, desde que la familia de mi madre fue desterrada de Zohayd y de Azmahar. Y cuando mi tío Atef dejó el trono de Zohayd a favor de Amjad, tener a un único primo en el trono me distanciaba más que nunca del mismo, y me rebajó el rango.

–Al margen de los tejemanejes políticos, sigues siendo leal por las dos partes, y esa lealtad se

remonta a muchas generaciones.

–*Ya Ullah...* Ahora entiendo por qué las citas son un imposible para mí. Las estadísticas me hacen parecer una momia de la aristocracia. Casi da miedo. ¿Quién va a querer salir con una mujer que tiene tanta historia en las venas?

–Cualquier hombre haría cualquier cosa para... salir contigo, aunque con ello pusiera en peligro su propia vida.

¿Era eso un cumplido? Era inevitable mostrarse escéptica después de haber recibido tantos latigazos sarcásticos.

–¿No sales con nadie?

–No –le dijo en un tono hosco–. No me gusta empezar nada cuando sé que no va a funcionar.

–¿Y cómo sabes que no va a funcionar si no lo intentas?

–Me bastó con intentarlo una vez para saber que nunca iba a funcionar.

De pronto se dio cuenta de que había hablado como si tuviera por costumbre tener aventuras de una noche. Antes de que pudiera rectificar, él se puso en pie. Le dedicó una mirada vacía. Se sacó el teléfono móvil del bolsillo. Llamó a su hombre de confianza y entonces se volvió hacia ella.

–Ya es hora de irse a casa, princesa.

–Pero todavía no quiero irme –Laylah se puso en pie.

–Es la una de la madrugada. Esa chica que parece tu hermana siamesa ya debe de haber llamado a la policía.

–Mira tuvo que irse a Tennessee. Su padre está hospitalizado. Es por eso que no la he llamado todavía. Y por eso iba a pasar la noche sola. Además, he salido más tarde que de costumbre porque tuve que terminar un trabajo de ella.

–Entonces tuvo que ir a urgencias por culpa de su padre, y yo también, por tu culpa.

–Como si alguien pudiera obligarte a hacer algo –dijo ella, en un tono bromista, pero inquieto.

–Solía creer que nadie podía. Desde esta noche, ya no creo lo mismo. Me has arrastrado hasta urgencias, me has dejado en manos de médicos, me has chantajeado para venir aquí, me das órdenes, me dices dónde me tengo que sentar, qué tengo que comer y me mimas como a un inválido. Ni siquiera me puedo ir a la cama porque quieres seguir fastidiándome un rato más.

–Bueno, te prometo que no te fastidiaré más si me dejas quedarme esta noche. No puedes mandarme a casa y dejar que pase la noche sola después de lo ocurrido esta noche.

–¿Tanto miedo te da estar sola? Antes no parecías tan preocupada.

–Que no esté hecha un mar de lágrimas no significa que esté bien. Estar contigo me ha hecho sentirme mejor, más tranquila... Déjame quedarme, Por favor, Rashid.

Él guardaba silencio. De repente soltó el aliento. Dio media vuelta y echó a andar. Le dedicó una fría mirada por encima del hombro.

–Solo una cosa es segura, princesa. Tu madre y tu tía no sabían nada de ti. Podrías hacer cambiar de opinión al más testarudo de los hombres.

Laylah corrió tras él.

–Y como ese hombre no eres tú, ¿eso significa que puedo quedarme?

–Por su cuenta y riesgo, princesa.

Capítulo Tres

Las apariencias sí que engañaban. A pesar de la advertencia de Rashid, no había pasado nada. De hecho, lo que más había temido Laylah era lo que había pasado en realidad. Él la había tratado como si fuera una carga molesta e incómoda que tenía bajo su custodia. Aquella casa gigantesca había resultado tener varias zonas separadas, pero ninguna tenía puertas. Una de las zonas era la entreplanta, situada tras una pared. Allí dormía él, pero le había cedido el espacio esa noche. Le había ofrecido de ropa limpia. Y después, sin darle las buenas noches siquiera, se había marchado sin más.

Un rato más tarde, en la soledad de la habitación, Laylah empezó a sentir ese escalofrío tan familiar. Él debía de estar cerca. ¿Iba hacia la habitación? Probablemente querría algo del dormitorio. Conteniendo la respiración, esperó, pensando que entraría en cualquier momento.

Pero no fue así. Algo la había hecho sentir su presencia. A lo mejor... pasaba algo. Se puso en pie de golpe. Se asomó a la barandilla de la entreplanta. Algo reverberaba en sus oídos, proveniente del extremo más alejado del enorme almacén. Sonaba como el latido errático y furioso de un corazón distante, enorme. No había sido capaz de oír el ruido desde el dormitorio, pero seguramente era eso lo que la tenía tan inquieta. Bajó las escaleras, resbalando sobre el pulido suelo de mármol. En cuanto sus pies golpearon tierra firme, echó a correr de nuevo. La fuerza del sonido crecía a cada paso que daba. Se estaba aproximando a una partición del espacio separada por una pared, situada al fondo de la casa. Más allá, el ruido era tan fuerte que hacía retumbar toda la estancia. Con el corazón desbocado, Laylah rodeó la pared, y por fin pudo ver de dónde provenía. Rashid.

Estaba desnudo hasta la cintura, descalzo, y golpeaba un saco de boxeo sin parar, con furia, sin misericordia. Laylah volvió a reparar en esa cicatriz. Le bajaba por el cuello, continuaba por la espalda y le rodeaba la cintura hasta llegar al abdomen, le ascendía por el pecho y terminaba en un horrible queloide que parecía adentrarse en su carne y perderse en su corazón. Empezó a avanzar hacia él, lentamente. Se movía tan rápido que apenas podía ver esa zona oscura en la piel que le rodeaba la cicatriz. Al principio había pensado que se trataba de piel chamuscada, pero era algo distinto. De pronto vio lo que era. Un tatuaje... retorciéndose alrededor de la cicatriz como si quisiera frenar su avance, impedir que el daño se extendiera. Cuando estuvo lo bastante cerca para examinar aquella extraña figura, comprendió qué eran aquellas formas que envolvían la cicatriz. Era un ingenioso patrón hecho con el símbolo que representaba a la dinastía noble a la que él pertenecía, pero también había detalles de la rama lejana de la familia de su madre, de la cual era el único miembro que quedaba. De repente él dejó de golpear. Dejó caer los brazos. Los puños seguían apretados. Permaneció quieto, inmóvil como una roca, con los pies separados, listo para volver al ataque, tenso como una cuerda. Laylah no podía hacer otra cosa que mirarle, hechizada.

–Rashid.

Al oír su voz, él se giró de golpe. Su rostro era una máscara de sorpresa.

–Laylah...

Era la primera vez que le había oído decir su nombre, solo su nombre, sin ningún apelativo. Dio unos pasos hacia él.

–¿Es que no sabe que la curiosidad mató al gato, princesa? Ahora tendrá que vivir atormentada por esta imagen infame durante el resto de su vida.

La mirada de Laylah descendió hasta la cintura de sus pantalones. Le quedaba demasiado baja y acentuaba sus caderas musculosas. Rápidamente se obligó a levantar la vista.

–¿Te estás desquitando con el saco?

–¿Me vas a decir que esto... –señaló la cicatriz y el tatuaje que la recorría–. ¿Me vas a decir que no te horroriza? Pensaba que eras lo bastante valiente e ingenua como para ahorrarme toda esa maldita corrección política. Todo el mundo finge que la cicatriz no está ahí, aunque sea lo único que ven. No saben si sienten horror, curiosidad, temor a verse contagiados... Pero para una mujer perfecta que está acostumbrada a la perfección en todo aquello que la rodea, sobre todo en los hombres, esto debe de resultar repulsivo, princesa.

–Escúchame bien, jeque Rashid. He tolerado todos esos juicios de valor tan desatinados porque me di cuenta de que no sabías nada de mí, y estaba dispuesta a educarte, a demostrarte otra cosa. Pero no tengo por qué convencerte en este caso. Ha llegado el momento de dejarte las cosas claras –le agarró del brazo para mostrar mayor autoridad y no verse diminuta ante él–. Tú siempre has sido la perfección en carne y hueso para mí.

Él abrió los ojos, como si acabara de recibir un duro golpe en el vientre. Laylah extendió el brazo y, con una mano temblorosa, quiso tocar esa fea cicatriz, pero él la interceptó en el aire. Le agarró el brazo con brusquedad y la hizo detenerse. Ella levantó la vista y se encontró con una ferocidad que hubiera hecho huir despavorido al hombre más valiente. Pero no tenía miedo, y no se daba por vencida. Levantó la otra mano, pero él también se la agarró en el aire con un gesto implacable.

–Por favor, Rashid, déjame tocarte.

–¿Por qué? Aunque creyera semejante disparate, esa supuesta perfección de la que hablas pertenece al pasado. Eso fue antes de que me partieran en dos y me volvieran a recomponer, así que no te atrevas a sentir pena o compasión por mí. Ninguna de las dos cosas me sienta bien.

Atrapada en sus manos, Laylah trató de esbozar una sonrisa.

–Muy bien. Pero recuerda una cosa. Ahora la culpa será solo tuya cuando te dé mi opinión.

Él la soltó de repente. Dio un paso atrás, pero Laylah avanzó hacia él nuevamente. Le tomó de las manos. Le impidió alejarse más.

–Cuando eran más joven y tierno, y estabas de una pieza, eras la perfección para mí. Me llenabas la cabeza con esa ejemplaridad casi sobrenatural y hacías palidecer a todos los demás –le apretó las manos con fuerza cuando él intentó apartarse–. Pero esa cicatriz, todo lo que has pasado... Y has salido fortalecido. Llevas esa marca como un homenaje a tu familia y a tus antepasados. Representa tu dinastía, te hace único, indescriptible, e infinitamente más irresistible.

Le soltó las manos y trató de tocarle la cicatriz una vez más. Él le agarró las manos de nuevo en un abrir y cerrar de ojos.

–No quieres tocar esto. No es cierto.

–¿Es que las palabras irresistible e indescriptible tienen demasiadas sílabas para que las entiendas? Para mí siempre serás las dos cosas, aunque tuvieras cicatrices por todo el cuerpo. No

solo quiero tocarte. Llevo toda la vida esperando poder hacerlo.

Rashid se llevó una sorpresa.

–¿Me dejas que te toque? ¿Por favor?

Él la soltó por fin. Con las manos temblorosas, Laylah estableció ese primer contacto, lentamente, tocando la cicatriz que tenía en el corazón. Nada más rozar esa piel desfigurada con las yemas de los dedos, una extraña sensación se apoderó de ella. Fue como si toda su esencia, su alma, le saliera por las puntas de los dedos para entrar en él. Era como si la absorbiera.

–¿Todavía te duele?

–No.

–¿Y qué sientes?

–La gente deja de preguntar cuando sabe que ya no duele –su voz sonaba grave, profunda–. Creen que lo único que importa es el dolor.

–Yo no soy una más entre esa gente. Soy yo. Y todo lo que sientas me importa. Punto final.

Incapaz de contenerse más, le rodeó el cuello con un brazo y tiró de él. Deslizó los labios a lo largo de su mandíbula hasta llegar a la base de su cuello. Le obligó a mantenerse cerca.

–Dime, Rashid.

–Si me mantengo completamente quieto, puedo convencerme a mí mismo de que no existe. Pero si hago el más mínimo movimiento, es como si esa piel arrugada no fuera mía. A veces es como un abismo que me hace entrar en otra realidad. Algo malvado se adentra en mi cuerpo, me infecta con su veneno.

Laylah caminó a su alrededor. Sus labios seguían el rastro de la cicatriz que bajaba por su cuello y descendía a lo largo de su espalda. Quería absorber toda esa energía negativa, sacársela de dentro.

–¿Qué sientes cuando alguien la toca? –susurró.

–Las pocas veces que la han tocado, he sentido una descarga insoportable de dolor, repulsión... Me ha hecho sentir... violento.

Laylah se detuvo sobre su hombro.

–¿Es eso... es eso lo que sientes ahora?

–No.

–¿Entonces qué sientes si hago esto? –le preguntó. Siguió recorriendo la cicatriz con los labios, pero también con la yema del dedo.

No obtuvo respuesta. Solo pudo sentir su respiración pausada y profunda. Le golpeó suavemente en el brazo con la cabeza. Él lo levantó y la dejó seguir ese surco terrible a lo largo de su abdomen hasta llegar a su corazón. En el último momento, Laylah sacó la punta de la lengua para probar su sabor. Él se estremeció, como si apenas pudiera soportarlo.

–El tacto de tus manos, tus labios, cada respiración tuya despierta todos mis sentidos de golpe. Es como si todas las sensaciones se vieran amplificadas dentro de los confines de esa cicatriz, y llegaran a todos los rincones de mi cuerpo.

Las manos de Laylah se detuvieron. Se humedeció los labios.

–Eso suena... inquietante.

–Lo es. Mucho. Da tanto placer que casi es doloroso, y excitante hasta llevarte al borde de la locura.

De repente enredó las manos en el cabello de Laylah. La hizo levantar el rostro hacia él. Ella se apoyó contra su cuerpo de acero, suavemente. Él le sostenía la mirada, la abrasaba por dentro.

–¿Es esto lo que quieres que sienta, princesa? ¿Es esto lo que quieres que haga?

Sus labios se estrellaron contra los de ella. Al sentir el impacto brutal de su pasión, Laylah dejó escapar un grito ahogado, cargado de sorpresa, alivio, alegría y muchas otras emociones a las que no podía ponerle nombre. Él se las tragó todas y a cambio emitió un gruñido desesperado. Ella abrió la boca, le exigió más. Necesitaba ese beso como un vaso de agua en el desierto. Llevaba toda la vida esperándole.

—¿Es esto lo que quieres? —Rashid se apartó de sus labios y empezó a besarla en el cuello, en las mejillas, en la frente.

La hacía suya poco a poco... Al verla asentir con la cabeza, le levantó la sudadera que le había prestado para dormir, la agarró de las nalgas con esas manos encallecidas, endurecidas por el sufrimiento. La acorraló contra la pared, le entreabrió los muslos y la presionó con su miembro, duro e incontenible dentro de esos pantalones.

—¿Es esto lo que buscabas cuando no me dejabas en paz, cuando me exponías a esa tentación implacable? ¿Quieres que pierda el poco control que me queda? ¿Quieres que pierda la razón y que te coma viva? —sus últimas palabras fueron acompañadas de un empujón feroz que la hizo golpearse contra la dura pared.

Laylah no pudo articular palabra. Simplemente emitió un leve gemido para asentir. Se rindió ante él.

—¿Estás segura de que es lo que quieres, princesa? Yo jamás te hubiera quitado nada, pero si dices que sí, te lo quitaré todo. Lo tomaré todo de ti.

Laylah trató de enroscar las piernas alrededor de sus caderas, pero las extremidades le temblaban tanto que finalmente se resbaló. Él se las agarró de repente y las sostuvo con firmeza alrededor de su cintura. Sujetándose de su cabeza con ambas manos, Laylah le miró a los ojos con firmeza.

—Yo también soy de las de o todo o nada. Y no te confundas, Rashid. Contigo lo quiero todo.

Él la empujó con más fuerza.

—No te equivoques, princesa. Si me das otra señal más, te quitaré todo lo que tienes. Todo, princesa.

Laylah decidió provocarle un poco más para ver adónde llegaba esa ferocidad exquisita.

—¿Quieres decirme que si en algún momento te digo que pares, no lo harás?

Los ojos de Rashid centellearon.

—No querrás que lo haga.

Laylah bajó un poco la cabeza y abrió los labios sobre la cicatriz de su corazón. La rozó levemente con los dientes.

—Y sin embargo, aquí sigo, intentando convencerte para que empieces... —no pudo terminar la frase. Dejó escapar un grito al sentir que sus pies dejaban de tocar el suelo.

Con uno de esos movimientos fantásticos, él acababa de tomarla en brazos.

Ella se acurrucó contra su musculoso hombro y atesoró ese momento extraordinario. Él caminaba con paso firme, la llevaba a ese dormitorio donde iba a pasar la noche sola.

¿Era posible que todo aquello con lo que había soñado se estuviera haciendo realidad? ¿Podría estar con Rashid por fin? Le clavó los dedos en el brazo, le hizo aminorar.

—Quiero que tengas una cosa clara, Rashid. Tú también tienes que dárme todo.

Después de dedicarle una mirada indescifrable, él asintió con la cabeza. Aceptaba sus términos. Se ceñiría a ellos.

—Recuerda una cosa solo. Cuando te lo dé todo, acuérdate de que fuiste tú quien me lo pidió.

Todo había sido igual que en sus sueños hasta el momento en que él la había colocado sobre la cama. En ese instante todo había tomado un camino inesperado.

Se había puesto en pie. Y la observaba.

–Rashid, *arjook*...

¿Era esa su propia voz? En vez de contestar a su súplica, él le dio la espalda. Estaba diciendo algo por encima del hombro.

–No me querrás así como estoy, todo sudado.

Laylah quería gritar que no importaba, que le daba igual, pero no tuvo tiempo. Él entró en el cuarto de baño en un abrir y cerrar de ojos.

Nada más cerrar la puerta, Rashid se metió en la ducha. Abrió el grifo de agua fría y se metió debajo del chorro. Respiró profundamente, cerró los ojos e inclinó la cabeza contra los fríos azulejos, dejando que las gélidas agujas de agua le atravesaran. ¿Qué estaba haciendo? Las cosas habían evolucionado demasiado deprisa. Había hecho todo lo posible por sabotear sus propios planes, pero en realidad no había hecho otra cosa que acelerarlo todo. Ella estaba ahí fuera; la mujer a la que había planeado llevarse a la cama. Le suplicaba que la hiciera suya. No había hecho nada para seducirla. Más bien había hecho lo contrario. Le había dado todos los motivos del mundo para que se alejara de él.

Hubiera sido una estrategia muy ingeniosa de haberlo hecho a propósito. Podría haberse alejado a propósito para que fuera ella quien le persiguiera, pero no lo había hecho a consciencia. Realmente lo había intentado todo para apartarla de su lado. Pero no podía seguir adelante, porque ella no era la mujer a la que tenía pensado seducir.

La auténtica Laylah era algo inesperado. Era una joven con un corazón puro y magnánimo. Y no le buscaba para responder a un desafío. Le deseaba de verdad. Llevaba toda una vida queriéndole, según le había dicho. No debería haberla dejado tocarle. Esas manos y esos labios sobre su piel desfigurada...

Jamás había conocido sensaciones tan poderosas. Le habían atravesado por dentro, le habían desgarrado, habían roto todas las barreras. Todo había dejado de importar a partir del momento en que había sentido el tacto de sus manos por primera vez. Y entonces le había dicho que lo quería todo con él... Pero no podía aceptar lo que ella le ofrecía con tanto fervor, no después de todo lo que había pasado esa noche, después de todo lo que había descubierto.

Le daría una última oportunidad para negarse.

Laylah se quedó mirando la puerta del cuarto de baño durante unos segundos, preocupada. Cuando por fin se abrió, fue como si hubieran pasado diez horas en vez de diez minutos. El aroma a un jabón almizclado le precedía. Se detuvo frente a ella, junto a la cama. Se había afeitado. Todavía tenía el pelo mojado. Laylah se inclinó contra la pared y recogió las piernas debajo de la barbilla. Cruzó las manos sobre el corazón, como si así pudiera impedir que se le saliera del pecho.

–Tu belleza es incomparable –dijo él de repente–. Pero eso ya debes de saberlo desde hace mucho tiempo... Me di cuenta de que serías preciosa cuando tenías seis años. Por aquel entonces ya sabía que tu belleza sería tan arrolladora que... los hombres lucharían por ti, y los reyes se

rendirían a tus pies. Tenía razón. La lista de los reyes que han pedido tu mano es casi más alta que tú.

Laylah se miró a sí misma de arriba abajo.

–Yo no soy muy alta precisamente. Y solo han sido siete. Pero ninguno de ellos estaba interesado en mi belleza arrolladora, sino en mis conexiones familiares.

–Si eso es cierto, entonces la única explicación es que no les gustaran las mujeres. ¿Qué hombre no te querría?

La sonrisa de Laylah tembló.

–Espero que eso sea un cumplido.

–Es la verdad –de repente se arrodilló frente a ella–. Eres algo imposible. Yo no creo en la perfección, pero aquí estás, contradiciendo todo aquello en lo que siempre he creído. Y en contra de todo aquello en lo que puedo creer, dices que me quieres.

Laylah se puso de rodillas también.

–Sí que te quiero. Siempre te he querido.

–Me dijiste que para ti yo era la perfección, así que ahora te pregunto... ¿Cómo? ¿Qué tengo yo que te parezca perfecto, sobre todo ahora?

Ella le miró a los ojos.

–Sería más fácil contar las cosas de ti que no me parecen perfectas, como lo distante que eras. Era como si vivieras en un mundo propio. Pero eso tampoco es algo imperfecto –sucumbiendo una vez más a la necesidad de tocarle, deslizó las yemas de los dedos sobre la cicatriz–. La cosa es que a lo mejor no eres perfecto porque sí. Pero para mí eres perfecto.

Él puso su mano sobre la de ella y la apretó contra su propio pecho.

–He tenido tiempo de pensar en la ducha.

Laylah esperó el veredicto.

–Al margen de lo que haya dicho antes, no pienses que es muy tarde para cambiar de idea. Eres libre para pensar en ello.

–Si quieres retirar todo lo que has dicho, adelante. No tienes por qué ponerme las cosas fáciles.

–¿Quieres decir que sigues sintiendo lo mismo?

–No importa lo que yo sienta –dijo ella con firmeza.

–Todo es importante. Pero lo que sientes ahora podría ser parte del trauma que te has llevado esta noche.

–¿Trauma? ¿Por lo del ataque?

–Es normal que uno necesite reafirmarse haciendo cosas inusuales y temerarias después de haber sobrevivido a una situación límite.

–Y tú eres un experto en eso, ¿no?

Él bajó la vista. Su rostro se transfiguró. Más que analizar su reacción, Laylah sabía que tenía que resolver todo aquello.

–Después de habértelo contado todo sobre ese enamoramiento mío de toda una vida, sabes que esto no es una locura del momento. Si quieres evitarme la humillación de quedar como una loca patética que finge que podría haber sido producto del estrés del momento, adelante, puedes ser caballeroso hasta el final.

–Yo no tengo nada de caballeroso –dijo él, sin levantar la mirada.

–Eso es incluso peor. Sucumbiste a un acto inusual y temerario porque estás estresado y fuiste víctima de una descarga hormonal cuando una mujer se arrojó a tus brazos y empezó a tocarte por todos sitios. Ahora que esa descarga ha remitido, quieres zanjar el asunto causando el menor daño

posible.

Rashid levantó la vista en ese momento. La taladró con la mirada.

–¿A ti te parece que mi descarga hormonal ha remitido? –bajó la mirada.

Ella siguió el rumbo de sus mirada y lo comprobó por sí misma.

Nada había remitido dentro de sus pantalones.

–Y las mujeres ya se me han arrojado a los brazos y me han tocado en el pasado. Sin embargo, ninguna había causado esta revolución hormonal.

–¿Eso quiere decir que todavía quieres... quieres...

–Lo quiero todo, pero necesitaba asegurarme de que no me iba a aprovechar de tu vulnerabilidad.

Laylah se inclinó hacia él, estiró las manos sobre ese pecho formidable.

–Si otro hombre me hubiera salvado esta noche, me hubiera asegurado de que recibiera atención médica y le hubiera ayudado en todo lo que pudiera, pero no me habría ido a casa con él, y desde luego que no estaría en su cama en este momento. Después de salir de urgencias, todo lo que hice lo hice porque eras tú. Todo lo que siento, lo siento por ti. Lo único que quiero eres tú.

De repente Rashid se puso en pie.

–Tengo que decir que me he replanteado lo de antes.

Laylah se mordió el labio inferior, expectante.

–¿Y qué vas a hacer?

Rashid se desató el cordón de los pantalones del chándal lentamente.

–Voy a hacer lo mismo que tenía pensado antes, pero lo haré muy despacio.

Se quitó la prenda. Debajo llevaba unos boxers de seda negra, ceñidos, tensos. Laylah no quería ni imaginar lo que se escondía debajo de ellos. Los músculos de sus muslos se contrajeron cuando se agachó delante de ella. Deslizó los labios sobre su rostro, su cuello, aspiró su fragancia femenina. De repente Laylah sintió lágrimas en los ojos. Trató de abrazarle.

–No lo hagas despacio, Rashid. *Arjook*, no puedo esperar.

Él se zafó de ella con suavidad, gimió sobre sus labios.

–No me metas prisa, *ya ameerati*. Déjame hacerle justicia a toda esta belleza y generosidad.

Con manos temblorosas le quitó la ropa muy despacio. Laylah se movía sin parar, le acariciaba la cabeza, le atraía hacia sí... Al sentir el roce de esas manos prodigiosas sobre los pechos, hundió las uñas en su piel. Él jadeó un momento, pero no se detuvo.

Una vez la hubo desnudado del todo, Laylah experimentó un auténtico tormento erótico, pero merecía la pena. Ver la expresión de su rostro mientras la observaba era extraordinario.

Él cerró los ojos y volvió a abrirlos al instante, pero su mirada había cambiado. Todo volvía a estar bajo control.

–*Anti akthar menn kamelah*... Más que perfecta. Eres la belleza en carne y hueso.

–No. Tú.

Él le sujetó la cabeza con ambas manos y le dio un beso fiero en los labios.

–Me halagas, pero déjame demostrarte lo mucho que deseo saborear cada centímetro de tu piel.

Lo dijo y lo hizo. Le comió los labios a besos, y entonces empezó a descender por su cuello, sus brazos, sus manos... La hizo meter un dedo en su boca y empezó a chupárselo.

Laylah jamás había conocido semejante placer. Nunca hubiera imaginado algo así. Se levantó del colchón. El palpito de placer entre sus piernas se hacía insoportable.

–Rashid... *arjook, daheenh*...

Se estaba rompiendo en pedazos. Le necesitaba en ese momento. No podía esperar más.

Pero él tenía otros planes. La sometió a toda clase de estímulos eróticos, desencadenando respuestas que Laylah jamás hubiera concebido. Exploró todos los rincones de su cuerpo y encendió su piel allí donde la tocaba. Estaba en todas partes, masajeándola, besándola, lamiéndola, mordiendo... En sus pies, en la espalda, a lo largo del vientre, en los pechos, el trasero, la cara interna de los brazos, de los muslos... Pero siempre volvía a besarla en los labios, cada vez con más intensidad. Ya había perdido la cuenta de todas las veces que le había suplicado que la hiciera suya.

Rashid se apartó un instante y Laylah pensó que por fin eliminaría la última barrera que quedaba entre ellos. Se levantó, apresurada, dispuesta a recibirle de nuevo, pero un segundo más tarde estaba tumbada boca arriba, con las piernas apoyadas sobre los hombros de él. La sorpresa y la expectación batallaban en su interior mientras una oleada de timidez se apoderaba de ella.

Jadeando, se incorporó un poco.

–Te deseo, Rashid. Te deseo a ti, a ti.

Él le separó las piernas. Se acostó boca abajo entre ellas, le sujetó el trasero con ambas manos y abrió el centro de su feminidad. Soltó un soplo de aire sobre su sexo desnudo.

Laylah gimió con todo su ser. Toda coherencia y sentido de la razón la abandonaron por completo. No quedaba nada excepto el deseo y el hambre de placer. Un vacío enorme se propagaba en su interior, la absorbía.

–Me estás matando –le dijo, moviendo la cabeza a un lado y a otro, con el pelo enmarañado alrededor.

–Te estoy adorando, *ya ajmal an'naas*.

Que la llamara «mi princesa» era una cosa, pero oírle llamarla «la más hermosa de todas las personas», era algo muy distinto.

De repente le sintió introducir un dedo en su sexo ardiente. Gritó, inclinó la cabeza. Todo el cuerpo le temblaba. Contuvo la respiración durante un momento. Él le masajeaba los pechos con una mano, moviendo los pezones a un lado y a otro, mientras que con la otra acariciaba su sexo caliente, a la velocidad justa, aplicando la presión necesaria. Ella se retorció, le pedía más... De repente empezaron los temblores. El epicentro estaba entre sus piernas y las sacudidas se propagaban por su cuerpo como haces de luz. Movía las caderas, al ritmo de los dedos de Rashid. Ondas de placer delicioso la abocaban a algo muchísimo más intenso de lo que jamás había sentido o experimentado.

Él se frotó la cara contra la cara interna de sus muslos.

–Tan caliente y húmeda. Lista para mí. Y ahora quiero probarte.

Laylah dejó escapar un grito al sentir su lengua, muy adentro, bebiéndose todo el placer que podía darle. Sujetándole las nalgas con fuerza, la llevó al borde del abismo. Laylah sintió que explotaba por dentro y entonces se colapsó en sí misma.

Él seguía chupando su carne, prendiendo la chispa que consumiría toda esa energía acumulada. Ella sintió que dejaba de existir. Era como si se estuviera volatilizando con cada golpe de gozo. Los temblores empezaron a remitir gradualmente. Recuperó el sentido de la realidad y le vio allí, entre sus piernas, lamiéndola todavía.

Cerró los ojos y se rindió del todo. Un segundo después los abrió de golpe. El placer no remitía después de todo, sino que volvía a crecer. La tensión había vuelto a apoderarse de ella. Él siguió y siguió hasta hacerla jadear con otro poderoso clímax.

Se acurrucó a su lado y siguió masajeando su sexo suavemente, murmurando halagos con un hilo de voz que llegaba al alma.

–El sabor y el sonido de tu placer son increíbles.

Ella se revolvió entre sus brazos y se enroscó a su alrededor con brazos y piernas.

–Me lo prometiste.

–No eches más leña al fuego, *ya ameerati*.

–Lo haré si es la única forma de que dejes de adorarme y me des lo que necesito. A ti, dentro de mí.

Atrapó su rostro con ambas manos y le colmó de besos. Después comenzó a besar la cicatriz, chupando y mordisqueando con desenfreno, gimiendo sobre su piel ardiente.

–Entra dentro de mí, Rashid. Siento que mi corazón se parará si no lo haces... ahora. Rashid, ahora.

Él la agarró con fuerza de los brazos y la hizo tumbarse boca arriba.

–Ahora es al revés. Mi corazón late a treinta latidos por minuto. ¿Lo sientes?

Le tomó la mano y la puso sobre un punto situado justo debajo de la cicatriz, donde mejor se le sentía el pulso. La arteria saltaba con tanta violencia que parecía palpitar a una velocidad mucho mayor.

–Eso es lo que me hace la necesidad de estar dentro de ti.

Laylah le mordió en la barbilla y no le soltó durante un segundo.

–Te está bien empleado por haberme sometido a esta deliciosa tortura.

Él hizo una mueca y le mordió el pecho con sutileza. Comenzó a chuparle un pezón mientras le atormentaba el otro con las yemas de los dedos.

Lagrimas de placer corrían por las mejillas de Laylah.

–Creo que no has entendido bien mis condiciones –le dijo de repente, clavándole los dedos en el hombro—. Son iguales que las tuyas. Mi corazón se parará porque dejará de latir. Se le acabarán los latidos.

Él se incorporó sobre ella y empezó a acariciarle los muslos. Se colocó entre ellos.

–Yo pararé tu corazón. Con placer.

Laylah buscó la cintura de sus boxers con manos torpes. Necesitaba librarse de esa última barrera, pero sus manos perdieron toda coordinación en cuanto logró liberar aquello por lo que le suplicaba. Era tan hermoso y grande. Sintió que su propio sexo se contraía y se abría, humedeciéndose aún más.

–*Arjook, Rashid, arjook...*

Pero él esperó un poco más. Le sostuvo la mirada.

–Mírame, míranos. Mira lo que voy a hacerte –bajó la vista y ella siguió el curso de su mirada.

Sujetaba su miembro con una mano.

De pronto se inclinó y apretó la punta de su erección contra los labios más íntimos de Laylah. Ella gemía, arqueaba la espalda, rindiéndose, abriéndose a él sin reservas. Él le sujetó las nalgas con una mano y empezó a frotarse contra ella, bañándose en su deseo. Cada empujón desencadenaba una ola de sensaciones que la hacían desesperar. Muy pronto volvió a tenerla al borde del clímax. Se inclinó hacia delante, sus meneos se hicieron frenéticos, su respiración se hizo entrecortada. La locura se apoderó de ella.

–Y ahora... míranos. Te tomo, al igual que tú me tomas a mí.

En cuando ella asintió con la cabeza, entró. La fuerza de su embestida rompió esa barrera invisible para siempre y le permitió llegar hasta el fondo. En la garganta de Laylah se formó un grito, pero no consiguió salir. El tiempo se dilató. La oscuridad se desvaneció. Una respiración jadeante inundaba todos sus sentidos, la rodeaba, la llenaba por dentro, saturaba sus oídos. De

repente vio su rostro en la penumbra, oscuro, enigmático. Estaba encima de ella, sus ojos parecían feroces, un jeroglífico imposible de leer. Pero el dolor retrocedía como la marea, y entonces aparecería una extraordinaria sensación de saciedad, de inconsciencia. Su cuerpo sabía lo que quería. Quería que él se moviera. Quería que la llenara una y otra vez, que aplacara ese dolor latente.

Él seguía inmóvil, sin embargo. La taladraba con la mirada.

–Deberías habérmelo dicho.

A Laylah le rechinaron los dientes al oír el tono de su voz. De repente se dio cuenta de que no le había dicho en ningún momento que era virgen. Estaba tan ida del mundo que no había tenido en consideración ese pequeño detalle. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza pensar que ese era el motivo por el que había sentido que algo se partía en su interior.

De repente le sintió retirarse.

–Rashid, no te vayas... No pares. *Arjook*, dame...

Al verle vacilar un momento, enroscó las piernas alrededor de su cintura y le empujó hacia dentro. Un grito agudo la sacudió por dentro. Pensaba que ya la había llenado por completo con esa primera embestida. Tembló por dentro y por fuera, pero eso solo podía ser el preludeo de un terremoto mayor.

Se arqueó contra él.

–Para. Te estoy haciendo daño –le dijo él, apoyándose sobre los codos.

Ella se aferró con todo su cuerpo.

–Solo al principio. Ahora... Rashid, el placer de tenerte dentro de mí... Nunca he experimentado nada parecido. Nunca pensé que sería posible sentir tanto placer. Pero necesito más, todo, tal y como me prometiste. Dámelo todo, Rashid... *arjook*...

–*Anti sehr; j'noon*...

«Magia y locura...». Sus palabras no dejaban lugar a dudas. Estaba al borde del abismo, a punto de sucumbir. Laylah sintió su ferocidad, su desesperación... Solo esperaba que se rindiera por fin, que se lo diera todo. Y él lo hizo. Empujó hasta el fondo, hasta tocar su esencia, y entonces, sosteniéndole la mirada, comenzó a moverse. Con cada embestida el placer iba creciendo, acumulándose como la nieve que cae. Laylah necesitaba más y más, y su exigencia aumentaba sin remedio. Poco a poco los movimientos suaves y sutiles de Rashid se volvieron urgentes, y finalmente llegaron a ser feroces... Todo se condensó en un único punto de existencia absoluta, ese punto donde estaban conectados... Laylah sintió que se fracturaba por dentro. Se oía a sí misma, gritando su nombre una y otra vez. Se hacía añicos y volvía a recomponerse alrededor de su miembro con cada golpe del mismo. Su sexo absorbía todo el placer que él le proporcionaba. Él gritó su nombre, se puso tenso en sus brazos y empujó hasta el fondo, abriéndola por completo al tiempo que su semilla la inundaba. Ella se retorció y gimió de puro placer. La ola de su desahogo la bañaba por dentro...

Totalmente saciada, jadeante y falta de aire, Laylah sintió que el mundo se colapsaba a su alrededor, desvaneciéndose en una espiral de oscuridad.

Capítulo Cuatro

En un sueño de felicidad perpetua, las sensaciones confluían. Estaba tumbada encima de algo caliente y duro, pero comfortable. Sintió una caricia que le corría por la espalda hasta llegar a su trasero. Nunca había tenido un sueño tan placentero, tan arrebatador. Abrió los ojos, se encontró con los de él. Rashid. Estaba debajo de ella. Era evidente que llevaba tiempo despierto, observándola.

–Te daría los buenos días, pero sería muy poco decir.

Él continuó acariciándola, encendiendo cada rincón de su cuerpo.

–Hay que acuñar un nuevo adjetivo para describirlo. Sí –dijo ella.

–No tengo ningún adjetivo para lo que pasó esta noche, pero sí sé que todo ha cambiado.

Laylah se estiró lánguidamente sobre ese cuerpo magnífico.

–Desde luego que sí –dijo.

–Nuestras vidas ya no volverán a ser igual ahora que vamos a estar unidos para siempre.

Laylah levantó la cabeza. Le miró fijamente. Su forma de hablar, esa mirada...

–A través del matrimonio.

–¡Matrimonio!

Laylah no daba crédito a lo que acababa de oír. Se incorporó rápidamente y le miró, boquiabierta.

–¡Matrimonio!

La palabra reverberó en el ambiente. Él le apartó un mechón de pelo de la cara.

–Claro que sí. He sido tu primer amante. Te he arrebatado la inocencia y no...

–No, por favor –dijo ella. Sus palabras le habían caído como una jarra de agua fría.

Repentinamente avergonzada ante su propia desnudez, buscó las sábanas que había arrastrado hasta el final de la cama con los pies.

–No empieces con eso. No me has quitado la inocencia ni nada parecido. Yo te la he dado porque he querido. Y haz el favor de dejar de ser tan... arcaico y tan... tan... ¿De Azmahar? Inocencia. Desde luego. Entonces ahora... ¿qué soy, después de que me la hayas arrebatado? ¿Soy malvada ahora?

–Claro. Pero eso ya lo eras antes también, cuando todavía eras inocente. Tiemblo al pensar a qué nuevo nivel de perversión llegarás ahora que has atravesado este... umbral de malicia.

Laylah se mordió el labio inferior y se inclinó contra él, frotándose contra su pecho.

–¿No quieres averiguarlo ya?

Él la agarró de los hombros, la apartó. Su sonrisa estaba llena de condescendencia.

–Sí. Tenemos toda una vida para explorar ese potencial explosivo y sensual.

Laylah retrocedió. Se envolvió en una manta.

–Escucha, Rashid. Ya he descrito, con gran cantidad de detalles embarazosos, todo ese arrebatado

de pasión que sentía por ti. Al final ha resultado que no tenía ni idea de lo que era la pasión en realidad hasta que tú me lo enseñaste. Si creía que te deseaba antes, ahora lo sé con certeza. Te deseo fiera y totalmente. Y si tú me deseas de una forma remotamente parecida, entonces yo no quiero otra cosa más que estar contigo. Pero no a través del matrimonio.

–¿Te niegas a casarte conmigo?

–Me niego a introducir el concepto «matrimonio» en este momento.

–El matrimonio, en este momento, no es un concepto. Es una necesidad.

–Oh, por favor. No empieces de nuevo con lo de la inocencia. No me estaba reservando para ese príncipe azul, para mi prometido, o algo parecido. Y tú no has venido a arrebatarme nada, o a aprovecharte de mí, de mi vulnerabilidad. ¡Y desde luego no tienes que ofrecerte en el altar por una cuestión de honor y lealtad! Además, prefiero que nos tomemos las cosas con calma –le miró a los ojos–. ¿Qué tal si vivimos el día a día? Después de un tiempo razonable, digamos un mes, si todavía me aguantas, podemos sacar el tema del matrimonio de nuevo, ¿no crees? –le pellizcó la mejilla–. Y si eso llega a pasar, te agradecería que fuera una oferta, y no una orden.

Él arqueó una ceja.

–No voy a esperar un mes, ni siquiera un día si eso significa que no voy a poder tenerte en mi cama.

–¿Cama? ¿Qué cama?

Ambos se rieron.

–Tranquilo. Ni se me pasa por la cabeza alejarme de tu... colchón. De hecho, después de lo de anoche, más te vale no alejarme de él. Y si fue tan increíble para ti como lo fue para mí...

–Lo que experimenté contigo ha sido inédito para mí. Hablaba en serio cuando te dije que la otra noche me ha cambiado la vida –la atrajo hacia sí. La estrechó contra su duro cuerpo–. El deseo que siento por ti me hará soportar cualquier cosa –la hizo tumbarse y se colocó encima–. Sigo creyendo que no necesitamos darnos tiempo, pero te voy a dar ese mes que me pides, siempre y cuando pueda tenerte a mi lado. Pero no te doy ni un día más.

Le dio un beso y ella le recibió con todo su cuerpo, con el corazón. Solo podía esperar que al final de ese mes hubiera desaparecido esa sensación de honor y obligación que le motivaba a casarse con ella. La pasión debía ser la única razón.

O tal vez debía haber algo más... Quería que él la quisiera tanto como ella le quería a él.

Pero los milagros llevaban tiempo.

–¿Podemos tener una cama?

Laylah estiró los brazos en el aire y saboreó esa sensación adolorida mientras caminaba hacia Rashid. Él la esperaba en el colchón, donde la había hecho tocar el cielo una y otra vez durante toda la semana anterior.

–No es que no me guste ese colchón. He pasado los mejores momentos de mi vida en él, literalmente. Pero quiero... algo de variedad.

Él le agarró la mano y la hizo tumbarse sobre su regazo.

–Podemos tener cualquier cosa que quieras. Si no soy capaz de anticiparme a tus deseos, solo tienes que pedírmelo.

–Solo quiero una cama –le dijo, recuperando el aliento tras el último beso.

–Acabo de darte carta blanca. Úsala bien, *ya ameerati*.

–Te dije que no se me da bien pedir o aceptar cosas. No se me da bien querer cosas. En

realidad no quiero nada más que eso, así que... Me guardaré bien esta carta blanca para usarla en... otros ámbitos.

–En esos otros ámbitos, ya tienes carta de todos los colores del arcoíris. Pero en este caso, me he adelantado. Ya he pedido todo lo que hace falta para convertir este sitio en un paraíso del sexo, donde pueda hacerle justicia a tu exuberancia, con todos los extras que me darán... variedad y que te harán perder la cabeza.

–Quiero una cosa más –susurró ella.

–Pide.

Laylah deslizó las manos, temblorosas, sobre su cabeza. Su pelo, cortado casi al cero, era como terciopelo bajo las palmas de las manos.

–Déjate crecer el pelo de nuevo.

Él dejó de acariciarla. Su expresión se volvió velada.

–Hecho.

Laylah saltó de alegría y le colmó de besos.

–¿Hasta la mitad de la espalda? ¿Y te haces una coleta?

Él hizo una mueca.

–¿Qué tal si vamos despacio, centímetro a centímetro?

–Vaya. Ya veo que no pasas ni una.

Él se levantó y la tomó en brazos, como si pesara menos que una pluma.

–¿Entonces por qué no se queda Laylah contigo? –preguntó Mira.

Laylah miró a Rashid. Iban en coche, de vuelta a casa tras cenar fuera. Durante las tres semanas anteriores, había compartido algo nuevo con ella cada día. Picnics, excursiones, viajes de negocios, visitas a museos, espectáculos, citas íntimas en su casa y en refugios secretos... Esa noche las había llevado a ella y a Mira a cenar a un elegante restaurante.

–Quiero decir que... –Mira continuó hablando desde el asiento de atrás. Su voz siempre sonaba una octava más aguda cuando estaba en presencia de Rashid–. La traes de vuelta tan tarde cada noche que siempre me he ido a dormir ya.

Rashid miró a Mira por el espejo retrovisor con esa tranquilidad que Laylah conocía tan bien y que indicaba una paciencia inagotable porque sabía que era su mejor amiga.

–Siento haberte despertado entonces –inclinó la cabeza un instante, a modo de disculpa.

–¡No es eso lo que quería decir! –exclamó Mira–. Lo he pasado muy bien con vosotros estas últimas semanas. Me encanta volver a casa después del trabajo cada día en este coche increíble, y acompañada de mi pareja favorita. Y no sé cómo agradeceros lo bien que lo he pasado, lo de volar en un jet privado... Y además me habéis ayudado con el médico de mi padre, y me habéis llevado a tantos sitios que ni siquiera sabía que existían, por no mencionar la varita mágica con la que habéis tocado el negocio. Solamente me pregunto una cosa. Ya que habéis reducido las horas de trabajo a un mínimo para tener más tiempo para vosotros, ¿por qué no vivís en el mismo sitio para tener más tiempo todavía?

–Según Laylah –dijo Rashid– es porque soy un anticuado y no soy capaz de librarme de mi programa cultural de Azmaha.

Sí. Era cierto. Le había dicho eso y unas cuantas cosas más. Solo quería estar con ella en horarios apropiados, y no la dejaba pasar la noche en el almacén por temor a arruinarle la reputación. La única vez que había pasado la noche en su casa había sido aquella primera vez.

Pero eso no era nada en comparación con otro asunto mucho más alarmante.

Esa noche cumplían un mes. O ya lo habían cumplido. La medianoche ya había pasado.

Laylah había pasado todo el día en vilo, pensando que le diría algo durante la comida, pero él no había dicho nada. Y después, para la cena, había invitado a Mira. ¿No podía decirle nada porque Mira estaba presente? ¿Por qué la había invitado si tenía intención de hacer algo especial? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Se había pensado mejor la oferta? A lo mejor había cambiado de idea y pensaba que solo debían vivir el momento y aprovechar lo que tenían. Trató de ahuyentar esos pensamientos tan nocivos. Se esforzó por concentrarse en la conversación entre Rashid y su amiga. No podía.

Él se detuvo delante del edificio y se despidió de Mira. La joven bajó del coche, no sin antes decirle a Laylah que se tomara su tiempo. Pero esta no lo hizo. Fue a darle un beso de despedida, pero él apenas se lo devolvió.

–Tengo que irme –le dijo él sin más.

Y se marchó.

Laylah se quedó en la acera un instante; le vio alejarse. De repente sintió un escalofrío que le corría por los huesos. ¿Era posible que hubiera olvidado que esa noche hacían un mes?

No. Él jamás olvidaba nada.

Minutos después de haber desaparecido el coche, dio media vuelta y entró en el edificio. Se detuvo ante la puerta del apartamento un segundo. No quería que Mira la viera con lágrimas en los ojos. ¿Por qué había insistido tanto en invitar a Mira esa noche? ¿Por qué la había utilizado como escudo para no estar a solas con ella ni un solo momento? Después de una noche de vigilia y tormento, la luz del día trajo consigo una convicción amarga. Rashid se estaba distanciando, quizás porque le había dicho que le amaba... Como no podía corresponderla con ese mismo fervor, había optado por alejarse. Incapaz de aguantar más, agarró el teléfono y marcó su número. Él contestó al segundo timbre. Se oía un ruido muy característico de fondo. Iba en el coche.

–Laylah...

–No significaba... no significaba nada cuando te dije que te quería. Por favor, simplemente olvídalo.

Una cacofonía de ruidos... Eso era todo lo que Rashid podía oír después de haber escuchado las palabras de Laylah. De repente, un policía tocó la ventanilla. Eran los cláxones de los coches. Se había detenido en mitad de la calle. No recordaba haber terminado la llamada, ni tampoco lo que le había dicho al agente exactamente. Solo sabía que en un momento dado se había encontrado aparcado delante de la entrada de su edificio, mirando hacia su ventana.

No debería haber esperado. Debería haber insistido en casarse con ella mucho antes, pero temía asustarla.

Estar con ella, ser amado por ella, era conocer el cielo. Pero aunque hubiera hecho todo lo que estaba en su mano para impedirle ver la realidad, el tiempo le había revelado como lo que era, un monstruo, peligroso y desfigurado. Sin saber muy bien cómo, de pronto se encontró frente a la puerta de su apartamento, justo cuando ella abría la puerta. Ríos de lágrimas corrían por sus mejillas.

Antes de que pudiera decir nada, le agarró del brazo y le hizo entrar. Le abrazó con fervor y escondió el rostro contra su pecho.

–Rashid, *ya Ullah*, Rashid... Estás bien. Estás bien.

Rashid se quedó allí de pie, inmóvil, incapaz de decir o de hacer nada.

–Me volví loca cuando oí esos ruidos y la comunicación se cortó. No podía llamarte de nuevo. Pensaba que habías tenido un accidente.

–Siento haberte asustado –atinó a decir Rashid.

–Lo que importa es que estás bien –le soltó y retrocedió unos pasos–. Lo que dije... Lo decía de verdad, Rashid.

–¿Cómo voy a olvidar el privilegio y la alegría inmensa que he tenido? Recordar que alguna vez me quisiste me dará fuerzas para el resto de mi vida y al final será mi mayor logro.

El rostro de Laylah se llenó de confusión, estupefacción.

–¿Qué quieres decir? ¿Crees que yo...? Oh, no, Rashid. Solo decía que no quería obligarte a tener que corresponderme cuando te decía que te quería. No había ningún otro propósito detrás. Simplemente quería decirte lo que sentía. Pensaba que te sentías presionado por mi confesión porque el mes ha terminado y no me... no me...

–Tú pensabas... –Rashid se detuvo–. ¿Pensabas que esa declaración de amor me haría reconsiderar mi petición?

–No sabía qué pensar, así que pensé lo peor. Debes de saber qué día era ayer.

–Ayer hizo un mes del ataque. Pero esta mañana, a esta hora, hace un mes de mi petición.

Laylah abrió los ojos, llena de esperanza.

–¿Quieres decir...?

–Quiero decir que venía exactamente a la hora en que me declaré hace un mes, pero esta vez quería pedirte que... Quería suplicarte que vuelvas a pensarte lo de casarnos, y no porque te quiero y porque el honor así lo exige, sino porque mi vida ya no significaría nada sin ti.

De repente sintió unas ganas tremendas de abrazarla, y así lo hizo, jurándole que nunca volvería a dejarla ir.

Mientras le colmaba de besos, Laylah enredó los dedos en su pelo. Se lo estaba dejando crecer para ella. Su voz vibraba como una hebra de seda.

–Mi vida tampoco significa nada sin ti. Nunca significó nada sin ti. Te quiero con todo lo que soy, Rashid.

Una eternidad después, todavía henchida de amor y pasión, Laylah se estiró contra su cuerpo duro y caliente.

Su glorioso rostro tenía un resplandor dorado en las mejillas.

–Entiendo que eso ha sido un sí, ¿no?

Laylah se acurrucó mejor contra él.

–¿Es que no me has oído todas las veces que he dicho sí? Debo de haber subido la contaminación acústica de Chicago unos cuantos decibelios.

–Simplemente dame uno más ahora, en frío.

Ella se frotó el muslo contra él.

–¿Es que todavía no sabes que ese concepto es incompatible contigo?

Él la rodeó con los brazos y la atrajo hacia sí. Temblaba de emoción y había un brillo especial en sus ojos.

–Laylah... dámelo a mí. Otro sí. El definitivo y final.

Laylah le obedeció.

–Sí, Rashid. Te lo doy con todo mi ser, definitivo y rotundo.

Él suspiró, aliviado. La besó en los labios, sellando así ese pacto de vida.

Laylah volvió a rendirse a sus besos, pero esa vez había algo diferente. Siempre había sido suya, pero esa vez se había convertido en su esposa.

Antes de que Mira volviera del trabajo, Rashid se llevó a Laylah a su casa y le hizo el amor hasta el atardecer. En ese momento estaban preparando algo de comer.

—¿Tienes alguna preferencia en especial para la ceremonia? A mí me gustaría que fuera algo discreto.

Rashid se detuvo a medio camino con la salsa en la mano. Puso el recipiente sobre la isla y la atrajo hacia sí.

—No podemos pensar en la ceremonia todavía. Que me hayas aceptado solo significa que he ganado media batalla.

—¿Qué quieres decir?

—Ahora tengo que ganarme la otra mitad. Tu familia.

—¿Y qué tienen que ver ellos con lo que hay entre nosotros? Como mucho tendrán que ponerse sus trajes de gala para asistir a la ceremonia. Pero solo aquellos a los que se les permita asistir, si se portan bien.

Rashid le sujetó las mejillas con ambas manos. Por primera vez, Laylah hizo que las quitara.

—No me vas a convencer, Rashid. Mi familia tiene que permanecer fuera de nuestras vidas.

—Si de mí dependiera, me casaría contigo casi en secreto. Pero eres una princesa...

—Oh, no. ¡No empieces con eso de nuevo!

Él la abrazó de nuevo y aplacó esa obstinación a base de caricias.

—Sé que no quieres que importe, pero sí que importa. La tradición cuenta. Y necesito la aprobación de ellos también. En tu familia hay individuos muy poderosos, y a mí no me consideran un amigo precisamente. No quiero que se interpongan entre nosotros ni que te acosen con su desaprobación. Necesito... neutralizarlos un poco para que no sean peligrosos.

—¿Y cómo se supone que vas a hacer eso?

—Tal y como dicta la tradición, un tribunal de tu familia me exigirá una serie de cosas, me someterán a las pruebas más infames que se les ocurran. No me darán tu mano hasta que haya superado todas las pruebas y satisfecho todas sus exigencias.

—Vaya. Yo también quiero neutralizarles, pero no quiero tener que volver al siglo once para poder hacerlo.

—Eso es la tradición. Prácticas centenarias.

—No tengo nada en contra de esas prácticas siempre y cuando se trate de cosas inocuas, como la comida, el diseño, los festejos... Pero condeno la tradición cuando nos hace retroceder varios siglos y me convierte en un premio con un precio que pagar. En ese caso más me vale tirar a la basura mi licenciatura en Administración y Gestión de Empresas y Tecnología de la Información. ¿Qué me diferencia en ese caso de cualquier doncella vendida al mejor postor?

—En mi caso la diferencia serían los jets privados y las multinacionales —dijo él, esbozando una media sonrisa.

Laylah le dio un codazo.

Capítulo Cinco

Durante años Rashid había visto la vuelta a Zohayd como un imposible, pero eso acababa de cambiar. No solo había regresado al país, sino que en ese momento iba en una limusina, rumbo al palacio real, un lugar que había jurado no volver a pisar. Laylah estaba a su lado.

Esa era la tierra donde había pasado tantos años observándola en la distancia, incapaz de devolverle la mirada o de corresponder todo ese interés que ella le mostraba. Allí había encontrado y perdido a esos que solía considerar hermanos, había sufrido la traición que le había partido en dos... Y a partir de entonces, recuperar el reino de Azmahar se había convertido en su único objetivo en la vida. Sabía que algún día tendría que volver a Zohayd, pero jamás hubiera imaginado volver de esa manera, con Laylah como compañera. El calor de su mano le sacó de esos recuerdos oscuros.

–¿Quién nos espera en el palacio?

–Yo informé al rey Atef. Supongo que se lo habrá dicho a todo el mundo.

La sonrisa de Laylah se hizo enorme.

–Un consejo. No uses la palabra rey cuando estés delante del tío Atef. Le endosó el título a Amjad, y parece que no quiere recordar todos esos años cuando ocupaba el trono.

–Para mí siempre ha sido el rey Atef. Será muy difícil verle simplemente como el jeque Atef.

–Te entiendo. A Amjad se le da tan bien provocar y hacer enfadar a todo el mundo, destruir las reglas y el protocolo... Cuando llegó al trono pensé que no tardaría ni una semana en echar abajo el reino de Zohayd. Pero aunque haya llevado el escándalo a un nuevo nivel, ahora mismo compite con Aliyah Kamal por el puesto de mejor rey en toda la historia –se acurrucó contra él. Su sonrisa mostraba adoración absoluta–. Pero está claro que habrá que verte a ti como rey.

–Siempre hablas como si lo de llegar a ser rey fuera algo seguro en mi caso.

–Es que eso es lo que creo. Eres la persona más idónea para el puesto. Al margen de lo que yo crea o no, eres de Azmahar en cuerpo y alma, héroe de guerra condecorado, y tu éxito en los negocios supera al de Haidar y Jalal. Además, eres un Aal Munsoori.

–La gente de Azmahar odia ese nombre ahora.

–Solo odian a una rama de la familia, pero todavía reconocen a los Aal Munsoori como los monarcas legítimos –su sonrisa floreció de nuevo–. Y si hay alguien adecuado para ese papel, eres tú, Rashid –estiró las manos sobre sus hombros, su pecho y más abajo aún–. Seguramente acuñaron el adjetivo «real» para ti.

–Es evidente que tu punto de vista es de lo más objetivo –le agarró las manos.

Alguien tocó la ventanilla de la limusina. Laylah se separó de inmediato. Al volverse se encontraron con Amjad Aal Shalaan, el primo mayor de Laylah y rey de Zohayd. Les miraba a través del cristal con atención. Rashid bajó del vehículo y miró al hombre cuya aprobación tenía que ganarse. Incluso antes de su transformación en un ser maquiavélico, nunca había sido santo de

su devoción.

El rey Amjad había sido víctima de un intento de envenenamiento por parte de su esposa, y a partir de ese momento su malicia se había afilado hasta extremos insospechados, pero se había casado de nuevo, no obstante. Había tomado por esposa a Maram Aal Waaked, la hija del príncipe de un emirato vecino, Ossaylan. Su idea era utilizar a Maram para lograr que su padre devolviera las joyas del Orgullo de Zohayd, las cuales, según las leyendas y leyes de la zona, otorgaban el derecho a gobernar el país. Finalmente se había llegado a saber que el padre de Maram había sido chantajeado por la antigua reina de Zohayd, Sondoss, la tía de Laylah. Así se había hecho con las joyas y le había tomado la delantera a Amjad...

Según los rumores, sin embargo, Amjad estaba locamente enamorado de Maram, y ese era uno de los motivos por el que se había ganado el apodo de El Príncipe Loco. Rashid levantó la vista y contempló esos ojos color verde esmeralda. Había provocación en ellos.

–Rey Amjad –apretó los dientes.

–Jeque Rashid –inclinó la cabeza. La maldad bullía en sus ojos–. Dicen los rumores que te has presentado voluntario para sacar de solterona a mi prima –le espetó.

Antes de que pudiera responder a semejante insolencia, Laylah le apretó el brazo.

–Me alegra mucho ver que un rey y marido agobiado como tú no ha perdido el sentido del humor, Amjad –dijo Laylah con entusiasmo.

Amjad siguió hablando con él como si ella no estuviera allí.

–Pero, bueno, se ha pasado toda la vida intentando llamar tu atención. Oh, sí. Todos nos dimos cuenta y nos espantamos, horrorizados. Era patético verla suspirar por ti. Me faltaba la respiración. Bueno, ¿cómo es que ha conseguido hacerte ver sus encantos al final? Era muy extraño. Parecías empeñado en no verla. Al final la cosa era tan sospechosa, que les tuve que pedir a Haidar y a Jalal que averiguaran bien de qué bando eras.

–También hubo una época en la que los rumores sobre tu lealtad hacia el equipo se dispararon.

La sonrisa de Amjad se hizo triunfal. Por fin había logrado picarle.

–Yo no tuve a un ángel adorador siguiéndome los talones durante años.

–He oído que la reina Maram hizo eso precisamente antes de que te... pensaras mejor tus prioridades.

Los ojos de Amjad centellearon.

–Simplemente pospuse algunas metas después de que esa novia monstruosa me echara arsénico en la bebida. Creo que esa es una buena razón para dejar a un lado a las mujeres durante unos años. ¿No crees? ¿Cuál era tu excusa?

–Mientras tú tratabas de superar esa neurosis patética y autocompasiva, yo servía a mi país y arriesgaba la vida por la paz. No me parecía justo involucrar a una mujer cuando mi vida podía llegar a su fin en cualquier momento.

Laylah le clavó las uñas en el brazo. Él le apretó la mano. Amjad, sin perderse ni un detalle, continuó con su desagradable interrogatorio.

–Pero esa existencia heroica llegó a su fin hace unos años. ¿Qué fue lo que te hizo recordar a mi devota prima de repente? ¿Cómo es que te decidiste tan rápido a llevarte el pastel?

–El motivo por el que te ignoré durante tanto tiempo... –dijo Rashid, volviéndose hacia la joven– no fue que no me hubiera fijado en ti, ni tampoco que no me interesaras. Sí que me había fijado en ti y sí que me interesabas. Pero por aquel entonces no podía permitirme poner mis ojos en ti siquiera.

Amjad resopló de manera escandalosa.

–¿Y crees que ahora sí?

Laylah se interpuso entre ellos.

–¿Aún estamos en quinto de primaria, o es que hace falta liberar un poco más de testosterona todavía? ¿Por qué no os dais una buena paliza y termináis con este juegucito de matones del patio del cole?

Amjad bajó la vista y miró a Laylah. Su expresión era burlona, divertida, pero a ella le daba igual que fuera uno de los hombres más poderosos del mundo.

–Para pelear, dejar K.O. y demás arranques de estupidez masculina, te remito a Harres. O a Jalal. Por lo que a mí respecta, mi astucia es mi espada y mi lengua es mi látigo.

–Crees que blandes esas armas, pero en realidad es tu estatus lo que impide que la gente demuestre lo que vale en una pelea justa.

Amjad fingió estar sorprendido.

–¿Quieres decir que te contienes por respeto a mi estatus? –levantó las cejas haciendo un gesto irónico–. En este momento te declaro libre para hacerlo lo mejor que puedas. ¿O es que solo sabes hacer lo peor?

Una vez más Laylah se interpuso entre ellos. Puso una palma sobre el pecho de Amjad y la otra sobre el de Rashid.

–Basta, chicos. Cada uno en su sitio.

Amjad suspiró.

–Muy bien. Pero solo porque Rashid es una especie en peligro de extinción y le necesitamos vivo y capaz de procrear. No creo que te encontremos otra pareja si se muere.

Laylah le clavó el codo en la tripa a su primo y sonrió de oreja a oreja. Levantó la vista y miró a Rashid.

–¿Está mi padre? –le preguntó después.

–¿Esperas que esté? –dijo Amjad en un tono de burla–. ¿Ese desarrapado? Pensaba que esa sensiblería no iba contigo. Si no lo has afrontado ya, Laylah, es hora de que lo hagas. En esa generación solo hubo una manzana que no salió podrida. Mi padre es todo lo que tenemos en lo que se refiere a progenitores por aquí.

Rashid dio un paso adelante y le dio un empujón a Amjad.

–Aunque sepa la verdad sobre su padre, eso no significa que no le haga daño todavía. No hay necesidad de ser cruel.

–Oh, te aseguro que tengo que serlo –de repente los ojos de Amjad brillaron con algo más que burla. Era furia–. En el fondo eso también es amor. Y creo que ella estará mucho mejor también si cree que sus padres están tan muertos como mi madre o como los tuyos. Con solo recordar a mi tío siento ganas de darle una buena patada en el trasero, y siento lo mismo hacia cualquier persona que le mencione.

Laylah dejó escapar un gruñido.

–Juro que os pondré a cada uno en un rincón de este palacio si volvéis a decir una sola palabra. *Ya Ullah*, ahora recuerdo por qué me fui. Me ahogaba en un mar de testosterona. ¿Hay alguna mujer por aquí?

–Todas las mujeres que han invadido la guarida de los varones Aal Shalaan volverán mañana –dijo Amjad–. De momento tendrás que conformarte con la sutileza femenina de mi Maram, claro, y de Johara.

Laylah dejó escapar un silbido.

–Estoy deseando conocer a esa maravilla que te ha echado el lazo al cuello. Y tengo ganas de

volver a ver a Johara. Y a los niños. Ya sabes... Individuos sensatos y que se comportan de acuerdo a su edad.

Amjad puso una de esas caras con su sello personal.

–Muy bien. Vamos. A Rashid y a mí todavía nos quedan unas cuantas tonterías adolescentes en la agenda. Tengo que llevarle al borde de la locura antes de sentarme a dilucidar sobre su oferta para adquirir el último tesoro de los Aal Shalaan, muy bien guardado, pero un tanto deteriorado.

Laylah esbozó una sonrisa de oreja a oreja y miró a Rashid.

–Supongo diste en la diana con lo de mi apodo por estos lares –le lanzó una mirada demoledora a Amjad–. Aunque lo de guardar bien un tesoro tampoco parece ser tu fuerte, ¿no? Mira lo que pasó con el Orgullo de Zohayd, el máspreciado de esos tesoros. Guarda bien tu cordura, Amjad. Rashid es todo un experto cuando se trata de arrebatarla... Bueno, la cordura y muchas otras cosas más. Te dejo a su merced, que no misericordia, *tal omrak*.

Amjad resopló al oírla pronunciar ese célebre saludo al rey, sorprendido ante tanta insolencia.

«Larga vida al rey».

Laylah se puso de puntillas. Le dio un beso en los labios a Rashid y echó a andar con desparpajo, casi bailando. Rashid la siguió con la vista hasta que se perdió por una esquina.

Amjad gesticuló con una mano al ver desaparecer a Laylah.

De repente el rey le dio una palmada en la espalda.

–Bueno, ¿cómo lo hiciste?

–¿Te refieres a cómo lo hice para no estrangularte después de oír todas esas sandeces sobre Laylah? La única razón por la que sigues vivo es que necesito que hables por mí.

Amjad dejó escapar un gruñido de lo más entusiasta.

–A lo mejor terminas cayéndome bien –le dio otra palmada–. Pero en realidad me refería a Laylah.

Rashid se puso serio. Amjad levantó las manos.

–En palabras de Laylah «cada uno en su sitio». Lo que quiero decir es que, aparte de esa lengua viperina de la que no me acordaba, esa chica estaba locamente enamorada. Sé identificar muy bien los síntomas. Mi Maram tiene la misma cara y dice las mismas cosas cuando está conmigo.

–Este debe de ser el siglo de los imposibles.

Amjad se rio.

–Sí, pero todavía sigo sin saber por qué me quiere Maram. No obstante, siempre he pensado que esa obsesión de Laylah por ti radicaba en que no estabas disponible. Pero ahora parece estarlo, aunque este Rashid que tengo delante está bastante desmejorado en comparación con el chico que solías ser. ¿Cómo es que alguien como ella sigue interesada en alguien como tú?

–Si te refieres a esta cicatriz...

–Por favor. Eso es lo único interesante que tienes. Te imprime mucho carácter. Y también demuestra que eres humano, sobre todo porque ha habido serias dudas en ese sentido. No. No tiene nada que ver con tu aspecto. Se trata de cómo eres. Eres un hueso duro y seco. No me malinterpretes, pero eso te hace de los míos. Sin embargo, ¿cómo es posible que Laylah, ese rayo de luz constante, pueda soportarte?

–¿Y cómo te soporta Maram a ti?

Amjad le lanzó una mirada cargada de significado.

–Bueno, ¿cuál es el plan? –preguntó sin más rodeos.

Rashid sentía que el corazón le golpeaba el pecho.

–El plan es dedicarme a honrarla y a servirla durante el resto de mi vida.

–¿Y no tienes pensado quererla? –le preguntó Amjad–. A las mujeres eso es lo que más les gusta.

De repente Rashid hizo algo que jamás creyó posible hacer: apelar a los sentimientos de ese hombre enajenado.

–Tú eres un hombre enamorado, Amjad. Mírame y dime que no eres capaz de ver lo mismo en mí.

Después de otra mirada sesgada, Amjad dejó escapar una risotada.

–Ya lo creo que no. Veo esos síntomas de locura, de amor incondicional, aunque debo decir que te pega tan poco como un vestido rosa a un oso pardo. Pero sí que lo veo por todas partes. Lo llevas escrito en la frente. Pero parece que te niegas a decir las palabras, ¿no?

–Las palabras apenas hacen justicia a lo que siento por ella –guardó silencio un instante. Era el momento de poner las cartas sobre la mesa–. Te pido que formes un tribunal con los miembros de la familia Aal Shalaan para que me concedan la mano de Laylah.

Amjad esbozó una sonrisa.

–Es evidente que te quedaste atrapado en alguno de esos cuentos de los caballeros del desierto, ¿no? ¿Tribunal? Desde luego.

–Es la tradición de tu familia–. Rashid contó hasta diez.

–Tradición, maldición... Yo soy el rey de Zohayd, chaval. Juego al ajedrez con los miembros de ese tribunal. Ya verás cómo les pongo en fila en un santiamén.

–Entonces es tu decisión lo que cuenta. Muy bien. Pon tus condiciones.

Amjad le señaló con el dedo a la altura de la frente. Le dio tres golpecitos.

–¿Es que no hay ningún sentido del humor ahí dentro?

Rashid le apartó la mano. Amjad levantó los brazos con dramatismo.

–¿Sabes una cosa, Rashid? Te hubiera caído una buena al primer síntoma de adulación, pero fuiste tú el primero que amenazó con matarme, así que creo que me tienes en el bote. Sí, alégrate. Has pasado la prueba –volvió a ponerle el brazo sobre los hombros–. ¿Qué tal si vamos a hacer el paripé un rato y a fingir que ese tribunal mío tiene algo que decir?

–¿No dijiste que tu palabra es lo que cuenta, Rey de Zohayd?

–Así es. Pero muy pronto tú serás rey de un reino que muchos dolores de cabeza ha dado ya. Vas a ser mi aliado en política y me estoy haciendo un favor a mí mismo mostrándote los entresijos del trono y la corte. Sí. Me encanta entrenar a mis aliados a mi gusto. Soy así de caritativo.

Rashid se detuvo. Aquello era totalmente inesperado. Que Amjad diera por sentado que sería rey de Azmahar... de esa forma. ¿A qué estaba jugando? Trató de sondearle un poco más, esperando sacar algo en claro.

–Es extraño que des por sentado que voy a ser rey cuando tus dos hermanos compiten por la misma posición.

Amjad le restó importancia al argumento con un gesto.

–Haidar y Jalal serían buenos gobernantes, supongo, pero sus corazones están en otro lado. El tuyo, en cambio, está en el sitio adecuado. Te juegas mucho más en Azmahar y es por eso que te vas a ganar muchos más votos.

–No lo conseguiría sin contar con tu apoyo, y eso es lo que ellos tienen.

–¿Porque son mis hermanos? ¿Crees que soy así de nepotista? ¿Yo? Vaya, vaya. Vergüenza te

tenía que dar. ¿Has olvidado que solo son mis medios hermanos? Llevan la sangre de Sondoss en las venas, así que son medio demonios. Teniendo en cuenta que tú solo eres medio tonto, también sales ganando en ese aspecto.

Rashid miró al cielo.

—¿Es que nunca vas a parar?

Sorprendentemente, el rey guardó silencio mientras atravesaban los majestuosos pasillos de mármol. Al llegar a las imponentes puertas dobles del vestíbulo, volvió a hablar de nuevo.

—No hay prisa por llevar a cabo esas siete pruebas, Hércules. Vas a tener que pasar por todas ellas a lo largo de vuestra vida juntos —dijo y entonces entraron en el amplio recibidor—. Cuando veas a Laylah, dando a luz a tu hijo, aprenderás el verdadero significado de la palabra «terror», llegarás al límite de lo que puedes soportar, y lo pasarás.

Se detuvieron debajo de la cúpula central. Allí estaban los familiares de Laylah, sentados en filas como el senado romano.

Amjad le dio un puñetazo en el brazo.

—Bastardo afortunado —dijo.

Era extraordinario ver a Amjad en acción. Mientras informaba a los mayores de las intenciones de Rashid, hizo todo lo contrario de lo que se esperaría de un monarca, o de alguien en su sano juicio. Llevaba veinte minutos criticando, burlándose y despreciando a todos los presentes, incluyendo a su padre. Su ingenio e inventiva parecían no tener límites, pero lo más arrollador de todo era que la gente parecía adorarlo de esa manera. No solo le obedecían, sino que prácticamente le invitaban a seguir metiéndose con ellos. A lo mejor debía tomar algunas clases en la escuela monárquica de Amjad, rey de Zohayd.

De repente, todo el mundo empezó a abandonar la estancia. Laylah avanzaba hacia él desde el otro lado del amplio corredor. Su vestido vaporoso no hacía sino enfatizar cada curva de su cuerpo.

—¿Esos fósiles han accedido a que me «saques de solterona»? —le preguntó, sonriente—. ¿O voy a tener que entrar ahí y demostrarles de qué es capaz el último y desvencijado tesoro de Zohayd?

Maram soltó el aliento.

—Eso me suena a Amjad.

Laylah se rio.

—Ponle un poco de disciplina, ¿quieres?

—Será un placer —dijo Maram, riéndose—. Aunque sospecho que para él también. Creo que se porta mal a propósito.

Amjad atrajo a su esposa hacia sí.

—Como cualquier esclavo de amor que se precie, yo vivo para provocar el próximo castigo.

Maram se rio a carcajadas.

—¿Y bien? ¿Voy a tener que tomar medidas drásticas? —preguntó Laylah.

Antes de que Rashid pudiera decir nada, Amjad les mostró el teléfono que le había entregado el jefe de la guardia real cuando salían del vestíbulo.

Se lo entregó a Laylah.

—Pensé que debías tener un recuerdo de mi demoledor y afilado discurso para nuestra familia, gracias al cual te he conseguido a ese novio que te va a salvar de un destino peor que la muerte.

—¿Has grabado la entrevista? —exclamó Laylah, agarrando el aparato.

Un momento después todos tuvieron oportunidad de deleitarse con el implacable discurso de Amjad. Ni siquiera les había dicho nada de la oferta de Rashid. Simplemente se había dedicado a pulverizarlos antes de anunciar el matrimonio como un hecho. Finalmente les había dicho que les haría llegar los documentos del decreto real para que pusieran los sellos correspondientes.

Laylah gritó, anonadada.

–¡Amjad! ¡Estás loco, pero eres un loco genial!

Amjad hizo un gesto, restándole importancia a sus palabras.

–No me va eso de hacer regalos, así que considéralo como un presente.

Laylah le dio un sentido abrazo.

–Oh, Amjad, ¡te quiero!

El rey se apartó de ella y la señaló con un dedo acusador.

–No vuelvas a hacer o a decir eso jamás. Jamás.

Laylah le guiñó un ojo a Maram.

–Tu amante dueña aprueba un abrazo ocasional de tu hermanita querida –dijo, riéndose.

Por alguna extraña razón Rashid no era capaz de compartir el entusiasmo de los otros tres. Tenía una ominosa sensación en las entrañas. Era imposible que todo fuera a salir tan bien. ¿Cuándo llegarían los obstáculos?

Los primeros surgieron esa misma tarde. Los miembros de la familia Aal Shalaan no dejaban de aparecer para darles la enhorabuena, pero sus buenos deseos y sonrisas no hacían más que aumentar su inquietud. Poco después llegó el momento de anunciar que la boda se celebraría en Azmahar, una semana más tarde. Y entonces fue cuando todo se torció.

Maram y Aliyah se erigieron como portavoces de las mujeres, e insistieron en que era imposible preparar una boda real en siete días. Al parecer ya habían tenido que trabajar a contrarreloj para el enlace de Jalal. Necesitaban un mes al menos y el plazo era definitivo. Amjad apoyó las palabras de su esposa, y Laylah, por su parte, no puso demasiadas objeciones, así que Rashid no tuvo más remedio que aceptar las condiciones y posponer la boda.

Sin embargo, a partir de entonces empezó a sentir que cada momento era parte de una cuenta atrás que terminaría en una explosión arrasadora... que lo destruiría todo.

Capítulo Seis

Rashid apretó los dientes mientras Laylah le susurraba al oído. Habían pasado diez días desde su llegada a Zohayd. Todos los preparativos nupciales habían concluido y en un par de días se trasladarían a Azmahar, para arreglarlo todo en el lugar donde se celebraría la ceremonia, pero durante esos dos días tendría que estar separado de Laylah.

Ella se las había ingeniado para colarle en su aposento, tendiéndoles una pequeña trampa a sus compañeras de dormitorio. En otras circunstancias, él se hubiera opuesto al plan, pero esa vez no había sido capaz. Tenía que convencerla para que abandonara esa decisión tan peligrosa que había tomado. Ella le rodeó con los brazos. Su cabello se derramaba sobre sus hombros, desprendiendo una agradable fragancia.

Incapaz de contenerse más, Rashid se dio la vuelta, la sujetó con fuerza y tiró de ella hasta hacerla caer sobre su regazo. Laylah se rio, se rindió a su abrazo.

–Voy a visitar a mi madre –dijo Laylah–. Fuiste tú quien insistió en meter a mi familia en todo esto.

–Pero me refería a las serpientes no venenosas.

–Yo tengo un cuarto de serpiente en los genes.

–Ese gen se saltó tu generación.

–Pero a lo mejor es buena idea seguir en contacto con la estirpe siniestra, simplemente para aprender a manejar bien la vena malvada. A lo mejor el gen no se salta la próxima generación.

–Sí que lo hará. Ese gen termina con tu madre y tu tía.

Ella le sujetó las mejillas con ambas manos.

–Necesito librarme de esta amargura crónica. Solo desaparecerá si vuelvo a ver a mi madre, si hablo de todo esto con ella –deslizó los dedos sobre la cabeza de Rashid. El cabello le había crecido unos centímetros ya–. También siento esta necesidad imperiosa de demostrar que he hecho algo por mí misma. Quiero hacerle ver que me he llevado a un hombre que vale mucho más que esos con los que me quería casar.

–Lloverá a cántaros en el desierto de Azmahar antes de que tu madre cambie de opinión sobre mí.

Laylah se rio suavemente. El tintineo de su risa no hizo sino tensarle más los nervios.

–No te vayas, si me quieres.

Rashid hizo una mueca. Sus palabras habían sonado tan desesperadas. Ella le acarició la cicatriz.

–Eso va a ser un problema, porque yo no te quiero a ti. Simplemente eres parte de mí, y hasta ahora eres dueño de mi corazón.

–¿Hasta ahora?

–Estoy dando por sentado que en el futuro habrá pequeños Rashid con los que tendrás que

compartir ese lugar.

La idea de tener hijos con ella le silenció.

–Mi madre no asistirá a la boda. No podrá poner en práctica sus estrategias de sabotaje. La veré en el exilio y volveré en menos de cuarenta y ocho horas. Y, no. No puedes venir conmigo. No soy tan tonta como para exponerte a sus ardides. Además, tienes mucho que hacer. Lo sé. Fui yo quien preparó tu agenda de trabajo.

La única forma de detenerla era decirle aquello que había jurado llevarse a la tumba, contarle cómo había empezado todo... Tiró la toalla. La dejó ir. No tendría más remedio que pasar dos días volviéndose loco en soledad, más loco de lo que ya estaba.

Se puso en pie, la tomó en brazos y la llevó al cuarto de baño.

–Si vas a irte, entonces quiero hacerte el amor primero.

–Debería castigarte por el celibato al que me has sometido estos días –dijo ella, bromeando.

Él cerró la puerta.

–Pero tengo demasiada sed de ti.

Él le dio un beso arrebatador, metiéndole la lengua y empujando hacia dentro.

–No tanta como yo de ti.

La hizo tumbarse sobre una mullida alfombra color crema, le arrancó la ropa del cuerpo. Estaba sediento, hambriento de ella, enloquecido. Habían pasado diez días desde la última vez que habían hecho el amor. La penetró con una embestida poderosa, deslizándose en el río de placer que llevaba hasta lo más profundo de su ser. Sus gritos le llevaron al borde de la locura rápidamente. Empujó una y otra vez, llegando más y más adentro. Cada golpe generaba una onda expansiva de delirio que le salía de las caderas y se propagaba por todo su cuerpo. La fricción y la fiereza del deseo no tardaron en llevarles al límite de la cordura. En cuestión de segundos cayeron por ese precipicio que llevaba al más puro éxtasis y Rashid derramó toda la pasión en sus entrañas.

Mientras Laylah temblaba, un oscuro sentimiento de posesión se apoderó de él. Durante una fracción de segundo, deseó obligarla a quedarse. Podía mantenerla prisionera...

Los labios de ella se abrieron sobre su cicatriz. Murmuró su nombre, dijo algo sobre su amor... Una chispa de fuego se encendió en las pupilas de Rashid. Nada tendría sentido si no la dejaba actuar libremente. Tenía que dejarla marchar. Al darle el último beso, rezó... Para que nada ni nadie se interpusiera jamás entre ellos.

A cada segundo que pasaba, Laylah estaba más segura de ello. Su madre parecía haberse vuelto más difícil que nunca. El exilio de Somayah, aunque viviera en una lujosa residencia en Jamaica, había sacado lo peor de ella.

Tan mayestática como siempre, y dolorosamente hermosa, su madre la recibió con toda la pompa de siempre. Su pelo parecía más rubio que nunca, pero seguía llevándolo recogido en ese moño tan característico. Ni siquiera se había molestado en fingir un mínimo de alegría al ver a su hija, y las noticias no parecían importarle en absoluto.

Al parecer ya estaba muy bien informada.

Somayah bajó la vista y la miró con un desprecio creciente.

–¿Crees que vas a impresionarme? ¿Que vas a enseñarme todo el éxito que has tenido, contra todo pronóstico?

–Mi negocio empieza a ir muy bien, y me voy a casar con el hombre que será rey de tu tierra

natal. A mí me parece que sí hay material para impresionar.

La mirada de Somayah se prendió como una mecha.

–Quería que dejaras de ser una princesa de segunda y te convirtieras en una reina. Trabajé duro para conseguir ese matrimonio que te situaría en el trono.

–Entonces más razón para que aprecies la ironía de todo esto. Aunque fracasaste en tu propósito de emparejarme con esas ratas cuya única baza era su sangre azul, terminé con un hombre que va a ser rey, porque se lo merece.

–La ironía abunda, desde luego que sí. Que hayas rechazado a todos esos hombres porque te querían por tu sangre Aal Shalaan, y que ahora escojas a uno que te quiere justamente por eso también.

A Laylah se le cayó el corazón a los pies. Su madre estaba dando por sentado que... Era evidente. ¿Qué otra cosa podía haber pensado? Creía que el linaje era la única cualidad que había en ella, y daba por hecho que todo el mundo iba a pensar lo mismo.

–Pero todos esos hombres fueron lo bastante honrados como para declarar sus intenciones. Este despojo de la rama más infame de los Aal Munsoori, infecto de odio hacia cualquiera con un rango superior, te está manipulando. Ni siquiera te hace el favor de decirte claramente que eres la pieza que necesita para llegar a ser rey.

Laylah sintió que el corazón se le ralentizaba, como si tuviera miedo de dar el latido siguiente.

–¿De qué...? ¿De qué estás hablando?

Somayah la miró con ojos de asombro.

–Siempre supe que no tenías ni las más mínima intuición. Pero que ni siquiera hayas sospechado todo esto es demasiado. Durante tus primeros diecisiete años de vida, Rashid Aal Munsoori ni siquiera sabía de tu existencia aunque le siguieras como un perrito faldero, suplicándole una caricia.

Laylah contuvo el aliento y Somayah dejó escapar una risotada estridente, casi espeluznante.

–Daba vergüenza ajena. Ese fue mi mayor foco de frustración contigo, sobre todo cuando le veía disfrutar ignorándote. Pero tú te humillabas todavía más. Te morías por una migaja de atención, y cuando por fin te la daba, suspirabas de amor. Y entonces, al igual que todos esos vástagos minados de complejos, mordió la mano que le daba afecto y cariño. Hizo todo lo que pudo para destruir a tu dinastía, pero como tú no puedes ser más patética de lo que eres, supongo que encontraste la forma de convencerte de que en el fondo había algo bueno en él. Seguramente creerías que tenía una razón noble para hacer lo que hacía.

–No sabes nada de él, ni en el pasado ni ahora.

–Sé mucho más que tú, niña estúpida. ¿Ni siquiera te has preguntado por qué te convertiste de repente en el objetivo de unos secuestradores, cuando llevabas tanto tiempo en los Estados Unidos sin haber tenido ningún problema? Ya habías dejado de ser una candidata perfecta para un secuestro. La mitad de tu familia estaba en el exilio y la otra mitad había dejado de ocupar los puestos más altos en la jerarquía aristocrática. ¿No se te ocurrió pensar cómo apareció allí de golpe en el momento justo?

–No...

–Déjame adivinar lo que pasó después. Le estabas tan agradecida porque te había salvado, tan agradecida por haber tenido la oportunidad de estar con él, que te pegaste a él como una lapa. ¿Fingió corresponderte desde el principio, o se resistió un poco para volverte loca del todo? ¿Durante cuánto tiempo te tuvo suspirando antes de dejarte acercarte más? Conociéndote como te conozco, supongo que te habrás arrojado a sus pies y se lo habrás puesto todo en bandeja. Bueno,

e imagino que al final él lo tomó todo, ¿no?

De repente Laylah empezó a sentir que le fallaban las piernas. Se desplomó sobre el butacón más cercano.

–¿Durante cuánto tiempo siguió con la farsa? ¿Cuándo te pidió que te casaras con él? Supongo que te lo haría pasar un poco mal al principio. ¿No te resultó extraño que después de toda una vida rechazándote, después de haberle declarado la guerra a tu familia, irrumpiera en tu vida de repente, salido de la nada, y arriesgara su vida por salvar la tuya? Y después, en un tiempo récord, te pidió que te casaras con él, ¿no?

Silenciada por el dolor, Laylah no podía hacer otra cosa que mirar a su madre.

–Déjame decirte por qué te aguanta con resignación –masculló Somayah–. Eres el único remedio para su problema, una falta grave de sangre Aal Shalaan. Un lazo de sangre con el rey de Zohayd será lo único que le colocará en el trono de Azmahar mediante el matrimonio. Y la única fémica disponible en la familia Aal Shalaan eres tú –Somayah se inclinó sobre ella para asestarle el golpe de gracia–. Pero no podía acercarse a ti de esa manera, no podía decirte que te necesitaba para forjar una alianza con el rey de Zohayd. Te conozco bien y sé que hubieras accedido a cualquier cosa que te pidiera, pero él no podía arriesgarse a despertar la ira de los Aal Shalaan, sobre todo de ese loco de Amjad. No podía dejar que nadie sospechara, así que tenía que hacerte creer que todo era real. Como es perfectamente consciente de ese enamoramiento tuyo, solo necesitó hacer un poquito de teatro para tenerte a sus pies, y para que le dieras las gracias al destino por traerle de vuelta a tu vida. Mordiste el anzuelo.

–Por favor... Para.

Su madre se incorporó.

–No tengo nada más que decir. Ahora ve y sacrificate ante el altar, por tu obsesión por ese psicópata. Deja que te pase por encima en su camino hacia el trono de Azmahar. Una vez se siente en él, te dará la patada. O a lo mejor te utiliza para engendrar un heredero que lleve la sangre de los Aal Shalaan.

Laylah miró a su madre fijamente. No sabía qué decir, qué pensar...

–Ve y pregúntale. Mírale a los ojos cuando te conteste. Si estás completamente segura de que todo lo que he dicho es falso, olvídale todo sin más.

Somayah dio media vuelta y abandonó la estancia, dejando el rastro de su exclusiva fragancia tras de sí.

–¿A qué juegas esta vez, Rashid?

Rashid gruñó al oír el sonido de esa voz. Era Haidar, aquel que había sido su mejor amigo. Lo odiaba tanto como le había querido en el pasado. Pero en ese momento no tenía tiempo para reanudar las hostilidades. Tenía que estar en el aeropuerto para recibir a Laylah. Estaba deseando verla.

Se volvió hacia Haidar. Estaba apoyado en la puerta de su dormitorio, en el palacio de Azmahar. Le obstruía el paso con un gesto desafiante y despreciativo. Rashid echó a andar y pasó por su lado con una mirada de indiferencia.

Haidar le agarró del brazo.

–¿Lo de casarte con Laylah es una estrategia de guerra?

Rashid dio media vuelta y le plantó cara.

–Ella no tiene nada que ver.

–¿Qué quieres que crea? –le preguntó Haidar–. ¿Quieres que crea que te enamoraste de ella y que por eso te quieres casar con ella?

Rashid se zafó de Haidar con brusquedad.

–Me da igual lo que pienses. ¿Te vas o necesitas ayuda?

Haidar volvió a interponerse en su camino, furioso, impaciente, amenazante.

–Sea lo que sea lo que tengas en contra de Jalal y de mí, puedes hacernos lo que quieras. Podemos soportarlo. Pero Laylah siempre te ha querido, y si la estás utilizando, la destruirás.

–¿Crees que tengo que usar a alguien para ir a por ti?

–¿Entonces se trata del trono? Si estás tratando de completar la última fase de tu campaña, te ahorraré el esfuerzo. La batalla no será necesaria. Me retiro de la carrera. Y puedo hacer que Jalal haga lo mismo. Pero no le hagas esto a ella.

Algo se quebró dentro de Rashid. Agarró a Haidar y le estampó contra la pared.

–Voy a decirlo una vez, Haidar. Siempre he querido a Laylah, pero ahora no veo forma de existir y de vivir sin ella. Antes que hacerle daño, prefiero morirme. Así que si te atreves a insinuar otra cosa, ya no pelearé más contigo. Te mataré.

Haidar le clavó los dedos en la mano. Soltó el aliento.

–Ese orgullo tuyo, ese sentido del honor tan patológico, te impidió tomar todo lo que te correspondía, nuestro apoyo, el amor de Laylah. Y te hizo cargar con las deudas de ese bastardo de tu tutor, hasta el punto de echar por la borda toda una vida para pagarlas, sin ayuda de nadie.

–Pero cuando realmente necesité ayuda, y ayudarme entraba en conflicto con tus intereses, no te importó nada si vivía o moría.

Haidar le miró con ojos de estupefacción.

–Así que no creas que te vas a librar ahora porque eres el primo de Laylah.

Haidar, todavía confundido, esbozó una media sonrisa.

–¿Ni siquiera porque ella te lo pida? Si la quieres tanto como dices, harás todo lo que ella quiera. Igual que yo por Roxanne.

–Debo obedecerla, aunque me vaya la vida y el honor en ello. Pero si ella me lo pide, a lo mejor le digo la verdad sobre ti. Si llegara a saber lo que hiciste... –dijo Rashid.

Haidar explotó.

–¿Y qué demonios hice? A ver, dime.

–Me maldijiste.

Haidar le miró, asombrado.

Rashid pasó por su lado a toda prisa, dejándole claro que esa vez no podría detenerle.

–La salvación me aguarda, y tú me impides llegar hasta ella. Te mataría por eso solamente.

En cuanto atravesó la puerta, su corazón se paró un instante.

Laylah estaba a unos metros de la puerta. Corrió hacia ella, temiendo que hubiera podido oír algo.

–*Habibati*... –le dijo, besándole la mejilla, la frente, los labios–. ¿Cómo es que estás aquí ya?

–Aterrizamos antes.

–¡Y Zaaher no me lo dijo!

–Fui yo quien insistió, así que ni se te ocurra pagarla con él.

–Tú mandas –le dijo, feliz de tenerla entre sus brazos otra vez.

–Es extraño ver cómo tienes a Rashid a tus pies, Laylah.

Haidar se detuvo junto a ellos. Le dio un beso en la frente a su prima y miró a Rashid con una expresión calma, pero tensa. Ella le devolvió el beso y la sonrisa.

–Es como ver a un tiburón haciendo acrobacias en una piscina. Jamás me lo hubiera esperado. Pero sigue trabajando duro, *ya bent al amm*. Saber dominar a una fuerza imparable será muy útil. Para nosotros.

Rashid se mordió la lengua.

En cuanto Laylah se despidió de su primo, se la llevó a sus aposentos. Jamás volvería a dejarla ir.

Laylah se aferró a Rashid como si no hubiera mañana. Se sentía rescatada de ese infierno de dudas y miedo. Antes de que pudiera decir nada, él le dio un beso en el cuello y empezó a chuparla como si quisiera absorberla. Un momento más tarde sintió esa erección tan potente contra el vientre. Solo tenía que dejarse llevar y él llenaría ese vacío.

Lo olvidó todo.

–Rashid, hazme el amor.

Ante esa súplica urgente, él le levantó el vestido y la hizo enroscar los muslos alrededor de sus caderas. Le arrancó las braguitas y la deslizó hacia arriba hasta dejarla a la altura de su miembro. Ella sintió el calor y la dureza sobre la entrada de su sexo.

Obedeciéndola, Rashid la dejó caer sobre su erección al tiempo que empujaba con todas sus fuerzas. Nada más sentirle dentro, Laylah se hizo añicos. Gritó, sacudida por un violento orgasmo que liberó toda la tensión. Se contrajo a su alrededor. Encendiéndose con ella, él empujó una y otra vez, alimentado los espasmos que la hacían estremecerse, mezclando sus gruñidos con los gemidos de ella.

–*Aih, khodeeni kolli, eeji alai*. Tómallo todo de mí.

El placer siguió haciéndoles vibrar hasta que él gruñó ferozmente y la embistió con toda su fuerza. Mientras vertía todo su espíritu dentro de ella, la besó en los labios, la meció suavemente y la satisfizo hasta el último temblor.

–Te eché de menos con locura.

–Pero si... no han pasado... ni dos días.

Con ella enroscada alrededor de la cintura todavía se retiró con sumo cuidado. Ella gimió, contemplándole, admirando su belleza. Él se incorporó. Los músculos le vibraban por debajo de la camisa. Se puso los pantalones. Sus emociones eran un libro abierto.

Laylah no podía fingir más. La duda la carcomía por dentro, le arrebatava la vida. Tenía que asegurarse. ¿Y si él se lo negaba? ¿Volvería a sentirse segura alguna vez? ¿Se disiparían las dudas?

Se preparó para saltar por el precipicio.

–¿Necesitas casarte conmigo para ser rey de Azmahar?

Su rostro se cerró, pero Laylah tuvo tiempo de ver ese gesto de alarma, la sorpresa... Todo lo que su madre le había dicho... era cierto.

Rashid se quedó mirándola. Era como si el corazón le hubiera explotado. Por fin había llegado el momento; ese momento que tanto había temido. La catástrofe que acabaría con todo ya era inminente. Abrió la boca para hablar y su voz sonó desesperada.

Rashid le clavó los dedos en los hombros. Se sentía como si estuviera a punto de desaparecer si no se aferraba a ella.

–Me da igual el trono. Solo me importas tú. Tienes que creerme.

–Pero es cierto que sin una alianza con Zohayd, no podrás reclamar el trono, ¿no?

–La gente de Azmahar creen que necesitan una alianza con Zohayd para sobrevivir. Yo siempre he creído que esa dependencia de Zohayd era muy poco ventajosa, y quiero que Azmahar sea totalmente independiente si llego a ser rey. Pero estaba claro que si quería acceder al trono tenía que forjar una alianza con Zohayd. La única forma de rivalizar con el lazo de sangre que unía a Haidar y a Jalal con el rey de Zohayd era formar otro lazo con el monarca.

–Y la única forma era mediante el matrimonio –la voz de Laylah era tan indescifrable como su rostro–. Y como yo soy lo más próximo a una hermana para el rey Amjad, y soy la única fémica disponible en la familia de los Aal Shalaan, no tuviste elección. Así que me seguiste la pista, fingiste que no me aborrecías tanto como al resto de mi familia y me tendiste una trampa. Una vez me dejes embarazada y tu heredero perpetúe ese lazo de sangre, me tirarás a la basura porque soy escoria, ¿no?

–Fueran cuales fueran mis planes, todo cambió esa primera noche, esa primera hora.

–No fue una coincidencia que estuvieras ahí esa noche. Llevaba semanas sintiendo tu presencia.

Él guardó silencio. Su vergüenza era evidente.

–Me estabas vigilando, como un cazador que acecha a su presa. Averiguaste cuáles eran mis hábitos, los lugares que frecuentaba, y usaste toda esa información para acceder a mí. Una vez estableciste ese contacto supuestamente accidental, usaste todos los datos que habías recopilado para manipularme, para hacerme morder el anzuelo. Y lo hice.

Agujas calientes atravesaron el corazón de Rashid.

–Eso es cierto, pero todo cambió cuando te atacaron. Todo cambió en ese momento. Todo.

–¿Te refieres a ese ataque que tú mismo planeaste? ¿A ese rescate que orquestaste e interpretaste tan bien?

Rashid se quedó perplejo. La realidad superaba a sus peores temores. Ella creía que...

–Si me hubieras pedido matrimonio, uno de conveniencia, yo hubiera dicho que sí de inmediato. Hubiera aprovechado la oportunidad. Te quería tanto que estaba dispuesta a casarme contigo aunque solo fuera un mero trámite. Si hubieras ido con la verdad por delante, los planes te hubieran salido mucho mejor que con esta farsa.

–No era una farsa. Cada momento que he pasado contigo ha sido lo único verdadero en mi vida...

Los ojos de Laylah se llenaron de lágrimas.

–Pero ni siquiera puedo culparte. Fui yo quien se arrojó a tus brazos. Tú solo hiciste lo que yo te pedía y me utilizaste a tu antojo. Me merezco todo lo que me hagas.

De repente se echó a llorar. Ríos de lágrimas corrían por sus mejillas.

Él se arrodilló frente a ella. Un delirio insoportable se había apoderado de él.

–No dejes que el dolor te lleve tan lejos. Te lo suplico –le dijo–. Hazme lo que quieras, pégame, arañame, mátame si quieres... Pero no me conviertas en un demonio cuando no soy más que un loco patético. Sí que tramé ese plan, pero no pude llevarlo a cabo.

–Incluso llegué a engañar a Amjad, por ti –dijo Laylah. No parecía escucharle. Parecía que hablaba consigo misma–. Hubieras llegado hasta el final, de no haber sido porque yo averigüé la verdad.

–Esa no es la verdad.

Ella se alejó, pero no llegó muy lejos. Se desplomó unos metros más adelante. Terminó con la frente pegada a la pared, temblando.

–Puedes culparme por todo, pero por favor, no creas que yo provoqué ese ataque.

–¿Sabes que mi primer recuerdo eres tú? Fue cuando cumplí cuatro años. Estabas detrás de Haidar. Llevabas unos vaqueros azules y una camiseta negra. Pensé que eras lo más bonito que había visto nunca. Cuando soplé las velas, pedí un deseo. Quise que fueras mi amigo. Pensaba que teníamos mucho en común. Los dos éramos unos forasteros. Nadie nos quería lo suficiente. No éramos importantes para nadie. Yo vivía soñando con que nos convirtiéramos en los mejores aliados, para enfrentarnos a todos y a todo. Malgasté toda mi vida amando a alguien que no existía más que en mi imaginación. Y a partir de ahora viviré llena de arrepentimiento por todas esas emociones y momentos que he tirado a la basura por ti.

Él se arrastró hacia ella.

–No digas eso. No te hagas esto, ni me lo hagas a mí. Yo nunca mentí sobre mis sentimientos.

Ella dejó caer la cabeza sobre su hombro. Durante unos segundos, Rashid pudo ver a su Laylah. Pensó que podría llegar hasta ella de nuevo.

–Yo hubiera dado mi vida por ti, Rashid. Pero ahora preferiría morir antes que tener que volver a verte.

Se apartó de él bruscamente y se puso en pie. Le miró un instante. Él seguía de rodillas.

–Desearte que sufras tanto como yo no funcionaría, porque no tienes corazón, así que me conformo con hacerte el daño que me has hecho a mí. Me aseguraré de que no consigas la única cosa que te importa. El trono.

Capítulo Siete

–¿Pero cómo has podido perder a esa chica?

El sarcasmo de Amjad fue como el filo de un cuchillo sobre la piel de Rashid.

–Debes de haber cometido la estupidez del siglo para que alguien que te adora tanto te abandone de golpe.

–Escucha, Amjad –masculló Rashid, furioso–. No me he encontrado así más que una vez en toda mi vida. Me partieron en dos y se me escapaba la vida. Sin embargo, aun así me las arreglé para matar a los que me torturaban. Eran ocho. Y ahora estoy mucho más desesperado.

–Vaya. ¿Te das cuenta de que acabas de amenazas a un rey en su propio palacio? ¿O es que realmente estás tan lejos de aquí como aparentas?

–Con unas pocas palabras más, esa amenaza puede convertirse en realidad. Y no vayas a creer que la guardia real podrá ayudarte. Puedo acabar contigo en un abrir y cerrar de ojos.

–¿Sabes una cosa? –Amjad le miró de arriba abajo–. Creo que es cierto. ¿Pero qué pasaría después? Mataste a tus torturadores en el pasado, y supongo que fueron ellos quienes te dejaron este recuerdo tan encantador –señaló la cicatriz que tenía en la cara–. Y lograste escapar. Sobreviviste. Pero en este caso no veo que las circunstancias vayan a ser parecidas, porque esta vez no vas a sobrevivir, no sin Laylah.

Al oír su nombre, Rashid sintió que el control se le escapaba de las manos definitivamente.

–Me encuentro en un punto donde francamente no me importa lo que pase después. Si no te quitas de mi camino, te mataré por placer.

Amjad hizo una mueca.

–¿Es por eso que Laylah canceló la boda? ¿Se enteró de tus tendencias homicidas?

Rashid ni siquiera se molestó en esconder la verdad.

–Cree que quiero casarme con ella solo para asegurarme una alianza con Zohayd. Una alianza contigo.

–Eso no es cierto. Evidentemente, estar casado con ella ayudará bastante a suavizar las cosas cuando pases a formar parte de mi camarilla. Pero eso solo es un daño colateral. Realmente la quieres.

–¿Quererla? El amor es una emoción con condiciones, manchada por el egoísmo. He usado la palabra. He fingido que se asemeja a lo que siento. Pero no puedo describir lo que siento por Laylah. Hay cosas que están bien y cosas que están mal. Existe el honor y el deshonor. Pero cuando se trata de ella, solo es ella. No hay nada que no podría hacer. No hay nada que no podría soportar o sacrificar, por ella.

Amjad levantó las manos.

–Si agachas la cabeza y te arrastras ante ella hasta que no quede nada de ti, se retractará, te sacará del infierno y te devolverá al paraíso... Soy buen fisionomista, Rashid. Se me da bien

entender a la gente, sobre todo a los hombres. Tú estás enfermo, pero de honradez. Jamás asustarías así a una mujer, ni siquiera para conseguir un trono, así que... ¿De dónde sacó esa idea ella?

Rashid se sorprendió. Miró a Amjad, confuso.

–Me dijo que no me dejaría convertirme en rey. Pensaba que iba a contarte su versión de los hechos, para terminar con mis posibilidades de alianza con Zohayd. ¿Por qué se lo calló todo?

Amjad esbozó una media sonrisa.

–¿Lo ves? Todavía le importas –Amjad sonrió de oreja a oreja–. Te diré una cosa. Hablaré con Laylah. La haré enfadar hasta que se vea obligada a hablar contigo de nuevo –esbozó una última sonrisa, dio media vuelta y se alejó.

De repente Haidar y Jalal irrumpieron en el palacio. Fueron hacia él con paso decidido. Sus rostros estaban cargados de odio. Haidar le dio un puñetazo en el pecho sin mediar palabra.

–Me mentiste.

Jalal caminó a su alrededor.

–Sí que tenías intención de utilizarla para acceder al trono, ¿verdad?

Haidar le zarandeó con violencia.

–Y te presentas aquí, con este aspecto de loco... ¿Para qué? ¿Acaso has venido a suplicarle a Amjad para que no retire su apoyo? Sí. Sabemos que él piensa que eres el candidato número uno. Esa comadreja... Pero ha resultado ser una comadreja estúpida. Incluso conseguiste engañarle a él.

Rashid empujó a los dos hermanos.

–Podéis iros al infierno con vuestro trono. Os mandaré yo mismo si tuviera tiempo. Pero no lo tengo.

Echó a andar y logró llegar al primer piso, pero Haidar y Jalal le alcanzaron rápidamente. Le metieron en una sala de reuniones vacía.

–No vas a escapar esta vez –masculló Haidar.

–Vamos a poner todas las cartas sobre la mesa de una vez y por todas –Jalal cerró la puerta y se volvió hacia él–. Y cuando digo todas, son todas.

Rashid se imaginó a sí mismo, liquidándolos en un abrir y cerrar de ojos. Podía hacerlo, en una fracción de segundo.

–¿Todavía queréis seguir fingiendo que no sabéis por qué os odio? ¿Todavía queréis evadirnos de toda responsabilidad? Muy bien.

Y con toda esa furia acumulada durante cuatro largos años, lo dijo todo. Los hermanos callaron. Le observaron boquiabiertos durante todo el relato. No sabían nada.

No tenían nada que ver con lo que le habían hecho. Había vivido envenenado durante mucho tiempo, pensando que le habían traicionado, y todo para nada.

–*Ya Ullah ya*, Rashid. ¿Te has pasado todos estos años pensando que te hicimos algo así? ¿Y todavía seguimos de una pieza?

Jalal, demasiado conmocionado como para articular palabra, se limitó a asentir.

–Eso me preguntó yo también. ¿Cómo es que no viniste a por nosotros si nos creías capaces de algo así?

Rashid no pudo soportar ni una palabra más.

–No me importa lo que pasó, o quién lo hizo, o por qué. Solo me importa Laylah.

Haidar se le acercó.

–Pero si le dices lo que acabas de contarnos, ella...

–No. No querrá saber nada de esto. No voy a recuperarla a este precio.

–A lo mejor es el único precio que merece ser pagado, Rashid –dijo Jalal.

–He dicho que no. Y si se lo dices, no me detendré ante nada para castigarte por haber traicionado mi confianza.

Haidar se atrevió a ponerle una mano en el hombro.

–Tranquilo. No vamos a decir nada –apretó los párpados–. *Ya Ullah...* Lo que realmente quiero es borrar todo lo que me has dicho de mi mente. Pero una cicatriz en el recuerdo no es nada en comparación con lo que tienes que haber sufrido tú –le miró a los ojos. Su mirada estaba llena de angustia y arrepentimiento–. No soy capaz de decirte lo impotente que me siento por no poder cambiar el pasado y castigar a quien lo merece. Pero voy a arreglar esto, aunque pase el resto de mi vida intentándolo. Tú eres mi otro hermano gemelo, Rashid. Todos estos años te he echado de menos. Te aseguro que haré todo lo que pueda por recuperar el tiempo perdido.

Jalal se unió a su hermano.

–Eso también va por mí. Pero tienes razón, Rashid. Lo que importa ahora es Laylah. Te juro que haremos todo lo posible por que te reconcilies con ella.

Pero todo no era suficiente. Habían pasado dieciocho días... dieciocho días en el infierno. Rashid se hundía cada vez más en la miseria del rechazo de Laylah. Amjad le había alojado en una habitación muy cercana a la de ella, para que pudiera seguirla. En ocasiones todos se confabulaban para provocar un encuentro. La obligaban a hacerle frente y ella les dejaba hacer hasta tenerle frente a frente, momento en el que pasaba por su lado como si fuera invisible. Era un castigo.

Había tenido tiempo de escribir una larga confesión, pero el papel había terminado en la papelera. Y se había visto obligado a hacer algo que nunca jamás había hecho antes. Cada vez que tenía oportunidad se lo contaba todo al primero que estuviera dispuesto a escucharle. Esa exposición era lo que Amjad le había descrito. Se había humillado hasta que ya no quedaba nada de él. Pero todo era inútil. No había cambio alguno en Laylah. Ella recibía las explicaciones de otros con el mismo desprecio que había recibido las suyas.

Se había visto obligada a reconocer que el ataque no había sido cosa suya, porque las evidencias eran irrefutables, pero por otra parte había empezado a creer que la retirada de su candidatura como aspirante al trono era una maniobra pensada para ganarse la simpatía y compasión de la gente.

Ella había perdido la confianza en él completamente.

–No hay línea que no seas capaz de cruzar, ¿verdad?

Rashid se giró de golpe.

–Laylah...

Ella estaba cerrando la puerta. Se volvía hacia él. Se detuvo a unos metros de distancia. Su mirada era la de una extraña.

–Casi me daba vergüenza ajena ver cómo te exponías ante todo el mundo, cómo te humillabas en un intento por controlar el daño. Pero lo que realmente me sorprende es cómo te has metido en el bolsillo a toda mi familia. Yo pensaba que eran listos, sobre todo Amjad. Supongo que nadie es inmune a los poderes de tu manipulación emocional.

—Son listos. Es por eso que reconocen mi sinceridad a pesar de todas las pruebas condenatorias.

Ella se rio con sarcasmo.

—Me engañé a mí misma pensando podías albergar sentimiento alguno. Pero ahora entiendo que alguien como tú no puede sentir nada más que ambición y sed de poder.

Rashid le agarró un mechón de pelo que le caía sobre el pecho.

—Ojalá fuera cierto.

Ella retrocedió. Su cabello sedoso se le escurrió entre las manos.

—Por favor, termina esta farsa ya. Ya no estoy enfadada contigo. En realidad la mayor parte de mi rabia iba dirigida a mí misma realmente, por creer algo que quería creer con tanta vehemencia. Yo estaba tan desesperada, tan loca de amor... Borré de mi mente todas las dudas. Quería creer lo imposible: que te habías enamorado de mí de repente, tan rápido, que estabas dispuesto a pasar el resto de tu vida conmigo. La desilusión y la más profunda miseria eran el único resultado posible.

Rashid la agarró de los hombros. Ella opuso un poco de resistencia, pero no intentó apartarse.

—Laylah, tienes que escucharme, no para que pueda suplicarte que me perdones, o para que pueda redimirme. Tienes que escucharme por ti misma. Lo que más me duele es que todo esto no ha hecho sino reforzar esa creencia tuya de que nadie te quería por ti misma, por lo que eres. Pero no es cierto. Todo el mundo que te conoce te valora y te quiere. Y yo te adoro. Mis errores me desprestigian a mí, no a ti.

Durante unos segundos, Rashid creyó que había conseguido algo. Ella le miraba con unos ojos que hablaban de algo profundo, intenso, pero entonces se llenaron de ese desprecio que ya le era tan familiar. Le hizo quitar las manos.

—¿Esa es tu última estrategia? ¿Vas a aprovecharte de mi necesidad de sentir la aprobación ajena, y de mi patética y pobre autoestima? Ya tengo asumido que mi valía no tiene nada que ver con la imagen que otros tengan de mí.

—Pídeme lo imposible, castígame...

—Soy yo quien va a ser castigada, cuando me case contigo.

Rashid abrió los ojos. No entendía nada.

—La boda se va a llevar a cabo.

No podía hacer otra cosa que mirarla estupefacto.

—Estoy embarazada.

De repente Rashid perdió el equilibrio y las piernas no le aguantaron.

—Laylah...

Ella se apartó.

—Simplemente te informo del resultado de tus planes. Como ves, todo te salió a la perfección.

—No era un plan.

—Me da igual cómo lo llames. No quiero que mi hijo viva con un estigma social, sobre todo cuando el padre está tan interesado en reivindicar su paternidad, aunque sea por motivos tan poco loables... Adelante, Rashid. Tu estrategia se ha desvelado por completo y no te perjudicará en absoluto celebrar un poco el éxito. Un vínculo de sangre con los Aal Shalaan, después de haber hecho tan bien tu papel de caballero honorable y loco de amor ante mi familia, es el camino seguro hacia el trono de Azmahar. Si resulta ser un varón, y creo que así será, porque el azar parece estar siempre a tu favor, incluso conseguirás al heredero que necesitas directamente.

—Nada de esto tiene sentido ya.

—Me someteré voluntariamente. Te daré lo único que querías de mí y soportaré la humillación

de la boda, pero solo por mi hijo. Así me aseguraré de que consiga todos los derechos que le corresponden por parte de su padre, sin importar lo que pase, y cuando anuncie lo de mi embarazo y convenza a la gente de que el bebé fue concebido dentro del matrimonio, la farsa termina.

Dio media vuelta y se marchó.

—¿Te he dicho últimamente lo mucho que te odio?

Laylah miró a Aliyah, su prima, la tercera joya más preciada de la familia Aal Shalaan. La joven acababa de entrar empujando una percha con varios trajes de novia. La miraba con el ceño fruncido.

Laylah suspiró.

—En la última hora no —dijo.

Las otras chicas se echaron a reír. Eran las esposas de los otros primos. Todas habían sido reclutadas para preparar esa boda de emergencia.

En cuestión de segundos, todas se pusieron manos a la obra, mostrándole los trajes, sugiriéndole combinaciones de colores... Laylah cooperó todo lo que pudo y fingió tener todo el interés del mundo.

Había un traje de novia, de estilo árabe indio. El corpiño era sin mangas y se ceñía a la cintura. El escote dejaba el cuello al descubierto y los hombros también. Toda la pieza estaba cubierta por un exquisito bordado a mano de lentejuelas, cuentas, perlas y gemas semipreciosas de todos los colores. Pero lo que más llamó la atención de Laylah fue el dibujo que cubría toda la prenda. Era un patrón que emulaba el escudo familiar de Rashid. Las mujeres insistieron en que se lo probara. Tal y como esperaba, el vestido le encajaba a la perfección. Lo había enviado Rashid.

Mientras Maram y Aliyah llamaban a sus respectivos esposos para pedirles joyas que hicieran juego con el traje, Laylah se dedicó a observar al resto de las chicas mientras hojeaban los innumerables catálogos para encontrar vestidos para ellas a juego.

Si se sentía tan mal durante los preparativos de la farsa, ¿cómo iba a sentirse el día en cuestión?

Había llegado el momento. Había llegado el día en que se casaría con Rashid. La procesión nupcial ya reverberaba por todos los rincones del palacio. Se oían miles de voces que entonaban cánticos de fiesta. Aliyah y Maram le estaban poniendo las joyas en el cuello, en los brazos y en la cabeza, y Johara, Talia, Roxanne y Lujayn se ocupaban del velo, el peinado y el maquillaje. Todas estaban preciosas con esos vestidos radiantes y esa actitud entusiasta. Laylah se miró en el espejo. Casi no reconocía a esa criatura maravillosa que la miraba desde el otro lado. Sus pensamientos se vieron interrumpidos cuando la condujeron hacia la sala de fiestas donde se celebraría la ceremonia. De repente, los latidos de su corazón ahogaron el sonido de la música. El mundo desapareció. Rashid estaba solo ante las puertas dobles del salón de fiesta. Era una sombra en medio de tanto resplandor e iluminación, como si absorbiera toda la luz. Llevaba un traje a juego con el de ella, pero los colores eran más oscuros. El hombre que tenía delante arrastraba un legado que nacía en las fábulas. Había nacido para ser rey.

—Laylah...

Ella se mantuvo firme, impassible. De repente sintió sus brazos alrededor de los hombros. Se apartó bruscamente y siguió adelante. Él la dejó avanzar a lo largo de la pasarela marcada por la alfombra roja hasta llegar al *kooshah*, y entonces la alcanzó. Juntos subieron los peldaños

cubiertos de terciopelo rojo que llevaban al altar. Un clérigo de aspecto imponente estaba sentado en el medio de un sofá dorado, con tres pergaminos delante. Haidar y Jalal estaban de pie a ambos lados del sofá, como si fueran guardaespaldas. Iban a ser los testigos del matrimonio. En cuanto llegaron a la plataforma, la música paró. Laylah se sentó rápidamente; quería evitar la mirada de Rashid. Miró a su alrededor. Había unas cien mesas en torno al altar. Las miradas de los poderosos estaban puestas sobre ellos.

Le sintió muy cerca, justo detrás.

—¿Terminamos con esto de una vez? —le dijo, impaciente.

Él la miró a los ojos, pero ella rehuyó su mirada una vez más.

—*Habibati*, dame la mano.

Laylah sintió que se le encogía el estómago. Pero fue el término cariñoso lo que más le molestó. ¿Por qué seguía actuando? Le dio la mano, fría como la de un cadáver. El clérigo les cubrió las manos con un immaculado paño blanco y entonces puso la suya encima. La hizo repetir los votos matrimoniales, y después fue el turno de Rashid.

—Diga cuál es el *mahr* y *mo'akh'khar al suddaag*, jeque Rashid.

El llamado «precio de la novia»... Se pagaba en dos plazos: el *mahr* al firmar el contrato; y después el *mo'akh'khar*, un cantidad que se daba al término del matrimonio.

—Mi *mahr* es este —Rashid sacó una cajita. Se la dio a Laylah.

Laylah la abrió. Era un broche de oro muy sencillo con el escudo de su familia. Sin duda debía de ser un bien muypreciado para su familia, pero no tenía mucho valor.

—Era de mi madre. Es mi primer recuerdo. Tenía cuatro años cuando me dijo que era el primer regalo que le hizo mi padre. Él solo tenía dieciocho años cuando se lo compró con su primera paga. Yo me colé en su habitación la noche en que murió. Lloré y pataleé, pero no me dejaron verla. Lo único que pude hacer fue agarrar algo de ella mientras me sacaban a rastras de la habitación. Era este broche. Es todo lo que me queda de ella. Es lo único que tengo que me importa, igual que tú eres la única persona que me importa en esta vida.

—Maldito seas.

El clérigo se sobresaltó al oír las palabras de Laylah.

—Por favor, Laylah, acepta esto.

Ella le fulminó con la mirada. La sangre le hervía. Él sacó la joya con manos temblorosas y se la puso sobre el corazón. Laylah resistió las ganas de arrancárselo del pecho y tirárselo a la cara. No quería darle esa satisfacción. Continuó atravesándole con la mirada mientras él les hacía señas a Haidar y a Jalal.

—Y mi *mo'akh'khar* es este.

Haidar le entregó un grueso dossier al clérigo. El hombre lo abrió y leyó la primera página. Un segundo más tarde levantó la mirada hacia Rashid. Parecía estupefacto.

—¿He entendido bien, jeque Rashid?

Rashid asintió.

—Sí. Esas son todas mis posesiones.

Laylah le miró, sorprendida.

—¿Qué te traes entre manos ahora?

—Nunca me he traído nada entre manos, Laylah. Soy todo tuyo, en cuerpo y alma. Mis bienes son lo menos importante.

—Yo no los quiero, de la misma forma que no quiero nada de ti.

Rashid soltó el aliento. Se volvió hacia el clérigo.

–Que conste, por favor.

El hombre obedeció y un opresivo silencio descendió sobre todos los presentes. Un momento después les pidió que firmaran las tres copias. Haidar y Jalal pusieron sus sellos sobre las firmas. Cuando abandonaron el altar, el clérigo le lanzó una mirada de desconcierto a Laylah. Haidar y Jalal, por el contrario, la miraron con indulgencia. Él se los había metido en el bolsillo de nuevo. Los invitados se levantaron y brindaron, levantando sus copas a la misma vez.

Todo el mundo se sentó y la música empezó a sonar de nuevo. Rashid se había sentado a su lado.

Le ignoró, fingió estar saludando a alguien. Quiso agarrar su *sharbaat*, pero fue como tocar un cable de alta tensión. Eran los dedos de Rashid; había llegado antes a la copa de cristal.

Al ver que ella se negaba a tomar la bebida de su mano, Rashid le susurró algo al oído.

–Tíramela a la cara. En realidad merezco mucho más por lo que hice.

Resistiéndose a concederle el placer de verla perder los estribos, Laylah tomó la copa y se bebió todo el contenido de golpe. Siguió mirando al frente, no obstante.

Laylah siguió guardando silencio.

–Me pregunto si... ¿Aguantarías si te besara?

Ella siguió callada. De repente él la agarró de la cintura.

–¿Lo averiguamos?

Ella le lanzó una mirada condescendiente.

El momento se vio interrumpido por el primer espectáculo de la velada, un número musical.

–Todas esas canciones son para ti. Ahora soy tu marido.

–Solo durante un tiempo, hasta que nazca el niño, como máximo.

–Pues para eso quedan siete meses. ¿Recuerdas lo que pasó en siete horas?

–¿Cuando era una tonta desesperada que se engañaba a sí misma? Claro que lo recuerdo muy bien. ¿Cuántas probabilidades crees que hay de que vuelva a caer en tus trampas?

–Bueno, a mí se me da muy bien conseguir lo imposible. Le he ganado a la muerte muchas veces. Voy a conquistarte, aunque me lleve el resto de mi vida.

–Te va a llevar el resto de tu vida. Y más.

Él la agarró con más fuerza.

–Toma lo que quieras de mí, todo lo que quieras. Hazlo aquí y ahora. Te reto.

Ella se apartó justo cuando la gente empezaba a aplaudir. Se puso en pie e hizo lo mismo. Avanzó hasta el borde de la plataforma. Todos la seguían con la mirada.

–Y ahora vamos con otra tradición sin la que una celebración no está completa. Poesía.

Se oyeron murmullos de expectación. Sus familiares empezaron a preguntarse los unos a los otros si era parte del espectáculo.

–Oda a mi adorado esposo –empezó a decir Laylah. Una acústica inmejorable llevaba su voz hasta los rincones más apartados del salón: «Cual cocodrilo feroz, lágrimas derrama mientras devora a su presa, así que ándense con cuidado. No se dejen engañar por su rostro hermoso. Un tigre también lo es, pero no sobreviviremos a su ataque».

El cuarteto fue recibido con un silencio profundo. De repente se oyó un silbido, seguido de dos aplausos perezosos.

–Gracias, prima. Estaba a punto de provocar un incidente para no tener que soportar otro número de música folclórica.

Era Amjad. ¿Quién podría ser si no?

Pero Laylah no pudo prestarle atención alguna. Rashid se había puesto en pie e iba hacia ella

con paso firme.

—Oda a un pasado baldío cuando solo podía contemplar a mi noble esposa en la distancia.: «Paso por esta morada, la de Laylah. Y beso estas paredes, y aquella. No es el amor a una casa lo que me ha robado el corazón, sino hacia la que habitó en ella».

Se hizo el silencio de nuevo.

En lugar de defenderse o de arremeter contra ella de otra manera, había leído unos versos de Qays Ibn Al Mulawah, el poeta al que se conocía como el Loco de Laylah.

Sin darle tiempo a reaccionar, se arrodilló frente a ella. La gente contuvo el aliento. Se llevó sus manos a los labios y recitó los versos una vez más con la voz entrecortada, cargada de dolor.

Laylah continuó mirándole fijamente cuando terminó.

—«Las riquezas que me has dado, no me las quites. La generosidad que me has demostrado, no te la lleves. Los errores que he cometido, perdónalos. Apelo a ti. Busco refugio en ti, de ti. Vengo a ti buscando misericordia, así que concédeme tu piedad, porque no merezco tu venganza».

Laylah trató de respirar, pero no pudo. ¿Había compuesto esos versos en el momento?

—Y... como nada en esta noche memorable y amena se puede comparar a eso, sugiero que comamos.

Era Amjad de nuevo. La gente empezó a aplaudir y a reír. Laylah apartó la vista de Rashid. Echó a andar y no paró hasta estar muy lejos de allí.

La siguió hasta el exterior. Cuando llegó a la villa frente al mar donde una vez le había dicho que le amaba, la noche se había vuelto cerrada. La había comprado para ella, para los dos. No podía quedarse allí sin ella. Y ella no la aceptaría como regalo. Cruzó la terraza de la habitación principal y llegó a la balaustrada, perdido en pensamientos tan tumultuosos como el mar.

—He tomado una decisión.

Rashid sintió que se le ponía el pelo de punta. Laylah...

Se giró de golpe. Su corazón latía sin ton ni son. Se había quitado el vestido de novia y se había puesto uno de esos trajes vaporosos.

Ella siguió avanzando hasta detenerse justo delante de él. Todo su cuerpo vibró al sentirla tan cerca. Confusión, esperanza... Un maremágnum de sensaciones batallaba en su interior.

De repente ella le agarró de la nuca, tiró de él. Y justo antes de recibir ese beso por el que moría, ella terminó con las dudas, y con la esperanza.

—Al igual que tú me utilizaste por puro placer cuando en realidad no sentías nada, yo también te usaré, con la misma frialdad, por puro placer.

Capítulo Ocho

Esas palabras crueles y frías contrarrestaron el calor del abrazo.

Rashid se echó hacia atrás.

–No puedes estar hablando en serio.

–Sí que hablo en serio –abrió los labios sobre su cicatriz–. Eres genial en la cama, y eres el hombre de mi vida, por ahora, así que buscaré placer en ti. Es mi derecho.

Rashid intentó empujarla y apartarla. No quería sucumbir.

–Tienes todo el derecho a tomar lo que quieras de mí.

Ella le mordió la barbilla.

–No quiero nada más de ti, nada más que esto.

–Pero yo sí. Quiero tu amor, tu confianza.

Fue ella quien se apartó esa vez.

–Todo lo que puedo darte es sexo. Pídeme más, y me voy. Y no me verás más que en la distancia hasta que llegue el momento de terminar con esta farsa de matrimonio.

Rashid podía verlo en su rostro. No se trataba de una broma. Si se negaba, la perdería para siempre en ese preciso momento. Dándose por vencido, soltó el aliento y la tomó en brazos.

En cuanto la apoyó en el suelo, junto a la cama, se abalanzó sobre él y empezó a tocarle con frenesí. Él trató de tumbarla sobre la cama, pero ella se le retorció en los brazos. Le hizo cambiar de dirección y terminó apoyada encima de él.

Rashid la vio quitarse el vestido. Debajo llevaba otra de esas prendas exquisitas que había escogido para ella. Le temblaban las manos sobre su suave vientre, donde crecía el milagro que había obrado la pasión.

Se puso a su merced. La dejó devorarlo, dominarlo. Se hundió en un mar de deseo y la dejó desnudarle a su antojo. Ella había prendido un fuego arrasador que ya era imparable. De pronto le tomó en su boca y comenzó a darse ese placer egoísta del que le había hablado.

Empujando las caderas al ritmo frenético de sus labios, Rashid se hundió más adentro en su boca. La tocaba por todas partes con las manos temblorosas. Su cuerpo y su mente le pertenecían. Ella le clavó los dedos en el trasero, exigiéndole una rendición total. Acariciándole el cabello con torpeza, Rashid sintió que algo explotaba entre sus caderas. Ella le vació por completo, se lo arrebató todo.

Trató de apoyarla contra su corazón, pero ella volvió a dominarlo de nuevo. Se sentó a horcajadas sobre él.

–Te deseo, Rashid.

–Tómalo todo de mí –la ayudó a colocarse bien.

Ella le hizo entrar de un golpe. Rashid vio un relámpago blanco. Todo palideció de repente y entonces sintió que ella le absorbía. Ella temblaba, dentro y fuera. Gemía una y otra vez,

pronunciando su nombre.

Él se incorporó un poco y se apoyó contra la pared.

–Cabalga sobre mí, *ya rohi*. Tómame y sácame todo el placer que puedas.

Apoyando las manos sobre sus hombros, con los muslos temblorosos, Laylah se deslizó sobre su miembro erecto. Él acababa de morderle un pezón con los labios.

Se apretó contra él con fuerza y gimió.

–Rashid, hazlo.

Él obedeció. Le sujetó las caderas y empezó a moverla arriba y abajo al ritmo que ella marcaba.

–¿Sientes lo que me haces? Nunca soñé con sentir un placer como este.

Ella le clavó los dedos en la piel, por haberse saltado el requisito fundamental de «solo sexo». Rashid se deslizó sobre la humedad de su sexo, luchando por retrasar un poco más el clímax.

Palpitando dentro de ella, se incorporó.

–El cielo no es nada comparado con estar dentro de ti.

Ella le clavó los dientes en la cicatriz, castigándolo. Rashid echó atrás la cabeza, temblando de dolor y placer al mismo tiempo.

–Laylah, castígame y acéptame de nuevo. Tómame entero.

Empujó con todas sus fuerzas y entró hasta el fondo. Ella gritó. Sus músculos internos se contrajeron y apretaron su miembro. Rashid empezó a empujar frenéticamente, cabalgando sobre la ola de su orgasmo, rindiéndose al placer que solo había conocido con ella, derramando su esencia dentro de ella, jurándole amor eterno.

–Te suplico que me creas. Te quiero. Te adoro. Nunca he querido a nadie excepto a ti. Nunca he mentido sobre esto.

Ella se quedó inmóvil de repente.

–Laylah... –Rashid se apartó de inmediato.

Tenía los ojos abiertos, vacíos. Se zafó de él.

–Simplemente cumplo con lo que tú quieres. Y tú cumples con lo que yo quiero. Es un trato justo. Pero si no dejas de decirme que me quieres, no volverás a tenerme nunca más.

Incapaz de soportar el rechazo que veía en sus ojos ni un segundo más, Rashid se levantó de la cama. Tenía que buscar refugio en cualquier sitio, excepto donde ella estuviera.

Antes de salir de la habitación, se volvió hacia ella.

–Accederé a todo lo que me pidas.

Lo que Laylah quería era el infierno en la Tierra. No le dejada entrar en su vida de ninguna manera; nunca durante el día. Y por la noche hacía lo que quería con él. Incluso en medio de esa frialdad emocional, la pasión física que había entre ellos se les escapaba de las manos. Les abrasaba por dentro y por fuera, pero también les bañaba de dolor.

Rashid había llegado a un punto en el que sabía cuál sería el desenlace. Aunque estuviera dispuesto a soportarlo todo, a pagar su deuda destruyéndose a sí mismo, en el fondo sabía que era imposible.

Tendría que acabar con todo... Y no tardaría mucho en hacerlo.

Amjad había apoyado a Rashid. Y Haidar y Jalal, para sorpresa de Laylah, habían suscrito su

decisión voluntariamente. Rashid iba a ser rey de Azmahar. Faltaban dos días para que tuviera lugar su *joloos*.

Eso era lo que tanto había deseado, lo que se merecía. ¿Qué haría cuando ya lo tuviera? De repente él entró en la suite.

Laylah se puso en pie. Él le agarró las manos. Su mirada era extraña... Como si estuviera diciendo adiós.

–Me hubiera gustado que las cosas hubieran sido distintas, pero es inútil seguir soñando. No puedo... dormir contigo ni una sola noche más.

–Tú nunca dormiste conmigo. La única vez que me desperté y te encontré en mi cama fue esa primera noche, y solo te quedaste para cerrar el acuerdo.

Él no dijo nada.

–No me cabe duda de que harás todo lo posible por reconocer a este bebé cuando nazca, pero tengo todo el derecho a querer dejarlo todo en regla ahora y no después.

–Laylah...

–Y en cuanto a nosotros, si no vas a dormir conmigo, ya no hay por qué fingir que este matrimonio es real. Nuestro trato ha concluido. Quiero el divorcio. Ahora.

Él cerró los ojos. Dio media vuelta y se marchó.

Laylah se desplomó en el suelo y lloró hasta que se le acabaron las lágrimas.

Una vez había conseguido lo que quería, la había echado a un lado, tal y como su madre había pronosticado. Pero no iba a hacerlo tan pronto, no antes de sentarse en ese trono que lo era todo para él.

El día del *joloos* había llegado. Pero Rashid no estaba allí.

Cuando Maram le había dicho que no había asistido al ensayo, Laylah había pensado que aparecería en el último momento. Pero no lo había hecho. Nadie sabía dónde estaba, o qué había pasado. Parecía haberse borrado de la faz de la Tierra.

Se estaba volviendo loca. Algo terrible tenía que haber pasado. No había ninguna otra explicación.

–Laylah.

Esa voz profunda la golpeó como un puño.

No era la de Rashid. Era Haidar. Jalal estaba a su lado.

Fue hacia sus primos, tambaleándose. Les zarandeó.

–¿Le habéis encontrado? ¿Está bien? ¡Hablad!

Haidar frunció el ceño.

–¿Y qué más te da? ¿No le odias ahora?

Laylah rompió a llorar.

–Yo... Yo nunca podría odiarle. Siempre le querré... pase lo que pase.

–Pues no es eso lo que le has hecho creer. Cree que le odias tanto que... se está destruyendo a sí mismo.

–Quieres decir...

Jalal soltó el aliento.

–Tienes que sentarte antes de oír esto.

Laylah gritó de dolor. Las lágrimas corrían por sus mejillas sin control.

–No se ha hecho daño a sí mismo –dijo Haidar.

Intercambió una mirada con su hermano y la hizo sentarse en el sofá.

–Aunque nos ha hecho jurar que mantendríamos el secreto y aunque nos arriesguemos a un castigo terrible, tenemos que decírtelo todo.

Laylah sintió que la sangre huía de sus mejillas. Un frío aterrador se apoderó de ella.

–Ya sabes por qué Rashid se unió al Ejército –dijo Jalal.

Se había alistado en el ejército para pagar las deudas de su tutor y así conseguir la educación que nunca se había podido permitir. Además, siempre había soñado con ser soldado.

En una misión, el líder de su pelotón se perdió con sus tropas en el desierto. De no haber sido por Rashid, todos hubieran muerto. Logró conducir al pelotón hacia un lugar seguro.

Laylah recordaba muy bien esas semanas infernales. Casi se había vuelto loca pensando que había muerto...

Pero él siguió luchando en otros conflictos armados, sobreviviendo una y otra vez. Había hecho todo lo que se había propuesto hacer, se había ganado un ascenso tras otro... Y fue entonces cuando desapareció.

Haidar siguió hablando.

–¿Recuerdas aquella vez cuando desapareció? Había empezado a trabajar para los servicios de inteligencia. Así fue cómo descubrió la conspiración de nuestras madres. Se infiltró para conseguir evidencias, me dijo que había conseguido un ascenso y que estaría de encubierto. Pensando que no quería volver a verme, le dije que me daba igual lo que le pasara.

Jalal soltó el aliento.

–Pero aunque los dos nos portamos mal con él, él seguía albergando la esperanza de haberse equivocado respecto a lo de nuestras madres. Sabiendo lo que sabemos ahora, apuesto a que pensaba más en ti, y por eso se esforzó tanto en encontrar pruebas que dismantelaran la teoría de la conspiración, pero fue inútil. Sin embargo, él aún quiso darnos una oportunidad de hacer algo al respecto primero –Jalal se frotó la cara con ambas manos–. Pero cuando iba de camino a vernos, sufrió un ataque y le secuestraron.

Haidar continuó con la historia.

–Sus secuestradores eran los esbirros de nuestras madres. Le torturaron para conseguir información. En un momento dado, consiguió llamarnos. Estaba tan destrozado que yo pensé que estaba borracho. Me dijo dónde creía estar. Me suplicó que le ayudara. Yo fui a buscarle de inmediato, pero no encontré a nadie en esa dirección. Ese fue otro de los trucos de nuestras madres. Rashid pensó que yo no había acudido en su ayuda porque estábamos implicados también.

»Aunque estaba roto, en cuerpo y alma, mató a sus captores y se arrastró por el desierto de Zohayd hasta la frontera de Damhoor. Las heridas que esos monstruos le habían hecho estaban tan infectadas que estuvo a punto de morir. Después de pasar varias semanas entre la vida y la muerte, lograron estabilizarle, pero ninguna cirugía podía arreglar esas cicatrices. No pudo hacer nada para frustrar esos maquiavélicos planes. Había perdido todas las pruebas.

»Cuando nuestras madres se vieron expuestas él pensó que habíamos fingido que desarticulábamos la trama para ponerla en práctica en otra ocasión más propicia. Mientras tanto, se hizo buen amigo del rey Malek de Damhoor, y gracias a la ayuda de su servicio de inteligencia, desarrolló un sistema de defensa impenetrable.

»El rey Malek le ofreció un ministerio, pero él prefirió cobrar en metálico para empezar su propio negocio, y así perseguir su objetivo principal: castigarnos y arrebatarnos esos méritos que no nos habíamos ganado. Nos dijo que esta era la mejor herida que nos podía infligir, mejor que exponernos ante todos. Pero yo creo que en el fondo era incapaz de hacernos tanto daño. Es un

hombre con un corazón tierno, mucho más que cualquiera de nosotros. Bueno, en ese momento empezó la reacción en cadena en Azmahar, y se encontró en mitad de una guerra en la que era nuestro enemigo en la disputa por el trono del lugar que él consideraba su reino. Se propuso hacer cualquier cosa por impedir que cualquiera de los dos accediéramos al trono. El resto ya lo sabes.

Laylah sintió que un filo de hielo le atravesaba el corazón.

Rashid... Rashid... Todo ese tiempo...

–Hay más –dijo Jalal–. Hay una razón para que no se haya presentado hoy... Rashid sufrió un grave desorden postraumático en el pasado. Nos dijo que todo estaba bajo control, pero acaba de llamarnos, y dice que no está en condiciones de ser rey. Nos ha pedido que lancemos una moneda al aire para decidir quién será el rey.

Jalal se detuvo y miró a su hermano.

–Nos dijo que nunca debería haber vuelto –añadió Haidar–. Que debería haber muerto en alguna de esas misiones, que así le hubiera ahorrado muchos problemas a todo el mundo. También nos dijo que entiende que no le quieras junto a tu hijo y que acatará cualquier cosa que decidas.

Desesperada, Laylah se puso en pie.

–¿Dónde está?

–En el lugar que lo es todo para él.

–En su casa de Chicago.

Durante el viaje, Laylah se hundió aún más en la desesperación. ¿Y si Haidar y Jalal estaban equivocados? Avanzó unos pasos... Tenía los nervios a flor de piel. Él estaba allí.

De repente pareció salir de la oscuridad que rodeaba la entreplanta.

La observó durante lo que pareció una eternidad y empezó a bajar las escaleras.

–No tenías por qué venir. Te daré el divorcio y todo lo que me pidas.

–Yo no... No... He venido para... Me lo dijeron todo. Deberías habérmelo dicho tú.

–Nunca deberías haber sabido nada de esto.

–Tenía derecho a saberlo. Es mi madre quien te hizo todo esto.

El rostro de Rashid se endureció.

–Ya has tenido bastante en lo que respecta a ella. No ibas a conseguir nada sabiendo más cosas, pero sí tenías mucho que perder.

–Lo que me hizo a mí salió del ensañamiento de una madre controladora que no dejaba respirar a su hija. Pero lo que te hizo a ti no tiene perdón.

–Y es por eso que no quería que supieras nada. No quería que te sintieras así.

–Rashid...

Él se apartó.

–No. No me toques. No te me acerques.

Laylah contuvo el llanto.

–*Ya Ullah ya*, Rashid... Lo siento tanto.

–Pues no lo sientas. No me tengas pena. No hace falta.

Laylah se abalanzó sobre él. Le abrazó con todas sus fuerzas, aunque él intentara empujarla.

–No es pena... Es furia, arrepentimiento y un dolor tan fuerte que me desgarran el corazón cada vez que respiro.

Intentando zafarse de ella, Rashid suspiró.

–No, Laylah. No te sientas mal por ello. No tuviste nada que ver.

Ella se aferró con más fuerza.

–Pero fue mi madre quien te hizo esto.

Él dejó caer los brazos, se rindió a su abrazo.

–Es parte del pasado. Yo lo he dejado atrás.

Ella levantó el rostro. No podía verle bien a través de las lágrimas. Rashid dijo:

–Fuiste tú quien me abrió el camino que me permitía curarme, pero perderte me ha hundido en un infierno peor que el que conocí en mis peores días. Pensaba que todo estaba muerto dentro de mí. Pero tú lo reviviste. Me hiciste descubrir nuevas esperanzas, emociones, cosas que no sabía que tenía. De repente me encontré a mí mismo dependiendo de otro ser humano. Fue glorioso, pero daba más miedo que cualquiera de las cosas a las que me vi sometido en el pasado. Y entonces todo se fue al traste. Sabiendo que había perdido tu respeto, tu amor, que había traicionado tu confianza, sin poder reparar el daño que te había hecho... Jamás me recuperaré de eso.

Laylah le cubrió de lágrimas y besos.

–Nunca me perdiste, ni a mí ni a mi amor. Y nunca me perderás, mientras yo viva, porque eso es todo lo que soy. Soy amor, hacia ti. Fui una estúpida. Estaba herida y quería protegerme a mí misma. Pero hice ese trato contigo para poder seguir a tu lado, con la esperanza de que tú me quisieras alguna vez, aunque no fuera tanto como te quiero yo a ti. Te he querido siempre. Te querré siempre –se apartó un momento y le miró a los ojos–. ¿Pero cómo puedes quererme tú a mí, después de lo que te he hecho, después de lo que te ha hecho mi familia? Deberías odiarme.

Rashid se sentó con ella frente al hogar apagado. Temblaba. Sus ojos estaban llenos de lágrimas.

–Hiciste mucho menos de lo que merecía. Y tu familia reparó todo el daño que hicieron en el momento en que te trajeron al mundo. Casi podría llegar a quererles por ello.

Laylah dejó escapar una risotada.

–Bueno, tampoco es para tanto. Pero hagas lo que hagas, yo nunca les perdonaré.

Rashid le sujetó las mejillas.

–Necesito que me creas cuando te digo que basta con una caricia, una sonrisa, o un momento contigo para compensar todo el daño que me infligieron. Lo único que quiero ahora es que olvides todo esto y estés en paz. Si te tengo a ti, lo tengo todo, pasado, presente y futuro. Solo quiero ser tu amante, tu marido, el padre de tu hijo.

–Y el rey de Azmahar.

–Azmahar se merece a alguien que no lleve estas cicatrices por dentro y por fuera.

–Azmahar te necesita a ti. Y es tu destino gobernar el reino al que defendiste y por el que casi pierdes la vida, el reino al que has rescatado del borde del abismo y al que conducirás hacia la prosperidad. Y ese reino te ha escogido a ti. Igual que yo. Porque eres el mejor. Incluso tus rivales lo piensan. Incluso Amjad lo cree así. Tienes que aceptar el trono.

–Te juro por mi vida y por mi honor, que haré todo lo que me pidas. ¿Pero por qué no esperamos un poco para ver si soy la mejor elección para Azmahar?

Laylah quiso decir algo más, pero él la hizo callar con un tórrido beso.

Une eternidad más tarde, tras el fragor de la batalla amorosa, Rashid empezó a acariciar su cuerpo sudado y henchido de placer. Se fijó en su vientre, que ya empezaba a abultarse un poco.

Ella sonrió.

–Lo único que quiero es ser tuya, y que tú seas mío.

–Hecho.

Haidar y Jalal fruncieron el ceño. Pero Rashid se limitó a mirarlos con serenidad, sonriente, encantado.

–Dijiste un par de meses –dijo Haidar.

–Seis meses no es un par –apuntó Jalal, cruzándose de brazos.

–Desde que presentaste tu candidatura, nos hemos reorganizado de otra manera –dijo Haidar–. Y te fuiste corriendo y nos dejaste.

Rashid se encogió de hombros.

–Lo hice para poder ocuparme del bebé de Laylah, que también es el mío.

–Deja de andarte con rodeos –Haidar se sentó a su lado y le agarró del hombro. Le miró a los ojos–. ¿Realmente te encuentras bien ahora?

–Mucho mejor de lo que te puedes imaginar –Rashid sonrió–. He tenido mi propio milagro. Y ella me va a dar otro más... dentro de una semana.

Jalal se sentó al otro lado.

–Puedes ser esposo, padre y amigo también, ¿sabes? Nosotros lo hemos probado y funciona.

Rashid sonrió.

–Si no muerdo de felicidad cuando nazca nuestro niño, os pondré a vosotros y al trono en mi lista de prioridades.

Haidar puso los ojos en blanco.

–En otra época era imposible oírte hacer una broma, pero ahora casi le haces la competencia a Amjad, que es nuestro mayor dolor de cabeza. Laylah no hace milagros. Nos hace sabotaje.

–¡Ya sabes qué me traigo entre manos!

Haidar y Jalal intercambiaron miradas confusas, pero Rashid miraba hacia otro lado. Laylah bajaba por las escaleras del ático en ese momento. Cada día estaba más hermosa.

El broche que llevaba en el pecho resplandecía como si tuviera fuego dentro.

–Me alegro de que estés aquí –dijo Rashid, poniéndose en pie– para oír esto –rodeó a su esposa con los brazos–. He estado investigando este asunto desde que me aceptaste de nuevo. Y hoy por fin puedo confirmarlo todo. Tu madre no tuvo nada que ver con mi secuestro.

Los ojos de Laylah se llenaron de lágrimas. Empezó a temblar. Laylah se deshizo en palabras de agradecimiento. Le colmó de besos y abrazos.

–Lo siento, chicos –dijo, volviéndose hacia Haidar y Jalal, pero vuestra madre es la única responsable, pero tampoco ordenó que me torturaran y mutilaran. Había ordenado que me sacaran la información sin hacerme daño y que me mantuvieran prisionero hasta que pudiera llevar a cabo su plan. Lo que hicieron los matones no fue una orden. Fue venganza. Yo les había metido en la cárcel. A ellos y a sus familiares.

Haidar frunció el ceño.

–¿Lo dices para que nos sintamos mejor?

–Teniendo a Sondoss de madre, dudó mucho que eso sea posible.

Los dos hermanos hicieron una mueca. Rashid sonrió de oreja a oreja.

–En serio, no es tan mala como pensaba. Hay ciertas líneas que no cruzaría. Es una persona peligrosa, pero desatinada. No es un criminal curtido. Y por lo que a mí respecta... –señaló su cicatriz–. Esto no es cosa de ella, así que básicamente la perdono. Y vosotros deberíais hacer lo mismo.

Haidar dejó escapar un gruñido.

–Es un milagro que estemos tan acostumbrados.

Jalal abrió los ojos.

–¿Estás hablando de nosotros? –sacudió la cabeza y se puso en pie. Le puso una mano en el hombro a Rashid–. La única razón por la que no somos tan peligrosos como nuestra madre es que apareciste pronto en nuestras vidas. Y cuando te fuiste, no nos descarriamos mucho porque no tardamos en encontrar a Roxanne y a Lujayn.

Haidar se puso en pie. Dejó escapar una risotada sin humor.

–Así se evitaron un par de catástrofes más. La gente adecuada apareció en el momento preciso, así que... –puso una mano sobre el otro hombro de Rashid–. Muy bien, ¿cuándo nos vas a quitar el peso del trono de los hombros?

–Eh... ¿Nunca?

Las protestas de los hermanos no se hicieron esperar.

Rashid hizo una mueca.

–Quiero decir que nunca os vais a librar del todo de ese peso. Incluso después de haber asumido el trono, lo compartiréis conmigo. Podéis escoger el título que os plazca.

–Por favor, no quiero ser el heredero segundón. Harres y Shaheen ya sufren lo suyo con Amjad.

–A mi heredero lo tengo aquí –le acarició el vientre a Laylah–. Podéis ser todo lo demás.

–*Sokrunn ya rubb*. ¡Gracias a Dios! –exclamó Haidar, fingiendo sentir un gran alivio–. Pero volveremos a hablar contigo de ese tema, después de que Roxanne y Lujayn nos digan qué vamos a ser exactamente, y qué haremos.

Rashid se echó a reír. Miró a Laylah y le dio gracias al destino por tenerla a su lado. Después de acompañar a los primos a la puerta, fue a sentarse en el suelo, frente a ella. Empezó a acariciarla y a besarla en el vientre.

Suspirando de placer, Laylah deslizó las manos sobre su cabello. Ya le llegaba al cuello.

–Gracias, *ya rohi*.

–Soy yo quien está agradecido por haberte podido dar esto.

–No solo te doy las gracias por haber hecho todo lo posible por librar a mi madre de toda culpa, o por haberme dado la oportunidad de rehacer mi relación con ella. Te doy las gracias por ser tú, por ser mío.

–Ya me das las gracias por eso todos los días. Me estás malcriando.

–Bueno, pues pienso seguir haciéndolo. Pero tú también haces lo mismo. Y ahora dame una respuesta clara, esa que no has querido darles a los chicos.

–Ya estoy haciendo mucho por Azmahar desde aquí. Pero solo volveré cuando toda mi familia haya venido a este mundo. Lo de ser rey aún está por ver. Este es el destino que me importa. Ser tuyo, de nuestro bebé.

–¡Pero el trono es parte de tu destino! –Laylah le atrajo hacia sí, tirándole del pelo–. Demuéstrame que puedes con todo. Dime que lo aceptas, que tomas esa responsabilidad.

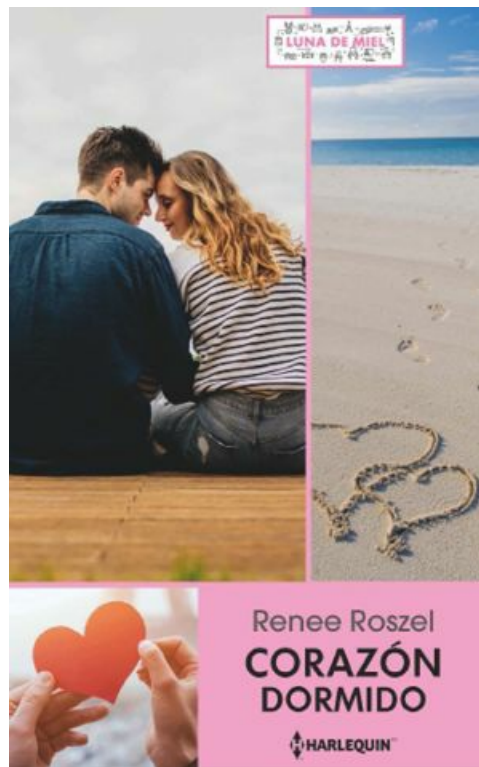
Rashid tomó sus labios con un sentido beso y la estrechó entre sus brazos.

–*Amrek, ya habibati*. Como tú digas, mi amor. Lo acepto. Asumo esa responsabilidad.

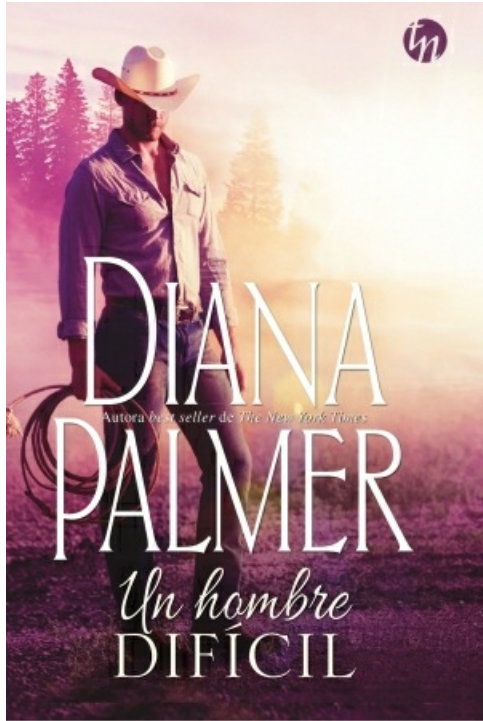
Riendo de alegría, Laylah le abrazó con todo su ser.

–Buen chico.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com



Un hombre difícil

Palmer, Diana
9788413075334
288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?" Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento". The Romance Reader "Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser". Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con
un extraño**

e^{lit}



Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

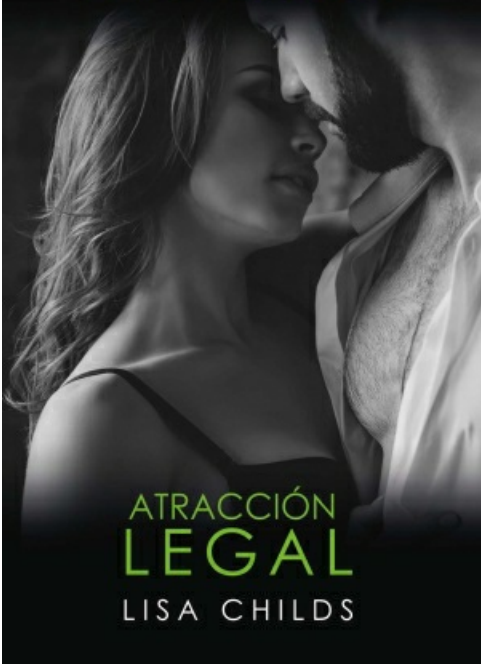
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN
LEGAL

LISA CHILDS

Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

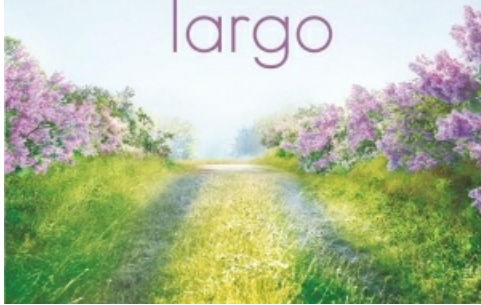
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

Autora *best seller* de *The New York Times*

SHERRYL WOODS

el viaje
más
largo



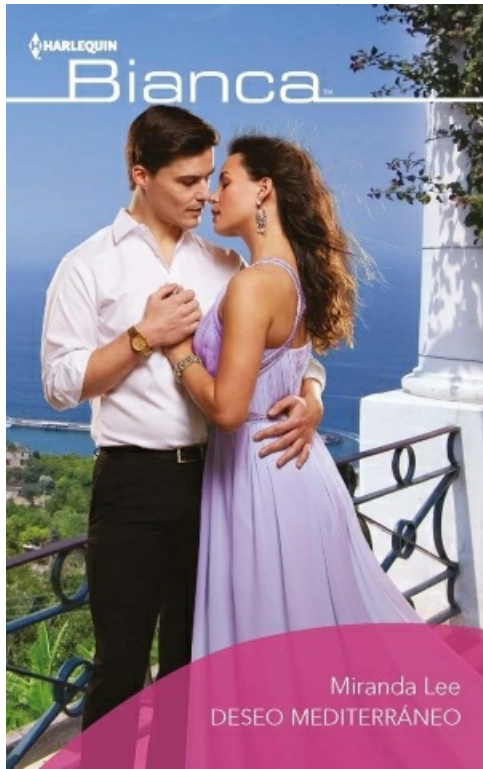
El viaje más largo

Woods, Sherryl
9788413075235
368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee
DESEO MEDITERRÁNEO

Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)